
ABANDONADA
POR
SU ALFA
GERTTY RUDRAW

ABANDONADA POR SU ALFA



GERTTY RUDRAW

© Copyright 2025 - Todos los derechos reservados.

No es legal la reproducción, duplicación o transmisión de ninguna parte de este documento, ni por medios electrónicos ni en formato impreso. La grabación de esta publicación está estrictamente prohibida y no se permite el almacenamiento de este documento a menos que se cuente con el permiso por escrito del editor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o con lugares, eventos o localizaciones es pura coincidencia.

Creado con Vellum

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Hierbas para el Alpha Demoníaco
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2

CAPÍTULO 1



SERENITY KELLER

—Señora Vernal, mire estas fotos.—

La joven que estaba de pie frente a mí desparramó las fotos por el piso. Mi mirada se deslizó sobre ellas y se detuvo en el rostro de Elias: tan devastadoramente apuesto que mi loba, Novella, temblaba cada vez que lo veía. Pero esos ojos dulces como la miel no me miraban a mí. Estaban fijos, adorando a la mujer en sus brazos. En la pista abarrotada de un bar. En el asiento del pasajero de un auto deportivo a toda velocidad. Frente a los ventanales del piso al techo de una habitación de hotel.

Tenían las cabezas muy cerca, como si fueran a besarse en cualquier momento. Las poses íntimas parecían sacadas de la portada de una revista, chorreando calor y feromonas.

—Usted debería reconocer al hombre de estas fotos conmigo.— Los labios pintados de carmín de la mujer se movían como una herida chillona, escupiendo palabras afiladas como cuchillas, tratando de atravesarme el corazón.

Pero, para mi sorpresa, mi corazón desangrado se había entumecido tanto que ya casi no sentía dolor.

—Sí —dije—. Ese es mi compañero.—

La sonrisa de la mujer se ensanchó. —Bien. Ya que ve claro, iré al grano. Él la traicionó y me eligió a mí. Una Omega como usted no merece ser su Luna.—

No merece ser Luna. Una acusación demasiado familiar.

Levanté la cabeza y le sostuve la mirada. Debajo de su suficiencia arrogante, no vi más que desprecio hacia mí.

Esa mirada. La conocía demasiado bien. Desde el primer día que me casé en la manada Vernal, todos me miraban exactamente así.

Todos menos Elias.

Pensé en hace seis meses, cuando entre nosotros no todo era tan frío. Después de que ahuyentó a los miembros de la manada que me acosaban por mi rango, se volvió hacia mí.

—Escuche, Serenity.— Su expresión era severa, el tono frío como el hielo, pero los dedos que limpiaban las lágrimas de mis mejillas estaban inesperadamente cálidos. —No crea que por ser una Omega tiene que dejar que la pasen por encima. No permita que nadie más dicte cómo vive su vida. Tiene todo el derecho de decidir lo que hace. Cuando necesite decir que no, dígalo lo bastante fuerte para que la oigan.—

—¿Y si me pegan?— había preguntado entre lágrimas.

La mano de Elias se detuvo un momento. Luego dijo con firmeza: —Entonces grite mi nombre. Llámeme, y vendré a protegerla.—

Ahora, de pie ante mí, esta joven estaba diciendo casi las mismas palabras que aquellos abusadores me habían dicho entonces. Pero esta vez, Elias no aparecería para defenderme.

Esta vez, él era quien enviaba a estas mujeres a mi puerta.

—Es la tercera este mes —murmuré—.

La mujer no lo escuchó. —¿Qué?—

—Dije que usted es la tercera mujer este mes que viene a intentar reemplazarme como Luna.— Me puse de pie, y la seda negra de mi vestido ondeó con mi movimiento. Avancé hacia ella, y retrocedió. —La anterior era modelo. Antes de ella, su secretaria. Todas vinieron con fotos, incluso videos. Todas dijeron lo mismo.—

Palabras como maldiciones.

Palabras como dagas.

Cada una—la venganza de Elias contra mí.

Me detuve. —Así que usted no es nada especial.—

—Todo el mundo sabe que el Alfa de la manada Vernal es ahora un mujeriego empedernido. Sus aventuras son incontables como las estrellas, y cada una cree que es especial. Pero ninguna lo es.—

Porque yo sabía la verdad. Él no amaba a ninguna.

El viejo Elias jamás habría hecho algo así. Era el heredero más poderoso y brillante de la manada Vernal. Todos tenían grandes expectativas puestas en él, y nunca había decepcionado a nadie.

Hasta el día en que Liv murió.

Su corazón y su alma se hundieron en el océano con ella. Nunca amaría a otra mujer que no fuera Liv. Todo en lo que se había convertido era solo para atormentarme, para humillarme: el castigo para la compañera maldita que había matado a la chica que él amaba.

Aunque le repetí una y otra vez entre lágrimas que yo no había empujado a Liv al mar. Que no era la traidora que había conspirado con cazadores y traicionado a la manada.

—¡Estoy embarazada de su hijo!— chilló la mujer.

Probablemente ésa era su carta bajo la manga. Pero no pude evitar doblarme de risa. Su sonido claro, como de campana, solo la enfureció más. Se puso aún más histérica.

—¿De qué se ríe?—

—¿Cree que voy a creer eso?— Me limpié la humedad de la comisura del ojo y la probé. Amarga. —¿Tiene idea de cuán poderosos son los linajes licanos? Tan poderosos que son casi imposibles de perpetuar. —

Continué. —Cada generación de la manada Vernal tiene un solo heredero; no es porque no quieran más. Para concebir con mayor facilidad la cría de un licántropo se requiere una pareja destinada, una marca permanente bajo la luna llena y la completa vinculación de las feromonas de ambos. ¿Cuál de esas condiciones cumple?—

—¡Soy su pareja destinada!— declaró la mujer con convicción. —Desde el momento en que lo vi por primera vez, lo supe. Con solo tocarle la mano me—

—¿Se le aceleró el corazón? ¿Se le dispararon las feromonas? ¿De pronto el mundo entero le pareció más brillante?— terminé su frase y seguí. —Su loba aulló dentro de usted. Quería retorcerse en sus brazos como una cachorra. ¿Quería apretar los muslos, inclinar la cabeza y adorar sus dedos y sus labios?—

La mujer me miró atónita. Se puso pálida. Era lo bastante lista como para darse cuenta de la verdad.

Curvé los labios lentamente. No había un espejo aquí, así que no podía ver mi propia cara. Pero sabía que mi sonrisa debía de verse terrible.

—Usted no puede ser su pareja destinada. Porque yo soy la única y verdadera pareja destinada de Elias Vernal.—

La mujer tropezó hacia atrás, aterrada.

Observé por la ventana mientras huía por las rejas de la Casa de la Manada. La columna que me había obligado a mantener recta por fin cedió bajo el peso de todo, y una oleada repentina de náusea me golpeó con fuerza. El estómago me dio vueltas como si hubiera

tragado plata, con el ácido subiendo hacia la garganta. Apreté el alféizar frío, arcando en seco con violencia.

Maldición.

Me zumbaba la cabeza. Esto me había estado pasando mucho últimamente; cada vez que las emociones se me disparaban, mi cuerpo reaccionaba mal.

Debía de estar agotada de lidiar con esta interminable fila de —visitantes—. Pero aún no podía descansar. No ahora.

—Luna, ¿puedo pasar?—

La voz de Lizzie vino de fuera de la puerta. Después de dejarla entrar, hizo una reverencia y anunció: —Luna, uno de los Ancianos pidió verte. Te está esperando en el despacho.—

Aquí vamos. Me mordí suavemente el labio. Este era el —visitante— realmente difícil de hoy.

Porque solo había un Anciano que pediría verme en un momento como este: el padre de Elias, el antiguo Alfa de la manada Vernal.

—Dile que voy enseguida.— Alisé mi vestido, esperando poder dar una mejor impresión cuando lo enfrentara.

Lizzie se quedó un momento. Era la única cuya bondad hacia mí no había cambiado después de todo. Me miró con preocupación. —Luna, te ves fatal. ¿Segura que estás bien? ¿Quieres que le pida al Alfa que regrese y se quede contigo? ¿O llamamos a un doctor?—

¿Pedirle a Elias que regrese? Casi solté una carcajada. Probablemente estaba en la cama de alguna mujer en este momento. ¿Por qué volvería por una —asesina— y —traidora— como yo?

Debería estar agradecida de que no me rompió el cuello con sus propias manos, ¿no?

—No será necesario—, dije, negando con la cabeza. —Tiene cosas más importantes que atender.—

Lizzie suspiró, pero no dijo nada más.

* * *

Me reuní con Alfred Vernal en el despacho.

Los colmillos del lobo envejecido ya no eran afilados, y su cabello, meticulosamente peinado, se había vuelto completamente gris, pero aún irradiaba la presencia imponente de un Alfa.

Antes, su mera presencia me asustaba. Mis instintos de Omega siempre me empujaban a someterme. Pero ahora podía obligarme a mantener la compostura; no por valentía, sino por costumbre.

Desde que me volví sospechosa hace seis meses, mis movimientos habían quedado restringidos a la mansión. A donde fuera, sentía esas miradas vigilantes. La sospecha constante era mucho más asfixiante que la desaprobación del viejo Alfa.

—Serenity, tenemos que hablar.—

Alfred soltó su frase de apertura, y ya sabía lo que venía: otra lección sobre mis —fallas—.

—Dígame, ¿cuánto tiempo lleva siendo la Luna de Elias?—

—Un año y medio—, respondí.

—Sí, un año y medio. Casi dos años—. La voz de Alfred no tenía calidez. —¿Sabe lo que eso significa, Serenity?—

—Lo sé.—

—¡No, no lo sabe!— Golpeó la palma contra el escritorio, y la dominancia del Alfa cayó sobre mí como una ola. La presión casi aplastó mi cordura. La náusea que apenas había contenido volvió a arremeter, y me zumbó la cabeza.

—Si lo supiera, ¿por qué sigue vacío su vientre? La única razón por la que esta manada tolera que una simple Omega esté en el puesto de Luna es porque usted es el camino más fácil para producir el heredero de Elias. Si ni siquiera puede cumplir esa tarea tan simple, ¡la habrían echado después del ataque de los cazadores!—

Bofetada.

Las palabras de Alfred me golpearon como un bofetón en la cara. Me ardieron las mejillas. Las uñas se me clavaron en las palmas, casi hasta sangrar. Pero por fuera, agaché la cabeza y no dije nada.

Sabía de qué estaba hablando.

Hace seis meses, la manada Vernal fue atacada por cazadores. Alguien sospechó que había un traidor entre nosotros, y yo me convertí en la principal sospechosa: una forastera, una Omega, pero con suficiente rango como para acceder a información clasificada. Cada detalle apuntaba directo a mí.

Desde entonces, había aprendido que defenderme era inútil. Nadie me creería.

Ni siquiera Elias. Pensé que me creía, por eso insistió en una investigación en lugar de dejar que los demás me exiliaran de inmediato. Pero su primera orden fue confinarme como a una prisionera, prohibiéndome salir de la mansión. Y nunca recibí un veredicto. La investigación simplemente… se detuvo.

—Enfrente la realidad, Serenity. Piense bien qué es lo que la ha mantenido viviendo con comodidades todo este tiempo—. Alfred seguía hablando, y cada palabra desgarraba lo poco de autoestima que me quedaba. —Si no consigue concebir un heredero pronto, la echarán de esta mansión y la desterrarán de la manada.—

No estaba bromeando.

Pero para mí, sólo resultaba irónico. Todos querían desesperadamente que llevara en el vientre al hijo de Elias, y aun así

no podía decirles la verdad. Olvídense de los hijos: Elias ni siquiera me había dado una marca permanente. Todavía no estábamos realmente unidos como pareja.

Una Omega sin marcar era como una flor plantada en suelo estéril, privada de nutrientes. ¿Cómo podría dar fruto?

Así que me quedé sentada como una estatua sin vida, con la mente a la deriva hacia el pasado.

Recordé la primera vez que conocí a Elias. Recién había cumplido dieciocho, y mi padre me había llevado a la Reunión de Primavera.

La verdad, odiaba ese tipo de eventos. Mis hermanos nunca perdían la oportunidad de recordarme lo fuera de lugar que estaba en semejantes reuniones elegantes. Me vertían vino sobre el cabello y el vestido, burlándose de mí por presentarme con el vestido del año pasado.

Me arrojaron a la fuente del jardín. El agua me entró por la nariz y la boca, burbujeando en hilos cristalinos.

Tanta gente se amontonó alrededor de la fuente, riéndose. Yo forcejeaba por salir, y sus manos me hundían de nuevo. Flotaba en el agua, mirando hacia arriba, con los pulmones vacíos, sin más burbujas que soltar. Justo cuando estaba a punto de rendirme, la sombra alta de un hombre apareció en la superficie sobre mí.

—¡Quítense de mi camino!

A empujones y con unos cuantos puñetazos apartó a los lobos que bloqueaban el borde de la fuente. Unos brazos fuertes se hundieron en el agua y me sacaron de un tirón, entre salpicaduras. Incontables gotas empaparon su ropa, arruinándole el traje caro y hecho a la medida. Pero ni se inmutó.

Cuando sus manos me tocaron, cuando nuestras miradas se cruzaron, dejé de pensar en mis hermanos. Sólo pude beberme con los ojos su imagen: su cabello castaño oscuro, su físico perfecto y

esos ojos esmeralda en los que podía volver a ahogarme una y otra vez.

Novella aulló frenética dentro de mí. Cada célula gritaba la misma palabra—*¡pareja, pareja, pareja!*

Qué eufórica estaba en ese momento. Creí que encontrar a mi pareja destinada significaba que por fin podría escapar de la manada Keller. La Diosa Luna por fin me había mostrado misericordia. Tendría un compañero que de verdad me amara con todo el corazón.

Después de todo, el mismo Elias me había dicho: —No dejes que nadie más dicte cómo vives tu vida. Tienes todo el derecho de decidir lo que haces—. Así que yo tenía todo el derecho de perseguir al único que de verdad quería.

Reuní mi valor y lo busqué con sinceridad. Después de convertirme en su pareja, me exigí a diario los estándares de la esposa perfecta. Le preparaba comidas deliciosas, organizaba todo lo que necesitaba para el trabajo y los viajes, y me rompía la cabeza planeando sorpresas románticas para cada festividad.

Aunque siempre supe que el corazón de Elias no estaba conmigo, creí que con suficiente esfuerzo podríamos construir una familia feliz y cumplir el sueño de mi vida.

Por un tiempo, incluso pensé que veía la luz al final del túnel. Elias dejó de rechazarme como lo hizo cuando recién nos casamos. Se comía con cuidado cada comida que le llevaba. Me ofrecía su garganta vulnerable y me dejaba anudarle la corbata, como una compañera de verdad.

Esos momentos pequeños y ordinarios eran tan corrientes, y aun así me llenaban de felicidad y esperanza para el futuro.

Hasta el día en que vi asco en el rostro de Elias—la misma expresión que todos los demás me dedicaban. Fue entonces cuando entendí que me había estado mintiendo todo el tiempo.

La felicidad y la esperanza no eran más que burbujas que subían desde aquella fuente, frágiles y fugaces.

Todos esos sueños de cuento de hadas se habían transformado en pesadillas.

* * *

No noté cuándo se fue Alfred.

Cuando volví en mí, las lágrimas me corrían por la cara. Me deslicé de la silla; el sudor frío empapaba mi ropa, y estaba demasiado débil incluso para incorporarme.

—Luna, ¿estás bien?— Lizzie entró corriendo y me sostuvo, y gritó: —¡Traigan al Dr. Charles, rápido!

Le aferré el brazo, tratando de negarme, pero el mareo me impedía hablar. La habitación me daba vueltas y las náuseas se intensificaron. Lizzie me ayudó a acostarme en la cama de mi cuarto. Veinte minutos después, por fin llegó el médico de la familia.

Me examinó con cuidado, y casi vomité varias veces durante el proceso.

Cuando por fin dejó el estetoscopio, su rostro mostró una extraña mezcla de sorpresa, alegría e incredulidad.

—Luna —se aclaró la garganta—, felicidades.

Parpadeé, confundida. —¿Qué?

—Está embarazada —anunció Charles, feliz—. El bebé tiene unas tres semanas. Sus síntomas son sólo reacciones normales del embarazo.

¿Embarazada. ¿Yo?

Creí que debía haber oído mal.

Pero el oído de los licántropos no se equivoca—sobre todo cuando Lizzie empezó a chillar de emoción a mi lado.

El hijo de Elias.

Nuestro hijo.

Mi mano se movió instintivamente hacia el vientre. Un temblor intenso me recorrió desde la piel hasta el cuero cabelludo.

Miré por la ventana. Entraba a raudales una luz brillante. Hacía mucho que no salía—no desde que empezó mi encierro.

De pronto, entendí que este hijo podía ser mi oportunidad: una salida de aquí. Elias me odiaba, me despreciaba, pero no debería odiar a su propio hijo. Sabía cuánta falta le hacía a la manada Vernal una nueva vida. Tal vez este bebé pudiera tender un puente sobre el abismo entre nosotros.

Sólo de imaginarlo, aquellas viejas burbujas de sueños volvían a subir a la superficie. Todos los recuerdos de mi tiempo con Elias, toda la bondad y protección que alguna vez me mostró: quizá pudiera encontrar a ese Elias de nuevo.

Aún teníamos la oportunidad de ser una familia feliz.

CAPÍTULO 2



ELIAS VERNAL

En el bar ruidoso, di un largo trago de whisky suave. Los cubos de hielo tintinearon contra el vaso y, cuando lo dejé, se dibujó en su superficie el reflejo de una mujer.

—Hola, Elias. ¿Está solo esta noche?

Me giré y vi a Kathleen, la hija del Anciano. Su pecho abundante prácticamente se derramaba del escote pronunciado de su blusa. Se apoyó en la barra, sacando pecho y rozándome adrede el brazo.—Qué coincidencia. Yo también.

Fruncí el ceño, asqueado. Su perfume era abrumador: empalagoso y artificial, como fruta podrida. Me agredía la nariz sensible.

Últimamente, se había corrido la voz de que yo frecuentaba este bar. Los supuestos encuentros casuales con mujeres se habían vuelto sospechosamente comunes. Para ellas, probablemente era la manera más fácil de acercarse a mí, en comparación con la mansión fuertemente vigilada o la sede corporativa. Para mí, significaba que debía buscar otro bar.

—¿Le molesta si me siento aquí? —preguntó Kathleen.

—Como guste. No me importaba lo que hiciera, siempre y cuando se sentara, dejara de restregarse contra mí y me diera espacio.

Me quedé en este bar sin un motivo en particular. Simplemente no quería ir a casa todavía. No quería enfrentarme a *ella.*

Serenity.

Mi Luna. Mi pareja destinada. Mi... ¿traidora?

Cuando esa última palabra emergió, no pude evitar una mueca amarga. Me serví otro trago.

Habían pasado seis meses desde la batalla contra los cazadores. Desde la muerte de Liv. Y aun así seguía atrapado en ese instante, incapaz de liberarme.

Incluso ahora, todavía no podía entender qué había pasado esa noche. Los cazadores habían atacado como si no tuvieran nada que perder; raro, considerando que por lo general evitaban a un peso pesado como la manada Vernal.

Pero incluso si nos hubieran atacado, no debería haber importado. Nuestros sistemas de defensa eran de última generación. Teníamos la fuerza más grande de guerreros de élite. Las patrullas cubrían cada centímetro de nuestras fronteras. Sin importar dónde golpearan los cazadores, debían haber sido detectados de inmediato y rodeados.

Pero no entraron por las fronteras. Aparecieron en el corazón de nuestro territorio como fantasmas, tomándonos completamente por sorpresa. Sabían exactamente dónde estaban nuestros puntos débiles. Conocían las ubicaciones de nuestro arsenal y de los depósitos de suministros, como si alguien les hubiera dibujado un mapa detallado y los hubiera guiado en persona.

Por supuesto, sufrimos pérdidas devastadoras. Dejando a un lado a los guerreros que murieron, siete cachorros fueron asesinados

cuando los cazadores atacaron el refugio. La manada en duelo exigía sangre. Todos querían encontrar al traidor y ejecutarlo.

Serenity —que apenas se había casado con la manada Vernal hacía un año— se convirtió en el primer blanco de sospechas. Y la noche del ataque, nadie pudo explicar su paradero. Debía estar en el refugio del bosque con los demás miembros vulnerables de la manada, pero apareció en la mansión —que casi se volvió un campo de batalla—, la única que escapó del asalto.

—Me preocupé por ti, así que vine a buscarte...

Esa fue su explicación durante el interrogatorio inicial.

Para cuando salió del refugio, yo sí había resultado herido en combate. Dado nuestro vínculo de pareja, no era raro que lo hubiera sentido. Pero una excusa tan endeble no podía convencer a la manada. La información que tenían los cazadores solo podíamos conocerla mi padre, yo… o ella, la Luna.

Y luego estaba ese video. El recuperado del cuerpo de un guerrero de patrulla. Mostraba a un cazador reuniéndose con un lobo en el bosque. El lobo llevaba un sombrero y ropa sin forma que ocultaban su figura. Le entregaba algo al cazador. El video era demasiado borroso, la cámara temblaba mucho, pero tenía que admitirlo: esa silueta se parecía a ella.

Por mucho que no quisiera creerlo, ella era la principal sospechosa.

Sin contar que había matado a Liv. La mujer que significaba todo para mí.

Antes de que apareciera Serenity, pensaba tomar a Liv como mi pareja. Era lo que Liv quería, y yo estaba dispuesto a darle lo que fuera que pidiera. Era lo menos que podía hacer para pagarle.

Pero Alfred, que entonces aún era Alfa, nos había separado por la fuerza y me ordenó casarme con Serenity.

Liv quedó destrozada. Yo me carcomía de culpa, incapaz de compensarla.

Desde ese momento juré que, habiéndole fallado una vez, jamás volvería a hacerle daño. Ya no podía darle un matrimonio, pero al menos podía asegurarme de que viviera feliz el resto de su vida. Se lo debía.

Y ni siquiera pude cumplir con algo tan simple.

En el instante en que vi a Liv caer al mar, mi odio por Serenity alcanzó nuevas alturas. Había dañado a miembros de la manada, y ahora más gente creía que era la traidora. La muerte era el castigo apropiado, y yo sabía que ya había miembros de la manada dispuestos a hacer justicia por mano propia. Por eso la había confinado: para apartarla de ellos mientras calmaba la furia de la manada. Pero al final, aun así no había actuado en su contra.

¿Fue la lógica? ¿O fue Fenrir, mi lobo, de luto a través de nuestro vínculo?

No lo sabía. Me decía que no había vengado a Liv porque algo seguía sin encajar y no actuaría a la ligera. No era del todo mentira. Los rumores repentinos dentro de la manada, el video borroso, las negativas reiteradas de Serenity: mis instintos me decían que todo era demasiado conveniente.

Pero la investigación no había arrojado nada. ¿En qué habíamos fallado?

—¿No cree que el aire acondicionado aquí está demasiado frío, Elias? —La voz de Kathleen cortó mis pensamientos. Se retorció en su banquito, subiéndose la falda a propósito. Aparté la mirada con disgusto.

¿Por qué estas mujeres creían que trucos tan baratos funcionarían conmigo?

Ninguna podía compararse con Serenity.

Tenía que admitir el tirón de una pareja destinada. Nunca podía negarme del todo a ella. Incluso cuando se suponía que debía odiarla, mi mente volvía una y otra vez a sus cuidados durante el tiempo que pasamos juntos, a sus atenciones, a su hermosa sonrisa.

Más de una vez me había preguntado: ¿era real el calor que me mostraba? ¿O solo una actuación cuidadosamente calculada para bajar mi guardia?

¿Cuándo había empezado a traicionarme?

El alcohol me quemaba la garganta, pero no lograba desenredar el enredo de preguntas en mi cabeza.

—¿Por qué no quiere hablar conmigo, Elias?—La mano de Kathleen cayó sobre mi muslo. Se inclinó como si fuera a susurrar algo, pero sus labios se angulaban de forma extraña.

Montaje.

Lo vi de inmediato. A distancia, ese ángulo parecería un beso apasionado.

Detrás de mí, escuché el leve *click* de una cámara. Escaneé el lugar y detecté al paparazzo en un reservado.

Maldición. Esas fotos saldrían a la luz. Serenity incluso podría verlas…

Con ese pensamiento, se me cortó la respiración por un momento.

—¿Por qué no subimos? Tengo una habitación de hotel—tentó su suerte Kathleen, echándose encima de mí con ojos de alcoba.

—Lárguese.

Usé una orden de Alfa. La dominancia la cubrió como una marea. Se le puso la cara blanca y resbaló del banquito, cayendo de rodillas. Temblaba con violencia.

—Y—yo…

—¡Dije que se largue!

Se arrastró lejos, junto con su fotógrafo contratado.

Se me arruinó el ánimo. Dejé algunos billetes y salí de ese lugar, que apestaba a alcohol y perfume barato. El viento nocturno estaba frío, pero no me despejó la mente. Había venido a beber para ahogar mis problemas y terminé saliendo más frustrado que antes.

Caminé hasta el estacionamiento y encontré mi coche. Después del incidente con el paparazzi, mi primer instinto fue ir a casa con Serenity. Pero cuando abrí la puerta y vi el ramo de rosas blancas en el asiento del acompañante—las que había comprado para Liv—me quedé helado.

Hoy era el cumpleaños de Liv.

Seis meses. Llevaba seis meses en ese océano helado.

Y todo este tiempo, aun sabiendo quién la mató, todavía no la había vengado. A veces, cuando volvía a casa y encontraba a Serenity dormida en el sofá esperándome, no podía evitar echarle una manta encima para que no pasara frío. Luego me sorprendía, odiaba haberlo hecho y huía con culpa.

Nunca pude olvidar a Serenity arrodillada a mis pies, llorando, jurando que nunca había tocado a Liv. Sus lágrimas eran tan claras, tan puras. Verlas deslizarse por su rostro me hacía doler el corazón.

—Créeme, Elias. Soy inocente.

Porque dijo eso, le creí. Aunque yo había llegado al acantilado justo a tiempo para verla empujar a Liv al mar.

¿Y cuál fue el resultado?

El equipo que envié nunca recuperó el cuerpo de Liv, pero sí encontró su teléfono. Contenía el último mensaje que recibió: una invitación para verse en los acantilados. De Serenity.

Me había mentido.

Fue premeditado.

Había explotado la confianza de nuestro vínculo de pareja destinada para traicionarme.

Y eso llevó a otro pensamiento aterrador: si podía engañarme con lo de Liv, ¿también había mentido sobre ser la traidora?

Se me oprimió el pecho. Encendí el coche y me dirigí al cementerio en lo alto de la colina. Podía recorrer esta ruta con los ojos cerrados. Venía aquí todos los meses.

Justo entonces, sonó mi teléfono.

Miré la pantalla: *Serenity Vernal.*

Dudé, luego aferré el volante y contesté.

En cuanto se conectó la llamada, escuché su suave toma de aire. Pareció armarse de valor antes de hablar, con la voz temblorosa.—¿Dónde estás, Elias?

Algo en su tono cauteloso me incomodó. Recordé cuando nos conocimos—era así todo el tiempo, nerviosa y herida. Hija de un Alfa, y aun así casi se ahoga en una fuente. Pero cuando la saqué del agua, su rostro pálido y su cabello dorado y mojado atraparon la luz del sol, y se veía etérea como una ondina.

Nadie más había visto su belleza como yo. A la sociedad de los hombres lobo solo le importaba la fuerza de la línea sanguínea. Su trato hacia Serenity era injusto.

Eso siempre me había dolido.

Por eso no podía soltar mi preocupación por ella, por eso seguía enredándome con ella.

Ahora me preguntaba si me había estado jugando desde el principio.

—Dónde estoy no es asunto tuyo—la corté con brusquedad.—¿Necesitabas algo? Estoy ocupado hoy. No puedo charlar.

—Hay algo importante que necesito decirte. ¿Puedes venir a casa esta noche?—preguntó Serenity.

—No tengo tiempo.

—Por favor—su voz bajó aún más, casi suplicante.—Es algo muy importante entre nosotros. Tengo que decírtelo en persona. Con media hora basta. Te esperaré, ¿sí?

¿Por qué su voz siempre me ablandaba?

Apreté la mandíbula, listo para negarme. Pero Fenrir gimió quedo dentro de mí, instándome a decir que sí. ¿Y si estaba diciendo la verdad? ¿Y si de verdad tenía algo importante que decir?

—…Está bien—por fin me oí responder.—Voy a regresar ahora.

—Gracias—su voz se inundó de alivio, y sentí que había tomado la decisión correcta.—Te esperaré. Siempre te esperaré.

Colgué, odiándome incluso mientras daba la vuelta con el coche. El aroma de las rosas blancas llenaba la cabina como un reproche silencioso. Solo podía pedirle perdón a Liv en mi corazón.

Treinta minutos. Eso es todo lo que le daría a Serenity. Una vez que atendiera lo que necesitaba, volvería a visitar a Liv.

La carretera de montaña se retorcía en la oscuridad. Pisé el acelerador y llegué a casa lo más rápido posible. Al tomar una curva cerrada, una figura salió de pronto de los árboles al borde del camino y se plantó en medio de la carretera.

—¡Mierda!—. Giré el volante con fuerza y pisé el freno a fondo. Las llantas chillaron contra el asfalto. El auto derrapó de lado y se detuvo justo antes de la barrera de contención.

Con el corazón desbocado, me bajé de un salto. La chica que había irrumpido en la carretera aún más imprudentemente que yo yacía boca abajo en el acotamiento, completamente inmóvil. La bañaba la pálida luz de la luna. Parecía muerta.

—¿Estás bien?—

La volteé. Un largo cabello platino se apartó de su rostro.

En ese instante, el mundo entero se detuvo.

—¿Liv?—

El nombre se me escapó de los labios, tembloroso, cargando seis meses de dolor y culpa. Me quedé mirándola con los ojos muy abiertos, como si me partiera en dos. La mitad de mí—la parte racional—seguía insistiendo en que Liv estaba muerta. La vi hundirse en el mar. Buscamos y nunca la encontramos. No podía estar viva. Pero la otra mitad gritaba: *¡Es ella! ¡Es ella!*

Mira esa cara; era idéntica.

Sus facciones, su complexión, incluso las pecas apenas visibles en sus mejillas: todo calzaba a la perfección.

Era Liv.

—Liv, ¿eres tú?—. Le di palmaditas en la cara—. Despierta, por favor, ¡despierta!—

No estaba muy lastimada, pero seguía sin responder.

El hospital. Necesita un hospital. El pánico me rebasó. La tomé en brazos y la acomodé en el asiento del pasajero. Las rosas blancas que había puesto ahí se desparramaron por el piso, pétalos por todas partes.

Mientras manejaba, no dejaba de mirar su rostro de reojo. Me aterraba que esto fuera un sueño. Me aterraba que desapareciera si parpadeaba.

Sentía que olvidaba algo, pero no podía dedicarle un pensamiento ahora.

En el hospital, los médicos se la llevaron en una camilla hacia la sala de urgencias. Me obligaron a esperar afuera y empecé a pasearme

por el pasillo. Mi teléfono vibró en el bolsillo. Serenity llamaba.

Estaba por contestar cuando mi dedo dudó.

¿De verdad quería tomar esa llamada?

No quería que Serenity supiera de esto. No quería darle otra oportunidad de lastimar a Liv o engañarme. El regreso de Liv se sentía como una advertencia: una señal de que tenía que dejar de enredarme con una mujer que me había traicionado. Aunque fuera mi compañera predestinada, era hora de trazar una línea clara.

Es hora de terminar con esto.

Hora de retomar el rumbo.

Así que me armé de valor y presioné *rechazar.*

El teléfono quedó en silencio. Treinta minutos después, volvió a llamar.

Rechacé otra vez.

Una tercera vez.

Una cuarta.

En la sexta llamada, dejó de intentar.

A través de la ventana del pasillo del hospital, vi a la Diosa de la Luna retirarse de su trono y el cielo palidecer con el amanecer.

Por fin, los médicos salieron de la sala de urgencias.

—Está bien —dijeron—. Solo tiene una conmoción leve y algunos raspones. Pero hay una pequeña complicación—.

—¿Qué complicación?—

—Parece tener amnesia. Cuando despierte, haremos más pruebas—.

Pagué la mejor habitación privada, me senté a su lado y la vi dormir. Bajo las duras luces blancas, su parecido con Liv seguía siendo

asombroso. No; no era un parecido.

Era *idéntico.*

Ahora estaba seguro.

—¿Quién eres…?—susurré, y extendí la mano hacia su rostro. Antes de tocarla, sus pestañas aletearon. Sus ojos se abrieron lentamente: del mismo color que los de Liv.

Me incliné más—. Despertaste—.

Me miró confundida, luego miró la habitación a su alrededor e intentó incorporarse.

—No te muevas —la sostuve—. Estás herida. Necesitas descansar—.

—¿Dón… dónde estoy?—preguntó.

—En el hospital—. Tragué en seco. Los médicos me habían advertido, pero tenía que preguntar—. ¿Cómo te llamas? ¿Recuerdas quién eres?—

Frunció el ceño y se esforzó por recordar. Tras un largo momento, negó con la cabeza—. No me acuerdo—.

—¿Nada de nada? Intenta otra vez, lo que sea. ¿Qué recuerdas?—

Cerró los ojos, como si se zambullera en sus recuerdos. El dolor le cruzó el rostro y llevó las manos a la cabeza.

—No recuerdo… de verdad no… Solo recuerdo que corría…—

—¿Corrías?—

—Corría con un chico—. Abrió los ojos, lejanos y desenfocados, como si sacara una concha preciosa del río del tiempo—. Monstruos chupasangre nos perseguían. Corrimos y corrimos hasta que ya no pudimos más. El chico me dijo que soltara su mano para separarnos… Pero yo lo sabía. Esas criaturas solo querían a *él*—.

Se me cortó la respiración. La ventana del hospital reflejó mis manos temblorosas.

—¿Y luego?—

Sonrió apenas—. Le dije: 'Cambiemos de ropa. Yo correré por allá, y tú…'—

—Escóndete. Escóndete en el ventisquero.—

Escuché el eco de la voz de una niña de hace quince años, resonando en mis oídos.

Hablaba de ese día. El día en que me secuestraron los vampiros y me encerraron en un almacén. Ella me encontró por accidente y me salvó. Incluso se disfrazó de mí para alejarlos… Gracias a esa chica, hoy seguía con vida.

Pero cuando me rescataron, ella había desaparecido. Y mi lesión en la cabeza fue tan grave que no pude recordar su cara; solo el destello de su cabello platino, brillante como la luz de la luna.

Desde ese día, juré que si volvíamos a encontrarnos, le pagaría su bondad y la convertiría en la mujer más feliz del mundo.

Pero cuando por fin nos reencontramos, no cumplí esa promesa. La empujaron por un acantilado justo frente a mí, y ni siquiera pude recuperar su cuerpo. Se había escurrido de mi vida por segunda vez.

Y ahora, la Diosa de la Luna volvió a mostrarme misericordia.

—Ese chico —dije. La voz me salió ronca, irreconocible—. ¿Recuerdas su nombre?—

Me miró y asintió lentamente.

—Elias —dijo—. Se llamaba Elias—.

CAPÍTULO 3



SERENITY KELLER

Elias no volvió a casa.

Al principio, cuando prometió que volvería, me tranquilicé. Para sorprenderlo, le pedí al Dr. Charles que mantuviera mi embarazo en secreto. Aceptó. Así, cuando Elias regresara, sería el primero en enterarse de nuestra nueva vida.

Pero nunca vino.

No sé cuánto tiempo me quedé sentada en ese sofá. Traté de llamarlo varias veces, pero después de que él rechazó mis llamadas una y otra vez, al final me rendí. La luz del techo se volvió inútil, y para cuando noté lo brillante que se había vuelto la habitación, ya había amanecido.

—Luna, por favor descansa. El Alfa puede haberse retrasado en el camino… pero te despertaré cuando regrese.

Lizzie trajo té caliente e intentó convencerme de nuevo. —Por el bien del bebé, necesitas descansar.

Apreté los labios. ¿Retrasado en el camino? Pero él había prometido volver de inmediato. Le había dicho que tenía algo importante de

qué hablar. ¿Eso no le importaba? ¿O eso que yo consideraba importante era, para él, simplemente insignificante?

—Tienes razón. Voy a descansar.

Ya es demasiado tarde, Serenity. Deja de esperar. Sabes que no va a venir.

Tragué la amargura que me subía al pecho y me obligué a mantener la compostura. Fui al dormitorio a descansar.

Pero el sueño no llegaba. Me revolví de un lado a otro, con el cuerpo agotado mientras la mente se empeñaba en seguir despierta. Cada vez que cerraba los ojos, veía sus acusaciones—*traidora*—y sentía esas miradas opresivas, vigilantes.

Una oleada repentina de ansiedad me apretó el corazón. Dejé de ser optimista.

¿Y si Elias me odiaba tanto que no podía aceptar la posibilidad de un hijo entre nosotros? Cuando le cuente del embarazo, ¿de verdad se alegrará? ¿Recibirá con gusto a este bebé?

¿Y si no le importaba en absoluto el niño? ¿Y si me quitaba al bebé? ¿O nos encerraba a los dos? ¿Era siquiera la decisión correcta tener a este bebé?

Las preocupaciones se enredaron en mí como maleza, arrastrando mis sueños hacia pesadillas más oscuras.

Soñé con el día en que Liv murió.

Me había llamado para invitarme a caminar junto al mar. Cuando escuché la invitación, pensé que se estaba burlando de mí: yo estaba confinada y no podía ir a ninguna parte. Pero entonces Liv dijo algo que me llamó la atención.

—Serenity, ¿no quieres una pista sobre la verdadera traidora? Sé que tú no eres la traidora y tengo pruebas. Ven conmigo y te las daré.

—Podrías darle esas pruebas directamente al equipo de investigación. O al mismo Elias —dije—.

—No. Solo te las daré a ti. Así que tienes que venir sola, Serenity. Si se lo cuentas a alguien —incluso a Elias—, arrojaré estas pruebas al océano.

La razón me decía que ignorara sus amenazas. Pero no pude desechar ni la más mínima posibilidad.

—Bien. Iré.

Ese fue el comienzo de la trampa.

Liv eligió un acantilado empinado con vista al mar. El viento salado aullaba con furia, azotándonos el cabello. No quería admitir que me había dejado el cabello largo para imitarla. A Elias parecía encantarle la melena platinada de Liv; siempre la miraba con tanta ternura. Así que yo también lo dejé crecer.

—Gracias por venir, Serenity.

Liv se mantenía serena bajo el vendaval. Su voz era dulce, pero me heló la sangre.

—Basta de formalidades. ¿Dónde están esas pruebas?— Me había escabullido cuando los guardias no estaban atentos, con el miedo constante de que descubrieran mi ausencia. —Ya estoy aquí. ¡Entrégamelas!

Pero Liv no se movió.

Una sonrisa extraña se extendió por su rostro. Era inquietante. El corazón se me desbocó y, por instinto, retrocedí hasta que mi pie topó con rocas sueltas al borde del acantilado. Vi cómo una piedra caía y desaparecía en las olas embravecidas de abajo.

—Serenity, siempre me he preguntado… ¿por qué tenías que aparecer? —dijo Liv en voz baja—. ¿Por qué eres tú la compañera destinada de Elias? No tienes idea de lo que pasó entre Elias y yo, ni

de cuánto sacrifiqué para convertirme en su compañera. Tú no hiciste nada. Eres solo una Omega. ¿Cómo pudiste saltarte mi lugar y convertirte en su Luna?

—¿Qué estás tratando de decir? —exigí.

Liv me lanzó una mirada cargada de celos.

—Tienes que desaparecer, Serenity —dijo, y su voz se volvió ponzoñosa—. ¿Crees que casarte con Elias significa que ganaste? La manada Vernal quiere un hijo, no a ti. Una vez que les des un heredero, Elias te desechará, ¡igual que a tu madre!

—¡Cállate!— Había insultado a la mujer a quien jamás permitiría que nadie menospreciara, el miedo más hondo que yo había enterrado. La rabia nubló mi juicio. No noté que Liv se acercaba al borde del acantilado. Tras provocarme, de pronto se me lanzó encima y me agarró del brazo. Sobresaltada, me la quité de encima. —¡¿Qué estás haciendo?!—

Pero Liv me soltó. Aprovechó el impulso de mi empujón para inclinarse hacia atrás—

—Siempre será una perdedora, Serenity.—

Liv cayó del acantilado ante mis ojos horrorizados. Justo antes de desaparecer, vi que sus labios formaban esas palabras.

Entonces, a mis espaldas resonó el rugido desgarrado de Elias: —*¡LIV!*—

Me giré rígidamente. Un auto negro se había detenido en la playa. Elias corría hacia nosotras, gritando mientras corría. Sus ojos estaban llenos de shock, de rabia… y de odio hacia mí.

La comprensión me golpeó. Sabía perfectamente cómo se veía esto para un extraño. Me apresuré a explicar: —¡No! No la empujé; ¡ella saltó!—

Créame, Elias.

—Créame, por favor, créame…—

Desperté de un salto, con el sudor frío empapando mi camisón. Había estado hablando dormida.

El sabor amargo de viejos recuerdos aún persistía. El reloj de la pared marcaba las 3 p. m. Ya habían pasado veinte horas desde que Elias no había vuelto a casa.

Llamé a Lizzie. —¿Elias ha regresado?—

La esperanza en mi voz se topó con su expresión, y esa fue mi respuesta.

* * *

No solo ese día. Durante muchos días después, Elias no regresó.

Sin llamadas. Sin mensajes. Bien podría haber desaparecido.

Lo llamé sin parar, pero siempre daba ocupado. Si las operaciones de la manada no hubieran estado funcionando con normalidad, quizá me habría preocupado de que algo le hubiera pasado.

Pero eso no me tranquilizó. Elias ya se había quedado fuera antes, pero nunca tantos días sin decir palabra.

Y había algo más extraño: también desaparecieron las mujeres que solían venir a alardear de sus relaciones con él. Elias no estaba conmigo, y tampoco con ellas. Era como si de repente se hubiera vuelto monje, y aun así le había perdido la pista.

Finalmente, ya no pude quedarme de brazos cruzados.

Fui hacia la puerta y me detuvieron los dos guardias asignados a vigilarme.

—Luna —dijeron; el título sonó respetuoso, el tono, todo menos eso —: no se le permite salir de la mansión.—

—Entonces díganme dónde está Elias ahora mismo.—

—Lo sentimos. No podemos decirlo.—

—¿Elias les ordenó mantenerlo en secreto? —insistí—. ¿Les dijo específicamente que no me lo dijeran?—

—No, el Alfa no dio tal orden. Pero…— Pero yo era la última persona a la que Elias quería ver. Lo leí en sus ojos.

—Escuchen —apreté los puños, usando hasta la última gota de fuerza para mantener la dignidad—: si Elias no se los ordenó directamente, no tienen derecho a negarse. Puede que esté confinada en esta mansión, pero sigo siendo su Luna. ¡Tengo derecho a saber la verdad!—

Los dos guardias se miraron y luego respondieron de mala gana: —El Alfa se ha estado quedando en la villa del norte estos últimos días.—

—¿Qué está haciendo allí?—

—Está… cuidando a una paciente.—

¿Una paciente? Un instinto me dijo que no me gustaría la respuesta.

—¿Qué paciente?—

—Una muchacha que perdió la memoria —dijo el guardia—. El Alfa dice que podría ser una vieja conocida.—

¿Qué clase de vieja conocida hacía que Elias se quedara fuera de casa?

Se me encogió el corazón. Al recordar mi pesadilla, sentí una necesidad urgente de ver a Elias de inmediato.

—¡Llévenme con él!—

Los guardias empezaron a negarse, pero los corté: —Lo digo en serio. ¡Si no me llevan, me lanzaré por una ventana del piso de

arriba!—

Para demostrar que hablaba en serio, me di vuelta y corrí hacia una ventana cercana, trepando al alféizar.

—Por favor, no haga nada peligroso, Luna. Puedo llevarla con el Alfa. —

Volteé. Herman, el Beta de mayor confianza de Elias, suspiró e inclinó la cabeza ante mí.

Era de las pocas personas de la manada Vernal que todavía me mostraban respeto—además de Lizzie y el Dr. Charles.

Confiaba en él.

Herman cumplió su palabra. Sin otra pregunta, me escoltó afuera. Llevaba seis meses sin poner un pie fuera de la mansión. Antes de poder contemplar el paisaje, ya iba en un auto rumbo a la villa del norte de Elias.

Era su propiedad privada, rara vez usada. Al acercarnos a las rejas, mi corazón se aceleró inexplicablemente, como si mi cuerpo se resistiera a lo que estaba a punto de ver.

La villa estaba en silencio. Ni siquiera había sirvientes.

Herman tenía llave. Abrió la puerta, pero no quiso subir conmigo. —Puede que sea mejor que vea al Alfa sola.—

Estuve de acuerdo y subí por mi cuenta.

En el segundo piso, oí voces que venían del dormitorio principal. La puerta estaba entreabierta. Dos personas hablaban adentro.

Me acerqué sigilosamente. La alfombra mullida amortiguó mis pasos, así que no me oyeron. Por la rendija vi la espalda de Elias. Estaba sentado al borde de la cama, sosteniendo un tazón de sopa. En la cama había una mujer; su rostro quedaba oculto por el cuerpo de él.

—Vamos, un sorbo más.—

Elias la estaba alimentando. Su voz era tan suave, sus movimientos tan cuidadosos, como si estuviera tratando algo infinitamente precioso y frágil.

Los celos me inundaron el corazón. Nunca lo había oído hablarme así. Conmigo, Elias siempre era o demasiado cortés o demasiado frío, manteniendo la distancia. Nunca había visto ese lado suyo.

Y sin embargo, ahí estaba, transformado en alguien que no reconocía.

—De verdad ya no puedo beber más.— La queja coqueta de la mujer me dejó helada.

Esa era la voz de Liv.

¿Cómo era posible? ¿Cómo podía seguir viva?

—Todavía me duele la cabeza, Elias. ¿Y si nunca recupero la memoria?— Se recostó en sus brazos. Elias dejó el tazón a toda prisa y la sostuvo con delicadeza. —Está bien. Vas a estar bien. Te lo prometo.—

—No me dejes sola, Elias.— Sonaba tan débil, tan desamparada. —Eres la única persona que recuerdo. Eres todo lo que me queda en este mundo.—

—Está bien. No me voy a ningún lado. Me quedo aquí contigo.—

—Te amo, Elias.—

—…Yo también te amo, Liv.—

Cuando se abrazaron, se movieron lo suficiente para que yo viera su rostro. El rostro que jamás olvidaría.

Liv. Definitivamente era ella.

En ese momento, todo cobró sentido.

Por qué había roto su promesa. Por qué había desaparecido días sin decir una palabra. Era por esto.

Yo me había quedado en casa muriéndome de preocupación, imaginando todas las posibilidades terribles: accidentes de auto, ataques de cazadores; la gente mataría por el cadáver de un Alfa. Esperé como una tonta durante días. Y él había estado aquí todo el tiempo, cuidando a su amor resucitado.

Probé mis propias lágrimas amargas. Una furia feroz me recorrió, y empujé la puerta con ambas manos.

Pum.

La pareja adentro se separó de golpe.

—¿Serenity?— Elias me miró incrédulo. —¿Qué hace aquí?—

—¿Por qué no habría de estar aquí? ¿Estoy interrumpiendo su reencuentro?— Algo me ardía en el pecho, el calor me picaba en los ojos. Mantuve el rostro imperturbable, negándome a dejar que cayeran más lágrimas.

Tal vez mi expresión era demasiado terrible, porque Liv se escondió detrás de Elias. —Tengo miedo… Elias, ¿quién es ella?—

—Una conocida mía.— Elias vaciló antes de responder.

Esa sola palabra me atravesó el corazón. Novella rugió dentro de mí: *¿Una conocida? ¡Soy tu Luna! ¡Soy tu compañera destinada, Elias!*

Pero antes de que pudiera hablar, Elias me agarró del brazo y me sacó de la habitación. —Hablemos afuera.—

Usó una orden de Alfa. No tuve más opción que obedecer.

Nos quedamos en el pasillo. El aire de la casa, deshabitada por tanto tiempo, estaba frío, pero no tanto como el hielo en mi corazón. Elias estaba en lo alto de las escaleras, con el rostro vuelto hacia otro lado, sin mirarme. Ninguno de los dos habló. Nos quedamos ahí como dos tontos.

—Usted prometió que volvería,— dije por fin. —Dijo que estaría en casa pronto, pero desapareció toda una semana.—

—Lo siento. Surgió algo inesperado.— Su tono era deliberadamente despreocupado, como si solo hubiera llegado cinco minutos tarde.

—¿Y por eso no contesta el teléfono durante una semana? ¿Simplemente me deja sentada en esa mansión, muerta de miedo? — Lo miré con furia. —Respóndame, Elias. ¿Por qué está Liv aquí? Se suponía que debía estar muerta—

—¡No está muerta!— me cortó Elias. —Ese es el "inesperado" del que hablé. La encontré. Mi Liv. Está viva, solo perdió la memoria, ¡así que tengo que cuidarla!—

—Eso es imposible. ¡La vi caer con mis propios ojos!— Tenía que dejar esto claro, no solo como su compañera, sino como su Luna. — Se confirmó su muerte. Si sobrevivió, ¿por qué aparecer ahora? ¿No le parece demasiado conveniente? ¿Y si es una espía de otra manada, o otra trampa puesta por los cazadores? Usted ama a Liv y visita su tumba cada mes; cualquiera que investigue lo sabría. ¡No es precisamente un secreto!—

El ataque de cazadores de hace seis meses todavía nos perseguía. Todos creían que yo era la traidora, pero yo sabía que el verdadero seguía suelto.

Eso ya era un riesgo enorme. Y ahora Liv había reaparecido, poniéndole al Alfa delante a una amante resucitada y convenientemente amnésica. Era la oportunidad perfecta para un enemigo.

Está claro que mis sospechas enfurecieron a Elias. No toleraba que nadie cuestionara a su amada.

—¿Cómo se atreve a echarme eso en cara?— soltó con desprecio. — ¿Tiene miedo de que olvide quién empujó a Liv por ese acantilado? ¿O me está recordando quién me traicionó?—

Se me cortó la respiración. —Yo no—

—¡Suficiente, Serenity!— Elias parecía exhausto. Después de seis meses discutiendo sobre el traidor, ya no me creía. Ahora ni siquiera quería escucharme. —Liv está viva. Nada me hace más feliz. No quiero seguir escarbando en lo que usted hizo en el pasado, pero tengo una condición: manténgase lejos de ella. No haga ninguna estupidez que me haga enojar. De lo contrario… no puedo prometer lo que haré.—

Por fin se me desbordaron las lágrimas. Se me desbordaron, y las palabras salieron amargas. —¿Qué me va a hacer? ¿Matarme?—

Me miró por un largo momento. —No voy a matarla. Serenity, quiero el divorcio.—

CAPÍTULO 4



SERENITY KELLER

Se me heló la sangre en las venas.

Pensé que había oído mal. —¿Qué dijo?—

Divorcio. La palabra pareció venir de muy lejos antes de estrellarse contra mi realidad, dejándome los oídos zumbando.

—Me escuchó bien —repitió Elias—. Dije que quiero divorciarme—.

—Está loco. ¡No puede hacer esto! —balbuceé, casi sin ser consciente de lo que decía, agarrándome a cualquier cosa, como quien se ahoga y se aferra a un clavo ardiendo—. ¡Somos compañeros predestinados! Elias, ¡nuestro vínculo lo dispuso la Diosa Luna!—

—La Diosa Luna se equivocó —Elias no quiso mirarme—. Ella me llevó hacia usted, pero quien de verdad me pertenece es Liv. Ahora que volvió, voy a corregir ese error—.

¿Nos estaba llamando un *error*?

Yo había atesorado cada momento hermoso que compartimos, tallándolos en mi memoria como inolvidables. Pero Elias no lo veía así en absoluto. Si nuestro encuentro fue un error, ¿significaba eso que cada palabra que dijo para salvarme también lo fue?

En ese instante, Novella gimoteó dentro de mí. Me dolió tanto el corazón que se me quedó dormido, y por fin se me cortaron las lágrimas.

Surgió una preocupación más práctica. Mi mano se deslizó sin querer hacia mi vientre.

Si Elias de verdad se divorciaba de mí, ¿qué pasaría con nuestro hijo?

Todo el mundo sabía que, una vez que los compañeros predestinados se unían, se quedaban juntos para siempre. Si querían separarse, casi siempre había un solo camino: el rechazo.

Por ahora, Elias solo hablaba de divorcio. Pero ¿y después?

¿Y si, después del divorcio, decidía cortar por completo nuestro vínculo de pareja…?

El pensamiento me desató el pánico. El rechazo entre lobos causaba un dolor insoportable. Yo podría aguantarlo, pero el bebé dentro de mí tenía apenas tres semanas. Tan frágil. Tan fácil de perder. Si pasaba lo peor, ¿podría una vida tan diminuta soportar el trauma del rechazo?

¿Estaba dispuesta a jugarme la seguridad de mi hijo por una posibilidad tan incierta?

Sentí la garganta dolorosamente seca, y supe que no podía darme el lujo de echarme atrás. Me forcé a hablar.

—Elias, ¿de verdad va a hacer esto? —pregunté—. Aunque nunca me haya amado, fuimos compañeros por más de un año. ¿Me está diciendo que no siente absolutamente nada por mí?—

—Deje de hacerse la víctima, Serenity. No voy a caer en su teatro dos veces —ya lo tenía decidido, y se volvió hacia mí con una frialdad resuelta.

—¿Con qué derecho habla de sentimientos? Desde el momento en que me engañó, desde el día que empujó a Liv al mar, ¡lo único que he sentido por usted es odio! ¡Los traidores merecen castigo! ¡Así lo dicta la ley de la manada!—

Se me helaron manos y pies.

Sus palabras resonaron en mi mente.

Engañó.

Odio.

Traidora.

Cada palabra, cristalina.

Quise contarle a Elias sobre el embarazo, pero ahora me quedé callada.

Tenía miedo. Su odio y su sospecha eran absolutos. Si se enteraba de este hijo, haría todo lo posible por hacerme deshacerme de él. Justo en ese tipo de persona se había convertido.

Pero me negué a rendirme. Me había costado tanto trabajo concebir a este bebé. Pase lo que pase, tenía que protegerlo.

—Su padre no va a aceptar esto —dije, esforzándome por mantener la voz firme—. Piénselo bien. ¡La manada Vernal necesita un heredero!—

—No necesito su aprobación. Ya no es el Alfa. No puede controlarme. Y sin usted, Liv puede darme un heredero—.

Nunca había odiado tanto las palabras que salían de la boca de Elias como ahora. —La voy a marcar y la haré mi Luna. Aunque tarde uno o dos años en concebir, o diez, u ocho, pasará tarde o temprano. Protegeré a Liv por el resto de mi vida. Se lo prometí—.

¿Y yo?

Abrí la boca, pero la pregunta no salió.

Busqué en su rostro, tratando de ver si de verdad hablaba en serio. Pero evitó mi mirada, y solo me dejó el perfil helado de su cara.

Cerré los ojos y por fin acepté la verdad. Nuestro matrimonio, nuestra relación… todo lo que había intentado proteger con tanto cuidado no significaba nada para Elias. El amor y la confianza que me esforcé tanto por ganarme eran cosas que otros recibían sin mover un dedo.

Me tomó todo este tiempo entender al fin lo que Liv quiso decir cuando me llamó perdedora antes de caer.

—¿Elias?— Liv apareció de pronto en lo alto de las escaleras. Sus pasos suaves nos interrumpieron, y ambos alzamos la vista.

—Liv, ¿por qué saliste de tu cuarto? —la voz de Elias se suavizó al instante. La frialdad que me había mostrado desapareció sin dejar rastro—. Te dije que descansaras—.

—Tenía miedo —Liv se aferró al pasamanos con ambas manos. Con su camisón blanco, parecía frágil y desvalida: pura e inocente—. Te fuiste por tanto tiempo. Pensé que me habías dejado—.

Inclinó con angustia su esbelto cuello. —Eres lo único que recuerdo. Cuando no puedo verte, me entra pánico. Quise venir a buscarte. ¿Interrumpí su conversación?—

—No —dijo Elias de inmediato—. Ella y yo no tenemos nada más que decirnos—.

Otra estocada directa al corazón.

Levanté la cabeza y me encontré con la mirada de Liv. Ella estaba arriba, mirándome desde su posición elevada. Un destello de burla cruzó por sus iris castaños. Creí haberlo imaginado cuando, de pronto, perdió el equilibrio y se fue de frente—

—¡Ah!—

—¡Cuidado!—

Elias subió corriendo y la atrapó antes de que cayera. Luego se abrazaron con fuerza.

—¿Te hiciste daño? —le tembló la voz de pánico.

Liv reposó en sus brazos y negó suavemente con la cabeza. —Estoy bien. Solo un poco mareada. Gracias por atraparme—.

—No bajes sola otra vez. Si necesitas algo, pídemelo —sonó severo, pero cualquiera podía oír la ternura debajo.

Liv asintió obediente. Su mirada se deslizó por encima de su hombro como si apenas entonces me hubiera notado. Se sonrojó. —Elias, esa señora todavía está aquí. Deberías soltarme—.

—Está bien. Ella ya se va —dijo Elias—. Déjame llevarte de vuelta a tu cuarto—.

Se inclinó y alzó a Liv en brazos, como a una princesa. Qué romántico.

Vi a mi compañero sostener a otra mujer con tanta intimidad. Los vi subir las escaleras y desaparecer, dejándome sola en el pasillo frío.

Hasta pude oír su conversación en voz baja mientras se alejaban, suave como susurros de amantes.

Me tapé los oídos, como si eso pudiera bloquear mi audición de loba. Mi hombro dio contra la pared. Me apoyé en ella y avancé, paso a paso, hasta salir de la villa. Cuando vi la expresión de susto de Herman, me di cuenta de que tenía la cara surcada de lágrimas.

Me limpié las mejillas. Mi voz salió extrañamente serena. —Lléveme de vuelta a la mansión—.

Herman vaciló, claramente queriendo decir algo, pero lo ignoré y subí al auto. Me siguió y tomó el asiento del conductor. Cuando encendió el motor, miré por el espejo retrovisor hacia la ventana del

segundo piso de la villa. Detrás del cristal colgaban cortinas, y dos siluetas se recortaban contra ellas.

Aparté la mirada. El auto salió despacio y se alejó de ese lugar.

Elias, ya no te quiero.

* * *

—Quisiera reunirme con el Anciano en la sala. Dígale que tengo noticias importantes acerca de una nueva vida que necesito discutir con él.

Ya de vuelta en la mansión, le dije esto a Herman con el rostro inexpresivo. Luego, bajo la mirada atenta de los guardias lobo, entré en el único lugar donde podía estar sola: el baño.

Abrí la regadera. El agua tronó al caer. Bajo su amparo, solté todo el dolor que había embotellado durante el último año. Lloré sin control.

Elias quería divorciarse. Ya había tomado su decisión. Nada de lo que dijera la cambiaría. Entonces, ¿qué podía hacer?

¿Suplicar? ¿Rogar? ¿Arrastrarme por migajas de su lástima?

Nada de eso funcionaría. Pasé un año sin lograr ablandar su corazón ni ganarme su confianza. Otro año, o diez, no harían diferencia.

Y estaba agotada. Ya no quería ser Serenity Vernal.

Tal vez era hora de soltar. Aunque significara cargar con la falsa etiqueta de traidora, aún podía volver a ser Serenity Keller.

Cuando se me acabaron las lágrimas, me sentí algo mejor; ayudara o no, al menos había liberado parte de las emociones que tenía contenidas. Cerré la regadera y toqué mi vientre desnudo, tratando de sentir la diminuta vida dentro de mí.

Tenía que planear por mí y por este hijo.

Este bebé era inocente. No debía cargar odios ni rencores que no le pertenecían. Merecía llegar al mundo bendecido y deseado. Ni siquiera Elias podía tener permitido hacerle daño.

Pero, ¿qué podía hacer?

Mi cabello mojado trajo oleadas de frescura a mi cabeza y aclaró mis pensamientos.

Había sido ama de casa de tiempo completo por demasiado tiempo. Solo era una Omega de linaje débil, cuyas únicas habilidades eran cocinar y preparar café. Siempre había dependido de la manada Vernal. Incluso ahora que tenía algo que desesperadamente quería proteger, no tenía poder para hacerlo.

Eso me dejaba una sola opción.

Cuando la idea se me ocurrió, una feroz resistencia me apretó el corazón. Novella se lamentó con un aullido doliente dentro de mí.

Salí del baño. Afuera, el cielo ya se había oscurecido. Lizzie esperaba junto a la puerta y me tendió una toalla seca. —Luna, el señor Alfred ha llegado.

—Lo sé. —Me sequé el cabello lentamente.

Por primera vez, me sentí completamente tranquila al ir a verlo.

En la sala, Alfred estaba de pie junto a la ventana, de espaldas a mí. Cuando entré, se volvió. Su mirada aguda me recorrió y frunció el ceño; probablemente me encontró una vez más indigna del apellido Vernal.

Antes, esa mirada me habría herido. Ahora, no me importaba en lo absoluto.

—¿Qué es eso de 'noticias importantes acerca de una nueva vida'? —preguntó con impaciencia—. Si viene a llorar por Elias y a rogarme que lo traiga de vuelta, ni se moleste.

Así que sabía que Elias no había estado en casa en siglos.

Pero a ninguno le importaba.

Respiré hondo y negué con la cabeza. —No vengo por eso. Vine a hacer un trato con usted.

Alfred alzó una ceja. —¿Un trato? ¿Qué le hace pensar a una Omega bajo sospecha de traición que puede negociar conmigo?

—Porque estoy embarazada.

Crac.

La sala quedó en silencio. La leña crujió en el hogar. La expresión de Alfred pasó del desprecio a la sorpresa y luego al júbilo. Avanzó a zancadas hacia mí. —¿Qué dijo? ¡Repítalo!

—Estoy esperando un hijo de Elias. Tres semanas. —Lo miré de frente—. El Dr. Charles puede confirmarlo.

—¡Bien! ¡Excelente! ¡Por fin ha concebido! —Alfred aplaudió y se rió, paseándose por la habitación, excitado—. ¡La manada Vernal por fin tendrá un nuevo heredero! Esto amerita una celebración—

—No lo celebre todavía, Padre. —Corté su alegría—. No he terminado. Sí, estoy embarazada. Pero es probable que Elias no quiera a este niño. Quiere divorciarse de mí.

—¡¿Qué?! —La risa murió al instante. Alfred parecía a punto de estallar.

Exposé los hechos con calma. —¿Sabe de Liv, verdad? La integrante de la manada que supuestamente se ahogó. No está muerta. Volvió. Elias quiere hacer de Liv su nueva Luna. Aunque aún no toma una decisión final, para hacerla su Luna tendrá que cortar nuestro vínculo de pareja destinada. El rechazo sometería mi cuerpo a una enorme tensión. Yo podría soportarlo, pero el bebé dentro de mí probablemente no.

—¡Esto es indignante! —rugió Alfred—. ¿En qué está pensando Elias? ¡Nunca ha sido tan irresponsable!

Su arrebato duró solo unos segundos antes de que recuperara la compostura. Me estudió con ojos calculadores. —¿Así que este es su 'trato'? ¿Quiere que aleje a Liv de Elias por el bien de este niño?

—No, no es eso. —Apreté los puños en silencio—. Quiero que, por ahora, le oculte a Elias la existencia de este niño; que impida que me obligue a abortar. Después de dar a luz...

Me detuve. El resto de las palabras se me atoraron en la garganta.

Mi corazón—Novella—luchaba desesperadamente por impedir que terminara esa frase. Pero esto era lo único que podía hacer por este niño, por mí. Ya no podía darme el lujo de ser egoísta.

—...Entregaré al bebé a la manada Vernal. —Forcé las palabras a salir. Los ojos me escocieron de forma inexplicable. Eché la cabeza hacia atrás, preservando la poca dignidad que me quedaba frente a Alfred.

Si hubiera podido, me habría llevado a este niño y habría desaparecido muy lejos.

Aunque no tuviera riqueza, podría darle amor. Podríamos vivir una vida ordinaria. Podría estar a su lado desde su nacimiento hasta que se convirtiera en adulto. Todo el amor de familia que yo nunca recibí, se lo daría sin condiciones.

Pero eso era imposible.

Mi mente racional seguía recordándome cuánto ansiaba la manada Vernal un nuevo heredero. Si intentaba huir, me perseguirían sin descanso hasta que entregara al niño. No podía llevármelo conmigo.

—A cambio, me permitirá dejar la manada Vernal. Déjeme libre.

Alfred se mostró sorprendido por segunda vez; claramente no esperaba esta condición.

Pero sabía que no se negaría. Con mi estatus de traidora, yo era como una nota discordante dentro de la manada. Si me ofrecía a

irme y convertirme en errante, Alfred lo consideraría un regalo.

—¿Por qué haría esto? —Alfred no se negó, pero aún dudaba de mis motivos—. Por fin tiene un hijo. ¿No quiere usar a este bebé para retener a Elias?

Sonreí con amargura. —La de antes habría pensado así. Pero ahora lo veo con claridad. Él me odia. No va a amarme de repente por un hijo. En vez de permitir que este bebé crezca rodeado de odio, es mejor dejarle recordar solo el amor de su padre.

Media verdad, media mentira.

—Muy bien. Su propuesta me intriga. —Los ojos del viejo lobo se entrecerraron—. Trato hecho. Yo me encargo de todo y me aseguraré de que él no se entere. Pero recuerde su promesa: en el momento en que nazca el niño, usted desaparece.

—Lo prometo —susurré.

Después de que Alfred se fue, me dejé caer en una silla, completamente vacía.

Por fin había ganado tiempo para mí y para mi hijo.

Diez meses. Solo tenía que resistir diez meses y todo terminaría. Desaparecería, borrando todo rastro de mí de la manada Vernal, volviendo a quien era al principio.

Y este niño se quedaría. Crecería a salvo dentro de la manada, teniendo todo lo que merecía…

Excepto una madre.

CAPÍTULO 5



SERENITY KELLER

Tras preparar mi partida, empecé a empacar mi cuarto.

Lizzie me trajo tres maletas vacías. Seguramente asumió que, como Luna, tendría mucho que llevar. Pero al final, solo llené una.

Abrí el armario con la intención de sacar mi ropa, pero estaba lleno de trajes y camisas de Elias, todos ordenados con esmero. Yo misma había planchado cada uno hasta dejarlos impecables, organizándolos por color y ocasión para que él pudiera agarrar lo que necesitara en cualquier momento. Sus corbatas estaban guardadas aparte porque me gustaba anudárselas cada mañana. Elias siempre se quejaba de que era una molestia, pero igual se quedaba ahí, esperándome. Solía pensar que esa indulgencia significaba que le importaba. Qué ingenua había sido al sentirme feliz por eso durante tanto tiempo.

Mi propia ropa ocupaba muy poco espacio, y la mayoría eran vestidos que Elias me había dado en nombre de la manada Vernal. Sabía que eran el uniforme estándar de una Luna, no regalos personales para Serenity como persona. Lo mismo pasaba con las joyas caras, que en su mayoría se quedaban acumulando polvo en la caja fuerte. Salvo en bailes y ceremonias, casi nunca tocaba nada de eso.

Ahora no tenía intención de llevarme nada de eso.

Al final, empacé solo algunos cosméticos del tocador, unos cuantos libros que leía seguido, ropa informal y artículos de aseo. Eso era todo. Fue desconcertante, la verdad. Hasta ahora me daba cuenta de cuánto me había descuidado, tanto antes como después del matrimonio.

Ser Luna venía con un estipendio, pero nunca lo gasté en mí. Me encantaba cocinar y moler café, así que invertí todo mi dinero en ingredientes y granos, experimentando sin parar con nuevos platillos para Elias.

Para asegurarme de que Elias disfrutara sus comidas, me entregué a estudiar nutrición. Busqué por cielo, mar y tierra ingredientes que cumplieran con sus necesidades nutricionales y al mismo tiempo agradaran a su paladar. Todos esos números fríos —vitaminas, compuestos, niveles de ingesta— me daban dolor de cabeza. Pero ver a Elias devorar lo que cocinaba con cara de sorpresa hacía que todo valiera la pena.

Mi familia siempre había despreciado mis intereses como algo barato e inútil. Pero esas habilidades al final le ayudaron a Elias a aceptarme.

Por muy ocupado que estuviera, siempre lograba llegar a casa para comer conmigo. Charlábamos sobre nuestro día en la mesa. Por muy aburridas que fueran mis pequeñas historias, él las escuchaba con la misma atención que si yo estuviera presentando el informe financiero más importante.

Esos momentos habían sido los más felices de mi día.

Pero después de que Liv cayera al mar, Elias se negó a comer nada de lo que yo preparaba.

Tal vez en su cabeza yo era una sospechosa que podía envenenar su comida. Si así me veía, debía despejar toda la chatarra inútil de la cocina antes de irme. No había razón para dejar recuerdos míos atrás.

Qué tonta había sido. Toda esa 'felicidad' entre nosotros no era más que mi fantasía unilateral.

—Adiós —dije en voz baja—. No estaba segura de si se lo decía a esta casa llena de recuerdos o a mi yo del pasado.

* * *

Alfred cumplió su palabra.

Cuando arrastré mi maleta por las puertas de la mansión, los guardias de la entrada me fulminaron con la mirada, pero no me detuvieron como antes.

—Disfrute su 'tregua' —dijo Alfred, mirándome desde arriba—. Pero me reportará cada mes, y no puede salir del territorio Vernal. Si intenta huir con el bebé, ya sabe lo que pasa.

—Entiendo —respondí sin expresión. Luego me di la vuelta. Lizzie, que había venido a despedirme, tenía los ojos llenos de lágrimas. La voz se le quebró—. Luna, ¿de verdad te vas? ¿Cuándo vas a volver?

¿Cuándo iba a volver? Probablemente nunca. No tenía ganas de regresar a esta jaula.

Pero no podía decirlo en voz alta. En este último medio año, Lizzie fue la razón por la que no me sentí completamente sola. Así que fui vaga—. No lo sé. Necesito tiempo para despejarme. He estado en esta casa demasiado tiempo. Pero no te preocupes, Lizzie. Puedo cuidarme sola.

—Entonces al menos dime dónde te vas a quedar en la ciudad…

—No puedo. —Negué suavemente con la cabeza—. No puedo decírtelo. No puedo decírselo a nadie. Lo siento, pero no quiero que nadie de la familia Vernal me encuentre.

—Pero, Luna, si nadie sabe dónde estás, ¿y si el Alfa pregunta…?

—No va a buscarme —la corté y me forcé una sonrisa—. Irme es lo que más feliz hace a Elias.

Lizzie por fin se echó a llorar. Corrió hacia mí y me agarró la mano, negándose a soltarla. —¡Entonces me voy contigo! ¡Estás embarazada; no puedes estar sola, sin nadie que te cuide! Soy tu sirvienta. ¡Adonde vayas tú, voy yo!

Suspiré, dejé la maleta en el piso y la estreché entre mis brazos, dándole palmaditas en la espalda.

—No, Lizzie. Tienes que quedarte—. La rechacé con suavidad, pero con firmeza.

En diez meses, después de dar a luz, dejaría la manada Vernal. Marcada como traidora, la manada Keller ciertamente no me recibiría de vuelta. Sin hogar, me convertiría en una loba renegada desterrada. Lo sabía. Ya lo había aceptado.

Pero Lizzie era una buena persona. Precisamente por eso, no podía arrastrarla a una vida errante conmigo.

—¿Por qué? —Lizzie estaba fuera de sí—. ¿Me odias, Luna?

—Por supuesto que no —negué con la cabeza—. Agradezco que, durante mi año y medio con los Vernal, hubiera alguien como tú que creyera en mí. Pero justo por eso debes quedarte. La mansión necesita a alguien que administre las cosas. Tú conoces todo aquí. Y además…

Hice una pausa antes de seguir. —Pronto se mudará una nueva Luna. Va a necesitar tu ayuda.

Lizzie me miró con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

Pero tarde o temprano lo entendería. No dije nada más, tomé de nuevo mi maleta y me dirigí a la puerta.

Justo entonces, se abrió desde afuera.

Entró una ráfaga de viento frío. Alcé la vista instintivamente y vi a Elias, en casa por primera vez en muchísimo tiempo.

Ambos nos sorprendimos de encontrarnos aquí. A mí me sorprendió que hubiera dejado a Liv para volver. A él, probablemente, la maleta en mi mano.

—¿Vas a salir? ¿Quién le dijo que podía irse? —Su mirada recorrió la maleta. Irrumpió de inmediato, estirando la mano para quitármela.

—Regrese a su cuarto. ¡Ahora! ¿Dónde están los guardias? Lizzie…

Apreté con fuerza el asa y jalé la maleta hacia mí. —¡No se moleste en llamar a nadie! ¡Soy libre!

Elias se quedó helado. Retrocedí un paso tambaleándome y me obligué a mantenerme erguida bajo su mirada inquisitiva. —¡Alfred dio permiso! Elias, solo soy una sospechosa, no una convicta. ¡No puede tenerme encerrada para siempre!

La furia le cruzó los ojos. Apretó los labios y tragó, luchando por controlar sus emociones.

Se metió las manos en los bolsillos y no se detuvo hasta quedar incómodamente cerca. Era media cabeza más alto que yo, su sombra cerniéndose sobre mí, irradiando presión. —Serenity, ¿cree que salir de esta mansión es algo bueno? No tiene idea de lo que va a enfrentar allá afuera. Los miembros de la manada que odian a los traidores están sedientos de sangre. ¡La quieren muerta! ¿Qué cree que la ha mantenido a salvo todo este tiempo?

—Ahora le doy una última oportunidad—. Su expresión era pétrea. —Deje la maleta y regrese a su cuarto. Haré como si nada de esto hubiera pasado.

—No voy a volver—. Apreté la mandíbula, negándome a acobardarme.

¿Protección? ¿Acaso la verdadera protección no debería significar limpiar mi nombre?

Me había encerrado en esta mansión, me había tratado como a una criminal y, aun así, se negaba a impulsar la investigación. ¡Todos creían que yo era la traidora que había vendido a la manada! ¿Y tenía el descaro de llamar a eso *protegerme*?

Nunca había confiado de verdad en mí.

—Debería alegrarse por esto, Elias. No puede esconder a Liv fuera para siempre. Pero si la trae de vuelta a la mansión, ¿de verdad puede sentirse tranquilo conmigo bajo el mismo techo que ella?

Antes me importaba tanto cómo me veía él. Me había negado a aceptar la etiqueta de traidora. Pero ahora mismo sentí una temeraria satisfacción al restregársela en la cara.

Su ceño se profundizó, como si algo no le encajara. —Eso no le incumbe.

Solté una risa, y las palabras se precipitaron. —Lo sé, eso es exactamente lo que está pensando. Por su seguridad, debería deshacerse de la «asesina». Así que ahora me voy por mi cuenta. Puede traerla a casa cuando quiera.

—¿Cómo puede decir eso tan fácil? Después de traicionarme, ni siquiera siente un ápice de remordimiento… —Su voz se alzó con ira.

Lo miré sin poder creerlo, con todo el cuerpo temblándome de rabia.

—Piense lo que quiera—. Agarré mi maleta y caminé hacia la puerta. —Adiós, Elias.

—¡Serenity!

Elias me llamó de pronto. Me di la vuelta. —Piénselo bien—. Tenía la mandíbula apretada, cada palabra saliéndole entre dientes.

Lo miré hacia arriba. —Elias, aunque las cosas hayan terminado así entre nosotros, quiero que sepa… de verdad le estuve agradecida por su ayuda en aquel entonces.

Pero la gratitud no podía convertirse en amor. Eso recién lo entendía ahora.

Con eso, me di la vuelta y me fui sin mirar atrás. La maleta pesaba, pero el corazón me pesaba menos que en mucho tiempo.

Solo yo sabía—esta vez era distinto. Esta vez, de verdad me estaba yendo.

Dejé la mansión Vernal, subí a un auto y me dirigí al centro, dejando atrás la jaula dorada que me había tenido prisionera por más de medio año. Antes, no la había odiado tanto. La había considerado mi hogar, había tratado de encajar, de ser aceptada. Pero nunca me aceptó de verdad.

Si ese era el caso, ya no iba a intentar agradarles, ya no iba a sacrificarme por gente a la que no le importo.

Avancé con determinación, me interné en la tibia luz del sol y no volví la vista atrás.

CAPÍTULO 6



ELIAS VERNAL

Llevé a Liv a la sede de Vernal Corporation. Se veía nerviosa. Podía oír su corazón latiendo más rápido de lo normal.

Era comprensible.

Todavía no recuperaba sus recuerdos, y aun así ya la traía a trabajar. Por supuesto se sentiría ansiosa y asustada. Pero los médicos habían dicho que la mejor manera de ayudarla a recuperar la memoria era hacer que reviviera su pasado.

—¿Recuerdas este lugar?—

La conduje al elevador y lo pregunté en voz baja mientras presionaba el botón del piso veintiocho. Noté la mirada de Liv clavada en el número, y un sentimiento de orgullo me subió al pecho. En esta ciudad, todos conocían la posición de Vernal Corporation. Cada piso era un recordatorio de la inmensa riqueza y poder que mandaba esta manada.

Este era el imperio que mis ancestros y yo habíamos construido con sangre y sudor.

La gloria que pertenecía solo a la manada Vernal.

—No me acuerdo—. Por fin apartó la vista y se acercó a mí, con expresión perdida y vulnerable. —Perdón, Elias. Todavía no consigo recordar nada—.

—Está bien. La amnesia no es tu culpa—. Se me tensó el cuerpo un instante. —Mientras hayas vuelto, eso es lo que importa. Podemos empezar de nuevo—.

Después de decir eso, mi mente se distrajo. La figura decidida de Serenity apareció en mi mente mientras se alejaba ayer.

Empezar de nuevo con Liv significaba mantener la distancia con Serenity. Su partida era un desenlace inevitable. Y aun así no había podido dormir en toda la noche. Cada vez que cerraba los ojos, su silueta estaba ahí, como una mancha en el vidrio que no se puede borrar. Por más que intentara no pensar en ella, se quedaba de pie, mirándome con ojos tristes.

La voz de Liv me sacó de ese estado. Me jaló de la manga, desconcertada. —¿Elias? Ya llegamos—.

Expulsé la imagen a la fuerza y logré sonreír. —No es nada. Vamos—.

Deja de pensar en ella, Elias. Es solo una traidora que te engañó. Deberías alegrarte de que se haya ido, no sentirte inquieto ni renuente.

Seguí repitiéndome eso mientras sacaba a Liv del elevador.

Antes de la amnesia, Liv había sido mi secretaria personal. No estaba seguro de cuánto se habían visto afectadas sus habilidades profesionales. Para ir a lo seguro, en cuanto llegamos a mi oficina llamé a Herman por la línea interna.

Llegó rápido. En cuanto empujó la puerta y su mirada cayó en Liv, que estaba de pie obedientemente a mi lado, frunció el ceño.

—Herman, avísales a todos—, dije sin rodeos. —Desde ahora, Liv volverá a trabajar en la corporación. Retomará su puesto—.

Herman abrió la boca. —Pero, Alpha—, dijo por fin, con el tono cargado de preocupación, —la señorita Liv acaba de regresar y tiene amnesia. Me preocupa que el puesto de secretaria sea demasiado exigente. Podría empeorar su condición—.

Sus palabras sonaban a preocupación por Liv, pero capté el mensaje de fondo. Como mi Beta, Herman siempre había sido cauteloso. Le preocupaba que su amnesia afectara la eficiencia del trabajo y causara problemas a la compañía.

Pero no entendía. Liv me había salvado la vida. Recompensarla era algo que tenía que hacer.

Justo cuando batallaba con cómo responder, Liv dio un paso al frente. —Está bien. No le tengo miedo al trabajo duro. Si hay algo que no sé, puedo aprenderlo. Me voy a esforzar—.

Su consideración me tranquilizó, y también me hizo detenerme.

Ese tipo de atención… Serenity solía dármela también. Planchaba cada prenda mía, recordaba todos mis pequeños hábitos y me preparaba mis comidas favoritas. Ese cuidado era algo que nunca había experimentado mientras me formaban para ser el Alpha de la manada…

Liv notó mi silencio y me jaló de la manga.

—Está dispuesta. Solo arréglalo—. Me repuse y le di la orden a Herman. —Confía en sus capacidades, Herman—.

La boca de Herman se contrajo, pero asintió.

—Por supuesto. Me encargo, Alfa —añadió—. Al fin y al cabo, soy tu Beta. Mi trabajo es ejecutar, no cuestionar tus decisiones.

Sonaba disgustado. Me froté la nariz y decidí fingir que no había captado su queja.

La incorporación de Liv se procesó rápido. La acompañé personalmente a su área de trabajo y la reintroduje con las jefaturas

clave de departamento. Captó todo con rapidez, para nada como alguien que los estuviera conociendo por primera vez. Pensé que quizá sus recuerdos volvían poco a poco, aunque ella aún no se hubiera dado cuenta.

—Aquí es donde vas a trabajar. Ese es tu escritorio. Tómate un tiempo para familiarizarte con todo.

Por fin, la llevé al piso de secretarias en el nivel veintiuno y le mostré su estación de trabajo.

Le recordé con paciencia: —No hay prisa por empezar oficialmente hasta mañana. Si tienes alguna pregunta, contacta a Herman o llámame.

Liv echó un vistazo a su asiento. Pareció desprenderse de ella un leve rastro de desagrado. Aspiré el aire, desconcertado, y la miré. Pero cuando alzó el rostro hacia mí, lo único que vi fue una sonrisa diáfana.

Quizá me lo imaginé.

—Gracias, Elias. De pronto me abrazó el brazo y apretó su cuerpo contra el mío. Ese contacto suave me puso rígido al instante.

—Te tomaste todas estas molestias por mí. Estoy tan feliz. Sonrió con timidez y, antes de que pudiera reaccionar, se puso de puntas y rozó mis labios con un beso ligero.

A nuestro alrededor se alzaron jadeos ahogados y murmullos. Las secretarias se quedaron pasmadas ante aquella escena repentina. Sentí incontables miradas sobre nosotros, el aire cargado de chismes.

Me sobresalté. Mis sentimientos eran… extraños. Esperaba estar feliz —al fin y al cabo, estaba besando a la mujer con la que quería casarme—. Sus labios eran suaves, su aroma agradable. Nada en ella resultaba repelente.

Y, aun así, mi corazón se negaba a alzarse. Fenrir yacía apático dentro de mí, desinteresado de todo, y su apatía se me contagiaba. Lo único que sentí fue torpeza y confusión.

—Mientras estés feliz… Al final la aparté con suavidad, poniendo algo de distancia entre nosotros—. Tengo que ocuparme de otros asuntos. ¿Vas a estar bien por tu cuenta?

—No te preocupes. Déjamelo a mí —sonrió Liv.

Asentí, la dejé en su trabajo y regresé a mi oficina.

Cerré la puerta y me lancé al trabajo, tratando de ignorar la sensación desagradable que me había dejado su beso.

Los archivos se amontonaban en mi escritorio. Firmé, aprobé y tomé decisiones; todas esas rutinas conocidas hoy se sentían inusualmente tediosas y caóticas.

Mi mano se detuvo. La punta del bolígrafo se arrastró por el contrato y la mancha de tinta arruinó todo mi trabajo.

Tiré el bolígrafo con frustración y me recosté en la silla. Mis dedos tocaron mis labios y me los froté sin pensar. Por alguna razón, de pronto pensé en Serenity.

Alfred la había liberado por encima de mi autoridad.

Llevaba un día fuera de la mansión. No tenía idea de dónde estaba.

Esos pensamientos me alteraban mucho más que el beso de Liv.

Al principio, me enojó la determinación con la que se había ido. No entendía cómo podía aceptar mi protección todo este tiempo y luego darse la vuelta para culparme. ¿Acaso creía que salir de la mansión y ser “libre” era algo bueno?

Los miembros de la manada que la resentían solo esperaban a que estuviera sola. Sin la protección de la mansión, su vida solo se pondría más difícil.

Pero, a medida que pasó el tiempo y volví a la razón, una voz quedita me dijo que en realidad no había hecho nada malo.

Tenía razón. Una vez que Liv regresó, yo ya había decidido cortar lazos con Serenity. Dejarla ir era lo lógico. Seguía bajo sospecha, pero no había pruebas suficientes para demostrar que fuera la traidora. No podía retenerla para siempre. Iba en contra de mis principios y de las reglas de la manada.

No debería estar enojado con ella.

Y, aun así, cada vez que lo pensaba, mis emociones se salían de control. La frustración me consumía. Apenas podía respirar.

Me puse de pie de golpe y caminé hasta el ventanal de piso a techo. Las calles de la ciudad se extendían abajo, densas de edificios. Desde esta altura, el mundo se veía pequeño y vasto a la vez. Mi mirada vagó de un edificio a otro, preguntándome en cuál podría estar el departamento que Serenity había rentado.

¿Tenía suficiente dinero?

¿Cómo pensaba sobrevivir sola?

Las preguntas burbujeaban desde mi pecho como espuma que sube.

Serenity había crecido protegida en la manada Keller. Sus únicas habilidades reales eran cocinar y preparar café. A diferencia de Liv, no tenía un posgrado ni experiencia laboral. Lejos del apoyo de la manada, ¿de verdad podría sobrevivir por su cuenta?

Me temblaban los dedos sin control. Me asaltó un impulso poderoso y me di la vuelta, volví a grandes zancadas a mi escritorio y pulsé la línea interna.

La llamada conectó. Se oyó la voz de Herman. —Alfa, ¿qué puedo hacer por ti?

Tenía las palabras en la punta de la lengua cuando sentí una punzada de incomodidad. Fenrir me pinchó con impaciencia, así que

seguí. —¿No se acerca el cumpleaños de Serenity?

—Así es —confirmó Herman.

Me aclaré la garganta. —Entonces encárgate de que le envíen un pastel de cumpleaños. Pase lo que pase, sigue siendo la Luna de la manada. Al menos respetemos las formalidades. No voy a permitir que otras manadas se rían de nosotros.

—Entendido. Me encargo.

—Además…—por fin di vueltas hasta llegar a mi verdadero propósito.—Se mudó de la mansión, así que asegúrate de que el pastel vaya a su nueva dirección. Por cierto, ¿sabes dónde se está quedando ahora?

Hice que la última pregunta sonara deliberadamente casual, pero Herman aun así tardó un momento en responder.

—Me temo que no, Alfa.—Su voz fue cauta.—La Luna no dejó ninguna información.

Se me hundió el corazón.

Fenrir aulló dentro de mí. Me froté las sienes; se me formaba un dolor de cabeza.

Justo entonces, alguien llamó a la puerta de mi oficina.

Sin esperar permiso, la puerta se abrió de golpe. Iba a soltarle una reprimenda al intruso cuando vi quién era. La ira se me pasó, aunque la reemplazó una irritación sin nombre.

—Elias, te preparé una taza de café.—Se quedó ahí, con aire inocente, sosteniendo una bandeja. Cuando notó el teléfono en mi mano, se disculpó de inmediato.—Perdón… ¿interrumpí tu trabajo?

Cubrí el auricular. —No. Pero, Liv, la próxima toca y espera mi permiso.

—Perdón. No recuerdo nada.—Los hombros de Liv se hundieron, con una expresión herida y triste.—No volveré a hacerlo.

No seguí la conversación. Descubrí el auricular y le indiqué a Herman: —Si no tienes la dirección, deposítale sus gastos de vida en su cuenta bancaria. Verifica con el banco los datos de la cuenta.

Por lo menos, no podía dejar que la Luna de la manada Vernal se muriera de hambre fuera de las paredes de la mansión. Con algo de dinero, Serenity al menos podría encontrar un lugar donde quedarse en vez de terminar en la calle.

—Entendido. Me pongo en…

—¡Elias!—Liv volvió a interrumpir. Levanté la mirada. Se apresuró a mi escritorio y preguntó: —Si no te molesta, ¿me dejarías encargarme de esto?

—¿Tú?

Liv asintió con firmeza, poniendo una expresión suplicante, de esas a las que no podía negarme. —Los otros secretarios no me dejan ayudar en nada. No quiero ser solo una paciente de la que te haces cargo. El señor Herman tiene trabajo más importante. Ya tiene suficiente encima. Déjame encargarme de estas tareas pequeñas.

Dudé un momento, sopesando sus palabras con cuidado, y me di cuenta de que no encontraba un motivo para negarme. Al fin y al cabo, yo había sido quien la llevó a la empresa. No podía dejar que Liv sufriera aquí. Especialmente cuando estas eran cosas que, de todos modos, debía manejar una secretaria.

—Está bien—accedí.—Herman, Liv irá a buscarte. Dale los archivos pertinentes para que los gestione.

—¡Gracias, Elias! ¡Yo me encargo!—El rostro de Liv se iluminó. Salió de la oficina de muy buen ánimo.

Después de que se fue, estaba por colgar cuando Herman me detuvo. —¿De verdad es buena idea, Alfa?

—¿A qué te refieres?

—La señorita Liv—dijo Herman.—Todavía hay demasiadas preguntas sin respuesta sobre su regreso. No creo que debamos confiar en ella por completo en esta etapa.

Guardé silencio. Serenity había dicho lo mismo.

—No confío del todo en ella, Herman.—A solas con mi Beta, podía ser sincero.—Por eso mismo la traje a la oficina.

Solo donde pudiera verla podría vigilarla.

—Si ya lo pensaste bien, no diré más.—Herman hizo una pausa.—Pero hay algo más que creo que deberías saber.

—¿Qué es?

—La Luna—dijo Herman en voz baja.—Está embarazada.

Se me cortó la respiración. Fenrir saltó dentro de mí, aullando de alegría. Me tembló violentamente la mano. El cuerpo se me volvió ligero, como envuelto en nubes. Solo quedó un pensamiento: *¿Embarazada? ¿Serenity está embarazada? ¿Voy a ser padre?*

La comisura de mi boca se curvó de manera instintiva, pero entonces recordé lo pocas veces que Serenity y yo habíamos compartido la cama. Podía contarlas con los dedos de una mano. La alegría se evaporó.

—Eso no es posible.—Me obligué a mantener la calma.—¿Cómo te enteraste?

—Ella me lo dijo.

—¿Cuándo?

—Cuando…—Herman de pronto titubeó.—Cuando intentaba pasar a los guardias para venir a verte a ti y a la señorita Liv…

Solté una risa fría, sin pizca de humor. —Obviamente, solo estaba mintiendo para zafarse de ti. Si de verdad estuviera embarazada, el médico de la familia me lo habría dicho de inmediato. No hay manera de que yo no lo supiera.

Herman aún sonaba inseguro. —Pero me pareció que la Luna se veía muy sincera en ese momento.

—Es porque es buena en eso—respondí sin inflexión. La vieja rabia volvió a aflorar, enredada dolorosamente con algo más profundo.

—No volveré a confiar en ella.

Lo dije con final firmeza.

CAPÍTULO 7



SERENITY KELLER

Al mudarme de la mansión Vernal, empecé a buscar un lugar donde vivir.

Aunque Alfred aceptó mi trato y me permitió moverme libremente dentro del territorio Vernal, ciertamente no fue tan amable como para proporcionarme alojamiento. De todos modos no quería vivir bajo la vigilancia de la manada, así que al final encontré un departamento adecuado lejos del distrito de los hombres lobo.

—El alquiler vence el cinco de cada mes. Mil quinientos al mes, más un mes de depósito —dijo el casero mientras me mostraba el lugar —. Si quiere mudarse, avíseme con anticipación. Por cierto, ¿tiene mascotas?

Negué con la cabeza. —No.

—Entonces no hace falta depósito por mascotas. ¿Qué le parece el lugar? Si está conforme, podemos firmar el contrato ahora mismo.

Miré alrededor del departamento. Era pequeño: una recámara con sala. Podías ver toda la distribución en cuanto cruzabas la puerta. Era un mundo completamente distinto a la inmensa mansión Vernal.

Pero a diferencia de esa mansión poco acogedora, este lugar sería completamente mío. Nunca me rechazaría. Los muebles eran viejos, pero estaban impecables. La decoración era sencilla, aunque cálida. El sofá incluso tenía una manta tejida color crema encima. Se sentía como hogar.

—Me lo quedo. —Asentí al casero y saqué mi tarjeta—. Puede pasar esta.

La sonrisa del casero se ensanchó. Tomó mi tarjeta y la pasó por la terminal. Unos segundos después, esta pitó con un sonido agudo.

Sacudió la cabeza y me devolvió la tarjeta. —Lo siento, señora. Esta tarjeta está bloqueada. Transacción rechazada. ¿Tiene otra tarjeta?

¿Bloqueada?

Me quedé helada unos segundos, sin poder procesarlo. No es que fuera lenta: esa tarjeta había sido emitida específicamente por la manada Vernal. Durante más de un año de matrimonio, todos mis gastos y costos de vida salieron de ahí. No había forma de que estuviera bloqueada. A menos que…

Un nombre me vino de inmediato a la mente: Elias.

No esperaba que congelara incluso mi tarjeta bancaria. Estaba tomando medidas para cortar toda conexión entre nosotros, incluidos mis ingresos.

—¿Señora? —la voz del casero me sacó del estupor—. ¿Me está escuchando?

Me mordí el labio, atrapada en una situación incómoda. El casero fue notando poco a poco mi aprieto. Su expresión se agrió.

—Señora, si no puede pagarlo, dígalo. No nos haga perder el tiempo con este tipo de bromas. —Su tono era frío. Parecía listo para echarme en cualquier momento. Desesperada, de pronto recordé algo.

—¡Espere... tengo otra tarjeta! —Hurgé frenéticamente en mi maleta y al fin la encontré en una billetera que casi no usaba. Era una tarjeta de crédito que casi había olvidado. Antes de casarme, un empleado del banco me convenció de abrirla durante una promoción. En ese momento me había molestado no haberme negado. Ahora era mi salvavidas.

—Pruebe con esta.

Se la entregué con nerviosismo. El casero la pasó con escepticismo. Esta vez, la terminal imprimió un recibo.

La calidez y el entusiasmo regresaron a su rostro. —¡Excelente! Contrato firmado. Pasaré el próximo mes. Disfrute su nuevo lugar.

Asentí y lo acompañé a la salida.

En cuanto se fue, agarré mi teléfono e inicié sesión en mi cuenta bancaria. Tal como temía, todas las tarjetas que me habían dado los Vernal estaban bloqueadas. Todos los ahorros que había acumulado durante el último año desaparecieron en un instante.

Mi cuenta personal ahora tenía menos de dos mil dólares. Eso era todo lo que había juntado con trabajos ocasionales desde niña.

Con mi renta y gastos actuales, ese dinero me alcanzaría como mucho para uno o dos meses.

Apagué el teléfono. Al parecer, el primer reto para escapar del control de Elias y volver a ser Serenity Keller era encontrar trabajo.

A la mañana siguiente, empecé a enviar currículums en línea.

Conocí a Elias justo después de alcanzar la mayoría de edad y desde entonces había vivido como su compañera destinada y su prometida. Apenas había puesto un pie en la sociedad humana como otros lobos, y nunca aprendí habilidades profesionales. Encontrar a mi compañero destinado tan joven se suponía que era una suerte. Ahora era mi desgracia.

Los únicos trabajos a los que podía postular eran los que no requerían habilidades especiales: mesera, cajera, ese tipo de cosas. Aun así, la mayoría de las solicitudes no recibió respuesta. Solo unos cuantos me invitaron a una entrevista.

La primera entrevista fue en un centro comercial. La gerente me miró de arriba abajo y frunció el ceño. —No pareces alguien que necesite trabajar.

Me recorrió con la mirada. —Tu ropa, tu bolso, tus zapatos… nada de eso es barato. ¿Por qué alguien como tú querría trabajar aquí?

Bajé la vista hacia mí misma. Tenía razón. Todo lo que llevaba era de diseñador. No de primera línea, pero igual caro para los estándares normales.

—Estoy pasando por algunas dificultades económicas —traté de explicarle.

La gerente negó con la cabeza. —Solo necesitamos empleados que puedan comprometerse a largo plazo. No tienes experiencia laboral relevante… Lo siento, pero no creo que seas adecuada.

La primera entrevista fracasó.

Las siguientes fueron más o menos igual.

Todos me miraban con recelo, preguntándose en silencio por qué una ama de casa adinerada quería jugar a trabajar. Me di cuenta de que, para conseguir un empleo, tenía que cambiar mi imagen.

Fui a un salón y me corté el pelo largo que había dejado crecer para imitar a Liv. Me lo recogí en una coleta limpia y práctica. Luego puse a la venta en sitios de segunda mano toda la ropa que me había traído de los Vernal. Con el dinero compré jeans y camisetas asequibles.

La imagen de la Luna de la manada Vernal desapareció por completo. En su lugar se alzaba una mujer independiente que se las arreglaba sola.

Cuando envié currículums de nuevo, mi suerte mejoró. Un supermercado pequeño me contrató como cajera. Las jornadas eran largas y el sueldo no era gran cosa, pero era un nuevo comienzo. Estaba contenta.

* * *

Los días se escurrieron. Pasaron tres meses.

A medida que pasaba el tiempo, mis síntomas de embarazo se hicieron más fuertes. A veces no podía comer nada. Me dolía la espalda constantemente y siempre estaba agotada. Mi falta de energía llamaba la atención de mis compañeros de trabajo, entre curiosidad y preocupación.

Pero no me atrevía a decirles que estaba embarazada. Tenía miedo de perder el trabajo.

Aun así, en el silencio de la noche, me angustiaba por mi futuro. Ahora, como casi no se me notaba, todavía podía ocultar la verdad. Pero una vez que me creciera la barriga y ya no pudiera trabajar, mi jefe sin duda me despediría.

¿Qué haría entonces? ¿Cómo mantendría mi vida?

Con esa ansiedad persistente a cuestas, caí en un sueño pesado. A la mañana siguiente, apenas amanecía cuando el agudo timbrazo de mi teléfono me arrancó del sueño.

Me partía la cabeza. Ayer había trabajado el turno de noche y no me acosté hasta las cuatro de la mañana. Apenas eran las siete; había dormido tres horas, con suerte. La falta de sueño me dejó la mente nublada y el estómago revuelto. Ni siquiera miré el identificador antes de contestar.

—¿Hola? ¿Quién es?

La persona del otro lado no respondió de inmediato. Solo escuché una respiración tranquila. Luego llegó una voz grave. —Serenity, ¿ya ni recuerdas mi número?

¡Elias!

Se me despejó la mente como si me hubieran sumergido en agua helada.

Apreté los labios. —¿Por qué me llamas?

—Sigo siendo tu Alfa. ¿Necesito una razón para llamar a mi Luna?

Por alguna razón, sonaba molesto. No tenía idea de quién lo había irritado. Me confundía. La mujer que amaba había vuelto a su lado. Yo me había hecho a un lado voluntariamente. ¿No debería estar feliz? ¿Por qué sonaba tan irritado?

—Si no tienes nada importante, voy a colgar. —Mi tono salía frío por el cansancio y el malestar. Pareció notarlo. Creí oír que rechinaba los dientes, aunque quizá fue mi imaginación—. Espera. Te llamo por algo importante.

—¿Qué es? —Ya no quería analizar sus estados de ánimo. Solo estaba cansada.

—La Ceremonia de la Luna es el mes que viene —dijo Elias.

Me quedé en silencio. Su recordatorio por fin me refrescó la memoria. Era la celebración anual más importante de la manada Vernal, siempre en otoño. Todos los miembros asistían para pedirle prosperidad a la Diosa Luna. Como Alfa y Luna, Elias y yo debíamos encabezar la ceremonia sagrada juntos.

—¿Ya es esa época…? —murmuré.

Mi vida laboral, ocupada pero gratificante, me había hecho perder la noción. Antes, jamás lo habría olvidado. Era de los pocos eventos que me sacaban de la mansión mientras estaba en arresto

domiciliario, y de las contadas ocasiones en que podía estar con Elias.

—Así que tu memoria no está del todo arruinada, después de todo. —La voz de Elias volvió—. Tenemos que confirmar con antelación los procedimientos de la ceremonia. ¿Dónde estás? Vuelve a la mansión de inmediato.

—¿De verdad tengo que volver? —fruncí el ceño. Lo único que quería ahora era cortar lazos con Elias y la manada Vernal. No quería regresar. —Nadie quiere verme en la ceremonia. Para ellos, soy la Luna que traicionó a la manada.

—¿No quieres volver? —preguntó Elias. Yo guardé silencio. Soltó una risa fría. —Serenity, no creas que por irte de la mansión eres libre. Sigues siendo miembro de la manada Vernal. Vayas a donde vayas, no puedes escapar de esa identidad. Vuelve. No me obligues a darte una orden.

Sus palabras me hicieron morder el labio.

Ningún lobo podía negarse a una orden del Alfa. La palabra sí ya me subía por la garganta. Pero mi mirada fue a dar a mi uniforme de trabajo, colgado junto a la cama.

El chaleco azul sencillo del supermercado no tenía estilo ni forma. Se veía de lo más común. Pero me ardió en los ojos y me llenó el cuerpo de valor.

Ya no era esa Luna indefensa —la que no podía hacer nada, no podía mantenerse y solo podía estar encerrada en una mansión—.

Ahora ganaba mi propio dinero con mi propio trabajo. Podía decidir mi futuro. Ya no tenía que obedecer a Elias.

—No voy a regresar.— Mi voz tembló, pero fue firme.

—¿Qué?— Elias sonó más sorprendido de lo que jamás lo había oído —. Serenity, ¿entiendes lo que estás diciendo? ¡Esta es la Ceremonia de la Luna más importante de la manada!

Por supuesto que entendía. Los procedimientos de la Ceremonia de la Luna siempre eran elaborados. Duraba todo el día y requería preparar con antelación el altar y las ofrendas. El Alfa y la Luna debían recoger juntos vino sagrado del lago del bosque, cortarse las palmas para mezclar su sangre en él y luego beberlo juntos. Después de eso, guiaban a los miembros de la manada para aullar a la luna cuando alcanzara su punto más alto, completando la oración final.

Cualquier error volvería imperfecta la ceremonia. Una ceremonia defectuosa en honor a la Diosa Luna haría que los miembros de la manada temieran la mala suerte en el año venidero. Ese tipo de golpe a la unidad de la manada podría ser devastador.

¿Pero y qué?

Nunca me habían aceptado.

—Ese ya no es mi problema.— Esta vez, mi negativa salió rápida y firme—. Elias, me fui de la manada. No me vuelvas a contactar. Ocúpate de esas cosas como quieras, pero no esperes que me pliegue a tus planes.

Su sorpresa se volvió ira. —¡Serenity!

Pero colgué antes de que pudiera estallar.

Me quedé mirando, aturdida, el protector de pantalla del teléfono. Entonces caí en cuenta. Acababa de negarme a una orden de un Alfa.

Yo. Una Omega.

Nunca me había atrevido ni a imaginar algo así. Pero ahora no sentí arrepentimiento. Solo el alivio euforizante de liberarme de años de cadenas.

Las consecuencias no fueron tan graves como temía.

Me preocupaba que mandara a gente a arrastrarme de vuelta. Pero pasaron los días y mi vida siguió en paz. Nadie me molestó. Supuse que mi posición de verdad no era tan importante: diera igual que me presentara o no.

¿Ves, Serenity? No tienes que sacrificarlo todo por la manada. Incluso sin ti, no notarán ninguna diferencia. Me dije.

Lo que no esperaba era que, como un mes después, recibiera una llamada desesperada de Lizzie.

—Luna —dijo Lizzie en voz baja, agotada y cautelosa. Sus primeras palabras fueron una disculpa—. Por favor, perdóneme por conseguir su número del Beta… Sé que no debería perturbar su nueva vida, pero no tuve opción. Necesito su ayuda. ¿Puede decirme los requisitos exactos de colocación de los artículos de la Ceremonia de la Luna?

Me quedé atónita.

No solo porque fuera Lizzie quien llamaba, sino por su pregunta.

—¿Por qué estás encargándote de esto? ¿No te lo dijo tu supervisora?— Revisé la fecha. Hoy era el día de la Ceremonia de la Luna.

—No… —dijo Lizzie—. El Alfa decidió que la señorita Liv encabezara la ceremonia en lugar de usted este año. Pero este último mes ha estado al lado del Alfa todo el tiempo y nunca ha ayudado con ninguna preparación. Hemos tenido que hacerlo todo nosotras, pero sin la ayuda del Alfa y la Luna, no tenemos idea de cómo manejar los detalles…

Así que Elias había elegido a Liv para reemplazarme, después de todo.

Ese resultado no me sorprendió. Lo que no podía entender era por qué Elias toleraba el comportamiento descuidado e irresponsable de Liv.

Fruncí el ceño con fuerza. —¿No se lo han dicho al Alfa?

—¿Cómo podríamos? —la voz de Lizzie se volvió vacilante—. Incluso le miente al Alfa, adjudicándose nuestro trabajo… Aun así, no hay nada que podamos hacer con ella.

Entendí. Como Omega, sabía perfectamente cómo funcionaba la jerarquía. A veces un lobo de rango superior podía acabar con la vida de uno inferior con una sola palabra. Ellas eran simples miembros. ¿Cómo iban a atreverse a desafiar a Liv?

—Pero si seguimos así, no llegaremos a tiempo para la ceremonia. Si algo sale mal, nos van a castigar… —Lizzie sonaba al borde del llanto.

Se me ablandó el corazón.

Si había alguien en la manada Vernal que aún me importaba, era Lizzie.

Y no era del tipo que pide ayuda a la ligera. No sabía cuánto había aguantado antes de, por fin, hacer esta llamada el día de la Ceremonia de la Luna.

Podía negarme a las órdenes de Elias, pero no podía ignorar a Lizzie.

Suspiré. En lugar de responder tu pregunta, dije: —Espérenme. Todos sigan mis instrucciones.

—Voy a volver a la mansión. Ahora mismo.

CAPÍTULO 8



SERENITY KELLER

La Ceremonia de la Luna tenía lugar en lo profundo de un bosque que la manada Vernal había sellado. Allí, un lago perfectamente redondo —con forma de luna llena— reflejaba su imagen completa en la superficie del agua una noche cada año, cuando la Diosa de la Luna ascendía a su trono.

Era considerado el terreno sagrado de la manada Vernal.

Como Lizzie había llamado cuando la ceremonia estaba por comenzar, fui directo al lago sagrado a buscarla. Me puse una capa con capucha para no llamar la atención, pero mientras caminaba por la orilla, aun así oí a miembros de la manada observándome desde las sombras, junto con susurros apenas audibles.

—¡Miren, es esa traidora! ¿Cómo se atreve a mostrar la cara aquí? ¿No la encerró el Alfa?

—Quizá el Alfa la dejó salir para la Ceremonia de la Luna.

—¿No se enteraron? Este año ella no dirige la ceremonia. La dulce y amable señorita Liv sí.

—Dios mío, ¿cómo tiene el descaro de venir? ¿Por qué todavía parece que ni le importa?

Mantuve la espalda recta, indiferente a los chismes.

Había renunciado voluntariamente al papel ceremonial. Probablemente no me creerían si se los dijera.

Pero sin esas pesadas responsabilidades, sin cientos de ojos encima de mí, aterrada de cometer el más mínimo error, me sentía más ligera que en años.

Creían que perder el puesto ceremonial me aplastaría.

Pero ya había soltado a Elias, mi pareja predestinada. ¿Qué era un papel ceremonial comparado con eso?

Seguí caminando con el corazón liviano, buscando a Lizzie mientras admiraba la belleza plateada del lago sagrado bajo el cielo nocturno. Una vez que dejara la manada Vernal para siempre, probablemente no volvería a ver este lugar.

—Con permiso, con permiso…

Mientras estaba de pie junto al lago, perdida en mis pensamientos, de pronto oí la voz de Lizzie. Me giré y la vi, a ella y a un grupo de miembros de la manada, apresurándose hacia mí entre la multitud. Todos cargaban los brazos llenos de suministros ceremoniales, jadeando con fuerza.

—¡Luna, de verdad viniste!—El rostro de Lizzie se iluminó con una alegría agradecida.

Asentí y extendí la mano para tomar parte de su carga. —Lizzie, déjame ayudarte.

Trató de detenerme, arrebatándome de nuevo los objetos. —¡No, no! ¡No puedo dejar que hagas este tipo de trabajo!

—Vine específicamente para ayudarte—. Esquivé sus manos con gentileza pero con firmeza, y luego miré a las personas detrás de ella. Ellos también cargaban suministros ceremoniales, con la mirada inquieta. Sabía lo que pensaban. A propósito, alcé la voz. —No me

voy a quedar para la Ceremonia de la Luna. En cuanto terminemos, me voy.

Los vi exhalar en silencio, aliviados.

Solo Lizzie parecía decepcionada. —¿De verdad no te vas a quedar? ¿Ni siquiera como una miembro común?

No respondí. Lizzie siguió mi mirada y se volvió para ver sus expresiones.

De repente estalló y me tomó del brazo para llevarme lejos.

—¿Lizzie?—gritó el grupo tras ella, sorprendidos. Ella se dio la vuelta y les soltó un alarido: —¡No nos sigan! Si tanto les molesta a quién traje, ¡pierdanse! ¡Vayan a buscar a esa Liv a ver si siquiera les presta atención!

Se arrepintieron al instante. Trataron de alcanzarnos, pero los artículos ceremoniales en sus brazos los retrasaban.

Lizzie y yo compartimos la carga y corrimos juntas hacia adelante. Las disculpas y los gritos nos perseguían en el viento. No pude evitar soltar una carcajada, como si hubiera redescubierto la alegría pura de correr por un prado cuando era niña.

Por fin, nos detuvimos frente a la cabaña en el bosque donde se guardaban los objetos ceremoniales.

Lizzie sacó una llave y abrió la puerta. Entramos y dejamos todo en su lugar. Miré su rostro joven, aún ensombrecido por la preocupación, y negué con la cabeza.

—Lizzie—. Le entregué un papel doblado. —Aquí están todos los procedimientos de la ceremonia y la ubicación exacta de cada objeto. Lo escribí todo. Llévaselo.

—Luna...—Lizzie no esperaba esto. Estaba casi sin palabras—. ¿Por qué todavía los ayudarías? Después de cómo te trataron...

—Tú eres parte de su grupo. Si los preparativos salen mal, a ti también te van a castigar—dije—. No quiero que te pase eso. Además, esto lo escribí de antemano. Sabía exactamente cómo me iban a tratar.

Aun así había venido, solo para corresponderle a esta chica tonta que me había tratado con verdadera amabilidad.

Los ojos de Lizzie brillaron. Me di la vuelta para organizar los suministros, fingiendo no notar que perdía la compostura. —Anda. Yo termino de acomodar esto y luego me voy.

—Sí, Luna…

Acomodé todo con cuidado y me preparé para irme. Justo cuando estaba por girarme, la puerta de la cabaña se abrió de golpe.

—Vaya, mira nada más quién es. Te echaron de la manada, y aun así prefieres hacer trabajo de carga solo para abrirte paso a la fuerza en la fila de la ceremonia—. Una voz indeseada resonó. Liv estaba en el umbral, sonriéndome con triunfalismo.

Su cabello platinado estaba trenzado de forma hermosa a lo largo de la espalda. Llevaba el vestido blanco y fluido reservado solo para la líder de la ceremonia, con faldas en capas que se mecían como una flor a punto de abrir.

—Serenity, más te vale irte de inmediato. Este no es un lugar en el que debas estar—. Alzó la barbilla y me miró por encima del hombro con desdén. —Tú no vas a dirigir la ceremonia. No tienes derecho a tocar estos objetos sagrados.

Fruncí el ceño. Era la primera vez que enfrentaba a Liv directamente desde su regreso. Resultaba extraño.

Elias dijo que había perdido la memoria, y aun así seguía albergando la misma e inexplicable hostilidad hacia mí de antes. Esa sensación familiar de ser el blanco me puso en guardia. Decidí probarla.

—Solo estaba echando una mano—. Me giré para encararla de frente. —Esto no debería ser mi trabajo. Pero, Liv, si tú hubieras hecho algo, ¿habrían tenido que pedirme ayuda?

Un destello de irritación cruzó el rostro de Liv. —¡No tienes derecho a darme lecciones, Serenity! Ahora no eres nadie. Sin estatus, sin poder. ¡Ni siquiera Elias te quiere!

La miré sin expresión. No sentí nada.

Creía que podía herirme así. Pero ya no le tenía miedo.

—¿Y tú qué, Liv?—Di un paso hacia ella.—Siempre presumes delante de mí, pero ¿qué tienes además de Elias? No—ni siquiera lo tienes. ¿Y qué si montaste esa caída del acantilado? Aunque en su mente yo solo sea una traidora, después de seis meses, él sigue siendo mi compañero. La verdadera perdedora eres tú.

Mi actitud la enfureció.—¡Cállate! ¡Si no te hubieras metido entonces, hace mucho habría sido la Luna de Elias! ¡Él siempre me ha pertenecido—

Se cortó de golpe, dándose cuenta de lo que había dicho. Y yo también.

—No perdiste la memoria —dije con absoluta certeza.

Liv se vio presa del pánico e incómoda por un momento, pero enseguida recuperó su fingida mueca de desprecio.—¿Y qué si lo descubriste? ¿Vas a contárselo a Elias? ¿A quién crees que le creería —, a ti o a mí?

Me quedé callada. Porque tenía razón. Entre las dos, Elias siempre le creería a ella.

Pero me negué a mostrar debilidad. Levanté la barbilla.—¿Cómo voy a saberlo si no lo intento? Sabes cuánto odia Elias que lo engañen. Estás fingiendo amnesia cuando recuerdas todo a la perfección. ¿Quién sabe qué es lo que en realidad buscas? Liv, no creo que

puedas mantener este acto perfecto delante de él para siempre sin meter la pata.

Me dirigí a la puerta. Al pasar junto a ella, me agarró el brazo de repente.—¡No vas a ninguna parte!

Su tirón inesperado casi me hizo perder el equilibrio. La miré enfurecida, lista para soltarle un grito, cuando vi su rostro—retorcido por algo profundamente malo.

Novella envió un pulso de advertencia por mi pecho.

—¿Vas a buscar a Elias? ¡Cómo te atreves a intentar acercarte a él otra vez!—Los ojos de Liv eran salvajes. Algo se había apoderado de ella, empujándola a la histeria.—¡Todos dicen que tú eres la traidora! ¿Por qué no lo admites de una vez? ¡Si hubieras confesado antes, Elias ya sería mío!

Su hermoso rostro se contorsionó mientras gritaba. Lástima que no hubiera un espejo para mostrarle cómo se veía.

—¡Serenity, perra sin vergüenza! Seduciendo al hombre de otra—¡no eres más que una rompehogares!

Casi me reí de lo absurdo que era. No tenía idea ni de qué estaba hablando.

—¿Liv, no tendrás las cosas al revés?—La fulminé con la mirada.—Yo soy la compañera de Elias. ¿Tú qué eres exactamente?

Se le puso la cara blanca.

—¡Elias me ama! —chilló.

—¿Y qué? Aunque él te ame, eso no cambia los hechos. Lo mires por donde lo mires, tú eres el sucio secretito. ¡Eres la querida clandestina!—La miré con frialdad.—¡No tienes derecho a impedirme ver a mi propio compañero!

Los ojos de Liv se pusieron rojo sangre, las escleróticas cubriéndose de venas.

Se veía aterradora. Aceleré el paso hacia la puerta, pero se me lanzó encima como una loca.

—¿Adónde crees que vas? —aulló.—¡Tengo que darte una lección!

Sus uñas me arañaron la cara. Instintivamente me eché hacia atrás. Aprovechó mi retroceso para estrellar su otra mano contra mi hombro.

Solté un grito. Mi primer instinto fue protegerme el vientre, así que no pude amortiguar la caída. Mi espalda se estampó contra la pared de la cabaña. Un dolor sordo me explotó en los nervios. Apreté los dientes con fuerza para no gritar.

—No voy a darte la oportunidad de ir con el chisme a Elias.—Liv se plantó en la entrada, su sonrisa afilada como una hoja envenenada. —¿Adivinas lo que voy a hacer, Serenity? ¡He querido hacer esto desde hace tanto!

El pavor me inundó. Me incorporé como pude y corrí hacia la puerta.

Demasiado tarde.

¡BANG! La pesada puerta de hierro se cerró de golpe frente a mí, seguida por el clic de una llave que la cerraba desde afuera.

—Piensa en lo que hiciste ahí dentro, Serenity.—Su risa resonó, clara y chirriante.—A ver cuánto aguantas. Será mejor que esperes que alguien sepa que estás aquí.

No, no, no—

Hablaba en serio. De verdad pensaba encerrarme aquí. Dejarme morir.

Esta cabaña se construyó únicamente para guardar suministros de ceremonias. No había ventanas. Una vez que la puerta se cerraba por completo, adentro solo había oscuridad interminable.

Mi respiración se volvió entrecortada. Un miedo intenso a la oscuridad y a los espacios cerrados me desbordó, empujándome al

borde del colapso.

Cuando era niña, cuando aún vivía en la manada Keller, la manera favorita de mis hermanos de atormentarme era encerrarme en cuartos de almacenaje oscuros, estrechos y sofocantes. Cada vez, gritaba y lloraba toda la noche, pero incluso cuando la voz se me apagaba, nadie venía a salvarme.

—¡Ayuda! ¿Hay alguien ahí? ¡Déjenme salir!

Esta cabaña tenía una puerta de seguridad reforzada. Ni un hombre lobo podía romperla fácilmente. La golpeé con desesperación, pero fue inútil.

Temblé en la oscuridad y me deslicé lentamente por la puerta hasta sentarme en el piso. Afuera, parecía que la ceremonia había comenzado. Los aullidos de la manada ahogaron mis gritos de auxilio. Nadie—nadie podía salvarme.

—Elias...

En mi terror, susurré su nombre sin pensar.

Cada vez que antes estuve en peligro, Elias aparecía para rescatarme. Siempre que estaba realmente en problemas, él llegaba como un héroe.

Pero entonces mi mirada se desvió hacia mi vientre. Pensé en el bebé dentro de mí y reaccioné de golpe, sacudiendo la cabeza con fuerza.

Despierta, Serenity.

¿Hasta cuándo vas a depender de otros antes de volverte realmente fuerte?

Ya lo hiciste una vez, me dije. Sobreviviste sola sin la manada. Esto no es diferente. Incluso sola, puedes salvarte.

La fuerza volvió poco a poco a mis extremidades. Me sequé las lágrimas y me obligué a ponerme de pie.

No podía apostar todas mis esperanzas a otra persona. Por el bien de mi bebé, tenía que encontrar mi propia salida.

Me obligué a calmarme, contuve el miedo que aún me roía la cordura y empecé a pensar.

Esto era un cuarto de almacenaje. Tenía que haber herramientas útiles en algún lugar.

Palpé las paredes, tanteando los estantes de herramientas. Entre frascos y cajas, por fin mis dedos se cerraron sobre algo frío, duro y metálico. Por su forma, probablemente era una mano del mortero para triturar hierbas ceremoniales.

Sí. Esto podría servir.

Lo agarré y regresé a la puerta. La puerta estaba cerrada por fuera, pero destruirla desde dentro debía ser más fácil que desde afuera.

¡CLANG! ¡CLANG! ¡CLANG!

Levanté la mano del mortero y la estampé contra la cerradura con todo lo que tenía. No sé cuántos minutos pasaron. Para cuando los brazos me hormigueaban tanto por las vibraciones que apenas podía sujetarla, la cerradura por fin empezó a ceder.

La esperanza me recorrió el cuerpo. Cambié de táctica y comencé a embestir la puerta con el hombro.

Mi hombro chocó una y otra vez contra el acero. Toda la cabaña parecía estremecerse con cada impacto.

La puerta empezó a aflojarse. Delgadas hebras de luz de luna se filtraron por las grietas—aún tenue, pero ya no era una negrura total. El terror en mi pecho disminuyó.

Solté un suspiro de alivio.

Fue entonces cuando noté que tenía la frente empapada de sudor. Y entonces—un calambre me atravesó el abdomen, tan agudo que me dejó doblada.

El bebé...

¿Por qué ahora, de todos los momentos…

El dolor era tan intenso que apenas podía pensar. Estaba a nada de escapar, pero ahora toda mi fuerza se había drenado. No me atreví a moverme.

Jadeé ola tras ola de agonía, incapaz de tomar suficiente aire. Mientras mi conciencia se nublaba, las alucinaciones se colaron.

—¡Serenity! ¿Dónde estás? ¡Respóndeme!

Creí oír a Elias llamando mi nombre.

CAPÍTULO 9



ELIAS VERNAL

La Ceremonia de la Luna estaba a punto de comenzar. Los miembros de la manada se habían reunido en el lago sagrado.

La luna de esta noche brillaba de forma excepcional, su resplandor de plata deslizándose sobre el agua como si la propia Diosa Luna tendiera un sendero para esta ceremonia. Todo estaba listo. Pero la Luna crucial no estaba en el altar.

La sombra de Serenity cruzó por mi mente y mi humor se agrió.

Jamás imaginé que Serenity me rechazaría. Después de que me colgó, me tomó un buen rato recuperarme. Incluso llegué a pensar, con mezquindad, en mandar a todos mis guerreros a averiguar su dirección actual y presentarme en persona para exigirle una explicación. ¿Cómo se atrevía a rechazarme?

Pero al final, Fenrir me impidió hacer una estupidez así.

—Alpha, la ceremonia está a punto de empezar —se acercó Herman —. Si la señorita Liv no aparece pronto, llegará tarde.

Asentí y mantuve el rostro neutral mientras contenía la irritación de no saber adónde había ido Liv.

De verdad no quería culpar a mi salvadora. Pero desde que Liv regresó, noté que mi paciencia con ella se iba agotando. No podía evitar pensar que, si Serenity hubiera aceptado volver para la ceremonia, jamás habría manejado las cosas tan mal. Siempre fue meticulosa y gentil. Se las arreglaba para hacer tantas cosas mejor y con más perfección que yo… Pero darle vueltas a eso era inútil ahora.

Diosa Luna, todavía no podía creer que Serenity me hubiera rechazado.

Liv solo aceptó asumir esta responsabilidad importante por mí. No podía cargarla con más presión… Me repetí que cuando encontrara a Liv, bajo ninguna circunstancia debía perder la calma.

Pero el tiempo se acababa. Ya no podía quedarme de brazos cruzados. Justo cuando estaba por ir a buscarla yo mismo, por fin apareció.

—¡Elias!

Liv alzó sus faldas blancas y se apresuró hacia mí, un poco sin aliento, con las mejillas sonrojadas. —Perdón. Casi llego tarde.

—¿Dónde estabas, Liv? —pregunté.

—Y-yo estaba revisando la colocación de los objetos ceremoniales —bajó la mirada, con voz imprecisa—. Lizzie y su grupo no fueron lo bastante cuidadosos. Me preocupaba que afectara la ceremonia.

Al oír que había estado trabajando en la ceremonia, mi tono se suavizó. —No te estaba culpando… ¿Qué es esto?

Me quedé a mitad de frase. Un mechón de cabello dorado se había enganchado en una de las joyas del vestido de Liv. Su color era parecido al de ella, fácil de pasar por alto. Pero al compararlo con el cabello junto a su oreja, noté la diferencia: ese no era el cabello de Liv. Tenía que preguntar de dónde había salido.

—El color se parece al de Serenity… —¿la habría visto Liv?

—¡Estás viendo cosas! —La expresión de Liv cambió al instante. Me arrancó el cabello de la mano y lo arrojó a un lado—. Mucha gente es rubia. Seguro se me cayó de algún miembro de la manada. Elias, la ceremonia está por empezar. ¡No debemos perder más tiempo!

Me tomó del brazo y me jaló hacia el altar. Una chispa de duda me recorrió, pero la inminencia de la ceremonia no dejaba espacio para más preguntas.

En ese momento, se desató un alboroto a lo lejos. Alguien parecía intentar abrirse paso a través del perímetro de los guerreros de guardia. Alcancé a oír gritos: —Necesito ver… al Alpha… falta alguien…

Fruncí el ceño y me detuve. —¿Qué pasa?

Un guerrero se apresuró hasta mí. —Un miembro de la manada quiere verlo, Alpha. Dice que falta alguien y quiere que envíe un equipo de búsqueda.

El agarre de Liv en mi brazo se tensó de pronto. Interrumpió al guerrero. —¡La ceremonia está por empezar! ¡No hay tiempo para buscar a nadie! Desháganse de esa persona. Si se interrumpe la ceremonia, ¿pueden hacerse responsables?

Fenrir soltó otro aullido impaciente. Respiré hondo varias veces. Ignorando que se estaba extralimitando, le dije al guerrero: —Tráiganla aquí. Averigüen quién falta.

—¡Sí, señor! —El guerrero se dio vuelta para ir a buscar a la persona.

Liv me miró con asombro y dolor. Bajo su mirada, sentí que la cabeza me iba a estallar. No pude evitar compararla otra vez con Serenity. Si Serenity estuviera a mi lado, lo habría entendido enseguida. Un miembro desaparecido podía significar un ataque de cazadores. Se lo habría tomado en serio.

La Ceremonia de la Luna, por muy importante que fuera, no podía pesar más que la vida de un miembro o la seguridad de la manada.

Antes del ataque, ella siempre había sido una Luna responsable.

Solo ahora, en este momento, me di cuenta de que, en el fondo, nunca había creído de verdad que Serenity fuera la traidora que me había traicionado.

Trajeron a la miembro de la manada que gritaba.

Me resultó sorprendentemente familiar. Era la doncella personal que siempre atendía a Serenity.

—¿Por qué es usted, Lizzie? —pregunté, sorprendido—. ¿A quién busca?

—¡A la Luna! —Lizzie hizo una rápida reverencia y respondió de inmediato—. Alpha, hace nada estaba conmigo preparando los objetos ceremoniales, ¡pero ahora no está!

Fenrir dejó escapar un solo ladrido de alegría dentro de mí.

—¿Serenity? ¿Vino después de todo?

En cuanto pregunté, entendí que no era momento para alegrarme. Insistí, apremiante: —¿Cuándo desapareció?

—Hace como una hora —dijo Lizzie—. Yo estaba ayudando a la Luna a prepararse para la Ceremonia de la Luna. Cuando terminamos, me di cuenta de que ya no estaba. Pensé que habría regresado primero al lugar de la ceremonia, pero no la encuentro por ninguna parte…

—Probablemente solo se fue antes —intervino Liv con impaciencia—. Tú misma dijiste que solo vino a ayudar, ¿no?

—¡Eso es imposible! ¡La Luna nunca se iría sin despedirse!—

Se volvió hacia mí, con la voz temblorosa.—Alfa, ¿cree que le pasó algo a la Luna?—

—¡La encontraré!— dije sin dudar.

Liv me agarró con fuerza, casi saltando en protesta.—Elias, ¿qué estás diciendo? ¡La ceremonia está por empezar! ¡No puedes irte!—

—Liv…— fruncí el ceño.

—Es la primera vez que dirijo la Ceremonia de la Luna. Si sale mal, ¿qué van a pensar los miembros de la manada de mí?— Estaba rara: los ojos le iban de un lado a otro, la respiración inestable, como si tuviera miedo.—Además, es adulta. No es como si fuera una niña que se perdería en el bosque.—

—¡Basta!— le solté antes de poder detenerme. Obligándome a suavizar la voz, añadí—: Solo revisaré los alrededores. Si no la encuentro, no retrasará la ceremonia.

Serenity y yo compartíamos un vínculo mental. La manera más rápida de encontrarla era ir yo mismo.

—Ya vuelvo.—

Me transformé en lobo y salí disparado en la dirección a la que me tiraba nuestro vínculo, dejando atrás los llamados ansiosos de Liv. No miré atrás.

Di la vuelta al lago sagrado, buscando por todas partes, pero no encontré rastro de ella. El vínculo se sentía más fuerte hacia esa cabaña del bosque, a la que nadie prestaba atención una vez que comenzaba la ceremonia.

—¡Serenity! ¿Dónde estás? ¡Respóndeme!—

Corrí y grité su nombre.

Silencio.

Justo cuando la duda empezaba a invadirme, ¡un golpe sordo y lejano vino desde dentro de la cabaña!

—¡Serenity!—

Corrí hacia la puerta. Al pegar la oreja, escuché débiles gritos de auxilio desde adentro.

—¡Serenity, aléjate de la puerta!—

Lancé la advertencia. Tras esperar un instante, desaté toda la fuerza de mi lobo y de una patada tiré abajo la puerta de hierro reforzado.

La puerta cayó con estruendo. Me lancé al interior, negro como boca de lobo, y vi una figura desplomada en el suelo.

Serenity estaba hecha un ovillo, con los brazos fuertemente ceñidos al estómago y la frente empapada en sudor frío. Parecía recién sacada del agua. La luz de la luna se derramaba por el umbral, pero su rostro estaba aún más pálido.

Corrí hacia ella y la recogí en mis brazos. Instintivamente se acurrucó contra mi pecho, buscando refugio.

Ese gesto me ablandó el corazón; hasta me dolió.

—Serenity, ¿estás bien?— le pregunté con suavidad.

Pero no respondió. Yacía completamente inmóvil, como si ya hubiera muerto. El pánico me atenazó. Me incliné hacia su cuello e inhalé. Sus feromonas estaban erráticas y débiles, subiendo y bajando como mareas inestables.

Reconocí esa condición. Desequilibrio de feromonas.

Cuando un Omega pasaba demasiado tiempo sin la presencia y la marca de su pareja, su cuerpo desarrollaba esa respuesta de rechazo. Pero algo no cuadraba. La reacción de Serenity era demasiado severa. Normalmente, el desequilibrio de feromonas solo causaba algo de fatiga, nada tan doloroso.

Aun así, temblaba sin parar en mis brazos, como una hoja que pelea contra el viento, como si fuera a marchitarse en cualquier segundo.

¿Por qué era tan grave?

La pregunta afloró, pero no tenía tiempo de averiguarlo. La llevé más adentro de la cabaña, me incliné y besé sus labios, envolviéndola con mis feromonas y dándole una marca temporal.

Apenas estaba consciente, respondía por instinto, con los brazos alrededor de mi cuello. Una posición tan íntima. Pero las emociones que sangraban desde lo más hondo de ella hicieron que Fenrir gimiera de dolor.

Estaba llorando.

Lo supe con absoluta certeza.

¿Por qué? ¿Era tan difícil su vida fuera de la mansión?

Mis ojos recorrieron su cuerpo. Estaba más delgada que cuando vivía en la mansión. Sin embargo, su abdomen tenía una curva sutil y suave que antes no estaba. Serenity siempre había sido cuidadosa con su figura. ¿Por qué de pronto habría ganado peso ahí?

Con curiosidad, extendí la mano para tocarla con suavidad.

En ese momento, la voz de Herman llegó desde afuera:—¡Alfa, la ceremonia está a punto de empezar! ¿Dónde estás?—

Retiré la mano y la saqué cargando.

Herman y un pequeño escuadrón de guerreros nos rodearon de inmediato. Con una renuencia que no supe explicar, transferí a Serenity a uno de los guardias.—Lleve a la Luna de vuelta a la mansión y que descanse. Luego llame a un médico.—

El guardia asintió.

Los vi llevársela hasta que desapareció de mi vista. Algo pesado, imposible de soltar, se me instaló en el pecho.

Nunca hubiera imaginado que esa sería la última vez que vería a Serenity.

* * *

Cuando terminó la Ceremonia de la Luna, Serenity desapareció.

Según los guardias, despertó, se dio cuenta de que estaba en la mansión y empezó a gritar. Luego se escurrió cuando no estaban mirando.

¿De verdad estaba tan reacia a quedarse?

No sabía si enfurecerme o desanimarme. Tenía las emociones hechas un nudo. Liv no paraba de presumir lo exitosa que había sido la Ceremonia de la Luna, pero yo tenía el corazón vacío. No podía reunir ni una pizca de alegría o felicidad.

Cada vez que cerraba los ojos, veía el rostro pálido y la silueta solitaria de Serenity.

Aquella noche se veía tan mal. ¿Cómo estaría ahora?

La pregunta daba vueltas sin parar en mi cabeza, haciéndome imposible concentrarme en el trabajo. Lo único que podía hacer para aliviar la conciencia era depositar más dinero en su cuenta bancaria, esperando que se cuidara.

Pero, para mi sorpresa, la transferencia fue rechazada.

Me quedé en blanco mirando la notificación de que la cuenta había sido congelada.

Al segundo siguiente, pegué un grito llamando a Herman.

—¿Qué demonios es esto?!— exigí, furioso.—¿Así es como cumples mis órdenes?—

Herman miró con calma el aviso de congelamiento y me recordó—: Alfa, yo ya no soy quien maneja la cuenta bancaria de la Luna. Usted delegó esa responsabilidad por completo en la señorita Liv.

Sus palabras me cayeron como un balde de agua fría.

Se me aclaró la mente. Recordé a Liv pidiéndome dulcemente que la dejara encargarse de esa tarea. Una sensación me trepó por el cuerpo como enredaderas.

¿Me había engañado?

¿Pero por qué?

No lograba entenderlo. Más importante todavía, ¿era esto lo único sobre lo que había mentido o había algo más que ocultaba?

Sabía que tenía que investigar sus verdaderas intenciones.

CAPÍTULO 10



SERENITY KELLER

Me senté junto a la ventana, aturdida, inmóvil como un árbol marchito.

Afuera, montañas se alzaban en capas, cubiertas de un verde exuberante. Este sanatorio estaba escondido en lo profundo de la naturaleza salvaje. Por eso nunca veía a nadie entrar ni salir, nunca alcanzaba a ver un camino que bajara.

Habían pasado cinco meses completos desde la noche de la Ceremonia de la Luna. Cinco meses desde que me trajeron aquí. El bebé en mi vientre había crecido fuerte; ahora pateaba más seguido. Posé la mano sobre mi vientre, ya obviamente redondeado, como si pudiera sentir su ansia por salir al mundo. Era el único consuelo en esta habitación fría y estéril.

—Señora, es hora de su medicamento.

La puerta se abrió de repente. Entró una enfermera cargando una bandeja repleta de frascos y botellas.

Aquí nunca me llamaban por mi nombre. Como si yo no fuera nadie importante, solo señora.

Me giré lentamente y extendí la mano. La enfermera dejó un puñado de pastillas y un vaso de agua en mi palma, luego se quedó mirando para asegurarse de que me las tragara. Eché la cabeza hacia atrás, entumecida, y las pasé a la fuerza. Incluso con agua, el gusto amargo se extendió por mi boca.

Me obligué a no escupirlas.

Estos medicamentos eran supuestamente para estabilizar el embarazo, pero sospechaba que les mezclaban sedantes. Cada vez que los tomaba, me daba sueño casi de inmediato.

Pero no quería dormir ahora. Le pregunté a la enfermera: —¿Puedo salir a caminar?

—Lo siento, pero necesita guardar reposo —respondió la enfermera sin el menor rastro de emoción—. Usted alteró el embarazo durante la Ceremonia de la Luna, y sus chequeos desde entonces no han sido satisfactorios. El señor Alfred está muy disgustado. Se requiere una supervisión más estricta.

Apreté los puños.

Antes creía que la protección de Elias era lo mismo que un encierro. Pero ahora, con algo con qué comparar, por fin entendía cómo se veía un verdadero cautiverio.

No pude evitar arrepentirme. Si lo hubiera sabido, debí haber descansado más tiempo después de despertar en la mansión, en vez de obligarme a salir cuando aún estaba débil, solo para desvanecerme a la orilla del camino.

Pero el guardia que me vigilaba esa noche me miró con tanto odio. Un desprecio puro, como si no fuera más que una traidora.

La fuga me consumió las últimas fuerzas. No había llegado lejos cuando el mundo empezó a dar vueltas. En mi sopor, sentí que me llevaban a algún lugar.

Cuando desperté, estaba en esta habitación del sanatorio. Ya no tenía libertad.

El responsable de todo esto era Alfred.

Vino a verme una vez. Sus primeras palabras fueron una dura reprimenda. —Me has decepcionado, Serenity. Sobrestimé tus capacidades. Pensé que podrías cuidar como corresponde al heredero de los Vernal por tu cuenta, así que te permití criar a este niño tú sola. ¡Pero mírate! ¡El doctor dice que casi pierdes al bebé!

—No fue mi culpa—

—¡No me importa de quién fue la culpa! —me cortó Alfred con brusquedad—. ¡Solo me importa que la sangre de los Vernal continúe! ¡Como no puedes con esta responsabilidad, a partir de ahora supervisaré personalmente todo lo relacionado con el cuidado de este niño!

—¿Qué quieres decir? —Miré con los ojos muy abiertos esta supuesta habitación, las ventanas enrejadas y los varios cerrojos de la puerta. Un escalofrío me recorrió los huesos—. ¿Vas a encerrarme? ¡Me prometiste libertad!

—Silencio. Por supuesto que no he olvidado nuestro trato —el rostro de Alfred estaba impasible—. Pero nunca especificé cuándo obtendrías tu libertad. ¡Te quedarás aquí hasta que nazca el bebé! Proveeré el mejor equipo médico y al mejor personal. Ellos asegurarán el parto saludable del niño. En cuanto a ti—

Me lanzó una mirada desdeñosa. —Una vez que llegue el niño, lo que te pase a ti no importa. Si quieres irte entonces, adelante.

Con eso, se fue de esta prisión disfrazada de habitación de hospital, llevándose a las enfermeras.

La puerta se cerró de golpe tras él. Me desplomé sobre la cama, obligada a aceptar esta realidad.

A fin de cuentas, estaba sola.

No manada. No familia. Frente al poder de la manada Vernal, estaba completamente a su merced.

Pero no me había rendido del todo. La idea de escapar no salía de mi cabeza.

Al inicio de mi encierro, los médicos dijeron que una madre feliz era buena para el bebé, así que me permitían una hora al día fuera de mi cuarto. Mi recorrido se limitaba a un pequeño patio, pero ya había trazado mentalmente el plano del sanatorio.

El edificio tenía unas tres plantas, con varias estructuras auxiliares cerca. Cada salida estaba vigilada y había cámaras de seguridad por todas partes.

Al principio, esperaba que hubiera otros pacientes aquí, posibles aliados. Pero al final entendí que todo este sanatorio se había construido específicamente para encarcelarme. Todos aquí eran mis carceleros.

Para evitar mi fuga, me vigilaban todo el tiempo y prohibían que cualquiera me hablara más allá de lo estrictamente médico. Una enfermera joven platicó conmigo un momento mientras tomaba mis pastillas. Al día siguiente, no la volví a ver. Tras varios intentos fallidos de escape, me di por vencida. La seguridad se había endurecido con cada intento. Escapar se había vuelto un sueño imposible.

Incluso ahora, si apenas sugería salir a caminar, los ojos de la enfermera se llenaban de sospecha mientras me negaba.

Guardó mis frascos vacíos de medicina y me dejó unas palabras a medio consejo, medio amenaza. —Señora, su cuerpo ha estado privado de las feromonas de su pareja por demasiado tiempo. Ya está en mal estado. Si no quiere perder al bebé, debería hacer lo que decimos—.

Me toqué el vientre hinchado, pero no discutí. Las lobas embarazadas necesitaban el consuelo y las feromonas de sus

parejas para mantener a la madre y al bebé sanos y fuertes. Pero Alfred nunca me permitiría ver a Elias, y dudaba que Elias quisiera verme de todos modos.

Aunque me había puesto una marca temporal sin que yo lo supiera.

Al pensar en esa marca, alcé la mano para tocarme la nuca. La mordida hacía mucho que se había desvanecido, pero sentía el corazón marcado para siempre. Me había preguntado incontables veces por qué Elias me había marcado.

¿No se suponía que estaba ocupado con Liv? Debería haberse olvidado por completo de mí.

No había olvidado lo que pasó después de la Ceremonia de la Luna. Cuando desperté en la mansión, el guardia fuera de mi puerta estaba comentando en voz alta lo perfectos que se veían Liv y Elias dirigiendo la ceremonia, lo dulces y sincronizados que estaban…

Para compensar la ausencia de Elias y sus efectos en el bebé, necesitaba una intervención médica exhaustiva solo para mantener al niño sano.

—Me portaré bien —dije, haciendo lo posible por parecer cooperativa.

La enfermera se relajó. —Bien. Si se siente inquieta, intente escuchar algo de música. Un estado de ánimo feliz es bueno para el bebé—.

¿Un estado de ánimo feliz?

Casi me reí.

¿Cómo se suponía que iba a estar feliz? Hasta mi bebé percibía la desesperación y el dolor de su madre. Pateó con fuerza contra mi vientre, expresando su propio descontento de la única forma que podía.

Lo único que me traía algo de alegría era imaginar cómo sería la vida después de que naciera.

Aunque este hijo nunca sería mío.

* * *

Antes de darme cuenta, llegó la fecha de parto.

Una vez que diera a luz a este bebé, podría salir de esta prisión. Pero cuando por fin llegó el día, ni siquiera pude levantarme de la cama. Después de que se me rompió la fuente, lo único que pude hacer fue presionar frenéticamente el botón de llamada entre las oleadas de contracciones.

Doctores y enfermeras irrumpieron y me llevaron a toda prisa, con cama y todo, al quirófano.

—¡El cuello uterino está dilatado! ¡Tráiganme los fórceps!—

—El bebé está mal posicionado. No va a salir fácilmente…—

Trabajaban con método mientras las contracciones me atravesaban como olas que desgarraban mi cuerpo. Mi conciencia se volvía cada vez más borrosa. Apenas alcanzaba a distinguir lo que decían.

El parto fue difícil. Sin una pareja presente, sin feromonas que me calmaran, el cuerpo de una Omega se resistía instintivamente. Podía oír a Novella aullando dentro de mí. Necesitaba a Elias, el hombre que nunca vendría.

—¡La frecuencia cardíaca está bajando!— La voz de una enfermera se volvió cortante.

—No hay opción. ¡Prepárense para cesárea! —ordenó el médico con calma.

Un bisturí me abrió la piel. Mi alma pareció salirse de mi cuerpo. El olor a sangre se volvió abrumador, asfixiante.

—¡Waaah!—

De pronto, resonó el llanto agudo de un bebé. Como un toque de trompeta, inyectó vida de vuelta en mi espíritu que se desvanecía.

¡El bebé! ¡Mi bebé nació!

¡Déjenme ver a mi bebé!

Grité esas palabras en mi mente, pero los doctores y las enfermeras me ignoraron por completo. Se pasaban al recién nacido entre ellos, celebrando. —¡Es un niño! ¡Un bebé sano!—

—¡Rápido, avisen al señor Alfred!

Alguien alzó al bebé y se dirigió a la puerta. Una enfermera me miró de reojo y luego le preguntó al doctor cercano: —Está sangrando mucho. ¿Deberíamos hacerle una transfusión?

—No hace falta —el doctor que suturaba mi abdomen ni siquiera levantó la vista—. —El señor Alfred dijo que lo único que importa es el niño. Si las circunstancias lo permiten, de la madre pueden deshacerse antes de tiempo. Lleven primero al bebé a la sala de recién nacidos y arreglen los cuidados adecuados. En cuanto a ella—

La mirada del doctor se posó en mí menos de un segundo antes de cortar el último hilo de sutura. —Su tarea está completa. Esto es todo lo que podemos hacer. De aquí en adelante se las arregla sola.

Me dejaron ahí. Todos se fueron llevándose al bebé.

Las luces se apagaron una a una. Los pasos se fueron perdiendo en la distancia. La última puerta se cerró con un clic, y el eco retumbó en mis oídos.

Mi herida seguía sangrando. Líquido tibio goteaba del borde de la mesa de operaciones hacia el piso. *Ploc. Ploc. Ploc.* Mi temperatura corporal estaba bajando. El frío me trepaba desde las yemas de los dedos y se extendía por todo el cuerpo.

Nunca había sentido la muerte tan cerca.

Así terminaba todo.

Había dado a luz, había completado mi «tarea», y ahora me desechaban como una herramienta usada.

Qué patético. Creí que podía negociar con Alfred. Pero ese viejo lobo astuto probablemente nunca tuvo intención de dejar con vida a una Omega de sangre inferior como yo.

Pero no quería morir.

El instinto de supervivencia me invadió. El instinto inundó mis miembros con una fuerza repentina. Me rodé fuera de la mesa de operaciones y caí al suelo. La herida se abrió. El dolor casi me dejó inconsciente. Aspiré con fuerza, me aferré a la conciencia y luego me arrastré por el piso como un animal moribundo, dejando tras de mí un largo reguero de sangre.

La puerta del quirófano no estaba cerrada con llave.

El pasillo afuera estaba vacío.

Todo el personal médico había ido a atender al precioso heredero. Ya a nadie le importaba yo. Por fin había obtenido mi «libertad».

Guiándome por la memoria, me apoyé en la pared para ponerme de pie. Paso a paso, entre punzadas, llegué a un consultorio en el mismo piso. Encontré vendas básicas y me vendé la herida como pude para detener un poco la hemorragia. Luego di con un teléfono con línea al exterior.

El dolor me nublaba los pensamientos. Mis dedos se movieron por puro instinto mientras marcaba. A mitad del número, me di cuenta de que no estaba llamando a emergencias ni a la policía.

Estaba llamando a Elias.

Ese número estaba grabado tan hondo en mi corazón que nunca podría olvidarlo. La secuencia de dígitos más familiar que conocía.

Me temblaban los dedos. Ya me resultaba demasiado difícil colgar para volver a marcar. Lo único que pude fue seguir marcando los números restantes.

Rin… rin…

Rin… rin… rin…

El tono de llamada se alargaba sin fin. El corazón me galopaba de desesperación. Una y otra vez, le rogué a la Diosa Luna que dejara a Elias contestar.

Quizá me escuchó. De pronto, dejó de sonar. ¡La llamada conectó!

Del otro lado se oía ruido, como si fuera algún tipo de fiesta. Pero mi conciencia se desvanecía y no podía darme el lujo de importarme. Apreté el auricular y grité pidiendo ayuda: —Elias, soy yo, Serenity. Necesito ayuda—

Antes de que pudiera terminar, la persona al otro lado soltó una risita burlona.

Esa voz femenina tan familiar me heló el corazón. Las palabras se me atoraron en la garganta. Quien contestó no fue Elias.

Fue Liv.

—¿Por qué es usted quien contesta? —me tembló la voz—. ¿Dónde está Elias?

—Elias me dio su teléfono para que lo tenga. Porque soy la persona más cercana a él —el tono de Liv era ligero y alegre—. Pero tú, Serenity, de veras no sabes cuándo parar. Elias ya no tiene nada que ver contigo y sigues llamando.

—No, eso no—

El sudor frío me corría por la cara. Apenas podía sostenerme. El instinto de supervivencia me obligó a tragarme el orgullo y suplicar: —Liv, ¿podría pasarle el teléfono a Elias, por favor? Me estoy muriendo… Por favor, necesito ayuda…

—¿Qué? ¿Este es tu nuevo truco para llamar la atención de Elias? —la voz de Liv rezumaba veneno—. Ríndete. Elias sería feliz de verte muerta.

Se me fue toda la fuerza y me desplomé en el suelo. Por un instante, no supe cuál herida dolía más, si el cuerpo o el corazón.

En ese momento oí la voz de Elias al fondo. —Liv, ¿con quién hablas?

La esperanza se encendió. Dije su nombre al auricular. Pero estaba demasiado débil. Casi no se me oía. Del otro lado, Liv subió deliberadamente la voz para taparme.

Le mintió a Elias. —Nada. Solo un vendedor telefónico.

Pareció cubrir la bocina. Ella y Elias hablaban, pero sus voces estaban tan amortiguadas que no alcancé a entender.

De pronto, la barrera se levantó. Volví a oír con claridad.

Escuché reír a Liv, como si preguntara a propósito: —Iba a rechazarla. A menos que… Elias, ¿querías atender esta llamada tú mismo?

CAPÍTULO 11



ELIAS VERNAL

La gala anual de Vernal Corporation siempre era fastuosa, no solo porque celebraba los logros del año y servía como evento de contactos, sino también porque era una reunión importante donde varias manadas compartían información sobre los movimientos de los cazadores y discutían estrategias de defensa.

Estaba en el exclusivo salón VIP del segundo piso, mirando a través del muro de vidrio a la multitud bulliciosa de abajo. En veinte minutos tendría que bajar para dar el discurso de apertura. Lo había hecho incontables veces. No debería afectarme en lo más mínimo. Sin embargo, seguía mirando el reloj, incapaz de sacudirme la sensación de que algo me apretaba las entrañas y tiraba de ellas.

Esta no era una emoción mía.

Esa inquietud y ansiedad revueltas venían de alguien más. Alguien cuya alma estaba ligada a la mía por nuestro vínculo mental, mi compañera predestinada.

¿Le había pasado algo a Serenity?

Analicé su estado a través de las emociones que se desbordaban hacia mí. Parecía estar soportando algo que le causaba una angustia extrema.

Eso me puso ansioso, pero ni siquiera sabía dónde estaba. Después de la Ceremonia de la Luna, se había desvanecido como humo. Ni hablar de conseguir su dirección. Ni siquiera su teléfono era localizable. Solo respondía mensajes de texto. Dado lo decidida que había estado a escapar esa noche, tenía buenas razones para creer que me evitaba deliberadamente.

Eso me hizo dudar. No estaba seguro de si debía enviar gente a localizarla. Nuestro vínculo mental seguía intacto, lo que significaba que al menos estaba viva. Tal vez no debía preocuparme tanto.

Aun así, las intensas fluctuaciones de esta noche eran inusuales, especialmente en la noche de la gala. No podía decidir si tragarme el orgullo y llamarla para preguntarle qué pasaba. ¿Quizá me llamaría ella primero?

—Elias, ¿por qué subió aquí solo? Ni siquiera me avisó. Lo he estado buscando por todas partes abajo.

Liv subió las escaleras hacia mí. Su cabello platinado, mi favorito, estaba recogido en un elegante peinado. Su vestido caía como la cola de una sirena. Esta noche se veía excepcionalmente hermosa. Me sonrió, pero al mirarle la cara no sentí nada dulce. En cambio, mi mente se fue a la cuenta bancaria que había congelado a mis espaldas.

Tras descubrir su engaño, de inmediato ordené a Herman que restableciera las cuentas de Serenity y luego le pedí que investigara discretamente. Necesitaba entender por qué Liv había hecho eso. Mientras tanto, la ascendí a asistente personal como una tapadera. Esto la mantenía alejada de las operaciones de la empresa y aseguraba que todas sus tareas pasaran primero por mí, una manera de vigilarla sin despertar sospechas. La investigación aún no estaba completa, y esa era la única razón por la que todavía podía comportarme más o menos con normalidad a su alrededor.

Sabía qué era lo que temía. Temía que los secretos que ocultara echaran por tierra todo lo que creía saber. Temía que, cuando esos

secretos salieran a la luz, el dolor fuera insoportable.

Temiendo que mi salvadora… no fuera quien yo creía.

—Elias, ¿por qué no me contesta? —Liv parecía inquieta mientras alzaba la mirada hacia mí.

Volví al presente de golpe y negué con la cabeza. —Solo estoy pensando en algunas cosas.

No notó que había evitado mirarla a los ojos.

—El discurso está por empezar. Voy a bajar. —Tomé mi teléfono de la mesa de centro cercana.

Los ojos de Liv se iluminaron. —No puede llevar su teléfono durante el discurso, ¿verdad? ¡Elias, déjeme guardárselo! Soy su secretaria. Este es mi trabajo.

La miré sin expresión.

—De acuerdo —accedí sin dificultad—. Porque en realidad esto era una prueba.

Herman y yo lo habíamos hablado. Si Liv estaba ocultando algo, no solo interferiría en asuntos de la compañía. Querría acceso a más secretos.

Mi teléfono sería el anzuelo perfecto.

Todos los archivos confidenciales dentro habían sido fabricados de antemano e incrustados con un programa de rastreo. Si Liv de verdad pedía mi teléfono y revisaba esas carpetas ocultas, cada rastro quedaría registrado.

Esperaba que nada de esto fuera necesario.

—No toque mi teléfono. —No pude evitar advertirle una última vez antes de soltarlo.

—No se preocupe. —Liv sonrió dulcemente y estuvo de acuerdo.

Respiré hondo y bajé las escaleras.

Aún me quedaban unos minutos antes del discurso. Varias personas se acercaron a conversar y hacer contactos, hablando de propuestas de negocios. Sostuve la charla mientras vigilaba a Liv de reojo. Después de seguirme abajo, parecía perfectamente bien portada, tan correcta que empecé a sentirme paranoico por sospechar de ella.

Entonces vi a Liv levantar de pronto mi teléfono y contestar una llamada.

Me invadió una mala corazonada. Me disculpé rápido con mis socios y avancé a zancadas hacia ella.—¡Liv! ¿Con quién está hablando?

—Nada. Solo una vendedora por teléfono. —Liv cubrió el auricular con una mano, bloqueando que pasara cualquier sonido—. Estaba a punto de colgarle. A menos que… Elias, ¿quería atender esta llamada usted mismo?

Parecía completamente despreocupada.

Extendí la mano.—Déjeme ver el número.

Liv se quedó helada, claramente no se lo esperaba. Puso cara de estar herida, como acusándome de no confiar en ella. Pero no se negó. Me mostró la pantalla. Era un número desconocido.

—¿Me cree ahora? —Su tono llevaba un dejo de agravio. Aunque no creía haber hecho nada malo, sentí una punzada de culpa.

No pude responder porque algo seguía oliéndome mal. Quedó flotando una intuición extraña. Había sentido ese mismo instinto el día que los cazadores atacaron a la manada, la sensación de que se me escapaba algo importante.

—Por supuesto que le creo —dije, decidiendo primero calmarla—. El discurso está por empezar. No tengo tiempo para atender llamadas. Solo cuelgue.

—Ya lo oyó. —Liv pareció complacida con mi respuesta. Su sonrisa volvió mientras hablaba por el teléfono y luego terminó la llamada.

Subí al escenario. Me había memorizado el discurso. No había necesidad de mirar el guion. Solté los lugares comunes de siempre de manera mecánica mientras la mente se me iba a otra parte.

De pronto, el vínculo mental con Serenity se desbocó con violencia. Fue como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Bzzzz—

El micrófono soltó un chillido de acople y me interrumpió el discurso. Todos en la audiencia me miraron, confundidos.

El sudor frío me perló la frente, invisible para ellos. Mant tuve la compostura y fingí que no había pasado nada, y seguí. Solo mi ritmo, cada vez más acelerado, delataba mi agitación interna.

El discurso terminó. El público estalló en un aplauso atronador.

Bajé a toda prisa del escenario y fui directo hacia Liv.

—¿Entró alguna llamada en ese rato? —pregunté con urgencia.

Las sensaciones de Serenity habían sido tan intensas. Podía estar en problemas. Antes, cuando necesitaba ayuda, siempre me llamaba a mí primero.

Pero Liv negó con la cabeza.—No entró ninguna llamada.

¿Cómo podía ser?—

Extendí la mano.—Deme el teléfono.

Liv obedeció. Lo recuperé y primero revisé el programa oculto de rastreo. No se había activado, lo que significaba que no había mirado esos archivos. Luego pasé rápido por el registro de llamadas: ¡nada, nada, nada!

Serenity de verdad no había llamado. Excepto por esa vendedora a la que Liv había contestado antes, el registro estaba completamente vacío.

Bajé el teléfono con una sensación de decepción inédita.

—Elias, últimamente parece que me está ocultando algo. —Liv me estudió la expresión con cautela, la voz suave—. ¿Hice algo para molestarlo?

—¿Por qué pensaría eso? —Me obligué a sostenerle la mirada, sin dejar que viera a través de mi mentira—. No estoy diferente de lo usual.

—No, sí está diferente. —Liv dio un paso más, acortando la distancia entre nosotros. Podía oler claramente su perfume, ese aroma floral ligero que por lo general me gustaba. Hoy, por alguna razón, me inquietó.

—¿Ve? Se está alejando de mí. —Liv me tomó la mano—. Antes usted era quien me tomaba la mano primero. Nunca tenía que hacerlo yo. Pero ahora ni siquiera me mira.

Abrí la boca para discutir, pero me di cuenta de que tenía razón. Desde que descubrí lo de la cuenta bancaria, había estado manteniendo la distancia a propósito.

Pero no podía decirle por qué, así que puse una excusa.—La compañía ha estado ocupada últimamente. Solo estoy cansado. No la estoy evitando.

—¿De verdad? No le creo.— Liv de pronto se pegó a mi pecho con una mirada pícara.—Pruébelo. Pídame que baile. Ahora mismo. ¡Entonces le creeré!—

La segunda mitad de la gala era un baile de gala formal. La orquesta clásica inició un elegante vals. Las parejas ya se habían reunido en el centro de la pista.

No pude encontrar una razón para negarme.

—Por supuesto, mi señora. ¿Me concedería esta pieza?— Reuní mis energías, le hice una reverencia de caballero y extendí la mano.

Su sonrisa se iluminó más cuando colocó su mano derecha en la mía.

La conduje al centro de la pista de baile. Los otros invitados, considerados, hicieron espacio para su Alfa. Las luces se atenuaron hasta que solo quedó un único reflector sobre nosotros, volviéndonos el centro absoluto de la velada.

Liv parecía plenamente complacida con este trato. Su sonrisa no se había apagado desde que empezó el baile.

—Mire, Elias. Todos nos están mirando.—

Se inclinó hacia mi oído durante un giro y susurró.

La guié en un giro estándar, con la voz fría.—¿No es esto exactamente lo que usted quería?—

Se rió, clara como una campana.—Me descubrió. Sí, quiero que todos sepan que soy la mujer a su lado.—

El baile continuó, atrayendo a más espectadores al borde de la pista.

Murmuraban su admiración, especulando sobre la identidad de Liv. Incluso alcancé a ver el destello de una cámara desde algún lugar entre la multitud—probablemente algún paparazzi que se había colado—, tomando fotos de nosotros bailando. Los titulares de mañana, sin duda, serían más chismes de tabloide sobre mí.

Normalmente, estaría preocupado por cómo explicarle esos rumores a Serenity después. Pero ahora que no estaba a mi lado, ahora que ya no necesitaba explicar los chismes, me sentí más solo que nunca.

Liv pareció percibir mi distracción. De pronto apoyó la cabeza en mi pecho, derritiéndose en mis brazos. Esto iba más allá de bailar. Los presentes soltaron exclamaciones de sorpresa.

—Elias, ¿sabe lo feliz que estoy ahora mismo?— Liv alzó la vista. Sus ojos castaños brillaban bajo las luces.—¿Cuándo por fin me hará su verdadera compañera destinada?—

La pregunta llegó de repente, pero la había estado esperando.

Desde el momento en que Liv regresó de entre los muertos, esa pregunta había quedado entre nosotros, sin resolverse.

Me lo había pedido muchas veces. Era su único deseo. Y yo había aceptado compensarla con una gran ceremonia de unión para resarcir todo lo que había sufrido al salvarme.

Ahora no podía decir que había cambiado de opinión. Pero sí quería postergarlo todo lo posible.

Así que no pude responderle de inmediato.

—Liv, yo...— empecé tras un momento de pensar.

Pero antes de que pudiera terminar, un dolor desgarrador explotó en mi pecho. No dolor. Algo peor. Vacío. Un abismo. El enorme hueco que queda cuando algo vital desaparece de golpe.

Serenity.

¡Era Serenity!

Comprendí la fuente de esa agonía. El vínculo mental entre nosotros se había cortado sin aviso, como una cuerda tensa que se rompe, dejando solo un zumbido punzante y un silencio asfixiante.

—¡No!—

Ya no pude responder la pregunta de Liv. La aparté de un empujón, tan fuerte que dio varios pasos tambaleándose.

La música se detuvo de golpe. Todos se quedaron inmóviles, confundidos por lo ocurrido.

—¿Elias?— Liv se sujetó el brazo, con el rostro lleno de conmoción y dolor.—¿Qué está haciendo?—

No tenía tiempo para explicar.

Solo un pensamiento me consumía ahora. Encontrar a Serenity. De inmediato.

Porque un vínculo de pareja nunca se rompe sin motivo. Las únicas causas son la muerte o el borde de la muerte.

De cualquier forma, Serenity estaba en peligro extremo.

Me di la vuelta para irme, ignorando los llantos y llamados de Liv a mis espaldas y los susurros de los invitados.

Pero no logré salir del salón de baile. En algún momento Alfred había aparecido en el escenario. Desplegó su dominancia como antiguo Alfa, obligando a todos en el recinto a mirarlo y a detener lo que estaban haciendo, incluyéndome a mí. Sostenía un micrófono y anunció en voz alta—Buenas noches a todos. Lamento interrumpir, ¡pero tengo algo que debo anunciar esta noche!—

La sala enmudeció al instante. Todos aguardaron las palabras de Alfred.

No sabía qué planeaba. Alcé la vista hacia el escenario.

Alfred chasqueó los dedos. La mayoría de las luces se apagaron, dejando solo un reflector en el escenario. Se proyectó detrás de él una fotografía de un bebé diminuto y delgado chupándose el pulgar, durmiendo plácidamente en una incubadora.

—¡Esta noche nació un nuevo heredero de la familia Vernal! ¡Es el hijo de mi hijo Elias!—

CAPÍTULO 12



ELIAS VERNAL

En cuanto cayeron las palabras de Alfred, un aplauso atronador estalló en el lugar.

Los invitados aplaudieron con entusiasmo, ofreciendo sus felicitaciones y celebrando el hecho de que por fin me había convertido en padre.

Me quedé entre ellos, aturdido y perdido, como un tonto que no encontraba el norte.

Sentí como si todos se hubieran confabulado para jugarme una broma cruel. Me quedé mirando la foto del recién nacido proyectada en la pantalla del escenario. Al principio, lo absurdo de la situación me dejó helado; luego se transformó en una rabia que me lanzó al escenario.

Le arrebaté el micrófono de la mano a Alfred y lo tomé del cuello del saco. Sin importar su estatus, le rugí en la cara. —¡Respóndame! ¿Qué demonios está pasando? ¿De dónde sacó a este bebé? ¡Es imposible que sea mi hijo!

Claro, me habían puesto la etiqueta de playboy, pero esas supuestas novias eran inventos. ¡Ni siquiera me había acostado con ninguna!

Si Alfred en realidad le creyó a una de esas mujeres y aceptó cualquier bebé que le llevaran diciendo que era mi hijo, entonces de verdad se había vuelto senil, tan desesperado por un heredero que cayó en la estafa más obvia.

—Elias, cuide su comportamiento —me reprendió Alfred—. Con todos estos invitados mirando, ¿quiere arruinarlo todo?

—¡Si no puede darme una explicación razonable, entonces sí!

—Bien. Parece que necesitamos hablar en privado. Alfred señaló discretamente hacia un salón VIP en el segundo piso, pero me negué.

—Hablaremos, pero no ahora —dije—. Necesito encontrar a Serenity.

Alfred sonrió. —¿Y si le digo que nuestra conversación es sobre ella?

—¿Qué? —lo miré con cautela. Abajo, los invitados murmuraban, inquietos por nuestro enfrentamiento. Les eché una mirada y luego solté su cuello con expresión fría—. Será mejor que me dé una respuesta satisfactoria.

—Oh, se la daré. Alfred casi tropezó. Dio un paso atrás, torpe, pero mantuvo la supuesta compostura, fingiendo que nada había pasado mientras alisaba su saco arrugado.

Le indicó a la banda que siguiera tocando y caminamos directo hacia el salón VIP del segundo piso.

Por el camino, alcancé a ver por el rabillo del ojo a Liv apresurándose para seguirnos. Pero no estaba de humor para esperarla. Seguí a Alfred al salón y azoté la puerta, echando el seguro detrás de nosotros.

Todo el ruido de afuera desapareció.

Solo quedamos los dos, trabados en un pulso tenso.

—Ya puede hablar —lo fulminé con la mirada—. ¿De quién es ese bebé? ¿Y por qué mencionó a Serenity?

—Se lo dije. Es su hijo —dijo Alfred—. De raza pura, con sangre Lycan. El nuevo heredero de la manada Vernal.

—¡Eso es imposible! ¡Ni Serenity se tragaría semejante disparate de estar esperando un hijo mío! Si alguna de mis supuestas novias le dijo que estaba embarazada de un bebé mío, entonces por fin perdió la cabeza: está tan obsesionado con conseguir un heredero que caería en una mentira tan obvia.

Alfred no se inmutó ante mi burla. Dijo despacio: —¿De veras? ¿Y si le digo que este niño es suyo y de Serenity?

No esperaba esa respuesta. —Jamás le hice una marca permanente. ¿Cómo podría haber quedado embarazada?

—Para las parejas destinadas, no es necesaria una marca permanente. Incluso una marca temporal puede hacerlo posible —Alfred me devolvió la burla—. Elias, lleva más de un año casado con ella. ¿Acaso recuerda cuántas veces ha estado con ella? Por mucho cuidado que creyera tener, con tanto tiempo y su vínculo, ¡cualquier cosa podía pasar!

Lo que dijo podía ser verdad.

No quería admitirlo, pero siguiendo su lógica, de pronto todo lo que me había parecido extraño en Serenity cobró sentido. Por qué me evitaba. Por qué se negaba a verme. Por qué lucía tan delgada cuando se desmayó, y aun así su vientre parecía apenas abultado...

—Estaba embarazada de verdad… —murmuré. La revelación me aplastó el pecho. Me aflojé el cuello de la camisa—. ¿Estaba embarazada y nunca me lo dijo?

¿Había dado a luz sola y yo, el padre, era el último en enterarse?

No, espera. Herman me había hablado de esto. Pero ¿qué fue lo que dije?

Me está mintiendo.

No le había creído.

Esa revelación me hizo dar vueltas la cabeza.

Ahora necesitaba desesperadamente ver a Serenity, preguntarle por el niño, confirmar que estuviera bien. La ansiedad por nuestro vínculo roto me atormentaba. No quería nada más que transformarme y obligar a Alfred a entregármela.

Frente a mi postura agresiva, Alfred se mantuvo relajado. —Acaba de dar a luz y está descansando. No puede verlo. Usted sabe lo agotador que es el parto.

Le rugí, dejando escapar sin querer mi dominancia. —¡Si no puede verme, entonces deme la dirección! ¡Iré con ella yo mismo!

Alfred por fin me sostuvo la mirada. —¿Por qué está tan alterado, Elias? ¿No la ha detestado siempre? ¿No dijo que nunca la quería como su compañera?—

—Eso fue...— Las palabras se me murieron en la garganta.

Sí, eso era lo que había pensado antes de casarme con Serenity. Eso era lo que le había dicho. Porque, en aquel entonces, todavía quería pagarle a Liv por salvarme la vida dándole el puesto de Luna... Cuando Serenity ocupó ese puesto de repente, la había lastimado incontables veces.

Pero ¿por qué, ahora que esa posibilidad realmente estaba ocurriendo ante mis ojos, se sentía como si todo mi mundo se derrumbara?

Me mordí con fuerza. Mis colmillos me perforaron las encías. El sabor a sangre me aguzó el enfoque. Me negué a mostrar la confusión y la debilidad. Amenacé a Alfred con frialdad. —Solo voy a preguntar una vez más. Esto es una orden. ¡Dígame dónde está Serenity!—

Ni siquiera Alfred podía desafiar al Alpha actual. Al final cedió. —Está en un sanatorio psiquiátrico en las afueras. Organicé una sala de partos allí.—

—¡¿Cómo pudo ponerla con pacientes psiquiátricos?!— Y en un lugar tan aislado. ¡Sería una tortura!

—No hay pacientes psiquiátricos.— Alfred hizo un gesto despectivo con la mano. —¿Cree que dejaría que el heredero estuviera cerca de gente así? El lugar está completamente vacío. Saqué a todos.—

—¿Los sacó? Entonces, ¿qué hay del personal médico?— Una sensación terrible se me trepó por el cuerpo al ver su expresión indiferente.

Su silencio alimentó la oscuridad que me hervía por dentro.

—¡Respóndame!— Estrellé ambas manos contra la mesa de centro de vidrio; el impacto hizo vibrar el cuarto.

Me miró sorprendido, como si viera a su hijo por primera vez.

—Ya es un poco tarde para que empiece a preocuparse por su Luna. —

—¿Qué quiere decir?—

—Por desgracia, probablemente ya esté muerta—, afirmó Alfred con un tono gélido. —En el momento en que dio a luz al heredero, su propósito quedó cumplido. No vi ningún valor en salvarla. A estas alturas, seguramente se desangró en esa mesa de operaciones.—

Entendía cada palabra por separado, pero juntas no tenían sentido. Mi cerebro las rechazó de inmediato.

Me temblaban los dedos. Algo me ardía por dentro. ¿Era rabia? ¿O algo más?

Me quedé mirando a Alfred. Era mi padre. No era la primera vez que presenciaba la crueldad y la falta de piedad en su naturaleza. Pero ahora sentía que, por primera vez, veía cuán... ¡despreciable era!

—¿Por qué tuvo que matar a Serenity?— exigí con frialdad. Ya no era un enfrentamiento entre padre e hijo, sino un Alpha interrogando a un Anciano. —No intente decir que no tuvo nada que

ver. Sé cómo opera. Pero no lo entiendo. Aunque sea una Omega, aunque sea una presunta... traidora, seguía siendo miembro de la manada Vernal. ¡Era mi Luna! ¿Por qué tuvo que matar a alguien de los nuestros? ¡Respóndame, Alfred Vernal!—

—¿Me lo pregunta a mí? ¿No lo entiende usted mismo?—

Hizo una breve pausa. Ante mi actitud inusualmente seria, esta vez no esquivó la respuesta.

Esbozó una mueca desdeñosa. —Mírese ahora mismo, Elias. ¿Se ha visto en un espejo? No parece en nada un Alpha sereno y poderoso. Ya perdió la cabeza por esa Omega y ni siquiera se da cuenta. ¿Pregunta por qué tuve que eliminar a Serenity? ¡Por la influencia que tiene sobre usted!—

—El Alpha de una manada debe ser el más fuerte y el más implacable. No puede tener debilidades, y mucho menos que una compañera de baja cuna y habilidades débiles se convierta en su punto vulnerable.—

—Aun dejando de lado que Serenity podría ser la traidora que vendió a la manada, incluso si no lo fuera, jamás permitiría que se quedara a su lado.—

¿Serenity era mi debilidad? Escuchar eso me resultó risible, y aun así no pude reír.

Fenrir susurró dentro de mí que Alfred tenía razón. Sí me importaba Serenity. Por más veces que dijera que quería divorciarme de ella, aun así la quería con vida. No quería que realmente muriera.

En ese momento, me sentí como un niño que de pronto despierta de un sueño y se topa con una realidad helada. ¡No podía soportar las consecuencias de perderla! Con solo imaginarlo, Fenrir aullaba de dolor dentro de mí.

Había pensado que no amaba a Serenity. Había negado mis verdaderos sentimientos incontables veces... Había supuesto que

siempre estaría a mi lado. ¡Pero estaba equivocado! ¡Completamente equivocado!

Mientras ella estuviera viva en algún lugar de este mundo, aunque no estuviera a mi lado, siempre podría encontrarla, ver su rostro.

Pero si... si se iba de este mundo, ¿adónde iría para verla?

En ese momento, me dolió el corazón como nunca. Ante la vida o la muerte de Serenity, cosas como el engaño y la traición dejaron de importar. Solo no quería perderla. ¡No quería que desapareciera de este mundo para siempre! Lo patético era que, solo en la víspera de perderla por completo, por fin desperté y entendí esto.

Qué tonto había sido.

—Dígame dónde queda el sanatorio.— Mi voz sonó aterradoramente baja.

No podía respirar. Me dolía el corazón tanto que quería desmayarme. Pero no podía derrumbarme aquí. Porque esto aún no terminaba. ¡Todavía tenía una oportunidad de encontrarla y salvarla!

Molesto, Alfred sacó una tarjeta de presentación y la arrojó sobre la mesa. —La dirección está ahí. Vaya a buscarla usted mismo. Pero no desperdicie su esfuerzo. Incluso ahora, lo único que probablemente encuentre es un cadáver—

No pude escuchar más. Lancé el puño y se lo estrellé en la cara.

Alfred cayó hacia atrás, con sangre escurriéndole de la comisura de la boca. Me miró incrédulo. —¿De verdad me golpeó? ¡Elias, regrese aquí!—

Ignoré sus gritos. Agarré la tarjeta, me di la vuelta y salí de la habitación a toda prisa.

Liv estaba de pie fuera de la puerta, con la oreja pegada a ella. Cuando la abrí, choqué de lleno contra ella. Soltó un grito de dolor.

—Elias, ¿adónde vas? ¡La gala aún no termina! ¿Y nuestro baile? Elias—

Su voz se fue apagando detrás de mí.

Alfred, Liv, los invitados sobresaltados. Ninguno importaba. Salí corriendo del lugar con un solo pensamiento en la cabeza.

Serenity, espérame.

Por favor, espérame.

* * *

Siguiendo la dirección en la tarjeta de Alfred, guié a un equipo e irrumpimos en el sanatorio escondido en lo profundo de las montañas.

El portón estaba cerrado con llave. Lo abrí de una patada. El metal chirrió y crujió mientras todo el portón se estrellaba contra el suelo.

—¡Entren ahí y registren! —grité con dureza.

El trayecto desde la gala normalmente tomaba dos horas. Esta noche lo hice en cuarenta minutos. La velocidad había dejado a Herman pálido. Probablemente nunca me había visto así.

Nadie dudó. Herman de inmediato condujo a todos al sanatorio y arrasaron con cada habitación.

—Informe: ¡nada en el primer piso!

—Informe: ¡el segundo piso, despejado!

—¡Sigan buscando! ¡Debemos encontrar a la Luna! —Herman no se atrevía a mirarme a la cara. Solo ladraba órdenes a los guerreros que registraban.

—¡Alfa! ¡Venga a ver esto!

Al final, fue Charles, el médico de la familia, quien mejor conocía los hospitales, quien encontró la habitación que habían usado como sala de partos.

El corazón me latía con furia. En cuanto me acerqué al quirófano, capté el aroma de la sangre de Serenity. Incluso mezclado con el olor punzante del desinfectante, podía identificarlo con claridad. ¡Ella había estado aquí!

Pero lo que encontré adentro fue devastador.

Había sangre por todas partes.

No solo en la mesa de operaciones. El piso estaba cubierto de enormes charcos. El rojo intenso era tan chocante que de inmediato grité: —¡Charles!

El doctor examinó rápido la habitación. Su expresión se volvió cada vez más grave y más temerosa con cada segundo.

—Alfa… —le temblaba la voz. ¡Le ordené que me dijera la verdad!

—Con esta cantidad de pérdida de sangre, la supervivencia de la madre sería… improbable —respondió Charles, acartonado—. Quien haya atendido el parto claramente nunca pensó mantenerla con vida. No hay equipo de emergencia para complicaciones maternas. No hay reservas de sangre. No hay medicación.

—¡Cállate! —le había ordenado que hablara, pero ahora no quería escucharlo.

Tenía miedo. Miedo de oír esa noticia terrible. Prefería engañarme: ¡mientras no la oyera, tal vez aún tendría una oportunidad de sobrevivir!

La voz me tembló de miedo. —¡Serenity no puede estar muerta!

Bajé la vista. El rastro de sangre en el suelo salía por la puerta. Eso significaba que Serenity había logrado escapar de este quirófano.

Seguí el rastro de sangre con mis hombres. Las marcas sangrientas variaban en intensidad. A veces incluso podía ver huellas de manos ensangrentadas en las paredes blancas. Me ardían los ojos al imaginarla arrastrando su cuerpo desangrado por este pasillo oscuro y frío; le tenía tanto miedo a la oscuridad y a los espacios cerrados.

Llegamos a la puerta trasera del edificio. Más allá había un bosque denso, en capas, que ralentizó nuestro rastreo. Envié a los guerreros a desplegarse mientras yo mismo seguía el aroma persistente de Serenity.

Cuanto más avanzaba, más inquieto me ponía.

Fenrir empezó a desgarrarse a sí mismo de dolor, incapaz de enfrentar la pesadilla que se volvía más nítida a cada segundo.

Pero al final, igual tuve que enfrentar la realidad—

—¡Alfa! —Herman encontró huellas de Serenity más adelante y me llamó.

Contuve el corazón desbocado y corrí hacia él. Luego me quedé helado en el sitio.

Vi un acantilado empinado. Abajo, un río embravecido.

A la luz de la luna, los rápidos blancos hervían y rugían como incontables bocas hambrientas. Y su rastro terminaba justo aquí.

—La sangre de la Luna termina aquí. Es probable que haya caído —dudó Herman al informar—. Desde esta altura, sumado a su condición…

¿Ya era demasiado tarde?

Toda la fuerza se me fue del cuerpo. La voz de Herman se desvaneció. La realidad pareció alejarse de mí. Mi mente se llenó con un solo pensamiento: ¡Serenity estaba allá abajo! ¡Estaba en ese río!

—Voy a bajar a buscarla —dije, y me lancé hacia adelante.

Herman y los demás se horrorizaron. De inmediato me bloquearon. —¡No puede, Alfa! La corriente es demasiado fuerte. ¡No va a encontrar a la Luna en estas condiciones!

—¡Suéltenme! —rují, incapaz ya de reconocer quién estaba frente a mí. Se me habían puesto los ojos rojos. Lo único que quería era romper su barrera.

—¡Tengo que encontrarla ahora! ¡Debe seguir con vida! Sí, igual que Liv…

Si Liv pudo sobrevivir, ¿también Serenity?

No. El corazón me decía con firmeza que sí. Si existían los milagros en este mundo, entonces uno tenía que ocurrir para mi compañera. En ese instante, mi corazón traicionó mi juramento a mi salvadora. ¡Incluso deseé poder cambiar el milagro de Liv por la supervivencia de Serenity!

Ninguno de los guerreros podía resistir mis embates. Solo Herman apenas lograba contenerme.

Desesperado, dejó de dudar y gritó más fuerte. —¡Bajar ahí no va a ayudar! La Luna ya no puede estar viva. La manada no puede perderlo a usted también…

Herman se me lanzó de nuevo, temerario y decidido. —¡No hay señales de forcejeo en ningún punto del borde del acantilado! ¡Usted sabe lo que eso significa!

Mis movimientos violentos se detuvieron de golpe. Como un globo pinchado, toda mi fuerza desapareció al instante.

Mi cuerpo empezó a temblar. Me sujeté la cabeza con las manos y me desplomé de rodillas.

Sí, por supuesto que sabía lo que significaba. Serenity había saltado por su cuenta.

Me lo había dicho tantas veces: que quería libertad, y jamás lo tomé en serio.

Ahora la había tomado.

Serenity me había dejado para siempre.

Estaba muerta.

CAPÍTULO 13



SERENITY KELLER

Cuatro años después

—Serenity, te amo. ¡Por favor, cásate conmigo!

Frank Golden se arrodilló sobre una rodilla, sosteniendo un gran ramo de rosas rojas en flor mientras me proponía matrimonio.

Apreté nerviosa mi delantal, un poco preocupada por que me vieran. Llevaba cuatro años viviendo en el pequeño pueblo de Tara y sabía que a esta hora mi café rara vez tenía muchos clientes.

—Señor Golden, ese chiste no tiene gracia —le dije con sequedad, esperando que captara el rechazo en mi tono.

Pero Frank era un hombre apasionado y terco. Puede que hubiera oído mi mensaje implícito, pero no se levantó.

—No estoy bromeando. Hablo en serio —dijo—. Serenity, sé que esto es repentino. Necesitas tiempo para pensarlo. Pero ya no puedo mantener embotellado el amor en mi corazón. Tenía que decirte lo que siento.

Suspiré, sin entender cómo habíamos llegado a esto. —Frank, ¿qué es exactamente lo que te gusta de mí? Apenas nos conocemos desde hace un mes.

—Un mes basta, mi ángel. —Su mirada estaba llena de afecto—. Por supuesto, me gusta todo de ti. Desde la primera vez que probé el café que preparaste con tus propias manos en este café, quedé cautivado por tu sonrisa. Fue amor a primera vista. ¡Mi alma me dijo que eres la persona que estoy destinado a encontrar!

Destinada.

La palabra me escoció un poco. No pude evitar sonreír con amargura.

Estaba segura de que lo que Frank entendía por «destino» era muy distinto de lo que yo entendía como compañeros predestinados.

Después de todo, Frank no era un hombre lobo. Era un humano común y corriente. Y, a sus ojos, yo también era solo una mujer humana común y corriente.

Yo estaba satisfecha con mi vida actual. Era casi de ensueño: vivir sola en un pueblo pequeño, lejos de cualquier manada, y llevar un pequeño café. Los ingresos no eran muchos, pero alcanzaban para vivir. Esta vida sencilla y ordinaria era el sueño con el que había anhelado desde la infancia.

En este pequeño café, podía dejar de lado mi identidad de Omega. Nadie me menospreciaba por mi linaje inferior. Podía explorar libremente mi creatividad con la cocina y el café sin que nadie me dijera que esas cosas estaban por debajo de mí.

Todo lo contrario. A los clientes les encantaba mi trabajo.

Al principio abrí el local solo para irla pasando, pero los elogios por mi café y mi cocina fueron casi abrumadores. La gente elogiaba mis mezclas y devoraba con gusto cada platillo que preparaba. Sus propinas eran mucho más generosas de lo que había esperado, suficientes para que no tuviera que preocuparme jamás por los gastos de vida.

Todo lo que tenía ahora era una felicidad valiosa para mí. Pero esta felicidad dependía de esconder mi identidad de mujer lobo. En estos cuatro años viviendo en territorio humano, me volví dolorosamente consciente de lo aterradora que era la persecución de los cazadores contra los hombres lobo.

Había oído que rastreaban a los lobos sin descanso con sus sabuesos. Incluso a los lobos que vivían dentro de manadas a veces los cazaban, ni hablar de una loba solitaria como yo, que había perdido la protección de una manada. No quería perder mi vida actual.

Pero encontrar la forma de rechazar a Frank sin herirlo era un gran desafío.

Porque era el hijo único de los Golden.

Y los Golden me habían salvado la vida hacía cuatro años.

Todavía recordaba aquella noche en que estaba al borde del abismo y había perdido todas las ganas de vivir. Impulsada por mi último instinto de supervivencia, escapé del sanatorio sin tener idea adónde ir. Salí por la puerta trasera buscando una salida, solo para encontrar un acantilado empinado. Al mirar el río caudaloso debajo, me atravesó un pensamiento oscuro.

Si estaba destinada a morir, quería que el agua me llevara. Lejos de ese lúgubre sanatorio. Lejos de las emociones que me habían causado tanto dolor.

Pensé en Liv, saltando al mar tantos años atrás. Pensé en Elias.

Ya no esperaba su amor ni su confianza, pero tampoco quería su odio ni su incomprensión. Recé a la Diosa Luna, dispuesta a abandonar todos mis sentimientos si tan solo podía renacer como una loba corriendo libre por la naturaleza.

No como la compañera de Elias.

Pero, al parecer, la Diosa Luna no tenía intención de dejarme morir tan fácilmente.

Sobreviví.

Cuando volví a abrir los ojos, me di cuenta de que no estaba muerta. Yacía en una cama desconocida. Una anciana de cabello canoso estaba sentada a mi lado, limpiándome suavemente la frente con una toalla tibia y húmeda.

Sus ojos bondadosos y su toque gentil casi me hicieron llorar, aunque era humana, aunque debería haber sentido cautela.

Más tarde supe que su esposo me había encontrado medio muerta junto al río y me había llevado a su casa.

En ese momento, yo no quería hablar. Ellos nunca me presionaron ni me preguntaron por mi identidad o mi pasado. Simplemente me cuidaron en silencio.

Pero seguía con miedo de que me descubrieran. Me preocupaba que notaran que sanaba más rápido que un humano y me entregaran a los cazadores. Así que intenté escabullirme. Pero la pareja de ancianos anticipó mi plan y me bloqueó en la puerta principal.

Creí que iban a retenerme. Pero mientras me quedaba ahí, tensa y asustada, la señora Golden simplemente me tomó la mano, me acarició la mejilla con suavidad y dijo algo que jamás esperé.

Dijo: —Quédate. A partir de ahora, esta es tu casa.

Hogar.

Algo que nunca había tenido entre los hombres lobo me lo dio con tanta facilidad una pareja de ancianos humanos.

Los Golden me acogieron durante un año. En ese tiempo, oculté mi identidad mientras ellos me enseñaban toda clase de habilidades: cómo preparar café, cómo cocinar comida deliciosa…

Lo más importante es que, viviendo con ellos, aprendí que humanos y hombres lobo no eran tan distintos. En ambos había gente buena y mala.

A los humanos no se les podía definir con la única etiqueta de «cazador». No todos eran enemigos de los hombres lobo.

No mucho después, los Golden fallecieron de vejez. Antes de morir, me dejaron todo lo que poseían, incluida esta casa que convertí en café.

Fueron mis salvadores. Y ahora su hijo me estaba pidiendo matrimonio. Era, de verdad, una situación complicada.

—Mira, Frank. En realidad no me conoces. Igual que yo no te conozco a ti. —Le sonreí, intentando rechazarlo con la mayor suavidad posible—. Antes de que volvieras a Tara, ni siquiera sabía que los Golden tenían un hijo. No nos conocemos lo suficiente como para hablar de matrimonio.

Durante el tiempo que estuve con los Golden, habían mencionado que tenían un hijo, pero nunca hablaron de él.

Si otros habitantes del pueblo no hubieran respondido por Frank cuando regresó, quizá habría pensado que era un estafador. Por culpa de la culpa, le di café gratis cada vez que venía al café. Tal vez eso provocó este malentendido.

—Entiendo lo que dices. Pero, Serenity, piénsalo. ¿Me estás rechazando porque no te gusto o por tu pasado?

El corazón me dio un brinco. Me enderecé de golpe y miré a Frank con suspicacia.

¿Por qué sacaría a relucir mi pasado? ¿Qué sabía?

—No te asustes, Serenity —Frank suavizó el tono y se apresuró a explicar—. No he estado husmeando en tu pasado. Es solo que se te nota. Aunque sonríes todos los días, siempre hay un dejo de tristeza en tus ojos. A menudo luces agotada, como si cargaras algo muy

pesado. Creo que debes tener un pasado lleno de historias que aún no puedes soltar. ¿Me equivoco?

No dije nada; dejé que mi silencio respondiera por mí.

Frank se puso de pie desde su posición de rodillas. Acercó el ramo de rosas hasta ponerlo justo debajo de mi nariz. Tuve que alzar la vista hacia su rostro.

Dijo: —Serenity, no importa por lo que hayas pasado, a mí no me afecta. Espero que puedas dejar ir el pasado y me mires a mí, al hombre que está justo frente a ti. Dame la oportunidad de conquistarte. ¿Por favor?

Al oírlo, no pude más que sonreír con amargura.

¿Cómo iba a ser tan fácil soltar el pasado?

Frank lo decía como si fuera sencillo, pero olvidar era muy, muy difícil. Todo el dolor que había vivido, todo el amor, el hijo que había dado a luz… eran cicatrices en mi corazón que nunca se borrarían.

Pero también sabía que Frank tenía razón. Habían pasado cuatro años. Elias probablemente hacía tiempo que me había olvidado. Tal vez ahora vivía feliz con Liv. Y yo seguía torturándome con un dolor que ya no existía. Eso era una necedad.

Frank, de pie frente a mí, era un buen hombre. No tan guapo como Elias, pero seguía siendo el joven más atractivo de Tara. Tenía un trabajo estable, un temperamento amable y me había tratado bien este último mes.

Si quería encontrar un nuevo amor y empezar de cero, quizá sí podría intentar salir con él primero…

Justo cuando esos pensamientos me daban vueltas y no lograba decidirme, la campanilla de la puerta del café sonó de pronto.

Había llegado un cliente.

De inmediato me olvidé de Frank y me giré hacia la puerta con una sonrisa amplia y acogedora. —Bienvenido—

Me detuve a mitad de frase.

Porque percibí un tenue olor de los míos. Débil, pero inconfundible: un rastro de hombre lobo.

Miré con cautela hacia la entrada. Para mi sorpresa, el cliente no era un hombre lobo adulto, sino un niño pequeño que no parecía tener más de tres o cuatro años. Llevaba la cabeza gacha, el cabello castaño suave y bien peinado. Vestía un trajecito caro, hecho a la medida, pero tenía los zapatos y los shorts cubiertos de polvo.

Me di cuenta de que era la oportunidad perfecta para interrumpir la propuesta de Frank. Así que fingí no ver sus intentos por detenerme, caminé hacia el niño, me agaché y le hablé con suavidad. —Hola, pequeño. ¿Estás solo? ¿Te perdiste?

El niño negó con la cabeza. Luego alzó la mirada hacia mí con unos ojos azules idénticos a los míos.

En ese instante se me congeló la sonrisa. El asombro me contrajo las pupilas. ¡Ese niño se parecía casi exactamente a Elias!

—Disculpe, ¿puedo comprar comida aquí?

No notó mi reacción. Aunque intentaba comportarse como un mayor, sus mejillas redonditas y suaves lo hacían parecer más un dulce malvavisco que un adulto.

Se me derritió el corazón.

—Claro que sí. ¿Qué te gustaría? ¿Quieres sentarte y ver el menú?

Me obligué a actuar con normalidad. Me puse de pie y lo llevé a una mesa, le conseguí un asiento elevador y le entregué un menú. Mientras él lo estudiaba con seriedad, yo lo observaba con la misma atención. Cuanto más miraba, más atónita quedaba. Su rostro. Su

expresión cuando se concentraba. ¡Todo era exactamente como Elias!

¿Quién era? ¿Qué vínculo tenía con Elias? ¿Sería hijo de Elias…? ¿Podría ser el hijo que Liv le había dado?

—¡No!— Novella gritó dentro de mí. *—¡Es nuestro hijo! ¡Sus ojos azules y su edad encajan a la perfección!—*

¿Entonces de verdad era él? ¿El niño que pensé que nunca volvería a ver?

Me temblaron los dedos. Apenas podía sostener mi libreta de pedidos. Pero tras el breve oleaje de alegría e incredulidad, el miedo empezó a brotar en mi corazón.

Era tan pequeño.

Solo, allá afuera, en la sociedad humana. ¿Y si los cazadores se daban cuenta de él?

¿Dónde estaban sus tutores? ¿Por qué no estaba Elias con él? Pero si Elias de verdad estaba cerca y descubría que yo seguía viva, viviendo en paz aquí todo este tiempo, ¿qué haría?

Dos miedos completamente distintos se enredaron dentro de mí y revolvieron mis pensamientos.

De pronto, el niño señaló algo en el menú y cortó mi tormento. —Quiero este.

Me incliné para mirar. Había elegido el sándwich de jamón más básico.

—¿Solo este? —pregunté en voz baja—. ¿No quieres algo para beber? ¿Leche o chocolate caliente?

Se le iluminaron los ojos. Asintió, y luego negó con rapidez. Su carita se frunció. —No, tengo que ahorrar. No puedo desperdiciar el dinero.

—Está bien. Hoy la leche es gratis —me contuve con todas mis fuerzas para no acariciarle el cabello suave—. ¿Cómo te llamas?

Él alzó la vista hacia mí. —Gracias. Me llamo Arian.

—¡Arian! ¡Arian!—

Novella giró jubilosa dentro de mí, repitiendo el nombre una y otra vez. No pude evitar compartir su entusiasmo. Recogí el menú y regresé tras el mostrador para prepararle el pedido.

Pero no podía concentrarme en lo que hacía. Tenía la cabeza llena de Arian. No dejaba de echarle miradas furtivas mientras él, sentado en su silla, columpiaba sus piernitas y miraba con curiosidad alrededor del café. Esa expresión inocente hizo que me invadiera una oleada poderosa de anhelo y culpa.

Moría por preguntarle de dónde venía. Cómo había sido su vida desde que nació hasta ahora. Si alguna vez había sido infeliz. Si alguien lo había cuidado bien. Si sabía quién era su madre…

Absorta en mis pensamientos, me sobresalté cuando la voz de Frank sonó de pronto a mi lado. —Serenity.

Por poco me corto un dedo con el cuchillo.

Recién entonces me di cuenta de que me había olvidado por completo de Frank. Aún no se había ido del café.

—Mira a ese niño —Frank se acercó más a mí. Su voz era baja pero aún excitada—. Su ropa es cara. Debe ser de familia adinerada.

Fruncí el ceño. —¿Y eso qué?

—Un niño rico sale a comer y solo pide un sándwich de jamón. Y no hay ningún adulto con él. Su ropa está llena de tierra —Frank bajó aún más la voz—. Creo que pudo haberse escapado de su casa. Deberíamos intentar obtener información sobre su familia y luego contactar a sus padres para que vengan por él. ¿Qué te parece?

¿Contactar a sus padres?

Si Arian de verdad se había escapado de casa, eso era lo correcto.

Pero dudé, incapaz de responderle a Frank de inmediato. Mi respiración se aceleró.

Si contactábamos a sus padres, ¿no significaría contactar a Elias? Entonces él encontraría este lugar de inmediato y haría añicos el refugio pacífico que por fin había encontrado…

—Por favor, ¡no le digan a mi papá!

De pronto, la vocecita aguda del niño interrumpió nuestra conversación en susurros.

Arian se había bajado de su asiento en algún momento y se acercó al mostrador, alcanzando a oír a Frank y a mí.

La ansiedad le cruzó por la carita mientras explicaba en voz alta: —¡Yo no me escapé de casa! ¡Por favor no contacten a mi papá para mandarme de vuelta!

Frank no le creyó. —Si no te escapaste, ¿por qué estás solo?

—¡Es verdad! —al niño le tembló el labio. Sus ojos azules se llenaron de lágrimas—. Yo solo quiero a mi mamá. ¡Salí solo a buscar a mi mami!

CAPÍTULO 14



ELIAS VERNAL

Estaba soñando otra vez.

La misma pesadilla que se había repetido durante cuatro años.

Aunque ya sabía la verdad, seguía sin poder enfrentar este sueño con calma.

Serenity estaba justo frente a mí. Se veía tan nítida, tan viva. Recorrí con avidez cada contorno de su rostro, pero sus ojos no me miraban. Observaba en silencio los rápidos que rugían al pie del acantilado.

—No te vayas—supliqué.

Pero me ignoró y dio otro paso hacia el borde.

—¡No, espera, Serenity!—Sabía lo que estaba a punto de hacer. El pánico me consumió. Corrí hacia ella desesperado, extendiendo la mano. Pero la sangre en su vestido era tan intensa, tan aterradora, que no fui capaz de tocarla.

—Por favor, no hagas una locura. Podemos hablar. ¡Podemos hablar de lo que sea!—Lo único que pude hacer fue llamarla impotente.

Me oyó y por fin alzó la vista para encararme.

—¿De qué quieres hablar?—preguntó, con el semblante vacío—. ¿De cómo me llevaste a la desesperación y al final me costó la vida?

—Me equivoqué. ¡Me equivoqué en todo!—Si ella lo aceptaba, incluso me arrodillaría ante ella. Pero en este sueño, mi cuerpo siempre estaba congelado en su lugar—. Dame otra oportunidad. Por favor, regresa, Serenity. ¡Podemos empezar de nuevo!

—Demasiado tarde—. La voz de Serenity era suave, pero sus palabras cortaban como hielo—. Elias, te odio. Me voy. No quiero estar a tu lado ni un segundo más.

Dio un paso hacia atrás.

Luché con todo lo que tenía por lanzarme hacia adelante, pero el suelo entre nosotros de pronto se abrió en una sima sin fondo, empujando a Serenity cada vez más lejos.

Me miró por última vez, luego abrió los brazos como una mariposa y ¡se lanzó por el acantilado!

—¡No!

Me desperté gritando.

La luz de la mañana me caía en la cara, pero no sentí calor. Me senté en la cama, aturdido, con el pecho agitándose con violencia, hasta que ese terror asfixiante se fue disipando poco a poco. Solo entonces me obligué a salir de la cama.

Otra realidad fría.

Otro día sin sentido.

Entré al baño y me encaré con el hombre del espejo. Tenía las cuencas de los ojos hundidas, los pómulos prominentes. Estaba mucho más delgado que hacía cuatro años. Su buena apariencia natural era lo único que sostenía una apariencia de salud por fuera, pero años de luchas de poder y tormento interior le habían vaciado hace tiempo la verdadera vitalidad.

Pero me lo merecía.

Le dediqué a mi reflejo una sonrisa burlona, llena de asco.

Después de asearme y vestirme, caminé hasta el tocador del dormitorio. Ahí solían guardarse las pertenencias de Serenity, pero ahora estaba completamente vacío. Ella se había llevado sus cosas personales hacía mucho, así que cuando por fin me dejó para siempre, ni siquiera pude conservar un solo recuerdo.

Excepto por una cosa.

Abrí el cajón del tocador y saqué una cajita con un anillo de boda de mujer. Besé con cuidado el nombre grabado. Serenity se había llevado todo menos esto. No sabía si eso significaba que ya entonces había decidido abandonar nuestro matrimonio. Pero ahora, esto era lo único que me quedaba para recordarla.

—Buenos días, Serenity—murmuré al anillo, como si le estuviera rindiendo cuentas en persona—. ¿Sabías? Hoy volví a soñar contigo.

El anillo no me respondió, pero no me importó.

Afuera de la puerta del dormitorio, Lizzie y los demás me recordaban que debía irme. Tuve que detener mi —conversación—. Guardé el anillo con cuidado en el bolsillo, me enderecé y salí de la habitación.

Hoy, Vernal Corporation tenía una importante reunión de directorio. Estaba en medio de ella cuando alguien irrumpió.

—¡Elias, malagradecido de porquería! ¡Alfred es tu padre! ¡Él te crió! ¡Él te hizo el Alfa que eres hoy! ¿Cómo pudiste tratarlo así?

El hombre que me gritaba había sido director de la empresa, pero era de los de Alfred. Estos últimos cuatro años no habían sido fáciles para mí. Estuve peleando el poder con Alfred mientras expandía el territorio de la manada Vernal para demostrar que yo era más capaz que el viejo Alfa. En solo cuatro años, ya perdí la cuenta de cuántos conflictos tuve con los Ancianos y los cazadores.

Pero al final, yo, el Alfa actual, había ganado.

—Yo presido esta reunión. No tengo tiempo para esto. Señor Edmondi, por favor, retírese. Usted no está autorizado a estar aquí.

No le dediqué otra mirada. Los empleados ya se habían puesto de pie y le agarraban los brazos para arrastrarlo afuera.

Edmondi seguía gritando. —¿Tienes tiempo para una reunión? Elias, ¡encerraste a tu propio padre en un hospital psiquiátrico y le quitaste todo el poder solo por esta migaja de autoridad!

Levanté la mano, indicándoles a los dos hombres que se detuvieran.

La sala de conferencias quedó en silencio. Me levanté de la silla y caminé despacio hacia el jadeante Edmondi.

—Lo estás pensando de más. Simplemente pensé que ese lugar le venía bien —dije despacio—. No solté mi dominio para intimidar a un hombre mayor, pero Edmondi me miraba con un terror creciente, como si estuviera viendo a un monstruo espantoso—. Al fin y al cabo, él una vez mantuvo a otra persona ahí. Yo solo sigo su ejemplo. ¿No es así?

—O quizá, señor Edmondi, ¿le preocupa que Padre esté solo? ¿Quisiera hacerle compañía?

—Yo... yo... —No podía sostenerme la mirada. Sus ojos se movían esquivos por todos lados.

Me burlé de su cobardía y agité la mano. Se lo llevaron a rastras fuera de la oficina.

La reunión continuó con normalidad. El incidente con Edmondi fue solo una interrupción trivial de la que a nadie le importó.

Pensé que era un estúpido. No por oponerse a mí, sino por no entender a Alfred en lo absoluto.

Recordé el invierno pasado, cuando por fin le había quitado a Alfred su cargo de Anciano y lo envié al sanatorio. Tuvimos una última

conversación.

Había envejecido mucho y hasta necesitaba una silla de ruedas para moverse. Pero la forma en que me miraba seguía cargando esa suficiencia que me sacaba de quicio.

—Has cambiado, Elias —dijo—. Te has vuelto un Alfa digno ahora. Frío y despiadado, igual que yo. Sabía que podías hacerlo. Eres mi hijo. Naciste para esto.

Me dio asco hasta los huesos. Como siempre, le llevé la contraria. —Nunca seré como tú.

—¿Ah, no? —sonrió Alfred—. Entonces, ¿recuerdas la última vez que visitaste a tu hijo? ¿Cuántas veces lo has visto? ¿Cuántas veces lo has tenido en brazos? Si no hubieras nacido frío y sin corazón, ¿cómo podrías ser tan indiferente con tu propio hijo?

No pude responder.

Aquel día, aunque lo había vencido, igual me fui como un soldado derrotado que huye del campo de batalla.

…

Me sacudí ese recuerdo desagradable. La reunión terminó y la gente se dispersó.

Pero mi trabajo no había terminado.

Me quedé en mi oficina hasta el anochecer. Otros empleados ya empezaban a irse a casa, pero yo no pensaba irme.

Herman llamó y entró. —Alfa, ¿no vas a irte a casa esta noche?

No levanté la vista. —Hay más trabajo por hacer. Me quedo.

—El trabajo nunca se acaba, Alfa. —En estos cuatro años, Herman se había vuelto cada vez más osado al desafiarme. Como ahora: caminó hasta mi escritorio e interrumpió mi trabajo, mirándome con honda preocupación—. Deberías ir a casa hoy. Ver a Arian. Me sigue

preguntando por qué papá nunca vuelve a casa. No puedes seguir huyendo así.

Mi mano se detuvo.

Huir. Sí, estaba huyendo.

Alfred lo había dicho. Herman también. Yo pensaba lo mismo.

Cuando se trataba del único legado que Serenity realmente me había dejado, el hijo que dio a luz, a menudo no podía enfrentarlo. Porque tenía miedo. Miedo de esos ojos azules puros, idénticos a los de Serenity, mirándome hacia arriba y preguntándome —¿Dónde se fue mamá?—.

Temía hacerlo sentir triste. También sentía que no tenía derecho a que me llamaran —papá—. Serenity perdió la vida al darlo a luz. ¿Con qué derecho me acercaba al hijo de ella?

—Alfa —suspiró Herman—. Si la Luna siguiera viva, jamás querría verte tratar así al Joven Amo Arian.

No tuve respuesta. Me puse de pie de golpe y recogí los documentos de mi escritorio.

—Vámonos —dije con frialdad, indicándole que trajera el auto.

Herman tenía razón. No podía huir de mis responsabilidades.

Tenía que enfrentar esto.

* * *

Herman me llevó de vuelta a la mansión.

Me preparé mentalmente antes de subir a buscar a Arian.

Pero antes siquiera de entrar a su sala de juegos, escuché voces adentro. No estaba solo. Había una mujer con él, y su conversación me hizo fruncir el ceño.

—¡Arian, mira lo que te traje! Tu chocolate favorito y carritos de juguete. ¿Te gustan?

—Me gustan. Pero no los quiero —dijo Arian con claridad—. Papá dijo que no puedo aceptar regalos de desconocidos, así como así.

—¿Cómo voy a ser una desconocida? Algún día voy a estar con tu papá. Seré tu nueva mamá. ¡Seremos familia!

—¡No! ¡Papá dijo que tengo mamá! ¡No quiero una mamá nueva!

—¡Tu papá está mintiendo! Arian, la verdad es que tu mamá ya—

¡BANG!

Pateé la puerta y la abrí con furia. Cuando vi a la mujer adentro, no sentí alegría, solo rabia. Si no me hubiera salvado la vida una vez, habría perdido la paciencia con ella hace mucho.

—¡Liv! —le solté entre dientes—. ¿Qué tonterías le estás diciendo a mi hijo?

Todos dieron un salto. Arian corrió de inmediato hacia mí y me abrazó la pierna. Liv se puso de pie, pálida y con una expresión incómoda. —No iba a decir nada… Elias, solo quería forjar una mejor relación con Arian.

Ignoré su excusa y dije directamente: —Te dije que me avisaras antes de venir a la mansión. Y no tienes permitido acercarte a Arian sin permiso. ¿Mis órdenes como Alfa no significan nada para ti?

Su expresión se volvió herida al instante. Me miró incrédula. —Has cambiado, Elias. Antes no me hablabas así. Nunca debiste echarme. Solo quería volver y ver cómo estaba Arian. ¿De verdad está tan mal?

—Es hijo de Serenity. —No entendía por qué Liv aún no lo captaba —. Solo puede ser hijo de Serenity. No tuyo.

—Pero Serenity ya—

—¡Cállate! —la interrumpí furioso por segunda vez—. ¡Liv, si te atreves a decir esas palabras delante de Arian, hayas sido mi salvadora o no, te arrancaré la garganta!

Liv se quedó helada. La cara se le tiñó de rojos y blancos hasta que por fin salió corriendo de la habitación, llorando con las manos en la cara.

—¡Elias! ¡Te vas a arrepentir! ¡Vas a arrepentirte de tratarme así! — Dejó esas palabras amenazantes a su paso. Algo en sus ojos me dejó intranquilo.

Hace cuatro años hice que Herman investigara en secreto dónde había estado Liv durante los seis meses que estuvo muerta. Pero la investigación no arrojó nada.

Herman envió gente a todos los territorios licántropos, incluso a zonas de rebeldes. Pero nadie la reconoció.

Era como si hubiera desaparecido por completo y luego hubiera reaparecido de la nada.

Era demasiado extraño.

No tenía sentido.

Justo entonces sentí que Arian se acercaba. Me agaché para mirarlo de frente, dejando esos pensamientos a un lado por ahora. —¿Te asusté hace un momento, Arian?

Él negó con la cabeza. —No. Pero no me gusta la tía Liv. —Alzó hacia mí esos ojos azules, idénticos a los de Serenity—. Sigue tratando de que la llame mamá. Odio eso.

Se me encogió el corazón.

—No te preocupes. Nunca vas a tener que llamarle mamá a nadie si no quieres. No dejaré que nadie te obligue.

Se le iluminaron los ojos. —¿De verdad?

—De verdad.

Me agarró la mano, emocionado. —Entonces, ¿jugarás conmigo? ¡Quiero escuchar historias sobre mamá!

Dudé.

No quería negarme, pero no podía contarle la verdad sobre Serenity. Él creía firmemente que sus padres se habían amado. La verdad solo le rompería el corazón.

Tardé demasiado en responder.

Se le fue la emoción. Soltó mi mano. —¿No quieres jugar conmigo? —preguntó en voz baja.

—No es eso, Arian. Yo solo—

—Ya sé. Siempre estás ocupado. Siempre tienes cosas más importantes que hacer. —Grandes lágrimas le rodaron por las mejillas.

Dicho eso, salió corriendo de la habitación, llorando.

Fui tras él a toda prisa, pero había huido a su dormitorio y cerró la puerta con llave. Solo pude quedarme afuera, impotente.

Debía de ser el peor padre del mundo.

Me senté en la sala por lo que pareció medio día. Al fin, Lizzie me puso un vaso de leche en las manos.

—El joven amo Arian siempre toma un vaso de leche antes de dormir —insinuó—. ¿Por qué no se lo lleva?

Asentí y fui a su cuarto.

Toqué. No hubo respuesta. Pensé que Arian seguía enojado e ignorándome. Pero pronto me di cuenta de que algo andaba mal. La habitación estaba demasiado silenciosa. Sin sonidos, sin el aroma familiar.

—¿Arian? ¿Arian? ¿Estás ahí? —Fenrir se inquietó. Sin dudarlo, rompí la cerradura y empujé la puerta.

La habitación estaba en silencio. La ventana junto a la cama estaba de par en par. La luz de la luna bañaba la camita, pero el colchón donde debía dormir un niño estaba completamente vacío.

Fui a grandes zancadas hasta la cama y revisé todo. No había señales de entrada forzada entre la cama y la ventana. La ropa de cama estaba doblada con cuidado. En la almohada había una nota, escrita con crayón tembloroso:

—Querido papá, me voy. Voy a buscar a mamá y traerla a casa, así que ya no estés triste.—

Debajo había tres monitos de palitos tomados de la mano y sonriendo.

Me quedé mirando esos monitos, sin poder hablar. El vaso de leche se me resbaló de la mano y se hizo añicos en el piso, la leche salpicando por todas partes.

La ventana abierta y la nota lo decían todo.

Mi hijo se había escapado de casa.

CAPÍTULO 15



SERENITY KELLER

Inmediatamente cerré la puerta del café y colgué el letrero de CERRADO TEMPORALMENTE.

Cuando me di vuelta, Arian estaba sentado en una silla, comiendo su sándwich y bebiendo su leche. Notó que lo miraba y levantó la vista, aún con migas en los labios, y enseguida me regaló una gran sonrisa.

El calor y la ternura me inundaron. Ojalá el tiempo pudiera congelarse en este instante y me dejara disfrutar para siempre de este momento precioso con mi hijo.

Pero la razón me decía que era imposible. No podía revelarle quién era yo.

—¿Ya se fue ese tío?

preguntó Arian cuando regresé a su mesa.

Asentí. —Sí, ya se fue.

Frank apenas sonrió al irse. Debía de estar molesto. No solo rechacé su sugerencia de contactar de inmediato a los padres de Arian, sino que tampoco le di respuesta a su propuesta.

Me disculparía con él la próxima vez que nos viéramos. Ahora mismo tenía cosas más importantes en las que concentrarme.

A fin de cuentas, la aparición repentina de Arian estaba llena de interrogantes.

Tara no estaba en ningún sitio cerca del territorio de la manada Vernal. ¿Cómo había llegado hasta aquí solo un niño de cuatro años? ¿Elias había descubierto mi paradero y lo había traído, o era solo una coincidencia?

Estas preguntas me impedían pensar en cómo manejar lo de Frank. Me senté frente a Arian. —¿Podemos hablar, Arian?

Arian dejó de inmediato su sándwich. —¡Claro! ¿Qué me quieres preguntar?

Su buen comportamiento me hizo extender la mano y darle una palmadita en la cabeza. Luego intenté sonar casual mientras preguntaba: —Dijiste que saliste a buscar a tu mami. ¿Qué significa eso? ¿Sabes adónde se fue tu mami?

—Sí.—Arian asintió.—¡Mami se fue al cielo! Eso dijo papi.

Me quedé helada, y luego entendí. Probablemente era la forma suave de Elias de explicarle mi muerte. Así que él no sabía que yo seguía viva…

Pero justo cuando pensé eso, Arian añadió: —Pero creo que está mintiendo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque todavía está buscando a Mami —dijo Arian con naturalidad —. No me lo dijo, pero lo sé. Cada año manda al tío Herman a buscar a Mami a lo largo de un río grande. Si Mami de verdad estuviera en el cielo, ¿por qué seguiría buscándola en la tierra? ¡Entonces debe estar mintiendo!

Me quedé pasmada.

¿Elias me estaba buscando? ¿Durante cuatro años había estado buscando a lo largo del río sin rendirse?

¿Pero por qué?

Si ya creía que yo estaba muerta, ¿para qué seguir buscando? Cuando Liv «murió» en aquel entonces, no había llegado tan lejos. No lo entendía.

Arian juntó sus pequeñas manos y jugueteó con los dedos. Su tono era firme, mostrando una madurez mayor a su edad. —Así que yo también quiero ayudar a Papi a encontrar a Mami. Buscaré en los lugares donde él no ha buscado. Mientras siga el río grande corriente abajo, ¡encontraré a Mami!

No podía creerlo. —¿Pero cómo llegaste tú solo hasta Tara? ¡Estaba tan lejos del territorio Vernal!

Arian sacó pecho, orgulloso. —¡Sé cómo pedir aventón! Como en la tele: te paras junto a la carretera, alzas el pulgar y finges que intentas volver a casa. La gente buena te lleva. ¡También tengo mesada, así que puedo comprar mi propia comida!

—¡Eso es peligrosísimo! —El corazón me latía a mil del susto, y no pude evitar regañarlo—. Tuviste suerte de no toparte con gente mala o con cazadores. Por eso estás a salvo. ¡No es nada de lo que sentirse orgulloso! Si te hubiera pasado algo, yo… tu papá estaría destrozado. Arian, prométeme que nunca volverás a escaparte de casa y que nunca mentirás. ¿Entiendes?

Arian se encogió, y los ojos se le pusieron rojos enseguida. Pero contuvo las lágrimas y murmuró: —Entiendo. Lo siento… Pero tengo que encontrar a Mami. —Sollozó—. Papi siempre se ve tan triste cuando me ve. No juega conmigo, no me abraza, ni siquiera sonríe. El tío Herman dice que es porque extraña a Mami. ¡Si encuentro a Mami, estará feliz y jugará conmigo!

Escuché la explicación entrecortada de Arian, incapaz de hablar durante mucho tiempo.

Sus palabras hicieron que el corazón me latiera con fuerza. No podía creerlo. ¿Elias de verdad estaba triste por mi muerte? ¿De verdad me había extrañado todo este tiempo? ¿Pero no había creído siempre que yo era una traidora y no me odiaba más que a nadie?

—De cualquier modo, quedarte aquí va a preocupar a tu papá —reprimí mis emociones encontradas y dije en voz baja—. Mañana buscaré a alguien que te lleve a casa.

Arian se quedó helado. Luego, de pronto, le empezaron a caer lágrimas. —¿También me quieres mandar lejos? ¿Por qué? Papá es así y ahora tú también. Nadie quiere estar conmigo. ¿Es porque no soy lo suficientemente bueno? ¿Por eso nadie me quiere?

—¡Eso no es verdad!

Me levanté de un salto y lo atraje a mis brazos. No se resistió. Su cabecita se enterró en mi pecho, con el cuerpo tembloroso, como si no estuviera acostumbrado a que lo abrazaran tan de cerca.

Mientras otros niños habían estado con sus madres desde que nacieron, mi hijo no tenía a nadie que lo sostuviera. Mientras otros niños hacían travesuras, a él lo habían obligado a crecer demasiado rápido. Yo había pensado que dejarlo en Vernal le daría una vida feliz. ¿Me había equivocado?

La culpa y el dolor me desgarraban. Le acaricié la espalda con suavidad, dándome cuenta de que lo que este niño más necesitaba ahora era compañía. De Elias y mía.

—Tú no hiciste nada mal, y a nadie le caes mal —tomé una decisión, forcé una sonrisa y dejé de lado el tema de enviarlo de vuelta—. ¿Te gustaría salir a divertirte conmigo?

Levantó la cabeza de mi hombro, aún con los ojos húmedos. —¿Salir a divertirnos?

—Sí. Como a un parque de diversiones o a un parque. ¿Te gusta el helado? Mañana te compro uno. ¿Qué te parece?

—¿De verdad? —Se le iluminó la cara al instante—. ¡Sí! ¡Quiero ir!

Me relajé al verlo sonreír. —¡Entonces, trato hecho!

Toda la alegría y la compañía de la infancia que este niño se había perdido, yo, su madre, se las compensaría.

A la mañana siguiente, temprano, llevé a Arian al pequeño parque de diversiones del pueblo. No había muchos juegos, pero Arian la pasó de maravilla. Se sentó en el carrusel, aferrado al cono de helado gigante que le había comprado, riendo feliz. Toda aquella madurez prematura se derritió de su rostro infantil, y al fin parecía el niño de cuatro años que debía ser.

Lo mantuve entretenido desde la mañana hasta la noche. Cuando el parque cerró al anochecer, Arian estaba rendido, así que lo cargué a la espalda mientras regresábamos a casa.

El sol poniente alargaba nuestras sombras, como si el camino a casa también fuera interminable.

Arian susurró de pronto: —Ojalá fueras mi mamá.

Mis pasos vacilaron.

—¿Por qué dices eso?

—Porque eres dulce y bonita. Haces sándwiches ricos y juegas conmigo —frotó su cabeza contra mi hombro—. Y no vas a tratarme bien delante de papá y mal a sus espaldas.

Sus palabras me sobresaltaron. —¿Alguien te hace eso? ¿Quién?

Arian asintió. —Una tía que se llama Liv. Siempre quiere que la llame mamá y que haga lo que ella dice. Dice que a mi verdadera mamá no le gusto; por eso me dejó a mí y a papá…

¿Liv? ¡Cómo podía decirle semejantes cosas a un niño!

Una rabia que jamás había sentido me recorrió, no solo contra Liv, sino también contra Elias. El remordimiento volvió a inundarme. Tal

vez no debí dejar a este niño en Vernal. Si tan solo me lo hubiera llevado conmigo.

Pero por más que lo pensara, eso había sido imposible. Al final, fui yo quien lo abandonó primero. Toda esa rabia se convirtió al instante en culpa.

Me detuve y bajé a Arian. Me acuclillé para mirarlo a los ojos. Por un momento, casi le dije la verdad, pero la razón me frenó. —Arian, escúchame. Tu mamá nunca te ha dejado de querer. Aunque no puede estar contigo ahora mismo, te ama muchísimo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque... —se me quebró la voz. Respiré hondo antes de seguir—. Porque todas las madres de este mundo aman a su hijo.

Asintió, sin comprender del todo. Luego preguntó con cuidado: —Entonces, ¿no puedes ser mi mamá?

—No —le acaricié el cabello—. Pero puedo jugar contigo cuando quieras, siempre que no le cuentes a tu papá sobre mí.

—¿Por qué?

—Porque este es nuestro secreto —puse una expresión misteriosa—. Los secretos entre buenos amigos no se les cuentan a los papás, ¿verdad?

Arian mordió el anzuelo. Ningún niño podía resistirse a tener su propio secretito. Asintió emocionado y se tapó la boca con sus manitas. —¡Está bien! ¡Guardaré el secreto!

Sonreí y me puse de pie, volviéndole a tomar la mano. Empecé a pensar en cómo llevar a Arian de regreso al territorio Vernal con seguridad y, aun así, poder visitarlo en secreto en el futuro.

Justo entonces, se oyó a lo lejos el rugido de motores.

Antes de que pudiera reaccionar, un convoy de SUV negras apareció de pronto desde todas las direcciones. En cuanto se detuvieron,

incontables guerreros lobo bien entrenados saltaron y nos rodearon a Arian y a mí. Sin pensarlo, atraje a Arian a mis brazos para cubrirlo.

Se apartaron para abrir un paso y permitir que una última limusina se metiera en el círculo.

Abracé a Arian, paralizada por el impacto de este giro repentino. Miré impotente cómo se abría la puerta del auto y un hombre bajaba lentamente.

—¡Es papá! —Arian lo vio y vitoreó.

Pero yo sentí como si me hubieran sumergido en agua helada.

Elias. Nunca imaginé que, después de cuatro años separados, así volveríamos a encontrarnos.

Habían pasado cuatro años, tiempo suficiente para curar muchas heridas viejas. Ahora, al verlo, mi primera reacción fue el shock de lo delgado que estaba. Pero la pérdida de peso no había mermado su atractivo. Si acaso, le había afilado los pómulos, dándole una severidad que antes no tenía.

—¿Serenity?

Mientras yo lo examinaba, Elias se quedó inmóvil. Me miró con los ojos llenos de incredulidad y... ¿alegría?

Justo cuando me preguntaba si estaba alucinando, Elias corrió hacia mí. Nos rodeó con los brazos a Arian y a mí, apretándonos con tanta fuerza que dolía.

—¡Serenity! De verdad eres tú. No estás muerta... ¡sabía que no ibas a morir!

—¡Se está equivocando de persona!

Lo interrumpí, presa del pánico, y forcejeé para soltarme. —¡Yo no soy la Serenity de la que habla! ¡Señor, por favor, mantenga las manos quietas!

Elias me miró, con un destello de tristeza en los ojos. Pero mi negación no lo frenó. —No puede engañarme, Serenity. ¿Ya lo olvidó? Somos compañeros destinados. Puedo saber si de verdad es usted con solo mirarla.

Me mordí el labio y no dije nada.

Qué absurdo. Estaba oyendo "compañeros destinados" de la boca del propio Elias. Hace cuatro años intenté incontables veces demostrarle mi amor, demostrarle que nunca lo había traicionado. Pero él lo llamó simple instinto, dijo que todo era fingimiento y mentiras.

Esta situación me hacía querer respuestas. ¿Por qué nunca podía darme lo que yo quería? ¿Por qué no me dejaba en paz?

Nos quedamos frente a frente, con una tensión indescriptible fluyendo entre nosotros.

Arian me miró hacia arriba y luego miró a Elias. Su carita estaba llena de confusión. —¿De qué están hablando? ¿La conoces?

—Claro —suspiró Elias suavemente—. Ella es tu mamá, Arian.

—¿De verdad? ¿Eres mi mamá? —Arian abrió mucho los ojos y me preguntó, emocionado.

—Yo no... —Quise negarlo. Pero al ver su carita arrebolada de emoción y sus ojos llenos de esperanza, no pude pronunciar las palabras.

No quería volver a herir a este niño. No podía soportar decepcionarlo. Así que solo pude cerrar los ojos y asentir con fuerza.

Arian rompió en llanto y me abrazó. —¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Hice algo mal?

A mí también se me humedecieron los ojos. —Lo siento. No fue mi intención. Yo solo...

—Solo porque yo cometí algunos errores —Elias terminó de repente mi frase por mí. Dio un paso más, hasta que pude ver mi reflejo llenándole los ojos—. Pero estoy dispuesto a hacer lo que sea para compensarlos a los dos. Así que, Serenity—. Extendió la mano hacia mí—. ¿Se viene a casa conmigo?

¿A casa? ¿Cuándo la manada Vernal había sido mi casa? Ese lugar siempre me rechazó, me hizo sentir indeseada.

Y Elias. ¿No se supone que quería que me fuera? Entonces, ¿por qué estaba intentando traer de vuelta a una traidora como yo? ¿Era porque le había dado a luz a Arian, un heredero que le importaba?

No lo sabía.

No me importaba.

Lo único que quería era mantener mi distancia.

—Mi casa no está en Vernal —negué con la cabeza y retrocedí con Arian. Elias estaba a punto de decir algo cuando se armó un alboroto más allá del perímetro.

—¡Serenity! ¿Estás ahí? ¡Déjenme pasar! ¿Qué intentan hacerle a Serenity?

Me giré y vi a Frank. Debía de haber venido a acompañarme a casa porque ya estaba oscureciendo. Pero ahora lo tenían bloqueado afuera los guerreros, peleando desesperado por abrirse paso. No era rival para ellos. Miré a Elias. —Déjenlo pasar.

Elias frunció el ceño, con un tono algo agrio. —¿Quién es?

No respondí. Alcé la voz. —Dije que lo dejen entrar.

La expresión de Elias se ensombreció, pero igual hizo un gesto a los guerreros. Se apartaron para dejar pasar a Frank. Él entró tambaleándose y de inmediato corrió a ponerse entre Elias y yo.

—¿Estás bien, Serenity? —preguntó. Negué con la cabeza.

Luego se volvió hacia Elias, furioso. —¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué rodean a una mujer y a un niño inocentes?

—Eso debería preguntárselo yo —dijo Elias con frialdad—. Esto es entre Serenity y yo. ¿Con qué derecho interfiere usted?

Frank sacó pecho, devolviéndole la mirada sin amedrentarse. —¡Por supuesto que tengo derecho! ¡Porque yo—Frank Golden—soy el prometido de Serenity!

CAPÍTULO 16



SERENITY KELLER

—¿Prometido?—

La voz de Elias estaba cargada de una furia apenas contenida, irradiando una abrumadora sensación de amenaza. Me miró buscando confirmación.

—¡Sí, está diciendo la verdad!— respondí con la barbilla en alto.

Al principio había pensado negarlo. Pero, bien mirado, admitirlo le demostraría que ya había construido una vida nueva. No tenía intención de volver al mundo de los hombres lobo ni de tener nada más que ver con él.

Apreté los dientes y, a propósito, tomé del brazo a Frank.

—¿Ves? Ya no te amo. ¡De ahora en adelante, nada de lo que hagas tiene que ver conmigo!

En cuanto las palabras salieron de mi boca, me di cuenta de que no era tan difícil como había imaginado. En cambio, sentí un extraño alivio, como si por fin todo encajara en su lugar.

El rostro de Elias palideció. Miró mi mano en el brazo de Frank como si fuera a atacarnos en cualquier segundo.

Su dominio de Alfa se desbordó sin control por el aire. Los guerreros lobo a nuestro alrededor no pudieron evitar agachar la cabeza, incapaces de mirarnos. Frank no era hombre lobo, pero el miedo cruzó su rostro también. Aun así, se plantó firme. —¿Q-qué va a hacer? ¿Va a golpearnos?

—¿Golpearlos?— Elias le lanzó una mirada de asco y soltó una mueca de desprecio—. No vale la pena.

Antes de que cualquiera de nosotros pudiera reaccionar, se abalanzó hacia adelante. Al segundo siguiente, el mundo me dio vueltas. ¡Cuando recuperé el sentido, estaba cargada sobre su hombro!

—¿Qué estás haciendo? ¡Bájame!

Elias le entregó a Arian a otro subordinado y me llevó a zancadas hacia la limusina.

Le golpeé la espalda con todas mis fuerzas, pero sus músculos sólidos lo volvían inmune a mis golpes. No mostró la menor intención de soltarme.

—Por favor, Serenity. No me obligues—. Su voz era baja—. He aguantado cuatro años. Ya no puedo más.

Me quedé helada, sin entender a qué se refería.

Me arrojó dentro del auto, cerró la puerta y la aseguró para impedir mi escape.

—Prefiero usar cualquier medio necesario para llevarte conmigo que perderte otra vez.

Dicho esto, dio la vuelta y caminó al frente, abriendo la puerta del conductor.

No lo podía creer. Me lancé a la puerta, intentando desesperada la manija. Frank llegó corriendo por detrás, gritando: —¡Secuestrador! ¡Suéltala!

Bastó una mirada de Elias para que varios guerreros lo bloquearan de nuevo.

—Por mi compañera, no le haré nada— declaró Elias con frialdad—. Pero si se atreve a seguirnos, ¡no me responsabilice de lo que pase!

—¡Tú…!— El rostro de Frank se encendió de rabia.

Elias hizo que su gente volviera a los vehículos. Los motores rugieron al encenderse.

Frank gritó y corrió tras el auto en el que me llevaban. A través de la ventana, vi cómo su figura se hacía cada vez más pequeña hasta que por fin desapareció detrás de nosotros. Me invadieron la inquietud y una furia feroz. No tenía idea de qué pensaba hacer Elias conmigo.

Incluso cuando más me había despreciado en el pasado, nunca había usado métodos tan bruscos. Su encierro de antes no había sido más que arresto domiciliario. Pero después de cuatro años separados, parecía haberse convertido en alguien que no reconocía.

—¡Déjame salir! ¡No voy a volver contigo!— Renuncié a la puerta y me lancé al asiento delantero, tratando de arrebatarle el volante al conductor. Dio un volantazo brusco y el auto empezó a hacer eses. De pronto, un cuerpecito cayó en mis brazos por la inercia, devolviéndome algo de calma.

—¿M-mamá?…

Me miró con timidez, dudando sobre cómo llamarme, pero aun así intentando acercarse. Me quedé inmóvil un momento y luego guardé silencio.

Podía pelear con el conductor y obligar al auto a detenerse. Pero eso también pondría en riesgo a Arian. Al final, cedí y abracé a mi hijo. Él apoyó la cabeza en mí, obediente. Lo sostuve con fuerza, tomando el calor de su pequeño cuerpo para aliviar un poco las emociones oscuras que se agitaban dentro de mí.

Está bien, Serenity. Me abracé a mi hijo y me dije a mí misma. *Aunque te lleven de vuelta, ¡no vas a ceder ante ninguno de ellos!*

¡Vas a escapar!

Con esa determinación, regresé con Arian a la mansión donde había vivido hacía cuatro años.

Cuando crucé la puerta, me sorprendió encontrar que nada había cambiado en cuatro años.

Y yo también sentí como si esos cuatro años de separación nunca hubieran ocurrido. Como si nunca me hubiera ido.

* * *

Sin darme cuenta, casi había pasado una semana desde mi regreso a la mansión. Igual que antes, estaba atrapada en esta —prisión— incapaz de salir.

Había supuesto que Elias me había secuestrado para hacerme la vida difícil. Pero, para mi sorpresa, esta última semana había sido increíblemente cuidadoso conmigo, ansioso por complacerme, incluso.

Pasaba cada día a mi lado, intentando de todo para hacerme feliz. Los regalos llegaban a la mansión a raudales, pero yo los tiraba todos sin siquiera mirarlos.

No le dije que verlo intentar complacerme me recordaba a mí misma de hace cuatro años.

Esa misma postura cuidadosa, desesperada, humillante, como si hubiera viajado en el tiempo para atravesarme el corazón. Cuanto más hacía el papel de amante devoto, más asfixiada y asqueada me sentía.

Pero por más fría que yo fuera, Elias nunca se enojaba. Recogía en silencio los regalos desechados y los acomodaba uno por uno en mi

habitación.

Me hablaba, pero yo nunca escuchaba. Cada vez que aparecía, yo lo atacaba: arañaba, mordía y golpeaba. Este encierro me recordaba demasiado fácil al pasado. No solo estar encerrada en esta mansión bajo sospecha, sino estar presa en aquel sanatorio por Alfred, perder mi libertad, esperar la muerte día tras día. Esta vida me llenaba de terror. ¡No podía soportarlo!

Siempre que pasaba, Elias me miraba con ojos apesadumbrados, dejándome descargar mi rabia y mi miedo sin responder con violencia.

—Perdóname, Serenity.

Una vez, cuando sollozaba y le mordía el hombro, maldiciéndolo y diciéndole que me dejara salir, Elias me suplicó.

Pero no tenía idea de a qué se refería.

La distancia entre un Alfa de una gran manada y una renegada exiliada era enorme. Además, ya no teníamos relación alguna. Entonces, ¿por qué me pedía disculpas? Cuando se lo dije, la tristeza en sus ojos solo se profundizó.

Con el tiempo, para no detonar demasiado mis emociones, Elias dejó de aparecer.

En cambio, me permitió salir de mi habitación y, finalmente, hasta me permitió salir de la mansión.

Pero cada vez que intentaba poner un pie afuera, Arian aparecía de algún lado, llorando y aferrándose a mis piernas, rogándome que no me fuera… No tenía defensa contra la táctica baja de Elias de usar a nuestro hijo. No me quedó más que rendirme.

Con el paso de los días, a veces me despertaba por la mañana y me quedaba viendo el techo familiar, aturdida, cuestionando mis propios recuerdos. ¿Habrán sido los últimos cuatro años nada más que una pesadilla? ¿En realidad seguía siendo la Luna de la manada Vernal,

habiendo dado a luz a un heredero, viviendo con mi pareja destinada?

La realidad siempre volvía rápido. Por muy pacífica y cómoda que pareciera esta vida, por mucho que alguna vez la hubiera soñado, jamás podría regresar. Porque ya no era esa Omega que se conformaba con solo ser la pareja de Elias.

Ahora tenía mi propio café, mi propia carrera culinaria que amaba y quería seguir de por vida, tantos clientes que me apreciaban y me apoyaban. Mi mundo se había vuelto tan amplio que ya no cabía de vuelta en el angosto asiento de —la pareja de Elias—.

Serenity Keller se negó a volver a ser Serenity Vernal.

Estaba atando en secreto sábanas para hacer una cuerda y escapar cuando estalló un alboroto afuera.

Escuché la voz de Liv. Alguien le impedía subir. —¿Por qué no puedo entrar al dormitorio de Elias? Últimamente ha estado tan frío conmigo. ¡Debe estar escondiendo a alguien aquí! ¡Suéltenme! ¡Quiero ver a quién está escondiendo!

Abrí la puerta y salí.

En lo alto de las escaleras, Liv subía hecha una furia. Después de todo este tiempo, seguía hermosa e impecablemente vestida. Pero cuando alzó la vista y me vio, el impacto extremo en su rostro arruinó su belleza.

De pronto entendí cómo debía haberse sentido hace cuatro años, de pie en lo alto de estas mismas escaleras, mirándome desde arriba tras volver de entre los muertos.

Curvé los labios en una sonrisa burlona.

Se puso lívida. Me señaló y chilló: —¿Serenity? No… ¡imposible! ¿Cómo puedes estar aquí? Se supone que estás muerta—

—¿De verdad te sorprende que esté viva? ¿O esperabas que estuviera muerta?

Su aparición fue en el momento justo. Toda la rabia y la confusión que había acumulado hacia Elias, sin dónde descargarla, regresó como una ola. En el instante en que vi su cara y recordé lo que le había hecho a Arian, me sentí como una loba protegiendo a su cría—¡lista para pelear!

—Lamento decepcionarte, pero sigo viva, así que tu deseo no se cumplió. Descendí las escaleras hacia ella, paso a paso, firme y segura. —En cuanto a por qué estoy aquí, tendrás que preguntárselo a Elias.

Mis palabras parecieron detonar algo en Liv. Su expresión se volvió horrible. —¿Elias te trajo de vuelta? Aún no se rinde—

Se mordió el labio, el rostro torcido por el rencor. Esa reacción solo me dio más curiosidad por lo que estaba pensando. Parecía que su relación con Elias no había ido tan bien como imaginé durante mis cuatro años fuera.

—Serenity, si tiene un poco de amor propio, ¡debería irse de aquí por su cuenta! Esta no es su casa. ¡La que debería ser la señora de este lugar soy yo!

—¿En serio? No veo muchas huellas de su vida aquí. Alcé una ceja, en parte para provocarla, en parte por genuina curiosidad. —Todo aquí está exactamente como cuando me fui. Dice que es la señora, pero a mí me parece más una intrusa.

Los ojos de Liv ardieron de furia. Subió las escaleras para enfrentarme. Pero antes de que me alcanzara, una figura menuda salió disparada de una habitación del segundo piso y se estampó contra sus piernas como una bala de cañón. —¡Mala! ¡Vete! ¡Déjala en paz!

El ataque repentino de Arian tomó a Liv desprevenida. Casi rodó escaleras abajo.

Se sujetó del pasamanos para estabilizarse. Cuando volvió a mirar a Arian, su mirada era venenosa. —¿Estaba tratando de matarme?

—Le compro botanas y juguetes, ¿y así me lo paga… perdiendo frente a una mujer que acaba de aparecer? Mocoso desagradecido—

Liv había perdido por completo la cabeza. Ya ni siquiera le importaba dónde estaba. Alzó la mano contra Arian.

Se me encogió el corazón. Corrí hacia adelante y jalé a Arian para ponerlo detrás de mí. La mano de Liv bajó, y sus uñas perfectamente arregladas me arañaron la mejilla, dejándome un ardor punzante.

—¡Estás sangrando! —Arian rompió a llorar del susto.

Me toqué la cara y encontré un rasguño fino que sangraba. No era grave, pero la rabia me invadió de todos modos.

—¿Ibas a golpear a mi hijo?— La fulminé con la mirada, cada palabra forzada entre dientes apretados. —Liv, le advierto: mientras yo esté aquí, no le pondrá un dedo encima. ¡Tóquelo una sola vez y haré que lo pague!

—Ay, qué miedo—. Liv se dio unas palmaditas en el pecho, teatral. —¿Una Omega de poca monta cree que puede responder? Podría disciplinarlo a él y a usted al mismo tiempo, ¿y qué podría hacer usted al respecto?

¡PLAF!

Le di una cachetada fuerte en la cara. La mejilla se le hinchó al instante y su peinado, tan cuidado, se deshizo.

—¡Tú…! —gritó.

—¡Cómo se atreve—!

—¡Claro que la golpeé! —gruñí y levanté la mano de nuevo, abofeteándole la otra mejilla.

—¡Nadie toca a mi hijo!

—¡Está loca! —chilló Liv, tratando de bloquear mis ataques. Se repuso del impacto, los ojos encendidos de furia. Parecía a punto de transformarse y pelear conmigo—

Justo entonces, la voz de Elias retumbó desde abajo. —¿Qué están haciendo? ¡Deténganse!

Elias subió las escaleras a zancadas, seguido por varios asistentes de traje. Claramente acababa de regresar de la empresa.

Al ver su expresión furiosa, supuse, basándome en experiencias pasadas, que venía a defender a Liv.

Así que de verdad volvió corriendo por ella.

En cuanto lo vio, Liv cambió a una pose delicada y lastimera. Tropezó hacia el abrazo de Elias, con lágrimas que acudían a la orden. —Elias, por fin está aquí. Mire mi cara… ¡mire lo que me hizo! Ni siquiera sé qué hice para enfurecerla. ¡Apenas me vio, me atacó!

Los miré con frialdad, sin molestarme en discutir con Liv. En cambio, me agaché para consolar al lloroso Arian. Cuatro años de experiencia me habían enseñado que defenderme no servía de nada. Elias siempre prefería creerle a Liv.

Pero, para mi sorpresa, Elias no mordió el anzuelo. En cambio, se quedó mirando fijamente la pequeña herida de mi mejilla.

Su voz estaba tensa, con furia contenida. —¿Le hizo usted eso en la cara, Liv?

Liv se quedó helada. —No… ¡no fui yo! ¡Se arañó por accidente!

No pude evitar mirarlos a ambos. La forma en que Elias miraba a Liv era gélida. Casi pensé que estaba alucinando. Y Liv parecía no darse cuenta.

—Le daré una oportunidad más, Liv—. Se acercó a mí, se agachó y me tocó la cara con cuidado. Sus movimientos eran tiernos de una

manera que no parecía propia de él. Volteó hacia Liv, con un tono opuesto: despiadadamente frío. —Dígame la verdad.

—Yo… yo… —Liv nos miró a uno y otro, claramente dudando. Pero se aferró a su mentira—. ¡Estoy diciendo la verdad! Elias, ¿no me cree? ¿Qué le dijo Serenity para que actúe así? Yo—

—Yo creo en la evidencia—. Elias cortó su defensa y sacó su teléfono. —Liv, ¿por qué cree que regresé con gente?

Abrió una aplicación de seguridad en el teléfono.

—Probablemente no lo sabía, pero para mantener a Arian a salvo, mandé instalar cámaras ocultas alrededor de su cuarto cuando nació —. Elias reprodujo un clip de las grabaciones. La imagen de Liv alzando la mano contra Arian, yo protegiéndolo y sus uñas arañándome la mejilla era cristalina.

Se me puso la cara pálida. No había notado que mi vida aquí había estado bajo su vigilancia todo el tiempo. La repulsión creció dentro de mí. Pero, en comparación conmigo, Liv estaba aún peor.

Todo el aplomo de Liv se vino abajo. Los hombros se le hundieron, derrotada. Balbuceó: —Elias, puedo explicarlo…

—No. No quiero escuchar su explicación —dijo Elias con firmeza—. Intentó hacerle daño a mi hijo, y pensaba seguir lastimando a mi compañera. Liv, ya no puedo tolerarla.

Llamó a la gente que había traído. —Notifiquen a Recursos Humanos y a Finanzas. Liv ya no trabaja en la empresa. Gestionen su liquidación y reemplácenla de inmediato.

Apreté a mi hijo entre los brazos y observé en silencio, murmurándole consuelos de vez en cuando, viendo cómo este drama se desarrollaba ante mí como una obra de teatro.

Aunque me sorprendió que Elias realmente castigara a Liv, pensándolo bien, probablemente era por Arian.

Esto no era más que un padre dándole una explicación a su hijo. Seguramente hoy despediría a Liv de la empresa y mañana la convencería de volver.

—Además —continuó Elias; no había terminado—, Herman, difunde mi orden a todos los miembros de la manada. A partir de ahora, Liv Laster tiene prohibida la entrada a la mansión Vernal. Quien la vea aquí tiene autoridad para sacarla. Llévensela ahora y manténganla bajo vigilancia.

—Sí, señor.

—¿Qué? —Liv entró en pánico por completo—. ¡No! ¡Elias, no puede hacerme esto!

Yo también me quedé atónita.

Que la despidieran de la empresa y que le prohibieran la entrada a la mansión eran cosas totalmente distintas. Lo primero podía pasarse por una pelea de amantes, fácil de revertir después. Pero lo segundo… dejaría a Liv casi sin dónde pararse en la manada.

¿Pero por qué? ¿No era a Liv a quien más amaba?

Mientras yo intentaba entender, Liv le agarraba del brazo a Elias y le suplicaba. Pero Elias no vaciló; hizo un gesto, frío. —Llévensela.

Dos guerreros dieron un paso al frente y le sujetaron los brazos por la fuerza, arrastrándola hacia afuera. Liv forcejeó y gritó, con el maquillaje corrido por las lágrimas—más patética de lo que la había visto nunca.

Elias simplemente le dio la espalda. En el instante en que se volteó, un destello de veneno cruzó los ojos de Liv. Pero desapareció tan rápido que casi creí haberlo imaginado.

Cuando la mansión volvió a quedarse en silencio, Elias caminó hacia mí y volvió a tocarme la mejilla con cuidado. —¿Te duele?

Pero me aparté.

—¿Serenity? —pareció desconcertado.

Bajé la mirada y apreté más fuerte a Arian.

—Elias, ¿no ha tenido suficiente con esta farsa? —tomé aire hondo. No quería quedarme aquí ni un segundo más. Su relación con Liv no tenía nada que ver conmigo. Yo solo quería recuperar mi vida en paz.

—Ya no lo amo. No quiero que me arrastren a su drama con Liv. A mí me desterraron hace mucho. No quiero volver a Vernal. ¿Cuándo va a entender eso? ¡Preferiría morir antes que quedarme aquí!

CAPÍTULO 17



ELIAS VERNAL

Se estaba blindando contra mí.

Lo veía en sus ojos. Lo entendí todo. La amargura me inundó el corazón. —Serenity, ¿tiene que ser así?

—No sé a qué te refieres.

Tomé aire y vi a Arian en los brazos de Serenity. Lo que necesitaba decir no era algo que él debiera oír. Hice que Herman se lo llevara de vuelta a su cuarto. Serenity no lo detuvo.

Los bracitos de Arian se aferraban con fuerza al cuello de Serenity. Preguntó con ansiedad: —¿Se están peleando?

—No, no estamos peleando. Necesitamos hablar de algo importante. ¿Puedes esperar solito como un buen niño?

—¿Te voy a volver a ver?

—Sí. Seguro.

La ternura en su voz me apretó el pecho de celos.

Después de que Herman se llevó a Arian, ella se volvió hacia mí. Todo ese calor desapareció. Sus ojos no tenían emoción, solo un desapego helado. —Di lo que tengas que decir. ¡Luego déjame irme!

—Serenity, sé que es difícil de creer. Pero en realidad no hay nada entre Liv y yo. Me sentía como un criminal suplicando mi inocencia ante un juez, tan angustiado que quería abrirme el pecho y mostrárselo. —A quien de verdad amo es a ti. Lo que sentí por ella fue solo gratitud por salvarme la vida. Pero después de perderte, me di cuenta de que todo lo que hice estuvo mal. Eres mi única compañera. ¡Quiero que volvamos a empezar!

—¿Volver a empezar? ¿Cómo? —susurró Serenity con dureza—. ¿No se suponía que yo era la traidora, la criminal? Toda la manada me odia, ¿y quieres que regrese aquí?

Apenas podía respirar. Me apresuré a explicar: —¡Te creo! ¡Juro que no volveré a dudar de ti! Voy a reabrir la investigación y encontrar la verdad, limpiar tu nombre delante de toda la manada. Serenity, ya encontré cosas sospechosas sobre Liv—

—¡Basta! ¡No quiero oír más! —me cortó Serenity—. No te hagas el ridículo. ¿Quieres investigar? Dijiste lo mismo entonces, y el resultado fue tratarme como a una prisionera.

—Tú no puedes entender mi sufrimiento. No tienes idea de cómo ha sido mi vida. —Siguió, mirándome. No había ira ni tristeza en sus ojos; solo la calma de quien ya se rindió—. ¿Te lo puedes imaginar? Vivir en un lugar donde todos te tratan como a una enemiga. Las miradas, la presión, el miedo. Puse toda mi esperanza en ti, una y otra vez. Lo único que quería era que me creyeras, que probaras mi inocencia. Pero no hiciste nada. ¡Ni siquiera me escuchaste de verdad!

—Serenity...

—Te di tantas oportunidades, Elias. Incluso cuando me estaba muriendo después de dar a luz a Arian, te di una oportunidad. Me abandonaron en esa mesa de operaciones helada. Me arrastré afuera, suplicando ayuda. La única llamada que hice fue para ti. Pero no contestaste... Después de todo lo que pasé, ¿cómo esperas que te crea ahora?

Me quedé atónito. No tenía idea de qué hablaba. —¿Me llamaste ese día? Yo no lo sabía.

—Deja de fingir —dijo Serenity—. —Le dijiste a Liv que no tenías tiempo y que colgara. ¡No me digas que no te acuerdas!

De verdad no me acordaba. Espera, un momento… Un recuerdo afloró. Sí, Liv me había preguntado una vez ese día si quería tomar una llamada. ¿Qué había dicho? *Es de telemarketing.*

—¿Esa llamada era tuya? —murmuré.

Serenity malinterpretó lo que quise decir y soltó una risa amarga. —¿Así que sí te acuerdas?

¡Esa llamada había sido de Serenity!

Ella me había llamado. ¡Yo había tenido la oportunidad de salvarla!

En cuanto lo entendí, se me helaron las extremidades. No podía respirar. El arrepentimiento y el remordimiento me ahogaron. ¿Por qué elegí ese momento para poner a prueba a Liv? ¿Por qué no me quedé con el teléfono? ¿Por qué…?

Pero ninguna cantidad de preguntas podía llenar los cuatro años perdidos. Al ver el odio en los ojos de Serenity, me sentí demasiado avergonzado para hablar con convicción. —¡Fue un malentendido! Escúchame, Serenity, no tenía idea de que esa llamada era tuya. ¡Liv me engañó!

—¿Crees que voy a creer eso?

—¿No me vas a creer, Serenity? Mis labios temblaron. Su actitud gélida me dejó aturdido. Nunca había comprendido que ser frío con alguien podía cortar como un cuchillo.

Serenity alzó la barbilla con terquedad. En lugar de responder, lanzó otra pregunta. —En aquel entonces te dije que nunca había traicionado a la manada. Nunca empujé a Liv al mar. Nunca hice nada para traicionarte... ¿me creíste?

No la había creído. No había confiado en ella.

Recordé cómo me rogaba que confiara en ella, una y otra vez. ¿Y yo qué había hecho?

Le había repetido una y otra vez que no le creería.

Y por eso pasé por alto su desesperada llamada de auxilio.

Quería enmendar mis errores. Quería recuperar su corazón. Pero cada pregunta que hacía me dejaba sin respuesta. Incluso sabiendo qué decir, no podía articular las palabras. Porque responder significaba admitir que ya no quedaba esperanza para nosotros.

Apenas ahora entendí por fin lo profundo que la había herido mi desconfianza.

—Elias, ya es demasiado tarde para nosotros.

Pero como no pude responder, Serenity dijo en voz baja la verdad por mí, destrozando mi última esperanza.

—Ya tengo una nueva vida. Nunca podremos volver atrás.

—¿Una nueva vida? ¿Te refieres a casarte con ese tal Frank? —solté una risa amarga.

Durante los cuatro años en que la perdí, ella encontró a alguien nuevo.

¿Pero qué podía decir al respecto? Yo fui quien la hirió primero. Casi la maté... Así que cuando decidió dejarme, no pude decir una sola palabra para detenerla.

Serenity pareció sobresaltada, pero se mordió el labio y alzó la barbilla. —Así es… Me voy a casar con Frank. Si lo entiendes, ¡déjame ir!

Ya me lo había pedido tres veces.

—¿Y si me niego? —pregunté en voz baja.

Vaciló. Justo cuando en mí brotaba una chispa de esperanza, volvió a endurecerse.

—Si no me dejas ir, me quitaré la vida.

Sus palabras me destrozaron el corazón. La miré incrédulo. —¿Por qué? ¿Me odias tanto como para tirar tu propia vida por la borda? ¿Ese tal Frank de verdad es tan importante para ti?

—Lo que quiero más que la vida es libertad —dijo con calma—. ¡Si destruyes la vida que construí, entonces habría preferido haber muerto hace cuatro años!

Lo decía en serio.

Busqué desesperado cualquier señal de flaqueza. Pero no había ninguna. Sus ojos estaban tan resueltos, sin un rastro de mentira ni de bravuconería…

—Toma tu decisión, Elias —dijo Serenity—. Por lo que alguna vez tuvimos, déjame ir.

Cerré los ojos, sintiendo cómo todo el calor se me escapaba del cuerpo, como si toda esperanza se hubiera desvanecido. Cuando los abrí, obligué a mi voz a sonar tranquila y natural. —Está bien. Haré que alguien te lleve de vuelta.

Una sorpresa cruzó por los ojos de Serenity. No esperaba mi respuesta.

Sonreí con amargura.

No tenía por qué desconfiar tanto. Lo decía de verdad.

Porque yo era un criminal que nunca recibiría un perdón. Por más que quisiera volver a estar con ella, compensar todo lo que había sufrido, ella no lo aceptaría.

Así que la mejor expiación que podía ofrecer era soltarla.

Dejarla ir. Y aceptar que la perdería para siempre—

—Gracias —dijo en seco.

Luego se fue.

Mandé un auto para llevarla a casa. La vi desaparecer y, con ella, se derrumbó mi mundo.

Y esta vez, nadie lo había hecho añicos. Yo mismo había matado mi propia esperanza, había alejado a mi única compañera destinada, mi amor—

—Alfa, ¿estás bien? —preguntó Herman, preocupado.

—No te preocupes por mí. Voy a estar bien. Incluso mientras lo decía, no sentía que pudiera respirar. Me sentía como un cascarón vacío, desconectado del mundo. Todo frente a mis ojos se había vuelto gris.

Herman se veía preocupado. Lo ignoré y entré directo a mi estudio, encerrándome solo.

Me arrojé al trabajo como un demente, tratando de insensibilizarme. Asuntos de la compañía, informes de la investigación sobre el ataque de los cazadores de hace cuatro años: necesitaba que la verdad llenara el vacío dentro de mí. Fuera cual fuera esa verdad, tenía que encontrarla.

Era lo único que podía hacer ahora.

Pero las palabras no me entraban. Al final, sin darme cuenta, me encontré viendo un video. La grabación del guerrero desaparecido que mostraba a una mujer tratando con cazadores—la prueba irrefutable que había dirigido todas las sospechas hacia Serenity.

La calidad del video era tan mala que no se distinguía la cara de nadie. Ni la restauración profesional sirvió de nada. La única pista era que la espalda de la mujer se parecía mucho a la de Serenity. Por eso la investigación lo dio por perdido tan pronto.

No sabía por qué seguía viéndolo. Tal vez extrañaba tanto a Serenity que me estaba torturando, reproduciendo la grabación una y otra vez con avidez, sin apartar la mirada de la mujer en la pantalla.

Del día a la noche. De la noche a la mañana siguiente.

Tenía los ojos agotados y la vista borrosa. Estaba a punto de detener esta visualización inútil. Pero justo cuando estiré la mano hacia el botón de pausa, algo —off— destelló en la grabación que ya había estudiado todo el día.

Me quedé helado. Rebobiné rápido y volví a mirar: ahí estaba, ese detalle extraño. De pronto noté que la mujer del video se había mantenido completamente cubierta todo el tiempo, pero en un solo fotograma giró apenas la cabeza y dejó ver un pequeño mechón de cabello dorado cerca de la oreja. Se veía del mismo color que el de Serenity, por eso nadie había notado nunca un problema. Pero ahora, al mirar ese mechón casi platino, sentí hielo correr por mis venas.

Ese no era el cabello de Serenity.

Ya había visto ese color de cabello antes. Incluso lo había comparado con el cabello real de Serenity en la Ceremonia de la Luna de hace cuatro años—

¡Era... el cabello de Liv!

El descubrimiento me horrorizó. Una posibilidad que jamás había considerado afloró en mi mente. Me puse de pie de un salto y empecé a hurgar en todos los registros de ubicación y las declaraciones de testigos de los miembros de la manada de hace cuatro años.

Línea tras línea de texto pasaba ante mis ojos. Con cada documento que revisaba, el torbellino dentro de mí crecía.

¡Nada!

Ni una sola declaración ni registro mencionaba nada sobre el paradero de Liv. El día del ataque de los cazadores, se había desvanecido sin dejar rastro.

Esto me recordó la investigación de Herman sobre los seis meses desaparecida de Liv: el mismo resultado. Ningún hombre lobo sabía dónde había estado Liv. La única explicación era que había estado en un lugar donde no había hombres lobo.

¿Pero qué clase de lugar no tenía hombres lobo?

A menos que…

Territorio humano.

Apreté los dientes. De pronto tiré los expedientes y salí disparado de la habitación. Herman había estado esperando afuera de la puerta. Cuando me vio, se apresuró a acercarse. —Alfa, mírate cómo te pusiste. Necesitas descansar—

—¡No, tengo algo más importante que hacer!—

Ignoré su preocupación. La urgencia casi me hizo gritar.

—¡Herman, tráeme a Liv, ahora mismo! ¡Tengo mucho que preguntarle!—

* * *

Herman se movió rápido. Trajeron de vuelta a Liv en menos de una hora.

Sonrió al verme. —Elias, ¿por fin cambiaste de idea?—

Empezó a acercarse a mí, pero mis hombres la detuvieron. Señalé la silla frente a mí y ordené con frialdad: —Siéntate—.

Liv miró la silla solitaria y luego a los guerreros lobo apostados en cada esquina de la habitación. Se le endureció la sonrisa. —Elias, ¿de qué se trata esto?—

—Hay algunas cosas que aclarar—. Tenía las manos entrelazadas sobre las rodillas.

Los hombros le dieron un leve estremecimiento. —¿Qué cosas... Ah, ya sé: se trata de Serenity, ¿no? ¿Por qué me culpas por ella?—

—No te traje aquí por ella —dije con frialdad—. Pero ya que lo mencionas, déjame preguntarte primero: en la gala de hace cuatro años, tú estabas a cargo de mi teléfono. ¿Te acuerdas de esa llamada?—

A Liv se le desdibujó un poco la sonrisa y la respiración se le volvió irregular. —¿Qué llamada? No me acuerdo. ¿Quién recuerda con tanta claridad cosas de hace cuatro años?—

—Ese día dijiste que era un vendedor por teléfono.—

Su voz se alzó. —Elias, ¿qué insinúas? ¿Me estás cuestionando por esa mujer?—

No respondí. Simplemente seguí: —Y la vez que te lanzaste al mar. Liv, dime: ¿de verdad Serenity te empujó?—

Se le puso la cara blanca y luego roja. —¡Por supuesto que sí! ¿Quién más pudo haber sido? Lo viste con tus propios ojos, Elias: la viste empujarme—

Se detuvo a mitad de frase.

Alcé la mirada. La furia que me ardía en los ojos por fin la hizo darse cuenta de la trampa que había tendido con mis palabras.

—¿Por qué recuerdas saltar al mar?— Me puse de pie y me cerní sobre ella. Mi altura la cubrió de sombra. Se encogió de miedo. —¿No que tenías amnesia, Liv?—

—Yo... yo... —gotas de sudor frío le perlaban la frente—. ¡Apenas me acordé! Me volvió de pronto... solo fragmentos...—

—¿Ah, sí? Ya que estás recordando cosas, intenta recordar más.— Fijé la mirada en ella y formulé mi verdadera pregunta. —Piensa

dónde estabas durante el ataque de los cazadores a la manada. Con quién estabas. Si alguien puede confirmar que no saliste del territorio para reunirte con alguien con quien no debías.—

—No entiendo... —la voz de Liv temblaba—. No me acuerdo... ¡Te dije que tengo amnesia! Me estás asustando. Por favor, deja de preguntar, Elias.—

—No tienes que responder si no quieres.— Ignoré sus excusas y súplicas patéticas. Cerré los ojos, con un vacío doloroso en el pecho. —Ya perdí a Serenity para siempre. A estas alturas, la verdad ya ni siquiera importa.—

—¿Qué? Liv se quedó helada.

—Todo esto es culpa mía. Abrí los ojos y la encaré. —No supe distinguir entre gratitud y amor. Confundí mi agradecimiento por haberme salvado la vida con sentimientos románticos y te dejé pasar una tras otra tus faltas. El verdadero traidor que merece castigo soy yo. Fallé en proteger a mi manada y terminé hiriendo a todos los que me importaban.

—¡No, eso no es verdad! —Liv intentó lanzarse a mis brazos, pero la esquivé. —¡Elias, me amas! ¡Siempre me has amado! ¡Tienes que amarme! ¿De qué hablas—traidor? De verdad no entiendo…

—No importa lo que pienses. Ahora tengo que corregir mis errores.

Siempre había mirado a otro lado porque era mi salvadora, permitiendo tácitamente su comportamiento. Había sido demasiado indulgente con ella por demasiado tiempo.

Pero esta vez ya no podía ser indulgente. La manada no podía albergar a una traidora que se había confabulado con cazadores.

La miré de reojo y di la orden con voz fría. —Guardias, llévenla al calabozo. Interróguenla hasta tener toda la verdad y luego destiérrenla de nuestro territorio.

Los guardias de la sala dieron un paso al frente para llevársela. Ella me miró incrédula. —¿Qué significa esto? ¿Me estás arrestando? ¿¡Me vas a desterrar!?

—Este es el mejor desenlace —dije—. Como una vez me salvaste la vida, te dejo vivir. De lo contrario, te mataría aquí mismo.

—¡No! —gritó Liv, se abalanzó sobre mí e intentó arañarme la cara —. ¡No puedes hacerme esto! ¡Soy tu salvadora! ¡Me lo debes, Elias Vernal!

—¡Mantengan a salvo al Alfa!

Los guardias corrieron a protegerme. Dos guerreros la redujeron mientras Herman ordenaba con urgencia: —¡Sáquenla de aquí! ¡Ahora! ¡Enciérrenla y terminen el interrogatorio rápido: mañana arrójenla fuera del territorio!

Liv lloraba y se debatía. Justo antes de que la arrastraran fuera de la sala, debió de darse cuenta de que no podía hacerme cambiar de opinión, porque de pronto soltó una carcajada estridente. —¡Bien! ¡Así me pagas! Nunca pensé que yo sería la que perdería al final. Pero, Elias, ¡no creas que tú y Serenity serán felices para siempre! ¡Ni lo sueñes! ¡Serenity va a morir! ¡Va a morir cien veces peor que yo!

—¡Alto!

Bramé para que los guerreros se detuvieran. Avancé a zancadas hacia Liv, con el gesto sombrío mientras le sujetaba la garganta. —¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué sabes?

Liv volvió en sí de golpe. Intentó retractarse, pero le apreté el cuello con más fuerza. De inmediato balbuceó una respuesta: —Los cazadores… ¡son los cazadores! Esos cazadores de entonces siguen rastreando a la manada Vernal. Parece que averiguaron dónde está Serenity, ¿lo sabes, no? Una manada unida y poderosa frente a una Omega sola vagando afuera… ¿a cuál crees que atacarían primero?

La pregunta no necesitaba respuesta.

El hielo me recorrió de la cabeza a los pies. El miedo me vació de fuerzas.

—Respóndeme: ¿cuántos cazadores son? ¿Dónde están ahora? —le rugí las preguntas a Liv—. ¡Dímelo todo o te mato ahora mismo!

—Hablaré, hablaré… pero suéltame primero… no puedo respirar… —suplicó con dolor.

Contuve el terror y el pánico y la solté. Los guerreros que la sujetaban se apartaron, dejándola desplomarse en el piso con un violento ataque de tos.

—Elias… acércate… te lo diré… —Se agarró la garganta, con la voz ronca; debía tener dañadas las cuerdas vocales. Para oírla con claridad, no tuve más remedio que inclinarme.

¡BANG!

Sin previo aviso, se oyó un disparo.

Liv me había disparado con una pistola de bolsillo oculta.

Esquivé la zona vital en el último segundo, pero la bala igual me dio en el hombro. En cuanto impactó, un dolor abrasador, como llamas, me envolvió todo el cuerpo. Sentí como si me hubieran abierto el hombro en canal, toda mi fuerza desangrándose por esa herida.

—¡Alfa!

Me llevé la mano al hombro y me desplomé. Herman y los demás instintivamente corrieron a sostenerme, ¡mientras Liv aprovechaba el caos para huir como una desquiciada!

—¡No se preocupen por mí! —Mi forma de lobo se abrió paso involuntariamente. Mis dedos, ahora garras, hurgaron en la herida del hombro, desgarrando carne para encontrar esa maldita bala—. ¡Vayan tras Liv! ¡Tráiganla de vuelta!

Herman vaciló. —Pero, Alfa, aunque corra, no llegará lejos. Tu herida es más grave ahora mismo…

Me di cuenta de que Herman y los demás no habían captado el verdadero problema. —No: ¡no podemos dejar que Liv escape!

Un arma corriente no podía causarle un daño serio a un Alfa. Pero esta bala no era una bala cualquiera. La saqué de mi cuerpo delante de ellos. Bajo la capa de sangre, la bala relucía plateada.

Era una bala de plata de cazador.

—¡Liv está trabajando con cazadores! Va tras Serenity, ¡tenemos que detenerla!

CAPÍTULO 18



SERENITY KELLER

La llave se deslizó en la puerta del café. Con un clic, abrí el "hogar" que no había visto en una semana.

El aroma familiar de los granos de café en el interior me dio nostalgia. Entré y pasé el dedo por el alféizar junto a la puerta. En la semana se había acumulado una capa fina de polvo. A la luz del sol, las partículas flotaban visibles en el aire.

—Tengo que limpiar esto. No puedo reabrir la tienda así—murmuré, intentando darme ánimos.

Aunque había logrado salir de la mansión Vernal y escapar del pasado que me causaba pesadillas, tenía que admitir que Novella aún sufría por dejar a Elias y Arian. Un dolor sordo me punzó el corazón. Era profundamente incómodo.

Justo cuando tomé una escoba para empezar a barrer, la puerta del café se abrió de golpe.

—¡Serenity! ¡Sabía que eras tú!

Frank entró corriendo, con los ojos iluminados de alegría.

—¿Frank?—lo miré, sorprendida. Había perdido su aspecto pulcro de siempre. Tenía los ojos enrojecidos y la barba sombreadole la

mandíbula.

Se apresuró a acercarse y me sujetó por los hombros.—Ese hombre que te llevó… no te hizo daño, ¿verdad? ¿Dónde estuviste toda la semana?

—¿Te preocupaste por mí? Gracias.—Me zafé con suavidad, conmovida pero sin querer hablar de la semana pasada.—Pero estoy bien. Solo tuve que resolver unos asuntos personales…

—¿Asuntos personales?—entornó los ojos.—¿Tienen que ver con ese hombre que te llevó? Serenity, dime—, ¿quién es? ¿Qué relación tiene contigo?

—Eso no es asunto tuyo, Frank.—Evadí su mirada intensa y fingí ocuparme ordenando el mostrador.—Es solo alguien de mi pasado. Ya no tengo nada que ver con él.

Pero Frank no estaba dispuesto a ceder. Rodeó el mostrador para ponerse frente a mí, obligándome a encararlo.—Entonces, ¿es tu exnovio? O…

—¡Frank!—alcé la voz de pronto, cortándolo. Cuando se detuvo, sorprendido, respiré hondo un par de veces para calmarme.—Perdón, Frank. Pero no quiero hablar de esto. No es nadie importante.

—Tu reacción dice lo contrario—dijo Frank—. —Serenity, ¿tienes idea de lo preocupado que estuve esta semana? Hice una denuncia en la policía. Busqué por todo Tara. Revisé cada hotel y hospital, e incluso contraté a un detective privado. Y me di cuenta de que casi no sé nada de ti!

Su voz subió de tono mientras daba un paso atrás y se arrodillaba sobre una rodilla. Sacó de su bolsillo una pequeña caja de terciopelo. La reconocí: el anillo de su propuesta anterior.—¡Ya no puedo con esto! Así que, Serenity, ¡cásate conmigo! Déjame entrar en tu vida. Déjame convertirme en tu familia y conocer todo sobre ti. ¡Quiero ser tu hombre y protegerte!

—Frank…

—No digas que no, Serenity—me cortó lo que no podía decir, con urgencia en la voz—. Quienquiera que haya sido ese hombre que te llevó, ¡es pasado! Puedes olvidarlo, Serenity. Puedes tener una familia completamente nueva. Elígeme como tu futuro, ¡y te ayudaré a olvidarlo!

Familia. Olvidar a Elias.

Esas palabras atravesaron la parte más vulnerable de mis defensas.

Deseaba desesperadamente olvidar a Elias, olvidar todo lo nuestro. Pero por más que intentara reprimirlo, superarlo por mi cuenta, todo lo que él me dijo esta semana no dejaba de darme vueltas en la cabeza. No había elegido no salvarme. Liv lo engañó. Reabrió la investigación de hace cuatro años y parecía haber encontrado algo…

Sabía que solo eran excusas en las que no debía creer. Pero no podía dejar de preguntarme si había habido algún malentendido entre nosotros.

¿Era ese el poder de las almas destinadas? No lo sabía.

Quizá mi fuerza no bastaba. Quizá yo era demasiado débil. Como dijo Frank, necesitaba cortar lazos con mi pasado de forma más contundente. Tal vez aceptar esta propuesta y empezar de nuevo de verdad podría ayudarme a olvidar.

—Está bien. Acepto.

Cerré los ojos y tomé mi decisión, esperando que este valor no me llevara al arrepentimiento.

—¡Eso es maravilloso! ¡Serenity, por fin dijiste que sí!— Frank se puso de pie de un salto, con la alegría bailándole en el rostro. Abrió los brazos para abrazarme. Pero en ese momento, ¡el estruendo de vidrio hecho añicos lo interrumpió!

Una bestia gris atravesó la ventana del café y cayó al piso en medio de una lluvia de astillas de vidrio. Frank y yo nos quedamos mirando, atónitos. Era una loba gris, el doble de grande que un lobo común. Sus garras repiquetearon contra el piso mientras el vidrio no lograba penetrar su pelaje. Sus ojos castaños ardían de un odio enloquecido, y sus colmillos al descubierto relucían con frialdad.

—¿Qué hace un lobo aquí?—gritó Frank. No sabía nada de los licántropos y pensó que era un animal común. Pero yo la reconocí de inmediato. Era Liv. Nunca había visto su forma de lobo, pero podía oler su aroma.

¿Por qué Liv mostraría su forma de lobo en territorio humano? ¿No le temía a los cazadores?

Las alarmas me estallaron en la cabeza.

Frank me tiró de la manga. —¡No te quedes ahí parada, Serenity! ¡Tenemos que correr!

Me jaló hacia la salida. Pero el objetivo de Liv era claramente yo. En cuanto Frank se movió, ella se tensó y se lanzó sobre nosotros con un gruñido.

—¡Frank, apártate!—grité.

Pero ya era tarde. Liv arremetió contra Frank, que me estaba cubriendo. Lanzó un alarido mientras salía volando hacia atrás y se estrellaba contra las mesas y sillas de madera del café con un estrépito tremendo. No volvió a emitir sonido alguno.

—¡Frank!—Intenté correr hacia él, pero Liv me bloqueó el paso con un gruñido. Sus garras descendieron. Apenas esquivé. Su ataque estaba claramente destinado a matar.

—¿Te volviste loca, Liv?

Me di cuenta de que iba en serio. Si yo no me transformaba también, Frank y yo podíamos morir aquí.

Novella estaba lista para pelear. Tomé aire hondo y dejé de reprimir su impulso. Al instante, mis huesos empezaron a moverse, los músculos a desgarrarse y reformarse en oleadas de agonía. Era mi primera transformación voluntaria en años. La falta de práctica duplicó el dolor. Mis uñas se volvieron garras, mis dientes se afilaron en colmillos y el pelaje brotó de mi piel.

Segundos después, mi forma de lobo chocó con la de Liv dentro del café.

Nos gruñimos, dientes y garras desgarrando pelaje y carne. Pero, poco a poco, me fui quedando atrás. La forma de lobo de una Omega solía ser más pequeña que el promedio, una desventaja innata que no podía superar.

¿Iba a morir aquí?

Se abrieron más heridas por todo mi cuerpo. Los ojos de Liv brillaron con una alegría cruel. Me derribó y me inmovilizó, sus colmillos afilados cerrándose sobre mi garganta. Una risa demente y triunfal se escapó de sus fauces. —¡Muere, Serenity! ¡Nunca me vencerás!

Justo cuando sus colmillos estaban a punto de atravesarme la garganta, ¡la puerta del café explotó hacia adentro!

Una raya negra como un relámpago irrumpió en el café y apartó a Liv de un golpe. El impacto me dejó aturdida. Para cuando logré ponerme de pie, un lobo negro magnífico ya estaba trabado en combate con Liv.

Lo miré fijamente. La ferocidad con la que luchaba, la manera en que había venido a salvarme, hicieron que el corazón me latiera desbocado.

Era igual que la primera vez que me enamoré de él. Se había lanzado delante de mí para protegerme. ¡Y ahora mi compañero había venido a rescatarme una vez más!

Claramente, Liv no había esperado que él llegara tan rápido. Tembló y retrocedió a trompicones, tratando de huir.

Al verla escabullirse entre las fauces del lobo negro y cargar hacia mí, entendí que había llegado mi oportunidad.

Novella aulló con toda su fuerza. Desde que nací hasta hoy, nunca había desatado su poder de forma tan completa. Me lancé contra la parte más vulnerable de la forma de lobo de Liv, su cintura, cortándole la ruta de escape.

En cuanto mostró los colmillos en amenaza, el lobo negro se abalanzó, trabajando conmigo para acorralarla de nuevo. Frente a nuestro ataque coordinado, Liv se vio visiblemente superada. Pero toda su fuerza defensiva estaba centrada en el lobo negro. Subestimó mis ataques—

Esta era mi oportunidad.

La sangre de lobo me hervía en las venas. Mis patas delanteras rasparon en silencio el piso mientras me agazapaba, rodeándola por detrás.

El lobo negro percibió mi intención y amagó a su garganta. No le quedó más remedio que saltar de lado. En ese brevísimo instante en que quedó en el aire, me lancé por detrás y clavé mis garras hondo en sus costillas, abriendo una larga hendidura.

Liv soltó un alarido desgarrador. La sangre brotó de la herida. Se volvió para mirarme, con incredulidad en los ojos. Por fin entendió que incluso una Omega podía ser letal cuando la empujaban lo suficiente.

Por primera vez, el miedo le cruzó el rostro. Gimió e intentó huir. No le di la oportunidad. Me lancé y le hundí los dientes en la nuca, sacudiéndola con violencia antes de arrojarla contra la pared del fondo. La pared se resquebrajó con el impacto. Más sangre se extendió desde su cuerpo mientras se estremecía en el suelo y luego quedaba inmóvil. Había perdido toda capacidad de pelear.

El lobo negro no interfirió con mi venganza. Cuando salí victoriosa, alzó la cabeza en un aullido triunfal y luego caminó hacia mí a través de la luz de la luna. Bajó la cabeza y juntó su hocico con el mío, el gesto más primitivo de cuidado y amor.

—Elias…—susurré su nombre. Mi corazón estaba completamente fuera de control. Novella dio un brinco de alegría, ansiosa por lanzarse a sus brazos. Entonces Frank gimió a lo lejos. *¡No!* Yo ya había elegido esta vida en paz. No podía dar marcha atrás. ¡No podía caer en el pasado otra vez!

—¡Suéltame! Lo empujé con fuerza y retrocedí tambaleándome, fuera del alcance de su aroma.

Algo parecido al dolor cruzó el rostro de Elias, pero no dijo nada. El lobo negro se volvió en silencio para mirar hacia afuera del café. Los guerreros de Vernal por fin aparecieron y, con rapidez, redujeron a la ahora indefensa Liv. Herman avanzó con un abrigo para Elias. Él negó con la cabeza y me miró. Herman enseguida me trajo el abrigo a mí.

—Luna, ¿está herida?

Me apreté los labios, pero acepté el abrigo. Me lo envolví y revertí la transformación. —Gracias. Estoy bien. Me detuve. —Y por favor, no me llame más Luna. Ya no lo soy.

Herman miró a Elias, impotente. Pero Elias lo ignoró, con la mirada fija en mis heridas sangrantes. —Estás herida. Serenity, deja que Herman te lleve al hospital.

—No. No necesito eso.

—Si no quieres verme, no te seguiré. Elias inspiró hondo. —Haré que Herman y Lizzie vayan contigo… Pero tienes que volver a Vernal conmigo. Ya no es seguro aquí.

—¡No voy a ir! Supuse que intentaba obligarme a volver al cautiverio. Me resistí. —¿Dices que no es seguro aquí? ¡Antes de que

aparecieras, este era un lugar pacífico y maravilloso!

Elias dijo: —Cálmate y escúchame, Serenity. Encontré al verdadero traidor. Eres inocente. Nadie volverá a hacerte daño…

—¡No quiero escucharlo! Lo fulminé con la mirada, cortándolo en seco. Solo manteniéndome enojada podía ocultar cuánto me seguía doliendo el corazón por él. —¿El verdadero traidor? ¡Ya no me importa! ¡Elias, todo esto es culpa tuya! ¡Liv solo encontró este lugar por ti! ¿Por qué sigues atormentándome? ¡Me tomó cuatro años construir una nueva vida aquí, y la has destruido otra vez!

El pelaje de Elias ocultaba su expresión, pero Novella gimoteó en mi corazón, transmitiéndome las oleadas interminables de tristeza que emanaban de él.

Escondí las manos a la espalda, cerrándolas en puños, obligándome a ahogar la compasión.

—Tienes razón, Serenity. Todo es mi culpa. La voz de Elias era baja. —Pero tu seguridad es más importante. Liv ha estado trabajando con cazadores. Ya les dio tu ubicación. ¡No puedes quedarte aquí!

—¿Qué? Me quedé helada.

¿Los cazadores sabían dónde vivía? ¿Venían para acá? Tenía que irme. Pero si lo hacía… ¿qué pasaría con este café que los Goldens me habían dejado?

¿Iba a perder este «hogar» que me habían dado y volver a ser esa Serenity que no tenía nada, otra vez?

Los recuerdos de mi tiempo con los Goldens me inundaron. Las lágrimas empezaron a llenárseme en los ojos. Me las limpié y dije con firmeza: —Deberías irte. No me voy contigo.

—¡Deja de ser terca, Serenity! —dijo Elias.

—¿Con qué derecho me llamas terca? Una furia súbita me invadió. Señalé el café destruido a nuestro alrededor y le grité: —¡Mira este

lugar! Me tomó cuatro años construir este hogar. Era mi único refugio. ¡Y ahora no queda nada! ¿Por qué tengo que perderlo todo por tu culpa? ¡Estoy harta de vivir así!

Lo señalé a Elias y grité: —¡Entonces vete! Prefiero huir sola que volver contigo. Toma a tu gente y lárguense de aquí ahora mismo. ¡No quiero volver a verte nunca!

Elias se puso rígido. Solo me observó desahogarme, abriendo la boca varias veces para luego volver a cerrarla. Lo ignoré y me di la vuelta.

Finalmente, se desinfló. —Bien. Entiendo. No te pediré que regreses. Pero no puedo quedarme mirando mientras enfrentas sola a los cazadores.

Se volvió hacia Herman. —Asigne a dos personas para que se queden aquí y protejan a Lu… a la señorita Serenity. Lo que necesite, arréglelo. Pero sáquela de aquí lo antes posible.

—Pero, Alfa…

—Es una orden.

Le cortó la palabra a Herman sin dejar espacio para discutir. Luego me miró, con un tono casi suplicante. —¿Te parece aceptable, Serenity? Al menos permite que te protejan mientras te vas. Después, a donde quieras ir, no me meteré.

Sabía que hasta aquí podía ceder. No dije nada.

Elias me lanzó una última mirada. En esa mirada había demasiadas emociones que no me atreví a interpretar. Luego se llevó a su gente. Lo vi desaparecer, y dentro de mí se agitaron sentimientos encontrados. Rabia. Dolor. Y una renuencia a soltarlo que me negué a reconocer. Reprimí todo eso y me repetí que esto era lo correcto.

Por fin, el café volvió a quedarse en silencio. Los vidrios rotos y los muebles volcados quedaron como testigos de lo ocurrido.

Los dos guerreros que Elias había dejado se ocultaron en algún lugar fuera de la vista. No tenía energía para lidiar con ellos. Me acordé de Frank, a quien habían apartado de un empujón antes.

Corrí hacia él. Estaba desplomado contra la pared, con una brecha en la frente que seguía sangrando, pero estaba consciente.

—Frank, ¿estás bien? Sentí un alivio enorme mientras me inclinaba para ayudarlo a ponerse de pie. —Déjame llevarte al hospital…

Frank se arrastró hacia atrás desesperado. El miedo en sus ojos me atravesó. —¡Aléjate de mí! ¡Lárgate!

—¡Monstruo!

CAPÍTULO 19



SERENITY KELLER

Monstruo.

Me llamó monstruo.

Me quedé mirando a Frank sin expresión. El hombre que me había propuesto matrimonio hacía apenas unos minutos ahora no tenía en el rostro más que miedo y asco. Esa mirada me atravesó el corazón. Quise decir algo, negarlo, explicarlo… Pero al final, las palabras se me atoraron en la garganta. No salió ni una sola.

¿Qué había que explicar, de todos modos?

Lo pensé para mis adentros. No se equivocaba. A ojos de los humanos, los licántropos como yo éramos monstruos.

Mientras yo me quedaba ahí aturdida, Frank se puso de pie a trompicones y corrió hacia la puerta del café sin mirar atrás. En su pánico, tiró varias sillas. Me di cuenta, pero no tenía fuerzas para detenerlo.

No es que llegara muy lejos. Los dos guerreros lobo que Elias había dejado para protegerme bloquearon la salida y le cortaron el paso.

Cuando se le acercaron, soltó un grito desgarrador.

—¡Alto! —les grité para detenerlos—. No le hagan daño. ¡Déjenlo ir!

—Pero, Luna, ¡acaba de insultarla! ¡No podemos fingir que no oímos eso! —respondió con enojo el más joven de los dos guerreros.

¿Insultada? La palabra casi me hizo reír. Hace cuatro años, cuando todavía estaba con la manada Vernal, ¿cuándo me había respetado alguno de ellos a mí, una Omega que por casualidad era su Luna?

—Dije que no le hagan daño. Déjenlo ir. ¡Ahora! —alcé la voz. Aunque no tenía la autoridad de una Alfa, mi intensidad bastó para que entendieran mi determinación.

Los guerreros cedieron. Se hicieron a un lado e inclinaron la cabeza. —Sí, Luna.

Frank miró confundido mientras yo hablaba con los guerreros. Miré su rostro, tan parecido al de los Golden, y me tragué la amargura que me subía por dentro. —Ya puedes irte. Vete de este lugar. No volveremos a vernos.

Cerré los ojos.

Luego escuché el sonido de pasos corriendo que se perdían en la distancia. Sin dudar un segundo, de verdad se fue.

Tropecé hacia atrás, débil, y me apoyé en la única pared intacta del café. Cuando abrí los ojos, la escena ante mí era una pesadilla. Mi café, que había cuidado con tanto esmero, parecía zona de guerra. Mesas rotas, vidrios hechos trizas por todas partes. Marcas de garras y manchas de sangre cubrían el piso y las paredes por la pelea…

Mi refugio. Mi hogar. Su destrucción reflejaba el estado de mi corazón.

—Luna —preguntó con cautela uno de los guerreros desde la puerta —, ¿está bien? Si no se siente bien, podemos ayudar a limpiar.

—No se molesten —negué con la cabeza, débil—. De todos modos no voy a volver.

No sabía si Frank les contaría a todos lo que había visto esta noche. Tal vez pronto todo el pueblo de Tara sabría lo que yo era. Incluso si Frank guardaba mi secreto por los viejos tiempos, Liv ya me había vendido a los cazadores. Ya no me quedaba a dónde ir.

—¿Dónde se va a quedar esta noche? —preguntó el otro guerrero—. Los cazadores podrían aparecer en cualquier momento. Si hay algún lugar adonde quiera ir, debería irse pronto.

Consideré sus palabras.

En esta situación, me di cuenta de que solo había un lugar al que quería ir, una persona a la que quería ver—

—Arian —les dije en voz baja a los dos guerreros—. Quiero ver a mi hijo por última vez.

—¿Entonces regresará a Vernal con nosotros?

—¡No, no voy a volver! —mi reacción fue tajante—. ¡Saquen a Arian para que me vea! En cualquier lugar; la frontera está bien; pero no pondré un pie en territorio de Vernal.

—Bueno… —los dos guerreros intercambiaron miradas de incertidumbre. Uno de ellos sacó su teléfono—. Tenemos que consultarlo con el Alfa.

Asentí sin impedirlo.

El guerrero se apartó para hacer la llamada; hablaba tan bajo que no alcancé a oír. Unos minutos después, volvió. —El Alfa aceptó. Ha dispuesto un lugar completamente seguro para que se reúna con el joven amo.

El lugar que Elias indicó estaba en un pueblito cerca de Tara, una casa sin importancia en las afueras.

Guerreros lobo rodeaban y vigilaban la propiedad. Los seguí en automóvil hasta allí. Cerca de una hora después, por fin vi la pequeña figura de Arian.

—¡Mami!

Arian irrumpió en la habitación y se me lanzó a los brazos. Lo alcé de inmediato, sintiendo su cuerpo tibio y su aroma familiar. Se me hizo un nudo en la garganta y casi me echo a llorar.

—¡Te extrañé muchísimo! —Arian alzó la vista hacia mí, con los ojos azules brillando—. ¿Por fin terminaste de trabajar?

—¿Trabajo?—

Arian frunció su naricita. —Papá dijo que no has vuelto a casa porque estás ocupada con el trabajo. ¿Me mintió?—

—¡No! —respondí enseguida—. De verdad he estado demasiado ocupada con el trabajo. Por eso no he venido a visitarte. Le acaricié el cabello. —Lo siento, Arian. No debí dejarte solo ese día.—

—Está bien. Sé que tu trabajo es importante. Igual que cuando papá está trabajando, se supone que yo no debo molestarlo.—

Cuanto más obediente se mostraba, más me dolía el corazón.

¿Cómo se supone que le dijera a este niño que solo había venido a verlo por última vez?

¿Que después de esto me iría de esta ciudad y no volvería jamás?

Arian me jaló de la manga, quizá al percibir mi inquietud. Preguntó con esperanza: —¿Cuándo vas a volver a casa? ¡Quiero jugar contigo, como hacen los otros niños, dormir a tu lado y escuchar cuentos antes de dormir!—

No pude soportarlo más. Las lágrimas me corrieron por la cara. Arian se asustó y me limpió los ojos a toda prisa con sus manitas. —¿Qué pasa?—

—Lo siento, Arian. —Apreté los dientes, y cada palabra me sacaba sangre—. Ya no puedo hacer eso… porque quizá tenga que irme a un lugar muy, muy lejano…—

Arian me miró sin comprender. —¿Qué tan lejos? ¿Más lejos que el cielo?—

—No tanto, pero sí muy, muy lejos —dije en voz baja—. Puedes llamarme por teléfono, pero temo que pasará muchísimo tiempo antes de que pueda volver.—

—¡No! —los ojos de Arian se enrojecieron, y empezó a llorar conmigo—. ¡Por favor, no te vayas! ¡No nos dejes…!—

—Lo siento, mi bebé. Lo siento tanto.—

Lo abracé con fuerza, pero sabía que alargar esto solo debilitaría mi determinación de irme.

Así que me mordí el labio, me armé de valor y lo volví a dejar en el suelo. —Arian, acuérdate de esto. No importa dónde esté, siempre te voy a amar. De ahora en adelante, pórtate bien y hazle caso a tu papá. Si alguna vez te trata mal, llámame. Iré por ti pase lo que pase…—

—¡Entonces llévame contigo ahora! —sollozó Arian—. ¡No quiero separarme de ti!—

Al oír esas palabras, casi acepté. Pero no podía. Era tan pequeño. Venir conmigo mientras los cazadores me seguían el rastro solo lo pondría en peligro.

Así que negué en silencio, endurecí el corazón y me alejé de él.

Arian lloró y me llamó, pero otros lo sujetaron. Salí de la casa a toda prisa y casi me topé con Elias en la puerta.

—Te acompaño —dijo Elias, echando un vistazo hacia el llanto, pero sin preguntar nada.

Se me partió el corazón en dos. No estaba en condiciones de mantener distancia de él. Solo asentí en silencio y caminé a su lado. Este corto trayecto hasta el auto se volvió el momento más pacífico que compartimos desde nuestro reencuentro.

—¿Adónde irás después de esto? —preguntó Elias en voz baja.

—No lo sé. Lo más lejos posible. —Miré los árboles que bordeaban la carretera. Mientras Elias y yo avanzábamos, ellos quedaban atrás, como todos esos días a los que ya no podíamos volver.

Elias no insistió en saber un destino. Caminamos un rato más por la carretera vacía y silenciosa. —No te preocupes por Arian. A partir de ahora, yo lo cuidaré bien.—

—Más te vale. —Me mordí el labio—. Yo no puedo estar con él, así que necesita más atención. Deja de evitarlo.—

Elias me observó. Al oír mis palabras, abrió la boca. Por un momento, pensé que iba a decir algo, quizá una disculpa, quizá que me pidiera que me quedara. Pero al final, solo asintió.

Ya no quedaba nada que decir entre nosotros.

Dos guerreros estaban de pie frente a un auto. Ellos me llevarían a la estación de tren. Elias dio un paso hacia el vehículo, pero se detuvo bajo mi mirada. No fue capaz de subir.

—Cuídate. —A través de la ventanilla, forzó una sonrisa fea.

Resoplé y me giré, negándome a mirarlo más.

El chofer pisó el acelerador y el auto se puso en marcha.

Cuando llegamos a la estación de tren, el cielo ya se había oscurecido. Quizá la Diosa Luna percibió mi ánimo y se escondió esta noche. Aparte del resplandor de los faroles, la sala de espera estaba casi a oscuras.

Un guerrero se quedó conmigo mientras el otro fue a comprar los boletos.

Me senté en una banca y me quedé mirando, sin ver, las vías vacías. Entonces, una voz familiar gritó mi nombre desde atrás: —¡Serenity! ¡Espera!—

¿Frank?

Pensé que había escuchado mal. Pero cuando me di la vuelta, ahí estaba, corriendo hacia mí y jadeando. En cuanto vi su cara, recordé cómo me apuntaba con el dedo y gritaba —monstruo—. Instintivamente, retrocedí y tomé distancia entre nosotros.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo diste con esta estación? —pregunté, incrédula.

—Yo… yo estuve preguntando… —Frank jadeaba con fuerza, el sudor cubriéndole la frente—. Alguien te vio subir a un auto y se acordó de la placa, así que la seguí…—

—¿Qué quieres ahora? —pregunté, cansada—. Pensé que ya no teníamos nada que decirnos.—

—No, me equivoqué, ¡Serenity! —de pronto Frank se alteró. Se lanzó hacia adelante, y el guerrero que me cuidaba se interpuso de inmediato entre nosotros. Pero Frank cayó de rodillas con un golpe seco. Su voz atrajo las miradas de los viajeros que pasaban—. ¡Por favor, perdóname! ¡Sé que soy un imbécil, un cobarde! Cuando vi todo eso… me aterrorizó. Dije cosas que no debí decir. Te hice daño… pero, Serenity, lo pensé bien. ¡Me di cuenta de que todavía te amo!—

—¿Qué haces? Levántate… —Estaba avergonzada. Fui a levantarlo, pero él se negó tercamente a moverse.

—¡No me levantaré hasta que me perdones!—

Frank me agarró la mano. Me apretó tan fuerte que dolió. El guerrero intentó ayudarme, pero alcé la mano para detenerlo.

Frank suplicó —¡Serenity, por favor, dame otra oportunidad! ¡Quédate por mí! No tienes que huir. Puedo esconderte. Soy humano. ¡Puedo cubrirte! Podemos mantenernos ocultos en algún campo remoto y luego volver a Tara cuando pase el peligro—

—Eso es demasiado peligroso. No tienes idea de a qué me enfrento. — Intenté retirar mi mano, pero no pude. Frank siguió rogando. —¿Y tú, Serenity? ¿De verdad quieres dejarlo todo atrás? ¿Dejar Tara, dejar ese café, vagar sola para siempre?

Tuve que admitir que sus palabras tocaron la parte más blanda de mi corazón.

¡Por supuesto que no quería irme! No quería perder ese café. Más importante aún, no quería perder a Arian. ¡No quería dejar el lugar donde podía verlo crecer!

¿Pero de verdad podía quedarme?

Miré el rostro sudoroso de Frank, desgarrado por la indecisión, y le pregunté en voz baja —¿No tienes miedo? Estar conmigo significa que tú también estarás en peligro.

—¡Mientras esté contigo, no le temo a nada! —respondió con firmeza.

En ese momento, sonó el anuncio de la estación. Un tren estaba entrando. El guerrero que había ido a comprar los boletos regresó y me recordó —Luna, es hora de partir.

Pero me quedé paralizada en el lugar, frente a una decisión que me partía en dos.

—No me voy a subir a ese tren.

Los guerreros me miraron con inquietud. —¿Cómo que no? Luna, ¿está segura de esto?

—Estoy segura.— Miré a Frank. Al oír mis palabras, su rostro se descompuso en una sonrisa desbordada. Esta vez, conseguí levantarlo del suelo. De inmediato me envolvió en un abrazo apretado bajo las miradas hostiles de los guerreros, repitiendo gracias una y otra vez.

Pero sonreí con amargura donde él no podía verme, con un pinchazo de culpa. Porque sabía que no me quedaba por él. Me quedaba por mi hijo y por los recuerdos que no podía soltar.

Los guerreros no pudieron detenerme. No tenían autoridad para hacerlo. Frank tomó mi mano sin dudar y me llevó lejos, sin importarle si esos dos guerreros nos seguían o no.

Fiel a su promesa, nos encontró un refugio temporal en una zona apartada cerca de Tara. Vivíamos allí mientras vigilábamos lo que pasaba en el pueblo, listas para regresar en cualquier momento.

Durante los primeros días, me mantuve en máxima alerta, preparada para huir en cuanto viera cualquier señal de cazadores.

Pero con el paso de los días—casi un mes ya—todo en Tara siguió en calma. Los cazadores nunca aparecieron.

Durante ese tiempo, Frank me trató bien. Me mantuvo oculta y salía a comprar nuestros suministros él mismo. Siempre volvía con pequeños regalos para mí. Un ramo de flores. Una caja de pasteles. Y un anillo de compromiso con diamante.

Acepté la propuesta de Frank.

La boda se fijó para dos semanas después. Frank insistió en una ceremonia en forma. Incluso contrató a un sacerdote y mandó hacer un vestido de novia a medida.

—Vas a ser la novia más hermosa del mundo.— Me besó la mano.

Logré esbozar una sonrisa forzada. Novella se removía inquieta dentro de mí. Extrañaba a Elias. Extrañaba a Arian. Pero la reprimí, diciéndome que esta era la mejor elección.

Los guerreros lobo que Elias había enviado para protegerme se fueron la noche antes de la boda. Quizá no querían ver a la Luna de su manada casarse con otro hombre.

Pero no me importó. Me probé mi vestido de novia blanco con antelación y me miré al espejo. El escote corazón en forma de pétalo abrazaba a la perfección mi busto pleno. La tela se ceñía a mi cintura, acentuando mis curvas antes de caer por mis piernas largas en una falda de cola de sirena. Mi figura y mi rostro bonito casi no mostraban señales de que alguna vez había dado a luz. Encaje, tul y perlas me adornaban de pies a cabeza. De verdad parecía una novia a punto de encontrar su final feliz.

Pero la imagen me resultaba demasiado familiar. Me recordó el vestido blanco que había llevado cuando me casé con Elias, y un dolor agridulce se extendió por mi pecho.

—Serenity, ¿ya estás vestida? —La voz de Frank llegó desde fuera de la puerta.

—Sí, estoy lista. Puedes pasar.— Grité. La puerta se abrió y él entró. En cuanto me vio, se le iluminaron los ojos. —¡Dios mío, cariño, pareces una diosa!

—No digas tonterías.— Le dediqué una pequeña sonrisa.

—Lo digo en serio.— Frank metió la mano en el bolsillo de su traje y sacó un hermoso collar de perlas. —Pero falta algo. Con esto, ¡serás la novia más hermosa de todas!

—¿Ese es mi collar? —Me toqué el cuello desnudo. Un escote corazón necesitaba un collar para verse completo, pero no había visto ninguno cuando me estaba probando el vestido.— ¿Lo tomaste tú?

—Porque quería ponérselo yo mismo a mi novia. Me concederás ese deseo, ¿verdad, cariño?

No le di importancia y asentí levemente. Frank caminó detrás de mí para abrocharme el collar. En ese momento, un dolor agudo me atravesó la nuca. ¡Algo perforó mi piel!

Al instante, se me aflojaron las extremidades. La vista se me nubló y comenzó a dar vueltas. Intenté darme la vuelta y preguntarle a Frank qué había hecho, pero mis tacones se engancharon en la falda elaborada. ¡Me estrellé contra el suelo!

La puerta se abrió de golpe.

Varios hombres armados con rifles irrumpieron. Cañones de arma con puntas de plata apuntaron directo hacia mí. Mientras mi conciencia se desvanecía, me esforcé por levantar la cabeza y vi a Frank correr hacia la puerta, con alivio y liberación escritos por todo el rostro.

—¡Hice lo que me dijeron! ¡Ahora rápido, saquen a este monstruo de aquí!

Su voz se volvió distante y amortiguada. Antes de perder el conocimiento por completo, un último pensamiento cruzó mi mente, una tristeza tan profunda que se volvió calma—

Ah… Así que todo era una mentira.

CAPÍTULO 20



ELIAS VERNAL

Ya me había llegado a considerar un lobo inútil.

Si le hubiera dicho eso a Alfred, o a cualquiera de los tutores que me entrenaron de niño, o se habrían reído de mí o me habrían exigido saber por qué se me pasaría por la cabeza semejante absurdo.

Al fin y al cabo, siempre fui el niño prodigio de la manada. El linaje más puro. El rostro más apuesto. La mente más aguda. Desde que nací, estaba destinado a ser extraordinario.

Pero ahora, de verdad me sentía impotente. Esa sensación de fracaso venía de las lágrimas de Serenity.

Otra vez, lo había echado todo a perder. No detecté a tiempo la traición de Liv y destruí la casa de Serenity. Aunque capturé a Liv, lo único que pude hacer fue escabullirme bajo las furiosas acusaciones de Serenity.

—Alfa, ¿qué hacemos con ella?

Después de salir del café de Serenity, Herman preguntó por Liv. Tenía el rostro inexpresivo. Ni siquiera la miré. —Ni una oportunidad más.

A mis espaldas, Liv gritó y suplicó. Debió de oír lo que dije. Pero igual terminé la frase.

—Enciérrenla en el calabozo. En la próxima luna llena la juzgaré ante toda la manada.

La traición solo se paga con sangre.

Herman asintió y luego su mirada cayó en mi hombro. —¿De verdad no vas a curarte esa herida?

Yo también miré. La herida de bala del ataque de Liv apenas había sido vendada a la carrera. Después de la pelea, se había abierto otra vez y la sangre rezumaba. Pero no quería que un médico la volviera a vendar. Quería que este dolor durara más. Solo el dolor podía castigar de verdad mi estupidez y recordarme mis errores.

—Déjala —dije con frialdad.

La expresión de Herman se volvió aún más preocupada. Fingí no notarlo.

Mi mente estaba consumida por Serenity. Apenas nos habíamos separado, y ya me abrumaba el impulso de verla otra vez. Pero ella no quería regresar conmigo al territorio Vernal. Quería irse sola. La idea de volver a perderle el rastro, de no saber cuándo podría verla de nuevo, hizo que Fenrir aullara de rabia dentro de mí.

Pero no esperaba que nos viéramos de nuevo tan pronto.

Los guerreros que había enviado a proteger a Serenity me dijeron que quería ver a Arian antes de irse. Accedí.

—¡Por favor, no te vayas, mami! ¡No nos dejes—

Me quedé en el pasillo, escuchando a escondidas la conversación de adentro. El llanto de Arian me hizo apretar las manos de manera involuntaria. Solo tenía cuatro años. A una edad en la que otros niños estaban envueltos en el amor de sus padres, él tenía que separarse de su madre.

Y todo era culpa mía.

¡Yo era quien hacía llorar a mi compañera y a mi hijo!

Se oyeron pasos acercándose a la puerta desde dentro. Serenity iba a salir. Me aparté del pasillo rápido antes de que me sorprendiera escuchando.

Me moví deprisa, pero cuando salió de la habitación, casi choca conmigo. En cuanto alzó la vista, vi tantos sentimientos en sus ojos, tan intensos que rozaban el dolor.

—Te acompaño a la salida. Las palabras se me escaparon antes de poder detenerlas.

Serenity parecía entumecida. No se resistió. Lo permitió. La escolté personalmente hasta el auto que iba a la estación de tren. Miré cómo las luces traseras desaparecían lentamente en la noche, tragadas por la oscuridad. La ausencia repentina de esas luces se sintió como la brasa moribunda de nuestro amor.

Sabía que esta vez de verdad salía de mi vida. Los recuerdos que habíamos compartido por fin se habían vuelto fotografías en blanco y negro, incapaces de retener ningún calor vivo.

Así que cuando los guerreros regresaron y reportaron que Serenity no había abordado el tren, que se había ido con el humano llamado Frank, simplemente los despaché en silencio con un gesto.

La relación entre Serenity y yo había terminado de verdad, por fin.

Pero tomé algunas decisiones importantes.

Quería compensar a Serenity por todo el dolor que había sufrido. Quería darle lo que merecía: la custodia de Arian y la mitad de todo lo que poseía.

Cuando le conté mi decisión a Herman, el Beta que llevaba años a mi lado se mostró más sorprendido de lo que jamás lo había visto. Por primera vez en mucho tiempo, se dirigió a mí por mi nombre. —

¿Entiendes lo que esto significa, Elias? Eres el Alfa Vernal. Muchos de estos activos, incluso los que están a tu nombre, se consideran propiedad de la manada. La junta directiva no va a estar de acuerdo. Tampoco los Ancianos. Y el viejo Alfa… le importa demasiado el heredero. ¡Nunca va a permitir esto!

—No necesito su permiso ni su aprobación —le dije—. Esto es lo que le debo. No importa quién se oponga, voy a hacerlo.

—¡Esto va a ser increíblemente difícil!

—Por eso necesito tu ayuda.

Sostuve la mirada de Herman, sin dejar que se apartara. Al final, levantó ambas manos en señal de rendición. —Está bien. Como digas. Al fin y al cabo, te juré lealtad a ti, no a la manada.

Sonreí.

Durante el mes siguiente casi no salí de mi estudio. La estructura financiera de la manada Vernal era vasta y compleja. Dividir la mitad no era fácil. Los documentos se apilaban en mi escritorio como montañas, y cada uno requería mi firma. Los abogados entraban y salían de la sala, discutiendo un sinfín de cláusulas y detalles.

Y estaban también los furiosos Ancianos y miembros de la junta que irrumpían con regularidad en mi estudio, golpeando el escritorio y gritando, solo para que Herman y los demás los sacaran a la fuerza.

A veces, entre papeleo y papeleo, no podía evitar preguntar por Serenity.

Los guerreros que la vigilaban informaron que había aceptado la propuesta del humano.

Una propuesta. Una boda.

Se me vino el alma al piso. ¿Así que iba a convertirse en la compañera de otro?

Me senté en mi estudio y partí la pluma que tenía en la mano. La tinta salpicó el documento que acababa de firmar y lo arruinó. Fenrir me rugió, diciéndome que siguiera mis instintos y recuperara a mi compañera. Pero en cuanto surgió ese pensamiento, lo aplasté. Ya no tenía derecho a hacerlo.

—Retírense —ordené por fin a los guerreros que habían venido a reportar—. Pueden retirarse.

—¿Debemos seguir atacando a los cazadores? —preguntaron.

Desde que supe que los cazadores habían comprado la cooperación de Liv y que tenían a Serenity en la mira, había estado planeando operaciones de contracaza. La manada había asaltado en varias ocasiones los bastiones de los cazadores, intentando expulsarlos de manera permanente del territorio Vernal. Esperaba que esto desviara la atención de los cazadores de Serenity mientras creábamos para ella una zona de seguridad más amplia.

—Continúen hasta expulsar por completo a esos cazadores —dije sin rodeos—. Esto es una guerra entre nosotros y ellos. Las guerras no se detienen. Envíen más patrullas y amplíen el perímetro. Pero no dejen que el bando de Serenity sepa que seguimos vigilando. No podemos seguirla para siempre.

Cortar el último lazo entre ella y la manada Vernal—dejarla libre—era lo último que podía hacer por Serenity.

Aunque significara pasar el resto de mi vida soportando el dolor de perder a mi compañera.

* * *

Firmé el último documento. Me temblaron levemente los dedos al dejar la pluma.

Pero no era por arrepentimiento ni por desgano. Era alivio. Miré la pila de contratos, acuerdos y documentos de transferencia que había

organizado. Cada página representaba una riqueza que había tomado generaciones acumular. En un mes, revisé todo y separé correctamente la mitad.

—Listo. Entreguen este último a los abogados. El resto depende de ustedes —instruí a Herman, que estaba esperando.

Me miró con una expresión complicada, pero no discutió. Durante este último mes, había sido testigo de mi determinación y esfuerzo de primera mano. Solo suspiró, dio un paso al frente para reunir los documentos en una carpeta y preguntó: —¿Necesita reunirse ahora con la Luna para que reciba estos activos?

Asentí y luego negué con la cabeza. —Eso no es urgente. Ya que he llegado hasta aquí, alguien más debe enterarse de esto primero.

Herman lo entendió de inmediato. —¿Va al sanatorio?

—Sí. —Me puse de pie y rodé el hombro rígido. La herida de bala de Liv había sanado, pero la plata aún me causaba dolor ocasional. Nada de eso me quitaba el buen ánimo. Sonreí apenas—. Ese viejo siempre quiso estas cosas. Ahora están a punto de desvanecerse frente a sus ojos. Quiero ver su cara.

Herman negó con la cabeza. —Usted y su padre de verdad son… Olvídelo. Tendré el auto listo.

Organizó un vehículo y pronto iba camino al sanatorio donde mantenían retenido a Alfred.

La atmósfera opresiva del lugar no cambiaba nunca. Al fin y al cabo, toda la instalación existía para vigilar a un solo paciente. Seguí al personal médico hasta la habitación de Alfred, abrí la puerta y lo encontré recostado en un sofá con un libro, sin parecer en lo más mínimo un hombre que hubiera perdido el poder.

Eché un vistazo a la decoración y al mobiliario de su habitación y luego aparté la mirada.

Como antiguo Alfa de la manada, incluso bajo arresto domiciliario, sus condiciones de vida no podían ser demasiado malas. Nada que ver con lo que soportó Serenity cuando la encarcelaron aquí.

Pero eso solo me desestabilizaba más. Yo estaba pagando un precio enorme por haber herido a Serenity. ¿Por qué Alfred podía disfrutar su vida como si nada hubiera pasado?

Él también necesitaba ser castigado.

—Así que vino a verme de verdad. ¿Qué pasa? ¿Hay algo que no puede manejar y necesita mi ayuda? —Incluso ahora, Alfred me hablaba con ese tono condescendiente.

Fui directo a su lado y le mostré las copias de respaldo de los documentos. —No. Vine a decirle algo.

Echó un vistazo a los papeles. —¿Qué es esto?

Saqué documento tras documento, explicando cada uno. —Esta es la transferencia de custodia de Arian. Estos son los acuerdos de división de activos por la mitad de mis bienes.

Hice una pausa deliberada. —Estos documentos estipulan que la custodia del niño se transferirá a su madre, y la beneficiaria de todos los acuerdos de activos es Serenity Keller.

La despreocupada compostura de Alfred desapareció. Abrió los ojos de par en par, incrédulo. —¿De qué está hablando?

—Estoy diciendo que ya completé todo el papeleo. De ahora en adelante, la custodia de Arian regresa a Serenity. Y, de acuerdo con la ley humana de matrimonio, ella tiene derecho a la mitad de mi riqueza —volví a pausar—. Cada página lleva mi sello. En cuanto esto llegue a sus manos, entra en vigor.

—¡Bastardo!

Alfred se puso de pie de un salto, furioso, y me lanzó un vaso de agua; era la primera vez que veía resquebrajarse su máscara de

calma.

—¿Tiene idea de lo que está haciendo? —rugió—. ¡Ese niño lleva su sangre! ¡Es un descendiente de licántropo! ¿Y está diciendo que se lo entregará a una Omega de baja categoría para que lo críe?

—El que necesita un baño de realidad es usted, padre —no pestañeé —. Serenity es la madre del niño. Tiene todo el derecho a él.

—¡Lo ha engañado! ¡No es nada! —El rostro de Alfred estaba carmesí—. ¡Es solo una herramienta, una máquina de cría! Debería estar agradecida de que le dejé vivir—

—¡Basta! —lo corté en seco—. Su era se terminó, padre. Yo estoy al mando ahora.

—¡Necio! ¿Va a regalar las riquezas de generaciones de la manada a una mujer que ni siquiera lo ama ya? —Me fulminó con la mirada—. ¡La manada decaerá por su debilidad!

—Eso sigue siendo cien veces mejor que tratar a todos como piezas de ajedrez, como hace usted —miré fijamente a este viejo lobo de cabello gris—. Admítalo, padre. Hable todo lo que quiera de los intereses de la manada, pero no le importa nadie. Solo es un hombre roto que ni siquiera entiende lo que es el amor.

—¡Elias! —Alfred parecía al borde de la locura. Pero yo ya había cumplido mi propósito aquí. Ignoré sus gritos maniáticos y me di la vuelta para irme sin vacilar.

A las afueras del sanatorio, me reuní con Herman y los demás.

Estaba a punto de subir al auto cuando Herman me detuvo, con el gesto grave. Me entregó un sobre rojo extraño.

—Alfa, mire esto. Los guerreros que envió a proteger a la Luna encontraron esto en su residencia.

Tomé el sobre. Antes de abrirlo, mi olfato de lobo captó un rastro tenue de sangre. Una mala corazonada me recorrió. —¿Qué pasó

con Serenity? ¿Por qué entraron los guerreros a su casa?

—Porque dijeron que la casa estaba vacía —respondió Herman—. En algún momento de esta mañana, la Luna y el humano desaparecieron sin dejar rastro.

Rasgué el sobre rojo. Adentro había una delgada tarjeta de invitación.

La abrí y me encontré con una letra pulcra:

Estimado Alfa de Vernal,

Lo invitamos cordialmente a asistir a una boda muy especial en la iglesia vieja de Tara. Su Luna lo está esperando. Por favor, venga solo. De lo contrario, la novia lamentablemente se perderá su propia ceremonia.

Las manos me empezaron a temblar de manera incontrolable. Porque sabía exactamente de quién era la sangre que impregnaba esa tarjeta.

Era de Serenity.

¡Su vida estaba en peligro!

CAPÍTULO 21



SERENITY KELLER

Recobré el sentido. Me dolía el cuerpo.

Cuando abrí los ojos, vi el altísimo techo abovedado y los hermosos vitrales de una iglesia. No conocía este lugar; no me resultaba familiar. Mis manos estaban sujetas con grilletes de plata helada. El más mínimo contacto con el metal me atravesaba la piel con un ardor insoportable. No podía moverme.

Llamé a Novella. Gimió débilmente dentro de mí, incapaz de responder con claridad. Se me hundió el corazón. No podía transformarme.

—¡No se mueva!—

Alguien me ladró la orden mientras forcejeaba. Levanté la mirada y vi a varios hombres armados apuntándome con sus armas. Cada cañón estaba dirigido a mi corazón o a mi cabeza. Aspiré una bocanada aguda de aire.

¡Cazadores!

Antes de que el miedo terminara de afianzarse, mi mirada pasó por encima de los cazadores y se posó en una figura que se escabullía detrás de ellos. Frank se deslizaba hacia la salida de la iglesia.

—¡Frank!— La sola visión de él me hizo hervir la sangre. Casi salté de un brinco, pero los cañones me obligaron a quedarme quieta. Apreté los dientes mientras el dolor y la rabia se arremolinaban en mí, calientes y fríos a la vez.—¿¡Por qué!?—

Cuando lo vi, Frank salió a regañadientes de entre la multitud.

Me miró con asco.—Monstruo. Me quitaste todo lo que debió ser mío. ¡Yo solo quería recuperarlo!—

—¿Qué?— No entendía.

—Los Golden— escupió el nombre de sus propios padres sin una pizca de cariño, solo rencor.—. Me tenían a mí, a su propio hijo, ¡pero lo dejaron todo en manos tuyas, una extraña!—

—¿Te imaginas cómo me sentí? Por fin regresé a Tara solo para encontrar mi casa y la herencia de mis padres en tus manos. ¡No me dejaron ni un centavo! ¡Que se pudran en el infierno!—

—¿Cómo puedes maldecir así a tus propios padres?— exigí, temblando de ira.

—¡No merecen ser mis padres!— rugió Frank. Pateó con tanta fuerza un banco cercano que se vino abajo con estrépito.—. Solo me jugué un poco de dinero y ¡me echaron! Me perseguían los cobradores como a un perro, pero no movieron un dedo para ayudarme a pagar. ¿Por qué tenía que sufrir allá afuera mientras ellos vivían tranquilos en casa? ¡Y luego se murieron y aun así no me dejaron mi herencia! —

Los cazadores no se inmutaron ante su berrinche. Al ver su desplante desquiciado, no sentí más que decepción y repugnancia.

Así que esa era la verdad.

Con razón los Golden habían mencionado tener un hijo, pero nunca hablaron de él durante el tiempo que estuve con ellos.

—Cobarde asqueroso. ¡No tienes derecho a hablar de los Golden!— dije furiosa.— Eran las personas más amables. Me acogieron siendo una desconocida y me salvaron la vida. Si no hubieras estado más allá de toda redención y te hubieras negado a cambiar, ¡jamás habrían renunciado a su propio hijo!—

—¡Cállate! ¿Qué sabe una monstruo como tú?— estalló Frank.—. Ni siquiera eres humana, solo una bestia con piel de humana. Hablas muy bonito, pero solo engañaste a mis padres. ¿Crees que te habrían recibido si hubieran sabido que eras una mujer lobo?—

Sus palabras me cortaron el corazón como un cuchillo, dejando un dolor sangrante.

—Entonces nunca me quisiste. La propuesta también fue una mentira— dije en voz baja.

Frank se burló.—Te tardaste en darte cuenta. Si hubieras sido una mujer común y corriente, no me habría importado casarme de verdad contigo. Eres lo bastante joven, lo bastante bonita, y habrías podido hacerme ganar dinero. Pero eres una mujer lobo. ¡No me voy a casar con un monstruo!—

Monstruo. Bestia. Rechiné los dientes.

—Si tanto te asusta lo que soy, ¿por qué no simplemente huiste?— solté.— Me convenciste de quedarme. ¡Me vendiste a cazadores por dinero! ¡Traidor!—

—Ahí sí te ganó, señorita licántropa.— Otra voz se entrometió. Un hombre de mediana edad con tres cicatrices de garra en la mejilla izquierda entró en la iglesia. Era alto e imponente, y todos los cazadores se irguieron al verlo.— Huir de los hombres lobo es inútil. La única manera de eliminar la amenaza es adelantarse. El señor Golden es un hombre listo que entiende esto, por eso vino con nosotros y tomó la decisión correcta.—

—¿Quién es usted?— Lo observé con cautela.

—Mi nombre no le importa a una mujer lobo. Puede llamarme por mi nombre en clave—Falcon. Soy el líder de esta operación.— El hombre se agachó frente a mí y, con una mano enguantada, me levantó la barbilla.— La Luna de Vernal. Eres más bonita de lo que imaginé. Y más… ingenua.—

—¡Suélteme!— Intenté apartarme con asco, pero los grilletes limitaban mis movimientos.

—No desperdicie sus fuerzas.— Falcon se puso de pie.— Esas ataduras están especialmente hechas, justo para monstruos como usted. Están recubiertas con suficiente plata y acónito como para que, si se esfuerza y se rompe la piel, el veneno la mate al instante. Hasta un Alfa tendría problemas para escapar de esas, y ni hablar de una Omega sin poder.—

Tenía razón. La desesperación empezó a colarse, pero no la dejé ver. —Si sabe que solo soy una Omega, entonces sabe que mi pelaje y mi sangre no valen mucho en el mercado negro. Ya me atraparon. ¿Por qué no simplemente matarme?— La duda y la preocupación se me escaparon.— ¿Qué quieren?—

—Chica lista. —Falcon sonrió—. Se lo diré. Es sencillo. Queremos muerto al Alfa Vernal.

Se me detuvo el corazón. —¡Nunca lo lograrán!

Falcon asintió, aprobatorio. —Cierto. Elias Vernal es un hombre lobo poderoso. Aunque le enviamos una invitación exigiéndole que viniera solo, probablemente no podamos reducirlo con facilidad. Pero —su tono cambió— con usted aquí, todo cambia.

—¿Qué quiere decir? —lo miré con cautela.

—Una oferta de colaboración —dijo Falcon—. Vendrá solo a salvarla. Si coopera y nos ayuda a atraerlo a una trampa, no solo la dejaremos libre, sino que también eliminaremos a cualquier hombre lobo que usted quiera.

—¿Los cazadores quieren asociarse con una loba? —sentí que estaba oyendo un cuento de hadas—. ¡Debe de estar bromeando!

—No se apresure a negarse. —Falcon jugueteó con su pistola—. Somos un equipo muy confiable. Pregúntele a la señorita Liv.

El nombre inesperado me heló. —¿Liv?

Falcon sonrió. —Fue nuestra primera socia. Ella quería convertirse en la Luna Vernal, y nosotros queríamos pieles de los Vernal. Así que cerramos un trato muy agradable. Nos entregó los planos de defensa de los Vernal y la ubicación de los almacenes. Nosotros nos hicimos cargo de su mayor obstáculo. Usted.

Estaba demasiado impactada para hablar. Me limité a mirarlo con los ojos muy abiertos.

Falcon continuó. —Hubo un pequeño contratiempo. Atacamos la casa segura que nos indicó, pero usted no estaba ahí… No considero que eso haya sido nuestro error. Aun así, compensamos generosamente a la señorita Liv. Tras fingir su muerte, la resguardamos durante seis meses completos y luego la enviamos de vuelta con el Alfa Vernal en el momento perfecto—

—Por desgracia, pese a todo lo que hicimos por ella, resultó bastante incompetente. Después de más de cuatro años, todavía no pudo ganarse la confianza ni el amor del Alfa. Así que decidimos soltarla. —Falcon abrió las manos—. Esta vez, podemos asociarnos con la señorita Serenity. Estoy seguro de que usted es mucho más lista que ella. Sabe cuál es la mejor elección.

El torrente de información me hizo dar vueltas la cabeza.

De pronto recordé lo que Elias me había dicho en la cafetería: que había descubierto quién era la verdadera traidora. ¡Había sido Liv todo el tiempo!

Con razón todas las pruebas sobre la traidora apuntaban a mí. Con razón Liv se lanzó por ese acantilado justo frente a mí. ¡Todo había

sido para incriminarme, para alejarme de Elias!

—Entonces, señorita Serenity, ¿cuál es su respuesta? —apremió Falcon. A pesar de sus palabras corteses, sus ojos destilaban una gélida intención asesina. Me di cuenta de que no tenía una verdadera opción. Aceptar, o morir.

—Espera, ¿qué significa esto? ¿Vas a dejarla ir? —Frank entró en pánico de repente—. ¡No puedes hacer esto! ¡Si la liberas, ella vendrá por mí! ¡Los ayudé tanto! ¡Prometieron deshacerse de ella!

Falcon le dirigió una mirada impaciente. —Ese es tu problema.

—¡No, no puedes hacer esto! —Fingí considerar la oferta—. Podría aceptar su trato. Pero tengo una condición.

—¿Qué? —preguntó Falcon.

Fijé a Frank con una mirada helada. —Encárguense de él primero.

Falcon arqueó una ceja. Continué, impasible. —No trabajo con gente que me traicionó. Además, ¿de verdad confían en él? Hoy me vendió por dinero. Mañana serán ustedes. Deberían saber qué les conviene más: un jugador arruinado o la Luna de una manada de hombres lobo importante.

Los ojos de Frank se abrieron de par en par. Su rostro se puso ceniciento. —No... eso no... ¡No le hagan caso!

Falcon lo estudió pensativo y luego hizo una seña a sus hombres.

—¡No! —Frank se dio vuelta para huir.

¡BANG!

Una bala le dio en la pierna. Gritó y se desplomó.

—¡Perra! —me chilló—. ¡Vas a arder en el infierno!

Lo miré con calma. —Ya hay un lugar esperándote.

Un segundo disparo.

Los ojos de Frank quedaron abiertos mientras la vida se le escapaba. La sangre se extendió con rapidez por el piso de la iglesia. Un silencio sobrecogedor lo cubrió todo.

—¿Satisfecha ahora, señorita Serenity? —preguntó Falcon con una sonrisa—. Ahora, ¿su respuesta?

Tomé aire hondo, le sostuve la mirada burlona y dije con firmeza: —Váyase al infierno.

Su sonrisa se congeló. —¿Qué?

—Dije que se vaya al infierno. —Lo fulminé con la mirada—. ¿De verdad creyó que vendería a mi compañero y a los de mi propia especie para salvarme? ¡Sigue soñando!

¡ZAS!

El sonido resonó por toda la iglesia. La cabeza se me fue de lado. Un hilo de sangre me corrió por la comisura de los labios.

—¡Criatura desagradecida! —gruñó Falcon. El rostro se le retorció de maldad—. Cuando Elias Vernal llegue, la mataremos justo frente a él.

—No va a venir. —Escupí sangre y, en cambio, solté una risa—. Ya no soy parte de la manada Vernal. Cortamos todo lazo. No volverá jamás. ¡Van a decepcionarse!

Así es. Elias no vendría. Porque yo misma le había dicho que no quería volver a verlo. Que no quedaba nada entre nosotros.

—Si no va a venir, entonces usted es aún más inútil.

Dijo Falcon con frialdad y me apretó el cañón del arma contra la frente.

Esta vez no habría milagro, ni rescate de último minuto. Nadie vendría a salvarme.

Pero en este momento de crisis, me di cuenta de que en realidad me alegraba de que Elias no fuera a aparecer, no me entristecía. *Está bien,* me dije a mí misma y a Novella. *Arian necesita a su padre. La manada Vernal necesita a su Alfa.*

Mejor morir sola que arrastrar a Arian y a Elias al peligro.

—Una última oportunidad —dijo Falcon en tono sombrío—. ¿Se asocia con nosotros, o muere?

Cerré los ojos. —Elijo la muerte.

—Entonces, que así sea.

Justo cuando su dedo apretó el gatillo, las puertas de la iglesia estallaron hacia adentro.

Todos los cazadores giraron sus armas hacia la entrada. Abrí los ojos, conmocionada, y miré.

—Suéltenla.

El polvo llenó el aire. A medida que se fue despejando, Elias se quedó de pie en el umbral. Cada persona en la iglesia sintió el peso aplastante de su dominancia de Alfa.

Miré aquella figura alta con incredulidad, y el corazón se me desbocó.

Había venido, de verdad—

¡Por mí vino!

CAPÍTULO 22



ELIAS VERNAL

Irrumpí en la iglesia y de inmediato vi a Serenity.

Se veía terrible. Estaba arrodillada en el suelo con un vestido de novia blanco cubierto de polvo, las manos sujetas con grilletes de plata. Un cazador presionaba el cañón del arma contra su frente, listo para apretar el gatillo en cualquier momento.

—¡Suéltenla! —rugí. En cuanto di un paso adelante, los cazadores a mi alrededor apuntaron sus armas hacia mí. El que sostenía a Serenity la alzó de un tirón y la usó como escudo humano.

—El Alfa de Vernal. Bienvenido. El cazador que tenía a Serenity como rehén tenía tres cicatrices distintivas en la cara. Me resultaba familiar. Una sonrisa asquerosa se le extendió por los labios—. Espero que me recuerde. Pero antes, déjeme advertirle: un paso más y los sesos de su hermosa Luna van a quedar esparcidos por todas partes.

Fenrir rugía dentro de mí, desesperado por despedazar a todo humano que se atreviera a dañar a mi compañera.

Pero reprimí el impulso—fijé la vista en la mano del hombre que sostenía el arma mientras calculaba la distancia y la velocidad que necesitaría para alcanzarlo.

Demasiado lejos. Incluso con mi velocidad, su dedo tendría tiempo de apretar el gatillo antes de que yo llegara.

—Lo recuerdo, Falcon. El líder de los cazadores que atacó el territorio Vernal hace cinco años —tomé aire—. Esas cicatrices en su cara son obra mía. Lástima no haberle arrancado la cabeza entonces.

—Así es. A usted le debo estas tres cicatrices, por eso nunca olvidé aquel día humillante. —La expresión de Falcon se ensombreció.

No estaba para recuerdos—. Si quiere venganza, venga contra mí. Vine solo, tal como lo exigió. Ahora le toca cumplir su parte del trato. ¡Suelte a Serenity!

—Tiene razón —dijo Falcon, sonriendo—. Pero seguro entiende: sin un rehén, ¿cómo puedo garantizar que se comporte? Al fin y al cabo, es un lobo Alfa con sangre licántropa.

—¿Qué quiere? —escupí, cada palabra forzada entre dientes apretados.

—Sencillo —dijo Falcon—. ¡Quiero cambiar la vida de ella por la suya!

—¡No, no aceptes eso! —gritó Serenity de pronto, con la voz quebrada—. ¡Ya no tengo nada que ver contigo! ¡No te metas!

Falcon le estampó la culata del arma en el hombro. Ella dejó escapar un quejido de dolor y casi se fue de bruces, pero él le agarró el cabello y la jaló de nuevo hacia arriba.

La escena era insoportable. Rugí: —¡Basta! ¡La vuelven a tocar y los mato a todos!

—De verdad le importa. Eso hace esto mucho más fácil.

Le agarró el cabello y le obligó a alzar la cara. Ella hizo una mueca de dolor, pero apretó los dientes y se negó a emitir otro sonido. Seguía negando con la cabeza hacia mí. Tenía los ojos rojos,

claramente conteniendo las lágrimas. La escena me destrozó. Con gusto habría ocupado su lugar.

—¿Qué tengo que hacer para que deje en libertad a Serenity? —Mi voz estaba ronca. Tuve que apretar los puños para resistir el impulso de despedazar a estos humanos.

—Sencillo. Tiene que demostrar que está dispuesto a cambiar su vida por la libertad de ella —dijo Falcon—. No queremos pelear contra un Alfa a plena fuerza. Así que, si se queda quieto y me deja volarle las dos piernas, aceptaré eso como prueba de su sinceridad.

—¿Cómo sé que va a cumplir su palabra? —pregunté con frialdad.

Falcon se rió—. Tendrá que confiar en mí, lobo Alfa. ¿Tiene otra opción? O se arriesga. Si sigue en pie después de dos disparos, la dejaré ir. Si no, mire cómo le estalla la cabeza.

Malditos bastardos.

Los maldije en silencio. Sabía perfectamente que no tenían intención de dejarme con vida. Una vez que perdiera la capacidad de pelear, no habría forma de proteger a Serenity. La opción inteligente sería rechazar su oferta. Siempre fui frío y racional. Sabía cuál era la mejor decisión en esta situación… pero no podía obligarme a hacerlo.

Clavé la mirada en Serenity, incapaz de soportar más dolor o angustia en su rostro. Si solo mi vida pudiera comprar su libertad y su felicidad, sería el mejor trato del mundo.

—Acepto. —Tomé aire y escuché mi propia respuesta.

—¡No! —volvió a gritar Serenity, con la voz ahogada en lágrimas.

Quise consolarla, decirle que no se preocupara por mí. Vine solo, pero me había puesto un rastreador GPS. Herman seguiría la señal y traería guerreros hasta aquí. Mientras resistiera hasta que llegaran, Serenity estaría a salvo. ¡Nunca dejaría su felicidad y su libertad en manos de nuestros enemigos!

Falcon sonrió, satisfecho. Alzó su pistola, el cañón negro apuntando a mi pierna derecha—. Entonces, no se mueva.

Apreté la mandíbula y lo fulminé con la mirada.

BANG!

Un disparo retumbó. La bala de plata me desgarró la pierna derecha, abriéndome una herida profunda y sangrante. Un dolor abrasador y punzante explotó en el punto de impacto. La toxina de la plata me carcomía la carne y casi me hizo caer de rodillas. Pero apreté los dientes y me tragué el grito.

No podía caer. Por puro acto de voluntad, me obligué a seguir de pie. Sudor frío me corría por la frente y me goteaba en los ojos. No parpadeé. Mantuve la mirada fija en Serenity.

Está bien. Le envié el mensaje a través de nuestro vínculo. Ella no me respondió. Solo le corrían las lágrimas por el rostro.

—Impresionante. De verdad es un Alfa —silbó Falcon—. Esa bala tenía suficiente plata para matar a un hombre lobo común. No esperaba que siguiera en pie. Ahora, el segundo disparo.

Desvió el arma hacia mi pierna izquierda.

Esta vez, el ángulo fue más cruel. La bala fue directo a mi rótula y, al impactar, hizo añicos el hueso. Fenrir aulló de dolor y rabia dentro de mí. El acónito me arrasaba el sistema. La sangre brotaba de ambas heridas como agua. Por más que intenté ocultarlo, el daño era demasiado grave. Caí de rodillas y me estrellé contra un banco cercano de la iglesia.

Mi caída provocó risas burlonas de los cazadores a mi alrededor. Estallaron de risa mientras Serenity gritaba mi nombre. Sonaba distante.

Pero la oí llamarme.

Así que apoyé las manos en el suelo y, tambaleándome, volví a ponerme de pie.

La risa se extinguió. Me miraron como si estuvieran presenciando algo imposible. El miedo y el asco cruzaron muchas caras. Instintivamente apretaron más las manos sobre sus armas.

—Ahora suéltala.— Fijé la mirada en Falcon y le gruñí la orden.

Su expresión se agrió. Sus ojos iban de Serenity a mí. Por fin, justo cuando mi paciencia estaba por romperse, se encogió de hombros, sacó una llave del bolsillo y le abrió los grilletes.

—¡Elias!— En el momento en que quedó libre, Serenity no corrió: salió disparada directo hacia mí.

Pero apenas había dado unos pasos cuando dos cazadores le bloquearon el camino, con las armas apuntándonos a los dos.

Ya no podía mantener la forma humana. Mis dientes empezaron a transformarse en colmillos mientras les gruñía.—¡Déjenla ir! ¿¡Qué es esto!?

—Tranquilo. No tenemos intención de romper nuestra promesa.— Falcon alzó de nuevo el arma, apuntándome al corazón.—Este es solo el último paso de nuestro trato. Recibe esta última bala y ella podrá irse.

Serenity se quedó helada ante sus palabras.

—Déjenla ir primero.— Entrecerré los ojos, peligroso.—Si no, veamos qué es más rápido: sus balas o yo matándolos a todos.

Falcon lo sopesó y luego miró a Serenity.—Bien, acepto… Vamos, señorita Serenity. Váyase mientras todavía me siento generoso.

Los cazadores armados seguían sin permitir que Serenity se acercara a mí, pero abrieron la puerta trasera de la iglesia, despejando una ruta de escape. Serenity miró esa puerta y luego a mí. Grabé su imagen en mi mente. Esta podría ser la última vez que la vería.

—Vete.— Me forcé a sonreír y mantuve la voz serena y firme.—Firmé un acuerdo de divorcio. Herman te dirá dónde encontrarlo… Ve por él, lleva a Arian y vive una buena vida.

Serenity se mordió el labio, pero aun así no se movió.

Cuando vi la impaciencia asomar en el rostro de Falcon, mi tono se volvió áspero y le grité.—¡Vete!

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Serenity. Se volvió hacia la puerta trasera. Todos creyeron que se iba y bajaron un poco la guardia. ¡Pero de pronto giró con un gruñido y cargó contra Falcon!

Su cuerpo cambió a mitad de carrera. Se lanzó en forma de loba, y sus colmillos se hundieron directo en el brazo de Falcon.

—¡Maldición!— Falcon no lo esperaba. Estaba apretando el gatillo contra mí, pero el ataque de Serenity desvió su puntería. La bala me rozó la mejilla y pasó de largo. Ni siquiera me importé a mí mismo. ¡El terror me desgarró ante la temeridad de Serenity!

—¡Cuidado, Serenity!

Los cazadores alrededor alzaron sus armas hacia ella. Intenté transformarme, pero las balas de plata debían contener algo que suprimía la transformación. ¡No podía cambiar! ¡Pero incluso en forma humana, tenía que protegerla! Ignorando la agonía en mis piernas, me lancé hacia adelante y derribé a los cazadores más cercanos. Justo cuando le rompí el cuello a uno, las puertas de la iglesia estallaron hacia adentro. ¡Por fin llegó una oleada de guerreros lobo, encabezados por Herman!

—¡Alfa! ¡Luna!— Herman fue el primero en irrumpir. Abarcó la escena de un vistazo y ladró órdenes.—¡Protégelos!

El caos estalló dentro de la iglesia. Giré y corrí hacia Serenity y Falcon. A mitad de carrera, vi a Falcon darle una patada brutal a Serenity en el estómago, haciéndola salir volando. Luego se puso de

pie a trompicones y agarró su arma del suelo.—¡Malditos monstruos! ¡Muéranse!

Apuntó a la cabeza de Serenity. Ella forcejeaba, incapaz de levantarse.

En ese instante, el tiempo pareció ralentizarse. Los sonidos a mi alrededor y el dolor en mi cuerpo se desvanecieron. Solo quedó un pensamiento: ¡no podía dejar que lastimara a mi pareja!

—¡Serenity!

Me lancé por el aire y arrojé mi cuerpo sobre el de ella.

¡BANG!

La bala destinada a Serenity me alcanzó a mí. Me dio en la espalda y pareció atravesarme un pulmón. Me desplomé encima de ella, pero la mantuve protegida bajo mí.

—¿Elias? ¡Elias!— Serenity se incorporó a trompicones. Su cuerpo y sus manos estaban cubiertos con mi sangre. Parecía completamente aturdida. Acunó mi cabeza entre sus brazos temblorosos, pero mi visión se había vuelto roja y borrosa. No podía ver su expresión.

Gotas tibias cayeron sobre mi rostro. No sabía si era sangre o sus lágrimas.

—No llores… ¿No dijiste que no querías volver a verme? Entonces no valgo tus lágrimas…— Quise alzar la mano y tocarle la mejilla, pero no tenía fuerzas para levantarla.

De pronto, Serenity me apretó la mano con fuerza. Intentó detener la hemorragia, pero fue inútil.—No te mueras, Elias, por favor no te mueras.

Mi conciencia empezó a desvanecerse. No sabía si volvería a despertar. Así que había cosas que tenía que decirle ahora—

—Serenity.— Le apreté la mano.—Te amo. Siempre te he amado. Nunca dejé de hacerlo… Perdóname por darme cuenta tan tarde…

—Deja de hablar…— De repente, Serenity se inclinó y me alzó del suelo con todas sus fuerzas.—¡No voy a dejar que mueras! ¿Me oyes, Elias? Te llevaré con un médico. Si de verdad me amas, ¡entonces aguanta!

Los cazadores nos apuntaron mientras Herman y los demás corrían a cubrirnos. Serenity me pasó el brazo por los hombros y me arrastró hacia la entrada de la iglesia. Cada paso fue una lucha. Era demasiado pesado para una Omega, pero apretó los dientes y siguió.

A nuestras espaldas venían los sonidos de la batalla. Disparos, rugidos y aullidos se mezclaban. Las balas destrozaban las paredes y el suelo a nuestro alrededor.

—Más rápido, ¡tenemos que ir más rápido!— jadeó Serenity.

El pecho y las piernas me dolían tanto que casi me desmayé, pero me mordí la lengua con fuerza para darme un choque de dolor y seguirle el paso.

Juntos irrumpimos por las puertas de la iglesia. Afuera había un bosque. Vi mis propias huellas en la tierra, de cuando había llegado.

—Por allá.— Me esforcé por indicarle a Serenity la dirección correcta. —Por allá… lleva a la carretera… hacia el pueblo…

Serenity asintió. Entonces oí pasos y disparos detrás de nosotros. ¡Algunos cazadores habían roto la línea de Herman y nos estaban dando caza!

—¡No mires atrás! ¡Solo corre!— le grité a Serenity.

Me arrastró con todo lo que tenía. Para esquivar las balas, nos internamos más en el bosque. Las ramas nos azotaban, enviando nuevas oleadas de dolor por mis heridas. Mi conciencia iba y venía. De pronto, la escena frente a mí me resultó extrañamente familiar.

La memoria me transportó a la infancia. En mi sopor, seguía siendo ese niño que acababa de escapar de la jaula de vampiros, y la

persona que me tiraba hacia adelante era la chica de cabello dorado que me había salvado…

—Elias, ¿estás bien? ¡Mantente despierto! ¡No te desmayes!

Porque me había quedado en silencio y mi paso se había vuelto más lento, Serenity se volvió con ansiedad para ver cómo estaba. Su cabello dorado surcó el aire.

Era luna llena. La Diosa Luna bañaba suavemente el bosque con luz plateada, iluminando su cabello como si lo recubriera de un brillo de plata. Bajo esa luz, su cabello dorado se veía pálido y reluciente, casi platino…

Abrí los ojos de par en par.

¡La memoria y la realidad se fusionaron por completo en ese instante!

—Serenity, siempre fuiste tú…— pronuncié su nombre, con la voz temblorosa.

—¿Qué?

Me miró confundida, pero yo no pude decir una palabra más. Solo un pensamiento me gritaba por dentro.

No Liv.

¡Nunca fue Liv!

¡La salvadora que había estado buscando todos estos años siempre había sido Serenity!

CAPÍTULO 23



ELIAS VERNAL

—Elias? Cuando no respondí, Serenity se acercó con preocupación. Miré su rostro, con las emociones arremolinándose por dentro. Deseaba con desesperación contarle lo que había descubierto.

—Yo…

Pero en cuanto abrí la boca, una rama se quebró detrás de nosotros. Luego vino un disparo. Agarré a Serenity y rodé, esquivando por poco el ataque.

—¡Malditos monstruos! Aunque muera, ¡me los llevo al infierno conmigo!

Miré hacia atrás. Falcon nos había seguido.

Tenía el rostro mortalmente pálido. La ropa le chorreaba sangre, que bajo la luz de la luna se veía de un inquietante rojo negruzco. Su brazo derecho estaba destrozado por la mordida de Serenity, y Herman y los demás claramente le habían causado más daños. No estaba en mejor estado que yo.

Pero la mano con la pistola seguía firme. La locura ardía en sus ojos.

—¡No crean que pueden escapar!

Disparó de nuevo. Me incorporé con dificultad y jalé a Serenity. —¡Corre!

Nos apoyamos el uno en el otro y salimos corriendo mientras Falcon nos perseguía. Aun con las dos piernas atravesadas por balas, la resistencia de un hombre lobo superaba por mucho la de un humano gravemente herido. Pronto lo dejamos atrás, y solo escuchábamos el chasquido frustrado de sus disparos resonando a nuestra espalda.

No supe cuánto corrimos antes de que mis piernas cedieran y me desplomara. Serenity se detuvo, revisó mis heridas, luego se puso de pie y se alejó de mí.

La vista se me oscurecía a manchas. No pude ver adónde fue. Pero si estaba escapando sola, podía aceptarlo… Por desgracia, sabía que Serenity jamás abandonaría a alguien herido.

Volvió pronto, arrastrándome hasta que llegamos a una cueva escondida. Me empujó adentro, corrió unas enredaderas a modo de cortina para ocultar la entrada y salió otra vez. Cubrió el rastro de mi sangre y luego marcó a propósito huellas pesadas en otra dirección.

La vi hacer todo eso antes de que regresara a mi lado. Sus manos registraron mis bolsillos.

—¿Dónde está tu teléfono? Trajiste uno, ¿verdad? —preguntó.

Asentí débilmente. —Bolsillo izquierdo…

Su mano fue directo y sacó el teléfono. La pantalla tenía sangre. La limpió con la manga y apareció la pantalla de bloqueo. Me miró, pidiéndome el código en silencio. Le di cuatro números.

Se quedó inmóvil.

—¿Eso es… nuestro aniversario de bodas? —dijo en voz baja.

Hice un leve gesto afirmativo.

El silencio llenó la cueva. Serenity apretó los labios, pero no dijo más. Lo desbloqueó rápido y marcó a emergencias.

—Habla Serenity. El Alfa necesita rescate. Sí, balas de plata. Tres disparos. Lleguen lo más rápido que puedan. La ubicación es…

Su voz se fue apagando poco a poco.

Mi conciencia empezó a dispersarse. La herida del pecho ardía. Cada inspiración era como arrastrar cuchillas por los pulmones. Pero me obligué a permanecer despierto, no porque temiera no volver a despertar, sino porque temía que, cuando lo hiciera, Serenity ya no estuviera.

—Elias. Su voz me jaló de vuelta del borde. Abrí los ojos. Ya había colgado. De algún modo, encontró hierbas medicinales y las colocó sobre mis heridas, luego las vendó con tiras de su ropa. Me sentí un poco mejor.

La observé trabajar con la vista nublada, sorprendido. La Serenity que yo conocía antes no tenía estas habilidades. Durante los años que estuvimos separados, de verdad había cambiado tanto. Y darme cuenta de que ninguno de esos cambios me incluía me hizo doler el corazón.

Después de atender mis heridas, se inclinó y me tomó la cara con ambas manos. —El equipo de rescate llegará pronto. Aguanta.

Sus ojos brillaban en la oscuridad como dos estrellas. Quise asentir, pero ni siquiera eso pude.

—Apóyate en mí un rato. Se sentó a mi lado y me dejó recostar la cabeza suavemente en su hombro. Su calor se filtró a través de su ropa delgada, llevando un tenue rastro de sus feromonas. Mis nervios, siempre tensos y exhaustos, por fin se relajaron. Inspiré hondo, llenándome los pulmones con su aroma con avidez. Hasta el dolor pareció suavizarse.

Todo se volvió silencioso.

Nos quedamos sentados en silencio, mirando la luna más allá de la entrada de la cueva.

Los insectos cantaban quedo en el bosque. De pronto me di cuenta de que casi no había tenido momentos así. Solo sentarme en calma, hombro con hombro con mi compañera, sin decir nada, sin hacer nada, mirando la luna en paz.

¿Cuántas cosas hermosas me había perdido?

Pensé en todo lo que le había hecho a Serenity. Frialdad, burlas, desconfianza… aunque no lo hubiera querido, mi negligencia permitió que sufriera humillaciones y dolor constantes. Nunca había visto de verdad a mi compañera destinada. Nunca había pasado tiempo así con ella. Solo ahora, cuando quizá no volviera a abrir los ojos, entendí por fin lo valioso que era esto.

Qué patético.

Qué irónico.

De pronto entendí que ahora que sabía lo valioso que era este calor, ya no quería dejar ir a Serenity.

Había tomado la decisión de dejar de ser egoísta. De permitirle encontrar la felicidad. Había preparado los documentos de división de bienes y la transferencia de la custodia de Arian… Pero ahora, en el último momento, me arrepentía.

No quería que se fuera. Quería más momentos como este. Quería ver la luna con ella, escuchar juntos el viento, respirar el mismo aire. Quería compensar todo lo que no le había dado. ¡Quería empezar de nuevo y amarla de verdad, atesorarla, protegerla!

¿Pero con qué derecho?

Después de hacerle tanto daño, ¿cómo me atrevía a esperar que me perdonara y me aceptara de nuevo?

—¿En qué estás pensando? —preguntó Serenity en voz suave. Me miró hacia abajo. Tal vez me tuvo lástima, porque su expresión fue inesperadamente amable.

Me di cuenta de que por fin podía preguntar lo que antes no había podido.

—Serenity —forcé las palabras—, cuando eras pequeña, ¿salvaste alguna vez a un chico hombre lobo?

—¿Un chico hombre lobo? —Pareció ligeramente sorprendida. Lo pensó y luego habló—. Creo que algo así sí pasó… pero no lo recuerdo con claridad. ¿Por qué preguntas?

—Quiero que me lo cuentes. Empecé a toser. Serenity me frotó la espalda de inmediato, pero le tomé la mano para detenerla—. Por favor, cuéntame… ¡quiero saberlo todo!

—No hay nada que contar. Ella apartó la mano con torpeza y se volvió a un lado—. Fue hace mucho tiempo.

—Quiero escucharlo —repetí obstinado, sujetándole la muñeca para que no pudiera escapar—. Por favor, Serenity.

Guardó silencio durante mucho rato. Oí que su respiración se volvía pesada, como si estuviera luchando con algo.

—No recuerdo cuántos años hace de eso… —Miró la luna llena afuera mientras hablaba con voz lejana—. Un día me adentré en el bosque, a un lugar adonde nadie de la manada iba jamás. Caminé muchísimo, muchísimo. Entonces me topé con una cabaña de guardabosques abandonada. La puerta estaba abierta. Cuando me asomé, vi a un chico hombre lobo joven encerrado en una enorme jaula de hierro…

El corazón me martilló. Cada detalle coincidía con mi recuerdo. Le pregunté—: ¿Por qué fuiste tan lejos tú sola?

Su respuesta me tomó por sorpresa.

—Porque estaba buscando un lugar donde pudiera llorar a solas. —Su tono era perfectamente tranquilo, pero hizo que me doliera más la herida del pecho—. Sabes que soy una Omega. Eso nunca ha sido un estatus respetado en una manada de hombres lobo. Todos

podían meterse conmigo, pero a mí no me permitían llorar porque les molestaba. Así que, cuando quería estar sola, iba a lugares peligrosos que otros lobos evitaban. Cuanto más remoto, mejor.

Se detuvo. Quise extender el brazo y rodearle los hombros, abrazarla o hacer algo para consolarla. Pero me di cuenta de que no podía. Porque ya no era su compañero. Ya no era alguien en quien pudiera apoyarse.

No podíamos estar cerca como antes.

—Ese día, de verdad me fui demasiado lejos, y así fue como encontré a ese chico. Le pregunté por qué lo tenían encerrado ahí. Me dijo que lo habían secuestrado unos vampiros. Entonces destrocé el candado con una piedra y me escapé con él.

Ella siguió, sin darse cuenta de mis movimientos.

—Pero los vampiros nos alcanzaron. Eran muchísimos. No podíamos correr más rápido que ellos. —Su voz empezó a temblar, reviviendo claramente el terror de aquel día—. Al final, decidí que no había manera de que escapáramos los dos. Así que—

—¿Así que qué? —pregunté con voz ronca.

—Así que lo escondí en un montón de nieve. Me puse su ropa y corrí en dirección contraria. Pensaron que yo era él y me persiguieron a mí.

El corazón se me encogió. Aunque conocía el desenlace, escuchar esto me aterraba—. ¿Cómo escapaste?

—Me caí por un acantilado. —Soltó una risa amarga—. Tal vez corría demasiado. Pero esa caída en realidad me salvó. Miembros de la manada me encontraron. Los vampiros vieron que todo se les venía abajo y huyeron. Me rescataron.

—Menos mal. —Solté el aire y luego hice la pregunta que me había desconcertado durante años—. ¿Por qué no volviste a buscarlo?

—Porque me encerraron.

—¿Qué? —Me quedé atónito. No esperaba esa respuesta. Pero Serenity actuó como si fuera obvio—. Yo fui quien condujo a los vampiros hasta allí, así que tenían que castigarme. Me encerraron en una habitación para "reflexionar sobre mis acciones". Era tan pequeña. Sin ventanas. No podía ver nada. Me dejaron allí tanto tiempo que pensé que se habían olvidado de mí.

Se abrazó a sí misma—. Desde entonces, me aterran los lugares así.

Clavé los dedos en la tierra. Nunca imaginé que su claustrofobia viniera de esto: ¡por salvarme a mí, la castigaron!

Recordé el día de la Ceremonia de la Luna, cuando la encontré desvanecida en aquel cuarto de almacenamiento, casi sin conocimiento. ¿Cuánto terror había soportado antes de desmayarse?

La culpa me arrolló. Pero Serenity no lo notó. Siguió hablando.

—Para cuando me dejaron salir, habían pasado casi dos semanas. No sabía qué había sido del chico. Temía que se hubiera muerto de frío porque no podía decirle a nadie dónde estaba. Con el tiempo, dejé de pensarlo. Me daba miedo recibir malas noticias. Miedo de enterarme de que todo lo que hice no sirvió de nada.

La voz se le quebró ligeramente—. Así que es mejor no pensarlo. De todas formas, ya quedó en el pasado.

¿En el pasado?

No. No quedó en el pasado. Nunca quedó en el pasado.

Las emociones hervían en mi pecho, haciendo que mi herida ardiera peor que las balas de plata. Ira, arrepentimiento y otros sentimientos oscuros se retorcían hasta dejarme sin aliento.

—Serenity. —La llamé por su nombre.

—¿Hmm? —Volteó a verme.

—Ese chico sobrevivió. No tienes por qué culparte. No hiciste nada malo —le dije, palabra por palabra—. Fuiste su salvadora.

—No tienes que consolarme —dijo en voz baja—. No lo necesito.

—¡No es consuelo! —le solté con fuerza—. ¡Porque ese chico era yo! ¡Al que salvaste fuiste a mí!

Se quedó helada.

Luché por incorporarme, ignorando el dolor en las piernas y el pecho. Serenity enseguida intentó detenerme—. Espera, ¡estás herido! ¡No te muevas! ¿Qué haces?

—Ayúdame a ponerme de pie, Serenity, por favor. —La miré directo —. Tengo que decirte esto. ¡Estoy tan agradecido por lo que hiciste por mí en aquel entonces! ¡He intentado encontrarte todos estos años para poder pagarte! ¡Pero a quien encontré fue a Liv! Me engañó. Dijo que ella era la chica que me salvó… y le creí.

No pude seguir. El dolor y la frustración me robaron el aliento.

Por mi insistencia, Serenity dejó de intentar hacer que me recostara. Selló los labios y me ayudó a incorporarme tambaleante. Pero en cuanto estuve firme, me dejé caer sobre una rodilla. Cuando la rodilla golpeó el suelo de piedra fría, un dolor agudo atravesó ambas heridas de bala. El sudor frío me escurrió por la cara y casi me desplomé. Pero resistí.

—¿Elias, perdiste la cabeza? —exclamó—. Tus piernas—

—¡No importa! —la interrumpí, tomando su mano y negándome a dejar que me levantara.

—Soy un idiota —jadeé—. Te busqué durante años. La propia Diosa de la Luna te puso a mi lado, esperando que te atesorara. Pero estaba ciego. No hice nada. En cambio, perseguí a una mentirosa durante años. Por ella, sufriste un dolor interminable. Enfrentaste todo sola. Tú…

No pude continuar.

No podía imaginar cuánto había soportado por mi culpa. Le debía mucho más que solo una vida.

—Serenity Keller.

Pronuncié su nombre completo en voz suave. Mi voz, débil por la pérdida de sangre, cargaba con todo lo que sentía.

—Sé que ya no tengo derecho a decir esto. Prometí dejarte ir. Pero cambié de opinión. Soy un cobarde despreciable. Un bastardo egoísta. No puedo soportar huir como un cobarde después de fallarte tan mal. Y no puedo aceptar un futuro en el que tú no estés.

Mi mano temblaba en la suya. Esta mano una vez sostuvo la mía. Siempre me había pertenecido. Pero la dejé escapar.

Ahora, para recuperarla, haría lo que fuera.

—Así que quiero preguntarte por última vez. ¿Me darías otra oportunidad?

—¿Qué estás haciendo? —exigió, atónita.

Alcé la voz—. ¡Lo sé! ¡Por eso estoy haciendo esto! Esta vez, no dejaré que nadie te haga daño. Esta vez, estaré a tu lado, te protegeré, te cuidaré, te tendré en mi mano. ¡Esta vez, pasaré el resto de mi vida compensándote por todo lo que te debo!

—Así que, Serenity—

La miré a los ojos, con la luz de la luna brillando en ellos como estrellas.

—¿Te casarías conmigo otra vez?

CAPÍTULO 24



SERENITY KELLER

¿C*asarme con él?*

Esas tres palabras cayeron en mi corazón como piedras en agua quieta, enviando ondas que se extendían hacia afuera. Me dio vueltas la cabeza. Por un momento, pensé que la que había perdido demasiada sangre era yo, no el hombre arrodillado frente a mí con una propuesta.

Bajé la mirada y lo observé de cerca. Su mirada estaba enfocada y reverente. No estaba bromeando. La mano con la que sostenía la mía temblaba. No podía saber si era por sus heridas o por nervios…

¿Pero nervios?

¿Podía Elias Vernal estar realmente nervioso?

No lo sabía. No sabía nada.

Lo único que sabía era que Novella daba saltos de alegría dentro de mí, y ningún regaño bastaba para callarla. Lo único que sabía era que el corazón me corría tan rápido que podía oír la sangre zumbando por mis venas.

La palabra sí subió a la punta de mi lengua, lista para salir. Pero entonces mi mente volvió a todos esos días y noches en que estuve

prisionera en la mansión Vernal. La mesa de operaciones oscura y aterradora en esa sala de partos. El salto de ese acantilado…

—Elias, te dispararon tres veces.— Al final, mi voz salió serena, sin emoción.— No estás pensando con claridad. Puede que estés alucinando.

Intenté soltar mi mano, pero él se negó a dejarme ir.

—Cuando te recuperes y se te aclare la cabeza, te vas a arrepentir de haberme dicho todo esto.

—¡No, no me voy a arrepentir! —contestó con firmeza, con el miedo y la urgencia trenzados en la voz.— Créeme, Serenity. ¡Nunca he estado más lúcido que ahora!

Levantó la vista hacia mí. Esa postura hacía que el orgulloso heredero de sangre licana pareciera nada más que un devoto creyente.— Ya me he arrepentido de demasiadas cosas. ¡Esto es lo único de lo que nunca me voy a arrepentir!

Guardé silencio.

Afuera de la cueva soplaron ráfagas de viento, barriendo el bosque y trayendo el olor húmedo de la noche—junto con el aroma de las feromonas de Elias. Ese olor familiar, nostálgico, inquietó a Novella dentro de mí. Clamaba por acercarse a él, por lamerle las heridas, por acurrucarse en sus brazos…

Cállate. Regañé en silencio a Novella.

Gimió en protesta, pero obediente se quedó callada.

—No puedo decir que sí, Elias.— Un tinte amargo se coló en mi voz. — Ya no puedo obligarme a confiar tan fácilmente en tus promesas.

El rostro descolorido de Elias palideció aún más. Al verlo así, no pude evitar recordar cómo había irrumpido sin dudar en esa iglesia. A pesar de mí misma, mi resolución se ablandó.

—Lo siento, Serenity, yo…

—No quiero tu disculpa.— Me mordí el labio. Al final, le dejé una puerta abierta.— Lo que quiero ver es acción.

Alzó la cabeza de golpe. Un júbilo incrédulo le encendió los ojos.

—¿Quieres decir…?

Su expresión me recordó a Arian. Cuando mi hijo quería dulces, me miraba con esa misma cautela ilusionada.

Así que el hijo salió al padre.

El hallazgo me dejó conmovida y divertida a la vez.

Mantuve el gesto severo.— No voy a aceptar casarme contigo. Pero puedo darte una oportunidad para recuperarme. Solo una oportunidad. Que la aproveches o no depende de ti. Elias, vas a tener que demostrarme que de verdad me amas.

El rostro de Elias se iluminó con una sonrisa emocionada. ¡De pronto se puso de pie y me rodeó con los brazos!

—¡Sí! ¡Sí, lo prometo! Lo haré. Por favor, solo mírame— —balbuceó mientras yo me retorcía incómoda y trataba de apartarlo.— ¿Qué estás haciendo? No te di permiso para abrazarme. Suéltame…

Pero me quedé a mitad de frase. El cuerpo de Elias se había quedado aterradoramente frío, y su voz se había cortado. Su peso se hizo cada vez más pesado sobre mí. El tratamiento de emergencia apenas le había ayudado. ¡Sus heridas necesitaban atención médica de verdad y le habían disparado con balas de plata!

El pánico me invadió. Miré su rostro rápidamente y vi que había perdido el conocimiento. ¡Ni siquiera sentía su respiración!

—¿Elias? ¡Elias!—

Me aferré a él con fuerza, llamándolo desesperada por su nombre. En ese momento, por fin escuché al equipo de rescate fuera de la cueva. Gritaron nuestros nombres. Después de que respondí, un equipo médico entró a toda prisa y se nos llevó a ambos.

Y así fue como Elias y yo nos separamos.

Mis heridas no eran graves. Tras uno o dos días de observación, me dieron de alta. Pero Elias seguía en la UCI sin señales de despertar.

Los médicos dijeron que las balas de plata le habían dañado los órganos internos. Si sobrevivía dependería de su voluntad de vivir y de la capacidad de curación de un Alfa licántropo.

En cuanto a cuándo despertaría—nadie podía responderlo.

Durante su coma, los documentos que había firmado siguieron vigentes. El divorcio y los acuerdos de reparto de bienes requerían toda mi atención. Y luego estaba Arian—

Se mudó de la mansión Vernal y vino a vivir conmigo. La custodia se transfirió oficialmente a mí.

No todos en la manada Vernal estaban contentos con esto, pero Herman, siguiendo las órdenes de Elias, sofocó por la fuerza cualquier objeción. Cuando llevé a Arian a visitar a Elias, me encontré con Herman. Estaba de pie fuera de la ventana de la UCI, luciendo más demacrado de lo que jamás lo había visto.

—Luna, los médicos dicen que la condición del Alfa sigue siendo crítica. Las probabilidades de que despierte no son buenas. Por favor, prepárate—

Arian se aferró a mi pierna, asustado. La pena se le asomó a Herman en la mirada, pero no le ocultó la verdad al niño.

—Y, Joven Amo Arian, si el Alfa muere, usted se convertirá en el nuevo Alfa de la manada Vernal. Lo quiera o no, necesita entender esa realidad—

—Yo...— Las lágrimas le llenaron los ojos a Arian. Le acaricié la cabeza con suavidad.

Alcé la mirada y le dije a Herman con firmeza: —Elias no va a morir—

Herman dijo con dolor: —¡Yo tampoco quiero creerlo! Quiero que sobreviva, pero...—

Lo interrumpí, alzando la voz. —¡Elias va a despertar!—

Herman preguntó: —¿Cómo puedes estar tan segura?—

—Porque me debe una promesa— dije en voz baja. —Todavía no ha cumplido su palabra. Ni siquiera ha empezado a intentarlo. Creo que no se rendirá tan fácilmente. Va a despertar—

Volví la mirada hacia el hombre tendido detrás del cristal. Herman no dijo nada más. Los tres nos quedamos allí juntos en silencio.

Elias Vernal, ¿puedes oírme?

Le hablé en silencio, desde el fondo de mi corazón.

Será mejor que despiertes pronto.

Porque no voy a esperar para siempre.

* * *

Dos meses después, entré en la sala de visitas de la prisión del territorio.

La puerta metálica se cerró a mis espaldas. Liv fue llevada a la sala del otro lado, con grilletes en las muñecas y los tobillos. Nos enfrentamos a través del cristal. Se veía terrible. Cada aspecto de su antes esmerado arreglo estaba ahora desaliñado, sin rastro de su antigua pose de inocente.

Pero en cuanto alzó la vista, supe que no había cambiado. Sus ojos todavía ardían con la malicia de siempre.

—Pensé que la vida en prisión podría hacerla reflexionar sobre lo que ha hecho— dije por el intercomunicador.

—Yo no hice nada malo— Liv me fulminó con la mirada. —¡Fueron ustedes quienes me lo quitaron todo!—

—¿Cómo puede siquiera decir eso?— De verdad no entendía su lógica. —Elias es mi pareja destinada. La manada Vernal me eligió como su esposa. Lo mire por donde lo mire, la que intentó robarse a mi compañero fue usted—

—¡Antes de que usted apareciera, Elias iba a casarse conmigo!— gruñó Liv.

Respondí con calma a su furia. —Tal vez. Pero fue porque usted se hizo pasar por la persona que le salvó la vida. Él aceptó solo por gratitud, ¿no es así? Al final, usted seguía siendo quien engañaba a todos—

Se quedó helada. Me miró, pasmada. —¿Cómo lo sabe...? No, ¡eso no es cierto!— Se recompuso rápido, intentando seguir mintiendo. —Ya sé: Elias se lo dijo, ¿verdad? Pero le voy a decir algo, yo soy su salvadora. ¡Él no puede negarlo! ¡No es más que un desagradecido! —

Se echó a reír como loca. —Escuché que Elias está en coma ahora y puede que no despierte. ¿Ve? ¡Este es su karma! Todo porque la eligió a usted en lugar de a mí. ¡Debió haber muerto ese día!—

¡PUM!

Estrellé el puño contra la mesa.

—Déjame decirte la verdad, Liv.— La miré con frialdad. —La chica que salvó a Elias en ese entonces fui yo. ¡Deja de mentir!

El impacto le cruzó el rostro antes de retorcerse en celos y odio. —Tú otra vez. ¿Por qué siempre eres tú? No eres más que una Omega de baja categoría. ¿Por qué siempre te toca todo? Soy más lista que tú. Tengo mejor sangre. ¡Pero la pareja destinada de Elias no soy yo!

—Así que lo admites.— Ignoré su perorata. —He tenido curiosidad, Liv. ¿Cómo te enteraste de cada detalle de ese día? ¿Cómo usaste

eso para hacerte pasar por su salvadora y ganarte su confianza? Cuando escapamos, éramos solo nosotros dos.

Liv apretó los dientes en silencio.

La sostuve con la mirada, negándome a dejarla escapar. —Déjame adivinar. En realidad estuviste ahí ese día, ¿no? Ahora que lo pienso, siempre hubo algo que no cuadraba de ese día. ¿Por qué no había nadie vigilando a Elias cuando lo encontré? Aunque los vampiros se hubieran ido por alguna razón, no habrían dejado a su prisionero completamente desatendido—

Gritó. —¡Cállate!

Insistí. —A menos que sí hubieran dejado a alguien para vigilarlo, pero esa persona se escondiera por alguna razón y nunca se mostrara—

—¡Te dije que te callaras!— gritó Liv, histérica. Su voz resonó una y otra vez por la sala de visitas.

—Liv.— La miré con asco. —Traicionar a la manada para trabajar con cazadores en realidad no fue la primera vez que hiciste algo así, ¿verdad? Mucho antes de eso ya habías traicionado a los hombres lobo una vez: colaboraste con vampiros. Así fue como pudieron capturar al joven heredero de una gran manada, ¿no es así?!

Al final, mi acusación se había vuelto un rugido.

Liv jadeaba, mirándome con puro odio. —¡Bien! ¿Y qué si lo hice?— Se rió. —¿Vas a salir corriendo a contárselo a Elias? Qué lástima: nunca va a despertar. ¡Morirá pronto! ¡Y sin él no eres nada! ¿Crees que alguien en la manada le va a creer a una Omega como tú? Le diré a todos que estoy encerrada porque me tendiste una trampa. Diré que tú fuiste quien mató al Alfa. ¡Elias murió por tu culpa! ¡Y entonces nadie estará de tu lado!

Gritaba y despotricaba como una lunática. La observé y sentí que una calma inquietante caía sobre mí.

—¿Ah, sí?— dije en voz baja. —Entonces mira a tu alrededor.

Su risa murió. Me miró confundida.

En ese momento, la habitación se iluminó de pronto. Las paredes blanco grisáceo fueron desvaneciéndose, volviéndose vidrio transparente. Detrás de ese vidrio estaban los altos mandos de la manada Vernal.

Todos la fulminaban con la mirada. La furia y el odio ardían en sus ojos. Puños apretados. Parecían listos para irrumpir y despedazarla en cualquier segundo.

Pero no se movían. Porque el hombre del frente no había dado la orden—

Elias estaba sentado en una silla de ruedas, los brazos cruzados sobre el pecho. Aún se veía débil, pero la fría furia en sus ojos bastaba para helarle la sangre a cualquiera.

Se quedó helada.

—Esto… Esto…

La miré. —Se me olvidó mencionarlo: las paredes de esta sala son de un vidrio especial unidireccional. Bloquean el olfato y el oído de los hombres lobo. Todo lo que acabas de decir y hacer ha sido registrado públicamente. Incluida tu confesión de que te hiciste pasar por la salvadora del Alfa. Y tus crímenes de conspirar con vampiros y cazadores para traicionar a la manada—

Liv se desplomó. Se escurrió de la silla y se desmoronó en el piso.

—¡Esto no es real!— gritó, desesperada. —¡Esto no puede estar pasando—

—¿Qué no puede estar pasando?— El vidrio unidireccional desactivó su función de bloqueo. La voz de Elias llegó nítida. —¿Que aún no estoy muerto? Lamento decepcionarte.

Liv se hizo un ovillo, temblando.

Elias pronunció formalmente su sentencia. —La culpabilidad de Liv Laster es innegable. Las deudas de sangre se pagan con sangre. Como Alfa, por la presente la sentencio a la Cacería de Sangre—¡y al exilio permanente de la manada!

—¡No! Por favor, no— —chilló Liv, aterrada. Guardias hombres lobo irrumpieron y se la llevaron a rastras como a un perro muerto.

Por supuesto que estaba aterrada.

Porque la Cacería de Sangre no era un simple destierro. Significaba que toda la manada la trataría como presa. Cada lobo se transformaría y la cazaría hasta que muriera bajo sus colmillos…

Era el castigo más primitivo y brutal que una manada podía imponer. Reservado solo para cuando la manada exigía venganza.

Los gritos de Liv se volvían cada vez más agudos, audibles incluso mientras la arrastraban fuera de la sala. Me levanté de la silla y salí.

Afuera, cada miembro de la manada me recibió con pesar, vergüenza y—por primera vez—respeto.

Mantuve la espalda erguida.

Nunca más le temería a nadie.

CAPÍTULO 25



SERENITY KELLER

Mi vida volvió a la calma.

Después de que Elias despertó y Liv obtuvo lo que se merecía, me llevé a Arian de vuelta al café para retomar nuestra vida allí. Tal vez, porque había estado cerrada un tiempo y la gente del pueblo temía que pudiera irme a la quiebra, los clientes empezaron a venir más seguido que antes. Día a día afiné mis habilidades con el café, y el negocio repuntó de forma notable.

—Serenity, la mesa seis pidió un latte.— Elias se paró frente a la barra con un uniforme negro de mesero y me entregó la comanda.

Yo estaba ocupada moliendo granos de café y lo corregí sin levantar la vista. —Deberías llamarme jefa. No lo olvides: ¡ahora solo eres mi empleado!—

—Entonces, ¿cuándo me asciendes a novio, jefa?— preguntó Elias con expresión inocente.

—Cuando puedas preparar tú solo una taza de café decente.— Le entregué el café molido y lo dejé pasar detrás de la barra para preparar el latte bajo mi supervisión.

Sus habilidades habían mejorado mucho, pero, en mi opinión, todavía eran bastante toscas. Tuve que intervenir y mostrarle las proporciones correctas. Mientras le sostenía la mano y lo guiaba al mezclar, un cliente de pronto nos silbó. —¡Serenity, tú y tu novio siguen igual de melosos!—

Lo dijeron con buena intención, pero se me puso la cara como un tomate. Solté la mano de Elias en seguida. —¡No es mi novio!—

Pese a mi protesta, le eché una mirada furtiva al perfil apuesto de Elias. Por alguna razón, algo en mi corazón se ablandó. Una corriente tibia y feliz me recorrió.

—Tus ojos dicen lo contrario. No creas que no nos damos cuenta.— Los clientes se echaron a reír. Voces alegres llenaron el café. Estaba tan apenada que solo empujé a Elias para que saliera de detrás de la barra con su latte terminado.

Cuando dejaron de prestarme atención, me escondí detrás de la barra y eché un vistazo hacia afuera. Elias estaba inclinado, limpiando una mesa, y de vez en cuando charlaba con los clientes de al lado. Sus movimientos eran tan naturales que no se parecía en nada al director ejecutivo de una gran corporación. Nunca imaginé que su manera de cortejarme sería postular a un puesto de mesero de medio tiempo en mi café.

Por la Diosa de la Luna, cuando me extendió un currículum repleto de logros empresariales, me dejó boquiabierta. Pero Elias no parecía ver nada raro en dejar Vernal Corporation para trabajar como barista. Me explicó con solemnidad que su capacidad para manejar múltiples proyectos internacionales lo hacía perfectamente calificado para llevar tazas de café. Y entonces jugó su carta maestra.

—Mi mayor ventaja es que no necesito salario.— Me había mirado con una intensidad abrasadora. No tuve cómo rebatir eso.

Al final, lo contraté.

Supuse que hacía todo esto solo para acercarse a mí. Pero en realidad cumplía con todo el trabajo muy bien. Atendía a los clientes con esmero y me ayudaba a manejar pedidos que yo sola no podía sacar. Cuando probaba recetas nuevas de café, él hacía de cliente con toda seriedad y me daba comentarios. En los días festivos, aprovechaba su papel de padre de Arian para insistir en que saliéramos y, por supuesto, yo iba como su tutora.

Este tipo de vida diaria cálida y sencilla se sentía casi demasiado bueno para ser verdad.

Con el paso del tiempo, la pieza vacía del rompecabezas de mi corazón fue tomando forma. Empezaba a parecerse a la familia con la que siempre había soñado.

—¡Mami, mira mi dibujo!— Arian bajó corriendo de repente y se metió detrás de la barra, levantando una hoja de papel.

Bajé la mirada y vi un dibujo con crayones de una familia feliz de tres. Una mamá de cabello dorado y un papá de cabello castaño sostenían juntos a un niño de ojos azules. Sobre sus cabezas brillaban un sol radiante y un gran corazón. Todas las manos estaban entrelazadas.

—¿Quién es este? —pregunté, fingiendo no saber.

—Esta es mamá, este es papá, ¡y este soy yo! —señaló a cada figura —. ¡Somos una familia!

Algo me rozó el corazón con dulzura.

Arian me miró con esperanza.—¿Lo hice bien?

—Muy bien. Eres tan talentoso —le acaricié el cabello. Arian se iluminó, y luego preguntó con inocencia—: Entonces, mamá, ¿cuándo vas a perdonar a papá y hacer las paces con él?

Miré su carita expectante y ansiosa. Burbujas de emoción surgieron dentro de mí.

Dulce. Hermoso. Me recordó a un día de primavera en el que no había pensado en mucho tiempo.

No pude evitar sonreír. Eché un vistazo al hombre del otro lado del mostrador que fingía estar ocupado pero claramente estaba escuchando. Di una respuesta ambigua.—Nunca dije que no estuviera dispuesta.

Arian no alcanzó a procesar mis palabras, pero Elias se dio la vuelta de golpe y me miró con una alegría desbordante.

Esta vez, por fin dejé de huir de su cariño y de su búsqueda. Sostuve su mirada sin reservas.

—¿Quisiste decir lo que creo que quisiste decir, Serenity? —Elias contuvo el aliento para confirmar mis intenciones.

—Oíste bien, señor Elias. Felicidades —entorné los ojos en una sonrisa—. Acabas de ascender de 'empleado' a 'novio'.

Elias soltó un grito de emoción. Corrió hacia mí y de hecho me levantó de detrás del mostrador.

Se reía mientras me hacía girar, repitiendo —Soy el novio de Serenity — como un niño eufórico, mientras los clientes a nuestro alrededor aplaudían.

Yo estaba entre molesta y divertida mientras le daba manotazos en el hombro. Arian corría y saltaba a nuestro lado. Al final, no pude evitar reír con ellos. El recuerdo de ese día se mantendría brillante e imborrable, incluso el día en que Elias y yo celebramos nuestra segunda boda.

Fue algo que jamás olvidaría.

* * *

Después de la boda, volví a mudarme a la mansión Vernal.

Esa casa ya no era una jaula para mí, y yo ya no era una desconocida de paso. Cada miembro de la manada recibió de corazón mi regreso. Hicieron una fiesta de bienvenida tras otra hasta que tuve que ordenarles que dejaran de intentar disculparse conmigo de esa manera.

Aunque había regresado a la mansión, seguía administrando mi cafetería.

Se había convertido en mi carrera. Incluso después de reconciliarme con Elias, no tenía intención de dejarla. Elias me apoyaba sin reservas y con regularidad me encargaba café a nombre de Vernal Corporation.

Un día, llevaba su pedido habitual de café a la empresa. Cuando entré al elevador, noté a una empleada a la que nunca había visto. Su aroma, claramente distinto, me dijo que no era una mujer lobo, solo una chica humana común.

Si nuestro pasado con Elias nos había enseñado algo, permitir que humanos trabajaran en Vernal Corporation era uno de los cambios.

Como los Golden me salvaron la vida, entendí que los humanos, igual que los hombres lobo, tenían gente buena y mala entre ellos. Más que nadie, yo esperaba que algún día los hombres lobo y los humanos pudieran convivir en paz, no solo como cazadores y cazados.

La iniciativa de Elias era un intento por mi bien. También era una forma de devolver la bondad de los Golden.

Así que miré a esta joven empleada nueva y no pude evitar entablar conversación.—¿Eres nueva aquí?

Ella me miró sorprendida y asintió.

—¿Qué te parece Vernal Corporation? —pregunté con curiosidad. Esa pregunta abrió la compuerta. Se animó y empezó a lanzar

elogios interminables sobre las prestaciones de la empresa. Escuché con una sonrisa.

—Parece que Elias los trata bien —dije.

Ella se quedó helada al oírme.—¿Le dices Elias?

Asentí.—Sí. ¿Por qué?

Su mirada bajó al café que llevaba. Su expresión se volvió extraña.—Entonces... ¿le estás llevando café al señor Vernal?

Volví a asentir.

Soltó un suspiro con gesto de —*Lo sabía*— frustrado. Pareció tomar distancia de mí, cruzándose de brazos y poniendo cara severa.—Perdona que sea directa, señora, pero como empleada de esta empresa me siento obligada a advertirte. Sé que el señor Vernal es muy atractivo. Aquí hay incontables mujeres que quieren acercársele. Pero créeme: no tienes ninguna oportunidad.

—¿Qué? Me quedé atónita. Ni siquiera pude procesar lo que quería decir.

Declaró en voz alta: —¡El señor Vernal está casado! ¡Y ama muchísimo a su esposa!

Me quedé otra vez sin palabras del impacto. Solo pude mirarla con los ojos muy abiertos.

Debió de pensar que mi expresión significaba que me había convencido, porque redobló la apuesta. —¡Es verdad! El señor Vernal nunca permite que la empresa se quede trabajando horas extra porque quiere irse a casa con su esposa y su hijo. Siempre tiene fotos de su esposa y su hijo en su escritorio; están ahí sin importar quién lo visite. Yo no las he visto, pero todos dicen que cuando mira esas fotos, es como si mirara todo su mundo.

Se me encendió la cara. Estaba demasiado avergonzada para hablar. —Y… ya veo…

Asintió con fuerza. —Ahora que entiendes, deja de usar trucos baratos como traerle café para acercarte al señor Vernal. Y no lo llames por su nombre de pila. ¡Si te escucha, seguro te despide por su esposa!

Abrí la boca para explicarle. Justo entonces, el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron.

Elias y Arian estaban ahí mismo en el pasillo esperándome. En cuanto Arian me vio, corrió y se me lanzó a los brazos. —¡Mami!

A la nueva empleada se le abrieron los ojos de par en par. Se le cayó la mandíbula.

Elias también se acercó. Me quitó el café de las manos, me rodeó con un abrazo suave y besó mi mejilla. —Gracias por venir, cariño. ¿El café de hoy es una receta nueva?

—Ajá. Pruébalo. Sostenía a mi hijo en brazos y alzaba la mirada hacia mi esposo. Me brillaban los ojos. Una sonrisa imposible de borrar se me extendió por la cara.

La expresión de la nueva empleada era indescriptible. Sus ojos iban de uno a otro mientras balbuceaba, apenas capaz de articular una frase completa. —Te dijo mami… Tú… ¿eres la señora Vernal?

Le dediqué una sonrisa apenada. —Sí. Perdón, olvidé presentarme.

Se le puso la cara roja como tomate. —¡Dios mío! ¡Perdón! Yo no sabía… yo pensé… todo lo que acabo de decir...

—¡Está bien! —la tranquilicé de inmediato—. En realidad, ¡estoy muy feliz! Gracias por decirme cuánto me ama mi esposo.

Mientras hablaba, alcé la vista hacia Elias. Él me devolvió una mirada confundida.

La nueva empleada por fin soltó una risa. Dijo con sinceridad: —¡Ustedes dos son la pareja más amorosa que he visto! Señora Vernal, ¡usted y el señor Vernal se ven tan felices juntos!

Felices…

Sus palabras me hicieron quedarme en silencio un momento.

El dulce malentendido pasó pronto. Esa noche, Elias y yo seguimos nuestra rutina de siempre: cenar con Arian, un cuento para dormirlo y luego retirarnos a nuestra habitación.

Elias me tenía en sus brazos. Percibió mi ánimo y preguntó con suavidad: —¿En qué pensabas hoy?

Me acurruqué contra su pecho, empapándome de su calor. —Pensaba en mi madre.

En aquel entonces, yo era muy pequeña. Igual que ahora, me acurrucaba en el abrazo de mi madre y escuchaba su voz suave contar cuentos de hadas sobre compañeros destinados. Le preguntaba qué se sentía al tener a tu compañero del destino. Siempre respondía que se sentía como «hogar».

Nunca había entendido de verdad esas palabras.

Aunque siempre había estado persiguiendo ese sueño, durante mucho tiempo no lo encontré. Llegué a creer que los cuentos de hadas eran mentiras, cosas que jamás me pasarían.

Pero ahora, se había hecho realidad.

Pensé en Arian durmiendo en la habitación de al lado. Miré a Elias, que me sostenía. Por fin entendí lo que mi madre había querido decir tantos años atrás. Al fin había tomado esta felicidad con mis propias manos.

Aunque el camino había sido largo y sinuoso, lleno de lágrimas y de un dolor que casi me hizo rendirme.

Al final, la Diosa Luna había cumplido su promesa. Y una familia construida sobre un amor profundo.

—Buenas noches, Serenity —murmuró Elias.

—Buenas noches, Elias —respondí con una sonrisa.

Luego cerré los ojos y me quedé dormida en paz entre sus brazos. Igual que aquella niña que una vez se quedó dormida en el abrazo de su madre, hace tantos años.

La diferencia era que ya no estaba escuchando el cuento de hadas de alguien más.

Su propio cuento de hadas por fin se había hecho realidad.

HIERBAS PARA EL ALPHA DEMONÍACO

Gertty Rudraw

PRÓLOGO



DRAVEN

El fuego crepitaba en la chimenea, proyectando sombras vacilantes por toda la habitación mientras Lyra corría alrededor de la mesa, su risa resonando como campanillas de plata. Me lanzó una sonrisa triunfal, con mi bistec robado en su mano, y no pude evitar sonreír con suficiencia.

—¡No! —protestó, anticipando ya mi represalia.

Me recliné en mi silla, fingiendo indiferencia—. ¿Qué dijo Madre sobre jugar mientras comemos?

—Eso no hará que me siente a tu lado —respondió ella, con los ojos brillantes de picardía—. Sé que tienes algo planeado.

—No voy a negarlo.

Ella jadeó con fingida indignación—. ¡Madre! ¡Padre! ¡Díganle a Draven que se aparte!

Nuestros padres intercambiaron una mirada divertida, su risa cálida e indulgente. Mi padre, el temible Alfa de la Manada Silvershadow, no se parecía en nada al líder despiadado que era en este momento, solo un hombre disfrutando de la cena con su familia. La alegría de mi madre era contagiosa, su sonrisa iluminaba la habitación.

Por un instante, deseé que esto pudiera durar para siempre.

Entonces, sin previo aviso, el aire se volvió gélido.

Mi padre se quedó inmóvil, su tenedor suspendido en el aire. Sus ojos se nublaron, su cuerpo rígido como si hubiera sido atrapado por una fuerza invisible. Las bromas murieron en mi garganta.

La sonrisa de Lyra vaciló—. ¿Padre?

No hubo respuesta.

Mi madre lo alcanzó, su voz temblorosa—. ¿Alaric?

Pero el hombre ante nosotros ya no era mi padre. Su agarre se tensó alrededor de su muñeca, sus dedos hundiéndose en su carne. Un gruñido bajo y gutural retumbó desde su pecho, y mi sangre se congeló.

Me lancé hacia adelante—. ¡Suéltala!

Mis puños golpearon contra su pecho, pero no se inmutó. Su mirada se fijó en la mía, vacía pero llena de algo monstruoso.

—¡Corran! —jadeó mi madre, con la voz tensa—. ¡Llévate a Lyra y váyanse!

No podía. No lo haría.

El crujido de los huesos resonó por la habitación mientras su cuerpo se retorcía, su forma humana cediendo ante la bestia interior. Mi madre cambió de forma en un borrón de pelo y colmillos, interponiéndose entre nosotros y el monstruo que alguna vez había sido su compañero.

Pero ni siquiera ella era rival para la locura que se había apoderado de él.

Un grito se desgarró de su garganta cuando las fauces de él se cerraron alrededor de su cuello. La sangre salpicó las paredes, el sabor metálico espeso en el aire. Me quedé paralizado, mi corazón

destrozándose mientras sus esfuerzos se debilitaban, su cuerpo quedando inerte en su agarre.

—¡NO!

Los sollozos de Lyra llenaron el silencio, pero todo lo que podía escuchar era el rugido de mi propio pulso. El cuchillo ceremonial brillaba sobre la mesa: la hoja de mi madre, forjada para protección.

No pensé. Me moví.

La hoja se hundió en su costado, y él se tambaleó, su forma masiva derrumbándose en el suelo. La locura se desvaneció de sus ojos, reemplazada por un destello de reconocimiento.

—Draven... —su voz era un susurro, cruda de arrepentimiento—. Lo siento.

Mis manos temblaban mientras sujetaba la empuñadura, su sangre resbaladiza entre mis dedos—. Padre...

—No es tu culpa —su respiración se entrecortó—. Nunca... tu culpa.

Y entonces se fue.

La habitación quedó en silencio excepto por los lloros ahogados de Lyra. Me volví hacia el cuerpo sin vida de mi madre, su sangre manchando mis manos, mi ropa, mi alma.

El Alfa estaba muerto. La Luna se había ido.

¿Y el chico que mató a su propio padre?

Ya no tenía nada que perder.

CAPÍTULO 1



ELARA

Tres días.

Era todo lo que tenía: tres días para prepararme para un destino que nunca elegí, para unirme a un hombre que jamás había conocido. Un hombre al que el mundo llamaba monstruo.

Mi respiración tembló mientras permanecía frente a las imponentes puertas ceremoniales, mis manos temblando bajo los pliegues de mi vestido. Las apreté en puños, obligándolas a quedarse quietas. La debilidad no era una opción aquí. No ahora.

—¿Está lista, mi señora?

La voz de Lyssa era suave, cautelosa, pero incluso ese susurro amenazaba con deshacer el frágil control al que me aferraba. Mi estómago se revolvió, mis palmas húmedas de sudor bajo el peso de mi vestido. Un nudo se espesó en mi garganta, imposible de tragar, mientras el aire se volvía escaso y sofocante, con las paredes oprimiéndome a mi alrededor.

¿Lista? ¿Cómo podría alguien estar lista para esto?

Un matrimonio por deber, no por amor. Un pacto sellado antes de que yo naciera, atándome a un hombre temido por todos.

El Rey Demonio. Draven Silvershadow. Un nombre pronunciado en tonos apagados, llevado en susurros de guerra y muerte.

El Alfa de Silverpeak. El Rey Alfa de todos los Alfas más allá de las Siete Montañas.

Aquel que había masacrado a un ejército entero de renegados sin transformarse, que había despedazado a un Alfa con sus propias manos.

Aquel de quien decían que no tenía corazón, ni misericordia—solo sed de sangre.

Y ahora, estaba a punto de convertirse en mi esposo.

Un dolor agudo ardió detrás de mis ojos, pero parpadee rápidamente, forzando las lágrimas a retroceder. Levanté mi mentón y asentí, presionando mis labios para mantener la compostura. No aquí. No frente a mi gente. Pero el precio de su supervivencia era más pesado de lo que jamás había imaginado.

Lyssa dudó a mi lado, percibiendo mi tormento. —Lo siento, mi señora —murmuró, su voz impregnada de compasión—. Tres días no fueron suficientes para que nadie pudiera...

—No habría importado si hubiera tenido tres años —interrumpí, con voz hueca.

Porque al final, el resultado habría sido el mismo. Este matrimonio no se trataba solo del pacto; se trataba de supervivencia. Sin la alianza de Silverpeak, Emerald Vale caería.

Nuestras fronteras se habían debilitado bajo los incesantes ataques de los renegados. Nuestros guerreros estaban exhaustos. Nuestras tierras se tambaleaban al borde del colapso.

Los renegados se acercaban cada vez más. Sin esto, mi gente moriría de hambre. Mi reino ardería.

Así que avancé, cada paso más pesado que el anterior.

En las puertas, mi padre esperaba. En el momento en que nuestros ojos se encontraron, el arrepentimiento destelló en su mirada—profundo y crudo. Siempre lo había visto como inquebrantable, un guerrero que nunca vacilaba. Pero ahora, sus hombros se hundían bajo el peso de su corona, sus ojos enrojecidos por las noches de insomnio.

Cuando me miró, el arrepentimiento sangraba a través de él como una herida abierta.

—No me mires así —susurré.

No quería su dolor. Quería que detuviera esto. Pero no podía. Esta era nuestra única esperanza.

Se veía más viejo hoy, el peso de decisiones imposibles tallando líneas profundas en su rostro. Pero cuando me miró, vi más allá del Alfa—vi a mi padre. El hombre que una vez me llevó sobre sus hombros para ver el amanecer sobre las colinas. El hombre que me sostuvo cuando lloré por rodillas raspadas y sueños rotos. El hombre que me enseñó a luchar cuando era demasiado terca para esperar a un entrenador.

El hombre que me amaba.

Y, sin embargo, era el mismo hombre que me entregaba a la bestia.

Mi garganta se tensó cuando él se acercó, sus manos posándose suavemente sobre mis hombros. —Elara —dijo, su voz espesa de palabras no pronunciadas.

Sabía lo que quería decir. Que lo sentía. Que si hubiera habido otra manera, la habría tomado. Que invocar el pacto no se trataba solo de honrar un acuerdo olvidado hace tiempo, se trataba de salvar a nuestra gente.

Los renegados nos habían presionado demasiado. El consejo no tenía respuestas, ni ayuda. Otras manadas ya habían caído. Era solo cuestión de tiempo antes de que nosotros también lo hiciéramos.

Esta era la única manera.

Su mandíbula se tensó, y por un breve momento, vi al padre de nuevo—el hombre que quería salvar a su hija, pero no podía.

Sus dedos apretaron los míos, una disculpa silenciosa. Pero no era suficiente. Nunca sería suficiente. Porque estaba caminando hacia mi propia ruina por el bien de mi gente.

—Iba a decir... Te ves radiante. Justo como tu madre.

Una punzada aguda golpeó mi pecho ante la mención de ella. —Gracias —logré decir, aunque las palabras se sintieron vacías.

Me estudió un momento más, su pulgar acariciando mis nudillos como para consolarme. —Sé que esto no es lo que querías —murmuró, su voz cargada de emoción—. Y sé que tienes miedo.

—No tengo miedo.

Pero mis manos temblorosas me traicionaron.

Su suspiro estaba cargado de culpa y algo más que no pude nombrar. Suavemente, me atrajo a un abrazo, y el gesto inesperado casi me deshizo. Mis ojos ardieron, pero me negué a dejar caer las lágrimas.

—Está bien, padre —susurré, con la voz quebrada.

Cuando nos separamos, su mano se quedó en mi hombro. Por un momento, vi al hombre que me había criado —aquel que me levantaba en alto durante las reuniones de la manada, que me había enseñado a montar cuando yo era demasiado terca para esperar a un tutor.

Ese hombre seguía ahí, pero estaba agobiado por los años, por la carga del liderazgo y las decisiones imposibles que este exigía.

—Debes saber, Elara —dijo suavemente, con tono firme—. Si hubiera cualquier otra manera...

—No la hay —lo interrumpí, forzando una pequeña sonrisa—. Y lo entiendo, padre.

Él asintió, apretando los labios en una fina línea, y me ofreció su brazo. Coloqué mi mano sobre la suya, armándome de valor.

Entonces, las puertas se abrieron con un gemido.

La luz se derramó sobre los pisos de mármol, y mi respiración se entrecortó mientras avanzaba —hacia la guarida de los lobos.

El salón ceremonial se extendía ante mí, vasto e imponente, con el peso de cientos de miradas presionándome desde todos lados. Candelabros dorados ardían en lo alto, pero su resplandor no lograba ahuyentar el frío que se filtraba en mis huesos.

Porque al final del salón, esperándome...

Estaba él.

Draven. El Rey Demonio.

No se movió cuando avancé, pero su presencia me envolvió —una fuerza de la naturaleza, cruda e inflexible. El poder irradiaba de él en oleadas, lo suficientemente densas como para ahogar el aire entre nosotros. Su mirada plateada me clavó en mi sitio, la mirada de un depredador que despojaba cada pretensión, cada defensa que jamás hubiera construido.

El momento se extendió, cargado de algo eléctrico, algo vivo. El aroma a cuero y acero se aferraba a él, mezclándose con el tenue y peligroso almizcle de su lobo. Mi respiración se entrecortó, un calor lento y traicionero desplegándose por mi columna —no era consuelo, sino una advertencia. Una promesa.

Aparté la mirada, pero fue inútil. Su atención era una marca que quemaba a través de mi determinación, dejándome expuesta. Su dominancia me presionaba como un peso físico, una exigencia tácita que hacía doler mis huesos.

Yo sabía que sería formidable. Una tormenta hecha carne. Pero nada podría haberme preparado para la realidad de él —la forma en que su cabello oscuro enmarcaba un rostro tallado en granito, la cicatriz irregular que cruzaba su mejilla como testimonio de batallas que no podía comprender. No llevaba túnicas ceremoniales, solo armadura de cuero negro, como si hubiera llegado no para una boda sino para la guerra.

Cada paso hacia él se sentía como entrar al ojo de un huracán. Mi pulso rugía, un frenético tamborileo contra mis costillas. Por un momento imprudente, quise correr.

Entonces su mano se extendió —ancha, cicatrizada, la mano de un guerrero. El silencio entre nosotros era ensordecedor.

La miré fijamente, con los dedos temblorosos. Este era el precipicio. El punto sin retorno.

El mundo se estrechó. Los murmullos de la multitud se desvanecieron, la luz dorada de los candelabros parpadeaba como si percibiera el cambio en el aire.

Coloqué mi mano en la suya.

Por un latido, no sucedió nada.

Luego...

Fuego. No el repentino incendio de un fuego salvaje, sino la lenta e insidiosa quemadura de una brasa que se enciende. Se deslizó por mis venas, antiguo e inexorable, enroscándose alrededor de mis costillas como el abrazo de una serpiente. Mi loba se agitó, no con violencia sino con una silenciosa y aterradora certeza.

Pareja.

La palabra resonó en mi mente, un gruñido que era mío y a la vez no lo era en absoluto.

Sus dedos se apretaron —lo suficiente para recordarme su fuerza, su control. Los callos de sus palmas rasparon contra mi piel, ásperos e inflexibles. Su calor era insoportable.

Me atreví a mirar hacia arriba.

Sus ojos plateados penetraron los míos, una tempestad de emociones ilegibles. Por el más breve instante, algo destelló allí — una grieta en el hielo, una ondulación en el abismo. Luego desapareció, dejando solo la fría indiferencia que había llegado a esperar.

Me soltó demasiado rápido, como si el contacto lo inquietara tanto como a mí.

La voz del oficiante cortó el silencio, seca y ceremonial.

—¿Tú, Elara del Valle Esmeralda, aceptas al Alfa Draven de Pico Plateado como tu pareja, para honrarlo y gobernar a su lado hasta la muerte?

Mis labios se separaron, pero las palabras se aferraron a mi garganta. El peso de cientos de ojos me oprimía.

Draven no dijo nada. No ofreció consuelo. Su mirada era una marca, implacable e indescifrable.

¿Era esto una prueba? ¿O era tan indiferente como decían las leyendas?

Tragué el nudo en mi garganta. Esto era por mi gente.

—Acepto.

Las palabras sabían a cenizas.

El oficiante se volvió hacia Draven.

—Y tú, Alfa Draven, ¿aceptas a Elara del Valle Esmeralda como tu pareja, para que gobierne a tu lado hasta la muerte?

Una pausa. No vacilación. No reticencia. Algo más oscuro. Algo deliberado.

Cuando habló, su voz era el invierno mismo —fría, calculada, desprovista de calidez.

—Acepto.

Sin vacilación. Sin emoción.

El oficiante asintió. —Que comience entonces el ritual de sangre.

Una daga fue colocada en las manos de Draven. No se inmutó cuando la hoja cortó su pulgar, la sangre brotando al instante. Por supuesto que no. Él era todo lo que decían —un arma, un monstruo, un hombre que no sangraba.

Luego fue mi turno.

La hoja mordió profundo, afilada y cruel. Apenas logré reprimir mi jadeo cuando nuestras heridas se presionaron juntas, nuestra sangre mezclándose.

En el momento en que nuestra piel se tocó, el mundo estalló.

Fuego y relámpagos surgieron a través de mí, una onda expansiva de poder que puso mis sentidos al límite. Mi loba despertó, su gruñido vibrando en el fondo de mi mente, primitivo y posesivo.

Pareja.

La palabra era un rugido, un reclamo, una verdad que no podía negar.

Levanté la mirada —y me quedé paralizada.

Los ojos plateados de Draven brillaban, tenue pero inconfundiblemente. Un sonido bajo y gutural escapó de él, un retumbar que vibró en mi pecho, en mi alma.

Por un momento destrozado, el hielo en su mirada se agrietó. Algo crudo e indómito destelló allí —algo que ninguno de los dos podía controlar.

Su mandíbula se tensó. Sus dedos presionaron los míos, demorándose un latido demasiado largo antes de soltarme.

La voz del oficiante sonaba distante. —Está hecho. Están unidos por sangre.

Pero las palabras carecían de significado.

* * *

El viento aullaba entre los árboles desnudos, sus dedos helados arañando mi piel mientras cabalgaba por el terreno desconocido. A mi lado, mi nuevo esposo —el hombre al que llamaban el Rey Demonio— permanecía en silencio, su presencia tan implacable como el mismo invierno.

Habían pasado horas desde que dejé atrás a mi padre, mi hogar, todo lo que conocía. Horas desde que el ritual de sangre me había unido a Draven, un hombre cuyo nombre solo bastaba para hacer temblar las espinas dorsales de los guerreros más valientes.

Sin embargo, no me había dirigido ni una sola palabra.

Cabalgaba adelante, su postura rígida, su expresión oculta bajo la sombra de su capa negra. Sus guerreros nos flanqueaban, moviéndose en una perfecta y escalofriante sincronía —silenciosos, vigilantes, su disciplina asfixiante. Incluso el golpeteo rítmico de los cascos contra la tierra congelada parecía ensayado, como si cada respiración, cada paso, formara parte de algún ritual tácito.

Yo era una extraña aquí. Mi yegua, un esbelto semental gris que me había regalado mi padre, se movía inquieta bajo mi peso, su nerviosismo reflejando el mío. La tensión en el aire era palpable, tan espesa que podría ahogarme.

Exhalé lentamente, mi aliento formando volutas en el aire gélido. —El paisaje aquí es diferente al de Valle Esmeralda —aventuré, con voz suave pero decidida—. Más escarpado. Más abierto.

Sin respuesta. Draven ni siquiera me miró. Mis dedos se tensaron alrededor de las riendas, el cuero clavándose en mi piel.

—Imagino que los inviernos son más duros aquí —insistí, ignorando el temblor de mi voz—. ¿Cómo se prepara tu gente?

De nuevo, nada. El silencio de Draven era un muro, impenetrable y frío. Apreté la mandíbula. Bien. Si quería silencio, silencio tendría.

El sonido de los cascos llenaba el aire, pero no hacía nada para aliviar el peso que oprimía mi pecho. Las miradas de los guerreros quemaban mi espalda, su escrutinio implacable. ¿Me estaban protegiendo? ¿O esperaban que flaqueara? No sabía qué posibilidad me inquietaba más.

Entonces, el aire cambió.

Un olor nauseabundo se enroscó en el viento, enviando una advertencia primaria que recorrió mi columna. Era familiar... demasiado familiar. El mismo hedor que se había adherido a los ataques de los renegados que asolaban a mi manada durante meses. Mi yegua resopló, sus orejas aplastadas contra su cráneo.

Me enderecé en la silla, mis ojos escudriñando los árboles esqueléticos que bordeaban el camino. Las ramas se mecían, sus susurros perdidos en el viento. Pero lo sentía —la presencia acechando justo más allá de la vista.

No estábamos solos.

Los pelos de mi nuca se erizaron mientras el instinto gritaba una advertencia. Draven detuvo su caballo bruscamente, sus ojos plateados entrecerrándose mientras inhalaba profundamente. Sus guerreros lo imitaron, sus movimientos sincronizados. Un gruñido

bajo y gutural retumbó desde uno de ellos, el sonido vibrando a través de la tierra misma.

—¿Son quienes creo que son? —susurré, mi voz apenas audible.

Nadie respondió.

Draven no me miró. Sus dedos se crisparon —solo ligeramente, apenas perceptible— y sus guerreros reaccionaron al instante. Se desplegaron, algunos deslizándose entre los árboles como sombras, otros formando un círculo protector a nuestro alrededor.

Entonces, una rama se quebró. El viento se detuvo.

Y las sombras se movieron.

El primer renegado se abalanzó desde la maleza, sus fauces retorcidas en un gruñido, ojos amarillos brillando con hambre feroz. Más lo siguieron —cinco, seis, sus cuerpos demacrados enrollados con poder letal, su pelaje enmarañado con sangre y suciedad.

Renegados. Los mismos monstruos responsables de las muertes de mi gente.

Mi sangre hirvió.

Uno de ellos saltó directamente hacia mí. Mi yegua se encabritó, su grito perforando el aire. Me aferré a las riendas, mi pulso martilleando mientras luchaba por mantener el equilibrio. El renegado era demasiado rápido, estaba demasiado cerca —garras extendidas, el hedor a descomposición espeso en el aire—

Y entonces Draven se movió.

No lo había visto desmontar. Pero de repente, estaba allí.

Un momento, el renegado estaba en el aire, sus garras a centímetros de mi garganta. Al siguiente, la mano de Draven salió disparada, atrapando a la bestia por el cuello. Un crujido nauseabundo resonó por el claro mientras sus dedos se cerraban, aplastando huesos y tendones sin vacilación.

El renegado quedó inerte. Draven dejó caer el cadáver como si no fuera nada.

Luego, se volvió hacia el siguiente.

Los renegados restantes dudaron —solo por un latido. Su líder, una bestia enorme y cicatrizada, gruñó y cargó. Draven lo enfrentó directamente.

Sin vacilación. Sin misericordia. Solo poder crudo y aterrador.

Esquivó el primer zarpazo, moviéndose con velocidad inhumana, luego desgarró el pecho del renegado con sus garras. No un corte limpio —una herida brutal y desgarradora. El renegado gimió, tambaleándose hacia atrás, pero Draven no se detuvo. Agarró su hocico, las garras hundiéndose profundamente, y giró bruscamente.

Otro chasquido. Otro cuerpo golpeando el suelo.

Y aún así, no disminuyó su ritmo.

Un segundo lobo se abalanzó hacia su espalda. Draven giró justo a tiempo, sus garras destellando. El renegado gritó mientras su vientre se abría, desplomándose en un montón sin vida.

La sangre surcaba el rostro de Draven, pintando sus rasgos afilados de carmesí. No se la limpió. No vaciló. Simplemente siguió matando.

Uno por uno, los renegados cayeron. Algunos intentaron huir. Él los atrapó. Algunos lucharon con más fuerza. Él los despedazó. No era una batalla —era una masacre. Y Draven era la tormenta que la desataba.

El último renegado gimoteó, agachándose, sus ojos moviéndose entre sus compañeros caídos y el monstruo que se alzaba ante él. Sabía que había perdido.

Pero se abalanzó de todos modos.

Draven lo encontró a medio camino. Su mano se cerró alrededor de su garganta en pleno aire, las garras hundiéndose. Lo sostuvo allí,

dejándolo luchar —luego, sin vacilación, le arrancó la garganta.

La sangre salpicó su brazo, su pecho. El renegado cayó inerte, estremeciéndose una vez antes de quedarse quieto.

Draven lo dejó caer.

Silencio.

Incluso sus guerreros se quedaron mirando, conteniendo la respiración. El único sonido era la exhalación constante de Draven, su pecho subiendo y bajando uniformemente, como si no hubiera hecho nada más que dar un paseo.

La sangre goteaba de su mandíbula, dejando rastros por su cuello. Solo entonces —solo después de que cada enemigo yacía muerto a sus pies— se la limpió. Con naturalidad. Sin esfuerzo.

Como si la carnicería a su alrededor no fuera nada.

Se pasó el dorso de la mano por la mejilla, limpiándose el carmesí. Luego, sin decir palabra, se dio la vuelta y caminó hacia mí.

Mi pulso rugía en mis oídos. Nunca había visto a nadie pelear así — nunca había visto la muerte entregada tan limpiamente, tan sin esfuerzo.

Draven avanzó a zancadas, sus botas crujiendo sobre hojas caídas y cuerpos, sus movimientos tan medidos y letales como lo habían sido en batalla. Me quedé inmóvil, mis dedos apretando las riendas.

Se detuvo a solo un suspiro de distancia.

Entonces, me examinó. No apresuradamente. No con preocupación. Solo... evaluando. Su mirada recorrió mi figura, deteniéndose en mis manos, mis brazos, mi garganta. ¿Buscando heridas? ¿O algo más?

Sus ojos plateados se elevaron hasta los míos, penetrantes e indescifrables. —¿Estás herida?

La pregunta fue plana, desprovista de calidez.

Tragué saliva, forzando mi voz a mantenerse firme. —No.

Draven sostuvo mi mirada una fracción de segundo más. Luego —un único y breve asentimiento.

Y sin otra mirada, se dio la vuelta y regresó a su caballo. Como si nada hubiera pasado. Como si no acabara de masacrar a toda una manada de renegados con sus propias manos.

El aire cambió en el momento en que cruzamos las fronteras de Silverpeak. Lo sentí en mis huesos.

Valle Esmeralda había sufrido ataques de renegados durante meses, pero incluso en sus días más oscuros, había habido risas en las calles, el sonido de niños jugando, el murmullo de la vida.

Pero aquí...

Silencio.

La fortaleza de piedra de la casa de la manada se alzaba ante nosotros, sus oscuras torres cortando el cielo gris como dientes irregulares. Al pasar por las puertas, el silencio se profundizó, presionando como un peso físico.

Los lobos estaban en formación, sus rostros impasibles. Guerreros, rígidos e inmóviles. Ancianos, sus miradas afiladas con juicio no expresado. Incluso los niños no se movían ni susurraban. No había risas, ni curiosidad —solo una inquietante y disciplinada quietud.

Esto no era una manada. Era un ejército disfrazado de hogar.

Se inclinaron cuando pasamos cabalgando. Sin sonrisas. Sin vítores.

Draven no los reconoció. Tampoco lo hicieron sus hombres.

Finalmente nos detuvimos frente a la casa de la manada. En el momento en que pasé mi pierna para desmontar, una mano firme agarró mi cintura.

El calor abrasó a través de las capas de mi vestido, marcando mi piel como si la tela no existiera. El mundo se inclinó —solo ligeramente. Un escalofrío recorrió mi columna, agudo y desorientador. El aroma de cedro y escarcha me envolvió, hundiéndose en mis sentidos.

Draven.

Su toque era sólido, inflexible, la aspereza de su palma un marcado contraste con la frialdad de su comportamiento. Mi estómago se tensó. Mi loba se agitó violentamente, ronroneando ante el contacto, exigiendo más.

Más. Más cerca.

Apreté los puños, luchando contra el calor desconocido que se acumulaba en mi interior. Este era el mismo hombre que apenas me había reconocido. Entonces, ¿por qué? ¿Por qué su toque encendía algo tan no deseado, tan insoportable, tan innegable?

Su otra mano rozó mi espalda —firme, estable. Sus dedos se flexionaron durante medio segundo antes de soltarme, como si algo invisible hubiera ondulado a través de él. El calor de su toque persistió, mucho más tiempo de lo que debería.

Debería haberme apartado primero. Pero no lo hice. No inmediatamente.

Por un suspiro, estuvimos pecho contra pecho, el frío del aire no era nada comparado con el calor que emanaba de él. Cometí el error de mirar hacia arriba.

Ojos plateados. Afilados. Penetrantes. Algo oscuro brilló allí, algo tan peligroso como el vínculo que tiraba entre nosotros.

Mi respiración se entrecortó. Debería haberme movido. Debería haber roto el momento antes de que se desenredara más. Pero no pude.

No con mi cuerpo aún vibrando. No con sus manos todavía flotando cerca de mi cintura. No cuando mi loba suspiraba ante el contacto,

susurrando una única y condenatoria palabra en el fondo de mi mente.

Pareja.

Sus dedos se crisparon —como si él también lo sintiera. Y luego, tan rápidamente como me había sujetado, me soltó.

Retrocedí tambaleándome, mi pulso rugiendo en mis oídos, mi cuerpo traicionándome con su persistente calidez.

—Cuidado —murmuró, la palabra tan baja que apenas la capté.

Uno podría pensar que realmente le importaba. Pero yo sabía mejor.

Me obligué a respirar, a ignorar la forma en que mi piel aún ardía. Enderezando mi columna, levanté la barbilla, igualando su fría indiferencia. —No necesitaba tu ayuda —solté, ignorando la mentira en mis propias palabras.

La mirada de Draven se dirigió a mis labios por una fracción de segundo. Luego, sin decir otra palabra, se alejó, desviando su atención hacia sus guerreros. Permanecían rígidos y silenciosos, sus expresiones indescifrables. ¿Alguna vez hablaban?

Una mujer mayor salió de la casa de la manada, su cabello veteado de plata recogido hacia atrás, sus ojos agudos sin perder detalle. —Alfa.

Draven inclinó la cabeza. —Mirella.

La mujer se volvió hacia mí, su mirada recorriéndome con precisión clínica. Draven no se molestó en hacer presentaciones.

¿Decencia? ¿En qué estaba pensando? Dudaba que tal cosa existiera en sus huesos.

Me forcé a sonreír cortésmente. —Saludos, Mirella. Es un placer conocerla. Soy...

—Luna —interrumpió ella, con voz plana.

Sin sonrisa. Sin calidez. Solo un asentimiento. Algo en mi estómago se retorció. ¿Era esta la frialdad que tendría que soportar el resto de mi vida?

Esto hacía que la idea del matrimonio con el Rey Demonio fuera mucho peor de lo que había imaginado. Podía lidiar con un monstruo. ¿Pero un hogar sin calidez? Ese era un destino para el que no me había preparado.

Draven se dio la vuelta. —Ocúpate de sus necesidades.

Algo dentro de mí se quebró.

—¿Eso es todo? —Mi voz era tranquila, pero cortó el silencio como una navaja.

Draven se detuvo. Sus hombros se tensaron ligeramente, pero no se giró.

—¿Qué más quieres, princesa?

La forma en que lo dijo —mi título goteando desdén— envió un extraño calor recorriendo mi columna vertebral. No debería haber importado. Pero la manera en que mi estómago se contrajo me traicionó.

Di un lento paso hacia adelante. —¿No vas a darme la bienvenida a nuestro hogar? ¿Mostrarme los alrededores? ¿Quizás incluso nuestra habitación?

Esta vez, él se volvió. Sus ojos plateados se clavaron en los míos, agudos e indescifrables. Mi loba se agitó, atraída por su presencia como una polilla a la llama.

—Para eso está Mirella.

Miré a Mirella, quien ahora contemplaba la distancia con expresión vacía. —Como recién casados, ¿no deberíamos estar creando un vínculo?

Sus ojos se oscurecieron. —No te confundas, Elara. Este no es un matrimonio real. Estoy cumpliendo una promesa a tu padre, nada más. Recuérdalo.

Me estremecí. No porque sus palabras me sorprendieran, sino porque aún dolían.

Nunca había esperado amor. Pero había esperado un hogar. Un esposo que al menos reconociera mi existencia.

Tragué el nudo en mi garganta, obligando a mi expresión a congelarse. —No olvidaré mi lugar, Alfa.

Su mandíbula se tensó. Por un segundo, pensé que podría decir algo más. Pero entonces...

—Alfa —interrumpió una voz profunda.

Un hombre alto y de hombros anchos se acercó, su cabello oscuro veteado de plateado. Saludó a Draven con un asentimiento antes de volverse hacia mí. —Luna.

Su tono era educado, incluso respetuoso. Pero no cálido. Asentí en respuesta.

Draven comenzó a alejarse, pero dudó. Solo por una fracción de segundo. Fue rápido, apenas perceptible, pero lo noté. La forma en que sus dedos se curvaron ligeramente a su costado, como resistiéndose a algo.

Luego desapareció, reemplazado por la misma frialdad indiferente.

—El Alfa Draco le está esperando —le informó el Beta.

Draven asintió bruscamente y se alejó a grandes zancadas sin decir una palabra más. En el momento en que desapareció en la fortaleza, el silencio se hizo más pesado que antes.

Los lobos de la manada seguían sin encontrarse con mi mirada. Inhalé lentamente, luego exhalé. De repente, extrañé mi hogar. Extrañé las risas. Extrañé la sensación de pertenencia.

Parpadee con fuerza, alejando el ardor de mis ojos. No lloraría.

Mirella aclaró su garganta. —Por favor sígame, Luna.

Y lo hice.

Me guió a través de la fortaleza, por pasillos largos y vacíos, bordeados de piedra negra y antorchas que apenas disipaban la penumbra. El aire estaba cargado de silencio.

Subimos por una escalera en espiral. Cuanto más alto llegábamos, más frío hacía.

Cuando alcanzamos la cima, Mirella se detuvo frente a un enorme conjunto de puertas de madera. Las empujó para abrirlas, luego se hizo a un lado sin decir palabra.

Di un paso lento hacia adelante, recorriendo la habitación con la mirada.

Una cama enorme se alzaba en el centro, cubierta con pieles. Una chimenea descansaba contra la pared del fondo, apagada. Gruesas cortinas cubrían las ventanas, bloqueando la poca luz que quedaba.

Todo estaba impecable. Pero intacto. Como si nadie hubiera vivido realmente aquí.

Me volví hacia Mirella. —¿Esta es mi habitación?

Ella asintió.

Dudé. —¿Y la del Alfa?

Su expresión no cambió. —Al otro lado del pasillo.

Draven no podría haber dejado más claro que yo no era bienvenida aquí. Mi pecho se tensó. Desde el principio, él no tenía intención de tratar esto como un matrimonio real.

Bien. No esperaba menos.

Forzando una respiración, me moví hacia las ventanas y aparté las cortinas. La vista se extendía a través de la interminable y muerta extensión de Silverpeak. Miré mi reflejo en el cristal.

Pequeña. Sola. No deseada.

Apreté los puños. —Silverpeak es muy diferente de Valle Esmeralda.

Mirella no reaccionó.

Me volví para enfrentarla. —¿Siempre ha sido así?

Ella dudó. Luego, con cuidadosa cortesía, dijo: —Es como siempre ha sido.

Exhalé. —Puedes irte. Estaré bien.

Mirella dudó, luego hizo una pequeña reverencia y se fue.

La puerta se cerró tras ella. Y por primera vez desde que dejé mi hogar, estaba sola.

CAPÍTULO 2



ELARA

Dos días en esta fortaleza silenciosa y asfixiante. Dos días siendo nada más que un fantasma.

Sin calidez. Sin palabras. Ni siquiera de Draven.

El personal se movía a mi alrededor como si yo no existiera. Corteses, distantes, obedientes, pero vacíos. Sus miradas pasaban sobre mí, sus movimientos cuidadosos, calculados.

No por respeto. Por miedo. Nadie me daba la bienvenida. Nadie hablaba a menos que fuera necesario.

Hacían reverencias, cumplían con sus deberes y desaparecían, como si yo fuera algo delicado y peligroso que no podían permitirse reconocer.

Al principio, me dije a mí misma que solo era un período de adaptación. Que se acostumbrarían a mí.

Pero mientras más los observaba, más me daba cuenta: esto no era una adaptación. Era una regla. Y yo era la única que no conocía su lugar.

Ya no podía soportarlo más. Empujé la puerta, la madera pesada crujió como si hasta ella objetara mi presencia.

El pasillo más allá estaba tenue, interminable, con las antorchas proyectando largas y dentadas sombras contra la piedra.

Se sentía como caminar a través de un cementerio. Silencioso. Frío. Embrujado.

No había dado ni dos pasos cuando una sirvienta apareció al final del corredor. Se congeló. Rígida. Dudó antes de hacer una reverencia y salir apresuradamente.

Dondequiera que volteaba, veía guerreros moviéndose. Salvo por la reverencia que me hacían, ni uno solo se atrevía a encontrar mi mirada. Era como si no se me debiera hablar, o peor, como si fuera una presencia indeseada.

Si Draven pensaba que me sentaría callada en un rincón, esperando a que reconocieran mi existencia, estaba equivocado.

Doblé una esquina y casi choqué con Mirella. Una inhalación brusca. Un paso atrás. La sorpresa de Mirella fue breve, pero la capté. El ligero ensanchamiento de sus ojos antes de que volviera a componer su rostro en líneas cuidadosas y neutrales.

—Luna —inclinó su cabeza rígidamente.

Asentí en respuesta. —Mirella.

—¿Necesita algo, Luna? —su voz era tan seca y frágil como el aire.

—No, solo quería conocer a la manada —dije, levantando mi barbilla con determinación. Mirella dudó por un momento, desviando sus ojos hacia un lado.

—¿El Alfa está al tanto, Luna? —preguntó, con tono cauteloso.

Sabía lo que realmente estaba preguntando. ¿Lo aprobaría Draven? Un destello de desafío ardió en mi pecho.

—No —dije con firmeza—. Pero no soy su prisionera. Soy su esposa. No necesito su permiso para conocer mi nuevo hogar.

Antes de que pudiera responder, una vocecita llamó desde el otro lado del pasillo. —Madre, aquí estás. Te he estado buscando por todas partes.

Los ojos de Mirella se movieron en esa dirección, y seguí su mirada para ver a una niña. No tendría más de doce años, se apresuraba hacia nosotras, su trenza oscura rebotando contra su espalda.

Mirella exhaló, frotándose la sien. —Viola, ¿no ves que estoy con la Luna? —preguntó.

Los ojos de la niña se agrandaron cuando me vio, e inmediatamente hizo una profunda reverencia. —Lo siento mucho, Luna —dijo, con voz vacilante.

Parpadeé ante su reacción, una extraña incomodidad instalándose en mi estómago. Levanté mi mano para detenerla. —Por favor, no es necesario. Además, debes tener algo importante que decirle a tu madre.

Viola se enderezó con vacilación, lanzando una mirada furtiva a su madre. Entonces me di cuenta: estaba esperando permiso para hablar.

¿La autoridad de Draven había dejado a todos en esta manada así? ¿Viviendo en silenciosa obediencia? Me volví hacia Mirella.

Los labios de Mirella se fruncieron, solo un poco. —Estoy segura de que no es nada, Luna. Sobre lo que dijo antes. Creo que usted todavía no conoce el camino, Luna, así que le diré que deje que Viola sea su guía.

Miré a la niña, que estaba paralizada, retorciendo los dedos en su vestido.

—Oh —dije, repentinamente incómoda—. Solo si ella quiere.

La cabeza de Viola se levantó tan rápido que me sobresaltó. —¡No, Luna! Quiero decir... ¡sí! Sería un honor —su voz salió en un torrente

sin aliento, sus manos agarrando su falda como si esperara que yo cambiara de opinión.

Fruncí el ceño. ¿Por qué parecía tan... aliviada?

—Gracias, Mirella. Parece que a Viola no le importaría mostrarme los alrededores.

—De nada, Luna. El Alfa dijo que deberíamos atender sus necesidades.

Me quedé helada al mencionar al Demonio. Por supuesto, ella solo estaba siguiendo instrucciones. ¿Qué estaba esperando?

—Viola, la Luna necesita que le muestres la manada. Tengo otros deberes que atender.

Los ojos de Viola parpadearon entre su madre y yo. Había vacilación en su mirada, pero asintió rápidamente, claramente ansiosa por obedecer.

—Por supuesto, Luna. Sería un honor.

Le sonreí, aunque una pequeña punzada de culpa tiraba de mi pecho. Se sentía incorrecto ser llamada "Luna" cuando era solo un título de nombre.

—Si eso es todo, Luna, ¿puedo retirarme?

—Por supuesto.

Mirella me dio una sonrisa tensa antes de darse la vuelta y alejarse, dejándome con Viola. La niña parecía nerviosa al principio, pero cuando sonreí, se relajó.

—Bueno —dije, tratando de romper la incomodidad—,

—Solo he estado aquí unos días y apenas he visto nada. ¿Te molestaría mostrarme el lugar?

Los ojos de Viola se iluminaron, y una pequeña sonrisa genuina asomó en sus labios. —¡Por supuesto! Me encantaría.

Me guio por los pasillos, mostrándome las distintas partes del complejo de Silverpeak. La manada era grande, con muros de piedra imponentes y fríos.

Observé cómo los guerreros marchaban por los corredores de piedra, con movimientos precisos y afilados, casi ensayados. Nadie holgazaneaba. Nadie reía. El ambiente aquí no tenía nada que ver con la calidez que había conocido en la manada de mi padre.

—Todos parecen tan... serios —comenté, tratando de hacer conversación.

Viola asintió, dirigiendo su mirada hacia un par de lobos que pasaron junto a nosotras sin decir palabra. —Siempre ha sido así. La manada es fuerte, disciplinada, pero no... no nos divertimos mucho. No desde que... bueno, las cosas cambiaron.

Sus palabras se apagaron, y noté cómo miraba nerviosamente a su alrededor. —¿Desde qué? —pregunté, intrigada por la vacilación en su voz.

Viola negó rápidamente con la cabeza. —No es nada. Solo que... las cosas han sido difíciles durante mucho tiempo.

No la presioné más, intuyendo que había algo que no me estaba contando. En cambio, continuamos nuestro recorrido.

Me señaló los diferentes clanes dentro de la manada: los jardineros que cultivaban alimentos, los cazadores que proporcionaban carne, el clan del fuego que mantenía la calidez de la fortaleza, y los curanderos. Cuando pasamos por los aposentos de los curanderos, sentí un tirón en mi pecho.

El aroma de las hierbas me llegó antes de verlas: hileras de lavanda seca, manzanilla silvestre y matricaria colgando de vigas de madera. La visión me provocó una punzada en el pecho. Hogar.

—Esta es el ala de los curanderos —explicó Viola, con voz más baja aquí, casi reverente.

Mis dedos rozaron un manojo de milenrama, la misma hierba que solía moler para hacer pastas para los guerreros de mi padre. Tragué con dificultad.

—Yo era curandera —dije, casi sin pensar—. Bueno, lo era en la manada de mi padre.

Los ojos de Viola se agrandaron ligeramente. —¿En serio? ¿Eres curandera?

Asentí. —Me formé con los curanderos de mi padre. Es una de las cosas que siempre me ha apasionado.

Una sonrisa se extendió por su rostro. —¡Eso es increíble, Luna! Tal vez podrías unirte a nuestro clan de curanderos aquí. Estoy segura de que les encantaría tenerte.

Sentí una chispa de esperanza. —Me gustaría eso —dije, con voz un poco más esperanzada que antes—. Quizás me dé algo en qué concentrarme.

La sonrisa de Viola se ensanchó. —Puedes informarle al Alfa sobre esto. Estoy segura de que estarán felices de tener otra curandera en la manada.

Mi sonrisa desapareció al mencionar a Draven. ¿Cómo hablo con él cuando no lo he visto desde que llegué aquí?

Aparté ese pensamiento al fondo de mi mente. No importa qué, me uniré al clan de curanderos. Incluso si tengo que buscar a Draven hasta el fin del mundo.

Por primera vez desde que llegué a Silverpeak, sentí un pequeño destello de luz. La idea de unirme a los curanderos, de trabajar con otros, me hizo sentir que tenía un propósito aquí.

Continuamos explorando, dirigiéndonos al mercado. El mercado era pequeño, sin vida, a pesar del movimiento.

Los vendedores trabajaban en un silencio helado, sus voces apagadas, sus manos rápidas. Las transacciones eran veloces, mecánicas. Sin cortesías. Sin risas.

Me acerqué a un puesto con pieles alineadas, dejando que mis dedos se deslizaran sobre la textura áspera. —¿Cuánto cuesta...?

El vendedor se sobresaltó. Mi respiración se detuvo. Se sobresaltó. Como si no hubiera esperado que le hablara.

Retiré mi mano. —No quise...

—Es gratis, Luna —interrumpió apresuradamente. Su voz era demasiado uniforme. Demasiado controlada.

Fruncí el ceño. No había pedido caridad.

—Me gustaría pagar —dije con firmeza.

El vendedor se tensó, sus dedos aferrándose al borde de su puesto. Como si se estuviera preparando para algo. Algo malo.

—No entiendo —dije lentamente—. ¿Por qué no me dejas pagar?

Él desvió su mirada más allá de mí, hacia alguien detrás de mí. No era Viola. Alguien más.

Seguí su mirada. Un grupo de guerreros merodeaba al borde del mercado. No estaban mirando los productos. No estaban hablando. Solo... observando.

Mi estómago se retorció. Volví a mirar al vendedor, buscando en su rostro algún tipo de respuesta. Sus labios se apretaron en una fina línea.

—Así son las cosas, Luna —murmuró—. Por favor. Solo tómalo.

Detrás de mí, Viola susurró, con urgencia filtrándose en su voz. —Luna... tal vez deberíamos irnos.

Tragué con dificultad y di un paso lento hacia atrás. El peso de ojos invisibles me oprimía, enviando un escalofrío por mi columna.

Ya no quería las pieles. No quería estar ahí, expuesta, donde todos tenían miedo de mirarme o miedo de lo que pasaría si lo hacían.

Viola tiró suavemente de mi manga. Asentí y me giré, con el pecho oprimido por preguntas no expresadas.

Detrás de mí, Viola susurró: —Luna... tal vez deberíamos irnos.

Regresamos a la casa de la manada cuando caía la tarde. Los pasillos, antes silenciosos, se sentían un poco menos opresivos ahora, pero la inquietud en mi pecho permanecía.

Viola y yo nos separamos, y me retiré a mis aposentos, pero no podía sacudirme la sensación que se había instalado en mí.

La reacción del vendedor. La forma en que los guerreros habían observado, silenciosos e inmóviles. La manera en que el susurro de Viola llevaba más que solo urgencia: llevaba advertencia.

Me senté al borde de mi cama, mirando las brasas moribundas en la chimenea. Había esperado indiferencia de esta manada. Me había preparado para la frialdad, para la resistencia, incluso para la ira.

Pero no había esperado miedo. Y lo peor, ¿no sabía si tenían miedo de mí... o por mí.

* * *

El amanecer se filtraba por las ventanas cubiertas de escarcha, un pálido susurro dorado contra la fría piedra de Silverpeak. Inhalé profundamente, el aire matutino mordiendo hondo, cortando la pesadez en mi pecho. Pero le di la bienvenida al frío; me impedía sentirme entumecida.

No podía quitarme de la mente lo sucedido el día anterior. La mirada cautelosa del vendedor. Los guerreros silenciosos observándome en el mercado. El peso de su frío desapego me presionaba como una segunda piel, imposible de desprender.

Necesitaba respuestas. Necesitaba algo que me anclara aquí antes de perderme por completo en este lugar.

Había pasado dos días siendo ignorada. No pasaría un tercero.

Necesitaba algo a lo que aferrarme aquí. Un lugar. Un propósito. Los sanadores parecían ser la única respuesta.

Necesitaba hablar con él, aunque preferiría evitar a Draven. Tenía que hacer algo significativo aquí, algo que me diera propósito.

No podía marchitarme en este lugar sin vida. Y si él iba a ignorarme, entonces tomaría el asunto en mis propias manos. Pero cuando salí al pasillo, me sorprendió encontrar a alguien esperando en mi puerta. Viola.

—Buenos días, Luna.

—Viola —dije, un poco sobresaltada—. ¿Por qué estás esperando aquí?

Ella se enderezó, con las manos retorcidas en su falda. —Yo... me asignaron como tu doncella personal. Mi madre me lo dijo anoche.

Parpadee, desconcertada. —¿Doncella personal? —Ni siquiera sabía qué decir. Esto se sentía extraño. ¿Era por haberme escoltado ayer?

—¿Es... un problema? —preguntó, con los ojos abiertos de preocupación, como si temiera que la rechazara.

—No —dije rápidamente, quizás demasiado rápido—. Solo siento que debes tener algo mejor que hacer que ser mi doncella personal.

—No te preocupes, Luna. Me encantó pasar tiempo contigo, a menos que tengas problemas con que sea tu doncella.

—Tú serías la última persona con quien tendría problemas. Además, ¿es esto lo que quieres?

El rostro de Viola se iluminó. —Por supuesto, Luna —dijo con una pequeña sonrisa—. Quiero ayudar. Sé que las cosas han sido... difíciles para ti aquí.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire por un momento. Asentí. —Bueno, gracias. Lo aprecio.

Viola se balanceó sobre sus pies. —¿Qué quieres hacer hoy, Luna?

—Necesito hablar con Draven —dije, con tono firme—. Voy a decirle que me uniré al clan de sanadores.

La expresión de Viola flaqueó, y dudó por un momento. —Yo... no sé si sea buena idea.

Me detuve en seco, volteándome para mirarla. —¿Por qué no?

—Sé que ayer dije que podrías hablar con el Alfa, pero no me refería a hablar con él directamente. Estaba pensando que hablarías con el Beta Rogilar, quien a su vez hablaría con el Alfa por ti —dijo, mirando alrededor y bajando la voz—. El Alfa no es exactamente... la persona más accesible para hablar.

Consideré sus palabras, pero yo ni siquiera había hablado con el Beta antes. Mi mejor opción era hablar con Draven directamente. Estaba harta de ser ignorada.

—Él puede elegir ignorarme, pero no me quedaré callada en esta manada. No seré un fantasma aquí. Merezco ser escuchada.

Viola parecía conflictuada pero asintió, finalmente cediendo. —Está bien, te llevaré con él. Pero por favor, ten cuidado. Él no tolera... interrupciones.

La seguí a través de los corredores, mis pasos cada vez más firmes con cada momento que pasaba. No iba a dejar que el miedo dictara mis acciones por más tiempo. No cuando ahora tenía un propósito.

Llegamos a los campos de entrenamiento, y me detuve en seco. La imagen frente a mí me dejó sin aliento.

Draven estaba entrenando con algunos de sus guerreros. Se movían con precisión calculada, cada golpe y bloqueo perfectos. La energía en el aire estaba cargada; cada movimiento, cada respiración llena de poder crudo.

Draven se movía como una tormenta contenida en carne: sereno, letal y dominante de una manera que hacía imposible apartar la mirada.

Su complexión musculosa, sus ojos plateados brillando con intensidad, la manera en que se movía su cuerpo... era hipnotizante.

No dudaba. No vacilaba. Sus guerreros lo seguían como sombras, cada golpe y contraataque fluyendo como una orden tácita entre ellos.

Debería haber apartado la mirada. Debería haber ignorado cómo mi pulso se aceleraba al observarlo. Pero no lo hice. Y eso me inquietaba más que cualquier otra cosa.

Era a la vez aterrador y cautivador. Como una tormenta que podría destruir todo a su paso. Y sin embargo, ahí estaba, rodeado de sus guerreros, guiándolos con una autoridad innegable.

No podía apartar mis ojos de él. Entonces, la mirada de Draven se clavó en mí. El aire a nuestro alrededor pareció crepitar, la tensión espesándose.

Su rostro, habitualmente una máscara de fría indiferencia, cambió ligeramente; un destello de desagrado cruzó sus facciones.

Viola me dio un codazo, rompiendo mi trance. —Luna —susurró.

Respiré hondo, sacudiéndome del momentáneo aturdimiento. Caminé hacia adelante.

Draven se detuvo a mitad de paso, sus ojos plateados fijándose en mí como una hoja presionada contra mi piel. Un largo y tenso silencio se extendió entre nosotros antes de que él exhalara, apartando la mirada.

—¿Qué haces aquí? —Su voz, baja y afilada, me provocó un escalofrío en la columna.

Cuadré los hombros, luchando contra el instinto de encogerme bajo su mirada. —Vine a hablar contigo —dije, con voz firme.

—Ya veo.

—Quiero unirme al Clan de Sanadores.

La mirada de Draven no vaciló, pero algo destelló en las profundidades de sus ojos plateados: una sombra de pensamiento, desaparecida antes de que pudiera captarla. Su mandíbula se tensó, sus labios presionándose en una línea firme e indescifrable.

—Pareces decidida —murmuró, casi para sí mismo.

Asentí, mi voz más firme ahora. —Por supuesto, porque esto es lo que quiero.

Me estremecí cuando la mirada de Draven penetró la mía, y no tenía nada que ver con el frío. Mi corazón comenzó a acelerarse. Tragué saliva, pero me negué a retroceder. Enderecé los hombros, enfrentando su mirada con firmeza, mi voz decidida.

—¿Así que ya has olvidado las reglas que establecí el primer día?

Cuadré los hombros. Puse los ojos en blanco, incapaz de ocultar el filo en mi tono. —Oh, lo siento. No me di cuenta de que tus reglas significaban mantenerme encerrada como alguna reliquia olvidada.

Sus ojos destellaron con algo indescifrable, pero rápidamente lo enmascaró. —Estás bajo mi techo, Elara. Seguirás mis reglas.

Crucé los brazos sobre mi pecho, acercándome más, sin intimidarme por su gélida actitud. —No viviré bajo tus reglas. No voy a quedarme

sentada sin hacer nada y desperdiciándome.

Su expresión se oscureció. —No me presiones, Elara. Mantente en tu lugar, no metas la nariz en lo que no es asunto tuyo.

—No —repliqué, con mi ira encendiéndose. Esta era mi única oportunidad de no volverme loca.

Los guerreros a nuestro alrededor observaban en silencio, claramente incómodos, pero no me importaba. Esto se trataba de mí, de mi vida y de mi futuro.

—Puede que seas Luna —dijo Draven, con voz peligrosamente tranquila—, pero estás en mi territorio, mi manada, y esas son mis reglas. No cometas el error de pensar que puedes cambiarlas.

Tragué saliva con dificultad, mi cuerpo temblando por la intensidad del momento.

—No soy solo un adorno silencioso en tu manada, esperando migajas de reconocimiento. Me niego a ser invisible. Haré algo que me haga feliz y eso es unirme al clan de sanadores, te guste o no.

Sus ojos se entrecerraron, su mirada plateada afilada como una navaja. Por un momento, pensé que podría atacar. Pero en su lugar, tomó aire, con una expresión indescifrable.

La mirada de Draven no vaciló, pero un músculo se contrajo en su mandíbula—una grieta en su compostura de mármol. Se acercó más, el calor de su cuerpo cortando el frío del campo de entrenamiento. Mantuve mi posición, aunque mi pulso rugía en mis oídos.

—¿Quieres unirte a los sanadores? —Su voz era baja, con un matiz que no podía identificar. No era ira. No era aprobación.

Su proximidad inundó mis sentidos—madera de cedro, escarcha y el leve sabor metálico del sudor del entrenamiento. Su calor irradiaba a través del aire frío, y mi respiración se entrecortó. Forcé mi barbilla a elevarse más, negándome a dejarle ver cómo me afectaba.

—Sí —mi voz titubeó, traicionándome—. No me detendré hasta que me des lo que quiero.

Sus ojos plateados se oscurecieron, deteniéndose en mis labios por un latido demasiado largo. Un músculo se flexionó en su mandíbula, como si estuviera luchando con algo no expresado.

Por un latido, el silencio pendió entre nosotros. Entonces Draven se volvió bruscamente hacia su Beta, Rogilar, que permanecía rígido al borde del círculo de entrenamiento. Un tenso momento pasó antes de que los labios de Draven se curvaran—no en una sonrisa, sino en algo cercano a la diversión.

—Asígnala al Clan de Sanadores. —Parpadeé. ¿Qué?

Rogilar inclinó la cabeza. —De inmediato, Alfa.

Miré fijamente a Draven, preguntándome qué había cambiado en segundos. Pero él ya se alejaba, su amplia espalda como un muro de cuero y músculo.

—Más te vale no causar problemas allí —lanzó por encima del hombro, como si alguna vez le hubiera causado problemas.

Viola tiró de mi manga, con los ojos muy abiertos. —Luna, deberíamos irnos.

Forcé a mis piernas rígidas a moverse, mi mente todavía asimilando cómo esto había salido mejor de lo que había imaginado.

—Gracias —le grité. Draven no me hizo caso, pero no me importó. Lo importante era que había conseguido lo que quería.

Lo observé volver su atención a los guerreros, su espalda un muro de músculo y autoridad. No miró atrás, y por un breve momento, me pregunté si había tomado la decisión correcta al confrontarlo directamente.

Pero mantuve mi posición. Había hecho lo que me propuse hacer—tomar el control de mi propio camino, sin importar cuán reticente

había sido él al dármelo.

No lo llamé de nuevo. Sin agradecimientos, sin más palabras. Ya había dicho todo lo que necesitaba. A él no le importaría nada más.

Solo cuando doblamos la esquina exhalé, con los hombros caídos. Viola sonrió ampliamente, con los ojos abiertos. —¡Eso salió mejor de lo que esperaba!

—No me digas —murmuré, todavía incrédula, mirando hacia atrás.

Pero algo me carcomía mientras caminábamos en silencio. Draven había cedido demasiado fácilmente. No discutió, no me hizo suplicar. Simplemente... cedió.

No podía quitarme la inquietante sensación que se arrastraba en mi pecho, enroscándose alrededor de mis costillas como un susurro fantasmal. Draven nunca cedía con tanta facilidad.

¿Realmente había sido así de simple? ¿O acababa de meterme en algo mucho más peligroso? Antes de que pudiera expresar mis dudas, la voz de Viola interrumpió mis pensamientos, su tono lleno de asombro.

—No puedo creer que acabes de hacer eso, Luna. El Alfa... realmente te escuchó.

Encontré su mirada, todavía perdida en mis pensamientos. —Estoy tan sorprendida como tú.

—Quizás esto sea una señal de la diosa luna de que eres su pareja. —Parpadeé, sobresaltada por sus palabras. ¿Su pareja?

No. No era eso. Draven no era pareja de nadie. Era intocable, frío, una fuerza en sí mismo. Ya era bastante absurdo que mi loba lo anhelara. El calor subió a mis mejillas al recordar cómo jugaba con mi mente en el campo de entrenamiento solo con estar cerca de mí.

Sacudí la cabeza, sin querer detenerme en ese hecho irritante. Lo mejor era mantenerme tan lejos de él como fuera posible.

Más información